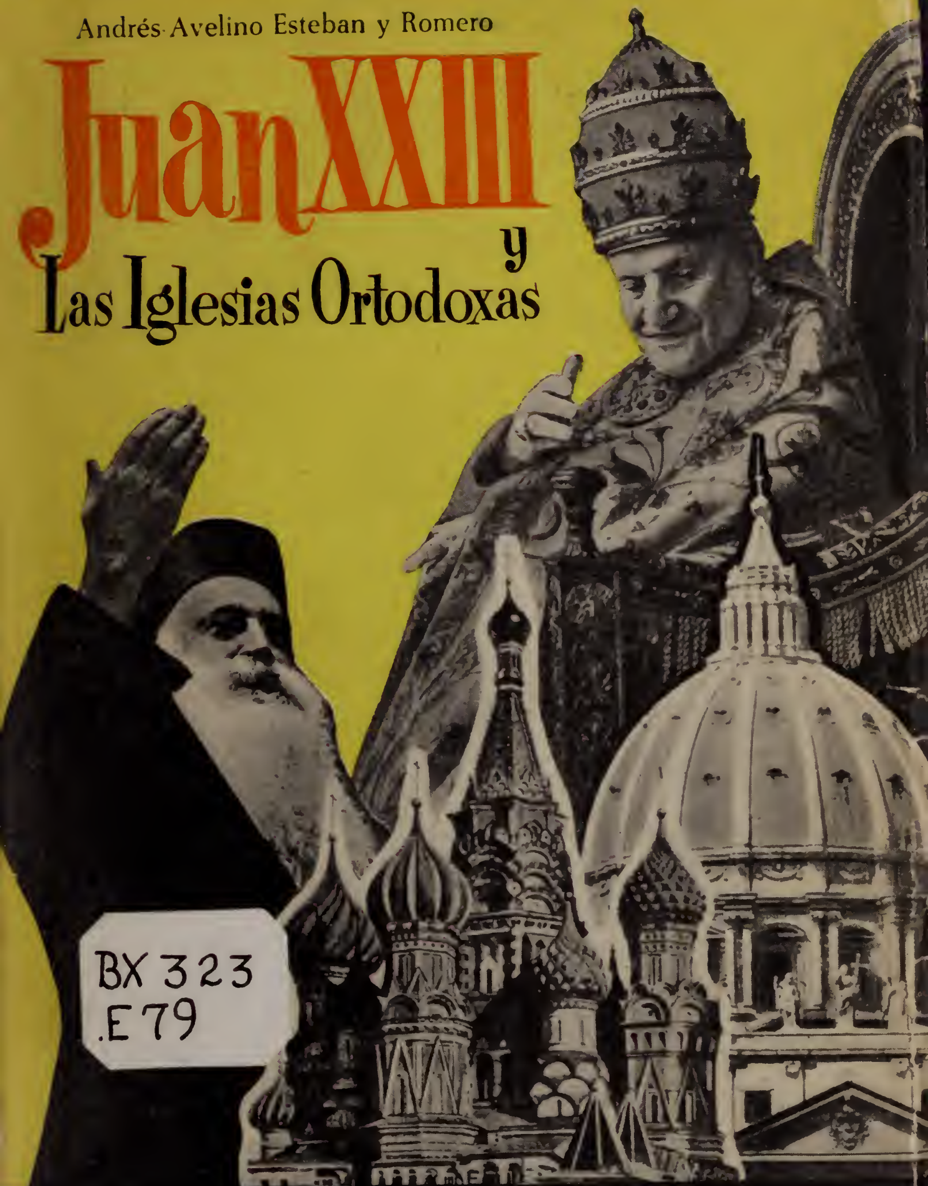
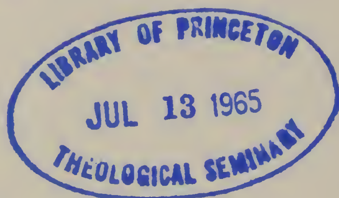
Andrés Avelino Esteban y Romero

Juan XXIII y Las Iglesias Ortodoxas



"Yo también les amo en el Señor con aquella fraternal, sentida y sincera caridad que nos enseña el Evangelio." Mons. Roncalli, Sofía, 1934


LIBRARY OF PRINCETON
JUL 13 1965
THEOLOGICAL SEMINARY

Dr. A.—AVELINO ESTEBAN Y ROMERO

Cristianos desunidos y esfuerzos unionistas

JUAN XXIII Y LAS IGLESIAS ORTODOXAS



COLECCION:
«MANUALES DEL PENSAMIENTO CATOLICO»

Dr. A.—AVELINO ESTEBAN Y ROMERO

Cristianos desunidos y esfuerzos unionistas

X.—JUAN XXIII Y LAS IGLESIAS ORTODOXAS

SOCIEDAD DE EDUCACION «ATENAS», S. A.
Apartado 1 096 MADRID - 13 Mayor, 81

Dr. A.—AVELINO ESTEBAN Y ROMERO

Cristianos desunidos
y esfuerzos unionistas

JUAN XXIII Y LAS IGLESIAS ORTODOXAS

I.—Su Santidad Juan XXIII y el Oriente cristiano.

II.—Repercusión de las invitaciones de Juan XXIII entre los ortodoxos.

III.—Repercusión tenida por el anuncio conciliar en los medios teológicos y en los órganos de Prensa en general.

IV.—Resumen y análisis de la actitud ortodoxa ante las llamadas unionistas de Juan XXIII.

V.—Consideración global sobre las posibilidades de la unión con los ortodoxos, vistas desde Roma y Oriente.

CENSURA ECLESIASTICA

Nihil obstat:

D. PEDRO ALVAREZ
Censor.

Imprimatur:

✝ JOSE M.ª GARCIA LAHIGUERA,
Obispo Aux. y Vicario General.

Madrid, 3 de agosto de 1961.

IMPRESO EN ESPAÑA

Printed in Spain.

1961

Número de Registro: 4.939-61.—Depósito legal: M. 9.838-1961.

MARIBEL, Artes Gráficas.—Tomás Bretón, 51.—MADRID

INDICE

APENDICES

PRESENTACION

EL PORQUE DE NUESTRA ATENCION A LAS IGLESIAS ORIENTALES

Nos hemos concretado al mundo ortodoxo por varios y válidos motivos, que dan a su actitud y reacciones ante el movimiento unionista promovido por las llamadas de Juan XXIII, una especial significación y valor.

En primer lugar, por la innegable proximidad eclesial existente entre la Ortodoxia y Roma, reconocida constantemente por las más altas representaciones de una y otra Iglesia. Esta proximidad acentuada, si no tendría fuerza de consecuencias para enjuiciar las posibilidades de otros grupos cristianos más distantes de Roma que lo está la Ortodoxia, sí tiene valor para ponderar las dificultades y resistencias, ya que si los que tienen más puntos de contacto y comunión aún mantienen vivos los obstáculos más profundos a través de la historia de la separación y desunión cristianas, no será ilógico suponer que otras comunidades con diferencias y oposiciones no sólo más numerosas, sino también mucho más profundas, en la doctrina y en la vida eclesial, han de ofrecer muchas menos posibilidades de acercamiento.

En segundo término, por el especial momento unionista interno que vive la Ortodoxia. El padre Guillou, O. P., se hace eco en el último número de «Vers

l'Unité Chretienne» de esta realidad de las Iglesias Ortodoxas, de todo el mundo ortodoxo en un momento de prometedora vitalización de su conciencia ecuménica, no sólo ya en un plano que podríamos llamar doméstico por referirse a las mismas Iglesias Orientales, sino porque lleva consigo la perspectiva inmediata de un diálogo directo con el mundo católico. Recoge a este propósito el citado P. Guillou una valiosa serie de testimonios de los mismos ortodoxos en los cuales se reconoce y ratifica esta realidad prometedora, concretada de un modo directo en la Sede Patriarcal Ecuménica, ante la cual se abre, en el sentir de los escritores y publicaciones de más autoridad, una nueva época histórica. Abogan estos testimonios por la reunión de toda la Ortodoxia en torno al Trono Ecuménico, si no para hacer del mismo el centro ideal, sí, al menos, su verdadera cabeza. Aducen, en urgencia de esta aspiración, el doble hecho de cómo el Catolicismo se une fuertemente en torno a la colina vaticana y el mismo Protestantismo se afana ansiosamente por por crear una situación de mutuos reconocimientos que le preste una fuerte consistencia. Es justo reconocer, como subraya el P. Guillou, que ha sido la perspectiva del anunciado Concilio Católico la que ha acelerado este movimiento hacia el universalismo y la toma de conciencia ecuménica que caracteriza a la Ortodoxia en este momento. «La Ortodoxia se ha dado cuenta que la Iglesia Católica se interesa formalmente por ella. No se trata ya de una iniciativa de este o aquel teólogo, sino de la Iglesia Católica toda ella». («Vers l'Unité Chretienne», juillet-aout 1960, 37.)

Tal vez pueda parecer, a primera vista, que este aglutinamiento interno de la Ortodoxia pueda resultar un reforzamiento exterior frente a la Iglesia Católica. Sin negar totalmente que el prestigio de la Sede Ecu-

ménica pueda darle en algunos aspectos cierta mayor exigencia frente a Roma, lo que es un bien en sí mismo no puede producir, en resumidas cuentas, sino un resultado en favor del bien. Y así lo esperamos, siempre estando Dios y su gracia por medio, en el problema de la reunión de las Iglesias cristianas Por último, este volumen forma parte de una obra de mayor extensión, a la que corresponde el título general de «Cristianos desunidos y esfuerzos unionistas»; *y en ella figurarán otros volúmenes dedicados a Anglicanos y Reformados, así como a la actitud del Magisterio ante el problema.*

S. S. JUAN XXIII Y EL ORIENTE CRISTIANO

CAPÍTULO PRIMERO

MONS. RONCALLI Y SU MISION ENTRE LOS CATOLICOS ORIENTALES

DAVID STIERNON ha resumido en tres artículos aparecidos en *Unitas* el ventenio, fecundo en obras y aleccionador en experiencias, que Mons. Roncalli consumió al servicio de las cristiandades católicas orientales, primero en Bulgaria (1925-1934) como Visitador Apostólico y Delegado Apostólico, y luego como Delegado Apostólico en Grecia y Turquía y Administrador del Vicariato Apostólico de Constantinopla (1935-1944). Fueron veinte años de la plenitud de una vida enteramente consagrada al servicio de la Sede Apostólica en medio precisamente de inmensas regiones cristianas, de un gloriosísimo pasado histórico, pero actualmente separadas e incomunicadas con la Sede de Pedro (1).

(1) DAVID STIERNON: *Il S. Giovanni XXIII e l'Oriente Cristiano:* «Unitas», sett.-ott. (1959), 129-141; nov.-dicemb. (1959), 163-172; marz.-april. (1960), 36-45. De esa etapa oriental del Mons. Roncalli se ha ocupado extensamente LEONE ALGISI en su obra biográfica *Giovann XXIII*, Turin, 1959, especialmente a partir del capitulo V hasta el capitulo VII, páginas 76-190. El Padre ROUQUETT reconoce que esta biografia de ALGISI es una obra del más alto interés y constituye un documento histórico, garantizado por el hecho de que sólo ha podido ser escrita por un familiar del Pontífice, y porque algunos de sus documentos sólo han podido ser facilitados por persona muy cercana a Juan XXIII: *Études*, mai, 1960, pág. 246 y nota 1. Otra biografía que puede verse, aunque de menor interés para el tema oriental, es la de ANDREA LAZZARINI: *Giovanni XXIII*, Roma, 1958.

«Después de la trágica separación que lanzó lejos del centro de la unidad las gloriosas cristiandades bizantino-eslavas, el Papa Roncalli ha sido el primer sucesor de Pedro que ha pasado la mayor parte de su carrera episcopal en medio de los orientales disidentes. Este hecho, nuevo, no tiene antecedentes nada más que en la época, muy lejana, en la que subieron a la Sede Apostólica algunos personajes que habían sido anteriormente «apocrisiarios», es decir, Nuncios del Obispo de Roma cerca de la corte de Constantinopla... En el momento en que se multiplican en el seno del Cristianismo, trágicamente dividido, los esfuerzos sinceros de acercamiento y de reconciliación, este hecho singular aparece ciertamente providencial» (2).

La afirmación de STIERNON sobre el valor providencial de esta experiencia pastoral del Papa Roncalli está plenamente respaldada por los hechos que vienen marcando el Pontificado de Juan XXIII. ¡Efectivamente, la Providencia se había preparado su hombre¡ El mismo ALGISI nos lo va a confirmar cuando escribe que «para Mons. Roncalli el mejor modo para llegar hasta los hermanos disidentes es el establecimiento de relaciones amistosas. Para comprenderse, para amarse, es necesario ante todo conocerse...». Y recogiendo el testimonio de un religioso cuando partía Mons. Roncalli de Bulgaria, en el mes de enero de 1934, añade: «Su permanencia en Bulgaria será ciertamente el punto de partida de una evolución de la mentalidad de nuestros hermanos separados, evolución que continuará lentamente y firmemente« (3).

ROBERT ROUQUETTE: *Mgr Roncalli et les Eglises Orthodoxes:* «Études», mai 1960, 245-50.—ALBERTO GALTER: *El nuevo Papa, Juan XXIII*. Madrid, 1958.

(2) *Unitas*, sett.-ott. 1959, págs. 129-130.

(3) *GIOVANNI XXIII*, págs. 113-14.

En el mismo sentido abunda ALBERTO GALTER cuando escribe que «Juan XXIII lleva a la Cátedra Pontificia este conocimiento del mundo oriental y de sus problemas. El es el único Papa que de algunos siglos a esta parte ha vivido largo tiempo en los pueblos orientales y conoce personalmente a las Iglesias orientales de los diversos ritos. Lo cual es un buen augurio para el porvenir de la Cristiandad bajo el signo del único Pastor de Cristo» (4).

Tal vez ningún testimonio tenga más valor para destacar esa fecunda misión en tierras ortodoxas que las breves líneas con las que el Patriarca Ecuménico de Constantinopla, Atenagoras I, se refería a Su Santidad Juan XXIII en su Radiomensaje navideño de 1958. Aludiendo a las llamadas hechas por el nuevo Papa en su Alocución de Navidad, la primera de su Pontificado, a la unidad de todos los cristianos, Atenagoras escribía: «Nos lo anhelamos y lo esperamos de parte de Su Santidad, el nuevo Papa de Roma, Juan XXIII, cuya persona es tan conocida, amada y respetada en nuestras religiones. Es una petición común del mundo cristiano y ello será una aurora de un año verdaderamente nuevo en Jesucristo» (5).

El acto, pues, de Pío XI señalando personalmente el nombre de Mons. Roncalli y decidiendo por sí mismo con una intervención que prescindió, como observa ALGISI, de todo trámite burocrático, para enviar

---

(4) ALBERTO GALTER: *El nuevo Papa, Juan XXIII*. Madrid, 1958.

(5) *Ecclesia*, 14-II-1959, pág. 8. El texto del Mensaje de Atenagoras fué traducido al francés por el diario de Constantinopla *Istambul*, 3-I-1959, y lo reprodujo *Documentation Catholique* en su número 1-II-1959, col. 159-160. También lo publicó *Irenikon*, 32 (1959), 91-93, así como numerosas revistas españolas: *Cristiandad*, número 1, 15 marzo 1959, pág. 197; *Lumen*, enero-febrero 1959, 65-67; etc., etc.

un representante de la Santa Sede a Bulgaria, marcó un hito en el camino de la Providencia en la preparación del hombre que unos lustros más tarde había de regir los destinos de la Iglesia de Dios con un marcado sentido unionista sobre todas las cristiandades e iglesias separadas de Roma (6).

Hacia fines del año 1934 el Delegado Apostólico en Bulgaria fué designado para la misma misión en Turquía y Grecia. Iba a empezar el segundo decenio de su experiencia orientalista, y Mons. Roncalli iba a tener nuevas y prometedoras oportunidades de adentrarse en el conocimiento de aquellas gloriosas regiones cristianas. Como testifica STIERNON, «Monseñor Roncalli fué el servidor de todos, latinos, griegos, armenos. El supo mantenerse por encima de las susceptibilidades étnicas o rituales, y dominar, sin tener que recurrir a medidas trágicas, las funestas cuestiones del «capillismo», mostrándose ante todo el padre de todos, en el verdadero sentido de la palabra» (7).

Desde los primeros pasos en Turquía, donde entró en enero de 1935, el nuevo Administrador Apostólico se ganó el corazón de todos, no sólo del pequeño número de sus 10.000 fieles y poco más de medio centenar de sacerdotes, sino también del Gobierno y del pueblo turco. El propio Secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores de Constantinopla declaraba la «viva admiración» que el representante del Papa había producido a Atartuk. Y los diarios turcos destacaron que el nuevo Delegado Apostólico se había mostrado en todo momento un verdadero amigo de Turquía. Con su actuación supo crear un

---

(6) LEONE ALGISI: *Giovanni XXIII*, págs. 76-77.
(7) *Unitas*, novem.-dic. 1959, pág. 164.

verdadero clima de comprensión y confianza mutua (8).

Uno de los aspectos más delicados de la misión de Monseñor Roncalli en Estambul era su relación con los prelados y fieles ortodoxos. Y como testimonia Stiernon, con sus armas favoritas, la oración, la paciencia, la indulgencia, la delicadeza y una exquisita caridad, el Delegado Apostólico logró crear un clima de distensión primero y de confianza después entre aquellos mismos hermanos que durante siglos se lanzaban invectivas y volvían las espaldas. Y algunos acontecimientos, como la muerte de Pío XI, vinieron a poner de relieve el acercamiento psicológico en las manifestaciones de condolencia por parte de algunos Patriarcas ortodoxos. En las solemnes exequias por el difunto Pontífice, estando presentes Delegados del Patriarca Ecuménico y del Patriarca Gregoriano, el Delegado Apostólico Mons. Roncalli ponderó en la oración fúnebre los méritos del llorado Pío XI en pro de la unidad cristiana con palabras inequívocas y cariñosas a la par: «Nuevo título de mérito y de honor para el Santo Padre difunto. No ignoráis, oh hermanos, y aquí sobre todo, en Oriente, sentimos la amargura de ello, cómo el rebaño de Cristo está disperso y dividido. Desde el fondo de veinte siglos llega hasta nosotros el gemido de Jesús: «Tengo otras

(8) *Unitas*, l. c. p., 164-165. Creemos digno de mención el hehecho de que ha sido en el pontificado de Juan XXIII cuando, por primera vez, Turquía ha establecido relaciones oficiales con la Santa Sede, nombrando un Embajador en el Vaticano. No es gratuito afirmar que esto constituye uno de los frutos de la acción de Mons. Roncalli en aquel país. En las palabras con las que el Papa respondía al nuevo Embajador se recuerdan los diez años vividos en Turquía, así como la «simpatía y afecto muy grandes y confiados hacia sus valerosos hijos, que caminan hacia una nueva juventud llena de nobles promesas... *Ecclesia*, 23 abril 1960, pág. 10.

ovejas que no son de este redil, y es necesario que también Yo las atraiga a Mí, y se haga un solo rebaño y un solo pastor...» Un día —quizá muy lejano aún— la visión de Cristo, un solo rebaño y un solo pastor, será la realidad deliciosa del cielo y de la tierra... Entre tanto, os lo ruego en su nombre, sea unánime el esfuerzo de acrecentar el fervor de la caridad fraterna, mientras continuamos repitiendo la común profesión de fe: *«Et in unam sanctam, catholicam et apostolicam ecclesiam»* (9).

Toda la prensa de Estambul recogió la ceremonia y el discurso de Mons. Roncalli, así como la visita que hizo algún tiempo después al propio Patriarca de Constantinopla para agradecerle su participación en el dolor de la Iglesia Católica. Y se destacaba claramente que todo aquello era algo más que un mero protocolo. Era la expresión de un cambio de relaciones entre Roma y Constantinopla, en el que Monseñor Roncalli había tenido una influencia personal y decisiva.

Finalmente, la actuación del Delegado Apostólico en Bulgaria y en Turquía tuvo su repetición en Grecia, tanto más admirable cuanto que a las tradicionales dificultades existentes en la Ortodoxia griega en orden a las relaciones con Roma se unieron las tremendas circunstancias creadas por la guerra y la ocupación italo-germana del país. Mons. Roncalli se prodigó en ayuda de todos, en la Obra Pontificia de Asistencia, recabando las simpatías hasta del mismo alto clero ortodoxo, empezando por el propio Metropolita de Atenas, Mons. Damaskinos (10).

---

(9) *Unitas*, nov.-dic. 1959, págs. 165-166; ALGISI: *Giovanni XXIII*, págs. 128-31. Este discurso fúnebre ha sido publicado íntegramente por *L'Osservatore Romano* el 21 de febrero 1959.

(10) *Unitas*, nov.-dic. 1959, págs. 168-69. *Juan XXIII y Grecia*: «Oriente Cristicano», oct.-dic. 1958, 155-159..

La prueba indiscutible de esta gestión rebosante de caridad y comprensión de Mons. Roncalli hacia el pueblo de Grecia nos la dan sus mismas palabras a los Reyes de Grecia, en la visita que le hicieron éstos en el Vaticano en el mes de mayo de 1959. En esta ocasión Juan XXIII puede recordar ante los egregios visitantes, no sólo el amor que sintió siempre por la Grecia clásica y la Grecia patrística o la alegría con que un día desembarcó en sus playas, sino de modo especial la satisfacción que sintió en poder ayudar, en circunstancias difíciles, al pueblo griego. Sólo una realidad desbordante podía autorizar este recuerdo ante los propios Reyes de Grecia (11).

En una palabra, nada puede encomiar más la actuación de Mons. Roncalli entre los países orientales que estos hechos, más elocuentes que muchos comentarios: En junio de 1959 le visitan oficialmente el Presidente de la República de Turquía, Celal Bavar, amigo desde 1935 del antiguo Delegado Apostólico Monseñor Roncalli; antes de un año Turquía nombra su primer Embajador en el Vaticano. Y los Reyes de Grecia se apresuran, como hemos recordado, a visitar en el Vaticano al que fué, en nombre de éste, Delegado Apostólico en su patria. ¡Los hechos son más elocuentes que las palabras!

---

(11) *Ecclesia*, 30-V-1959, pág. 8.

CAPÍTULO SEGUNDO

MONS. RONCALLI Y SUS MANIFESTACIONES PRO-ORTODOXAS

No es extraño que un hombre que pasa el ventenio más fecundo de su vida en medio de las Cristiandades ortodoxas, llegando a compenetrarse con su misma realidad social y religiosa, viviendo íntimamente sus más angustiosos problemas, haya exteriorizado en toda ocasión propicia para ello sus vivos sentimientos de afecto y cordialidad hacia esas regiones.

Una antología de manifestaciones pro-ortodoxas en Mons. Roncalli tiene el alto interés de presentarnos lo que podríamos llamar la prehistoria de los sentimientos unionistas, profundos y palpables, de Juan XXIII. Para muchos católicos, desconocedores de esta etapa de la vida del Papa Roncalli, habrán podido ser un «descubrimiento» sus reiteradas y frecuentes manifestaciones rebosantes de cordialidad en pro de la unión de los cristianos. La historia de los años 1925-1945, que tiene sus primeros efectos en el quinquenio veneciano del 1953-1958, explica a plena luz toda la actuación presente de Juan XXIII.

Remontémonos al año 1934. El Delegado Pontificio Mons. Angelo Giuseppe Roncalli pronuncia su último Mensaje de Navidad en la Capilla de los Padres Capuchinos de Sofía. Es un Mensaje de despedida, porque el Delegado Apostólico tiene que abandonar

Bulgaria para marchar a Turquía y Grecia. «Esta fiesta de Navidad —comienza diciendo— es la décima que yo celebro con vosotros... Pero también será la última. Si yo os dijese que al partir, al dejaros para siempre, mi corazón estaba insensible, no diría la verdad ante Dios. Hoy debo hacerme violencia y dominar por la razón las emociones de mi corazón» (12).

Continúa luego en una apretada densidad de sentimientos pastorales, volcando su alma sencilla y buena, cordial y abierta, recordando lo que han sido sus diez años de vida búlgara, en los que él ha buscado sólo darse a todos y cada uno de los fieles en el cumplimiento cabal de su misión apostólica, como el *homo bonus et pacificus,* al margen de toda actuación política, por encima de todo interés terrenal, dulce y amigo de la paz, obrando siempre con gran circunspección y procurando estar en todo momento en el justo medio. Después de sentidos elogios a la piedad del pueblo búlgaro, declara solemnemente ante el altar que le es grato reconocer que desde los más altos representantes hasta las más humildes masas populares todo el pueblo de Bulgaria le ha dado constantemente pruebas de respeto, de atenciones y de afecto, declarándose pronto a dar testimonio de ello, siempre y en todo lugar y delante de cualquier interlocutor eventual.

No obstante el interés de todos estos sentimientos, que revelan tan al vivo el alma de Mons. Roncalli,

(12) *Documentation Catholique*, 15 frev. 1955, col. 198 y ss. Este maravilloso Mensaje de Mons. Roncalli, que se publicó en el número 33 de la revista *Istina* en 1934, fué reproducido íntegramente en versión italiana por *L'Osservatore Romano* del 22-23 diciembre 1958, casi unas horas antes tan sólo del primer Radiomensaje navideño de S. S. Juan XXIII, en el que hizo su primera cordialísima invitación a todos los cristianos separados de Roma, pero con especial urgencia par los ortodoxos.

el valor extraordinario del Mensaje del Delegado Apostólico está en un texto de singular importancia por lo que dice y por quienes lo dice. Este párrafo solo bastaría para sintetizar toda la prehistoria de los sentimientos unionistas de Juan XXIII y explicar a su luz el alcance de todas sus actuales manifestaciones. Lo reproducimos íntegramente, dado lo excepcional de su significación y la actualidad del problema al que alude en él Mons. Roncalli.

«*Si yo supiera* —afirma— *que no había de ser mal entendido, desearía dirigir también una palabra a todos nuestros hermanos separados. La divergencia de convicciones religiosas, referente a uno de los puntos fundamentales de la doctrina de Cristo, contenida en el Evangelio, es a saber, la unión de todos los fieles de la Iglesia de Cristo con el sucesor del Príncipe de los Apóstoles, me aconsejaba ciertas reservas en mis relaciones y comportamiento personal hacia estos hermanos separados. Esto era natural del todo. Y creo que también ellos lo han comprendido así. El respeto que yo he procurado mostrar siempre, tanto en público como en privado, delante de todos y de cada uno, mi inviolable e inofensivo silencio, el hecho de no haberme jamás inclinado para recoger la piedra que me venía lanzada de un lado u otro en la calle, me dejan la cándida certeza de haber demostrado a todos que yo también les amo en el Señor con aquella fraternal, sentida y sincera caridad que nos enseña el Evangelio. ¡Pensemos seriamente en la salvación de nuestra alma! Vendrá finalmente un día en el que no habrá nada más que un solo rebaño y un solo pastor, porque así lo quiere Jesucristo. ¡Apresurémos este día venturoso con nuestras oraciones!* Via caritatis, via unitatis» (13).

El precedente texto ilumina, de un modo inconfundible, todo el pensamiento unionista de Juan XXIII. Sus familiares expresiones de afecto y consideración para con los cristianos separados de Roma, a los que

(13) *Documentation Catholique*, 15 fevr. 1959, col. 200.— *Unitas* sett. ott. 1959, pág. 140; *La Civilta Cattolica* 110, II (1959), 283-295, etc.

siempre llama hermanos afectuosamente; la invocación sentida a la unidad de todos, que tantas veces ha de brotar en los labios de Juan XXIII, están aquí, en el lejano año 1934, como un precedente cordial y lógico a la par. Algunas de sus más expresivas recomendaciones a todos los católicos en orden a los cristianos alejados de la Sede Apostólica también tienen en este texto el antecedente y el ejemplo personal. Sin exagerar, nos atrevemos a afirmar que en toda la antología de textos unionistas católicos no ha habido anteriormente uno con más cordialidad y más mesura, con más medida sinceridad y valentía apostólica que este texto de Mons. Roncalli.

En ese mismo plano están las expresiones que hemos recogido del elogio fúnebre de Pío XI en la Iglesia católica de Constantinopla en el año 1939.

Con estos antecedentes, la labor pastoral del Patriarca Roncalli en su sede veneciana queda perfectamente encuadrada y explicada en su línea de lógica unionista.

Monseñor Roncalli, Nuncio a la sazón en París, fué creado cardenal de la Santa Iglesia el 12 de enero de 1953, y tres días más tarde Pío XII lo nombraba Patriarca de Venecia. Para un antiguo Delegado Apostólico en regiones orientales no existe diócesis en todo el mundo occidental que tenga más lazos de relación histórica con Oriente que Venecia. Y, como comenta STIERNON, nadie mejor que el nuevo Patriarca sabía que «la vocación espiritual de Venecia es la de ser un puente tendido entre Occidente y Oriente» (14).

Los años venecianos de Mons. Roncalli tendrán en el «Octavario por la Unidad» una oportunidad especial para hacer revivir su preocupación en pro de los

---

(14) *Unitas*, marz.-april 1960, págs. 37 y sigs.

hermanos separados, pero de un modo especial en pro de los orientales. El 8 de enero de 1954 dirigía, con tal motivo, una Carta pastoral al clero y fieles del Patriarcado, solicitando su participación de plegarias y buenas disposiciones en el Octavario por la Unidad con estas palabras: «Esta participación del clero y fieles en la oración y la exposición de ciertos puntos de la doctrina, así como de algunas páginas de la historia —todo inspirado en un gran suavidad y comprensión, exento de referencias polémicas— corresponde al anhelo del corazón de Cristo, en perfecta consonancia con la aspiración de los pueblos, concordando con el método de nuestro Señor, que desea penetrar en las almas casi insensiblemente para salvarlas...» (15).

En este primer año de su estancia en Venecia, durante le Octavario, Mons. Roncalli tuvo un ciclo de conferencias sobre el tema de la desunión cristiana. Basta repasar algunos de sus párrafos para ver cómo renace en ellos el antiguo Delegado Apostólico, en sus palabras de despedida de los búlgaros en Sofía y en sus actuaciones constantes en las naciones orientales, en las que convivió tantos años. Más aún, en ellas se explican totalmente las instancias a la comprensión y amor mutuo de Juan XXIII hacia los hermanos separados. «El camino de la unión —decía en enero de 1954— de las varias Confesiones cristianas es la caridad, *tan poco practicada por una y otra parte*» (16).

---

(15) *Unitas*, 1. c. p. 38.

(16) *Unitas*, 1, c. p. 39: ALGISI: *Giovanni XXIII*, pág. 267. Si alguno consulta la obra de ALGISI, verá la coincidencia literal con lgunos pasajes que venimos citando de los artículos de *Stiernon*. La explicación está en que fue el autor de estos artículos quien facilitó al autor de la vida del Papa Roncalli estos datos, como él mismo aclra en *Unitas*, sett.-ott. 1959, pág. 141, nota a pie de página.

Así, cada enero, traía nuevos anhelos unionistas, siempre basados en la oración y en la comprensión hacia los hermanos separados. Especial mención merece la intervención del Patriarca de Venecia en la «Semana de oración y estudio por el Oriente cristiano», celebrada en Palermo en septiembre de 1957. Monseñor Roncalli inauguró el ciclo de exposiciones con una vibrante alocución sobre el cisma bizantino, en la que delineó de mano maestra la unidad de la Iglesia y lamentó con sentida palabra el dolor del cisma y el escándalo de la resunión, recordando ardientes expresiones del Cardenal Bessarion en el Concilio de Florencia (1438), así como textos de León XIII invitando a los cristianos separados a la reunión católica. Y añadía Mons. Roncalli: «Nosotros estamos todavía delante de una estadística desoladora que es inútil repetir. ¿Es toda la responsabilidad de nuestros hermanos separados? En parte es de ellos; pero en gran parte también es nuestra... La experiencia de largos años de contacto con las dos más importantes porciones de nuestros hermanos separados me ha enseñado a apreciar las muchas buenas cualidades de su espíritu y a quererles bien. En Bulgaria, en Turquía, en Grecia y en otros lugares he podido admirar sus iglesias, sus monasterios, sus instituciones religiosas... Para dar término a esta simple conversación mía, os diré mi complacencia por veros con este bello movimiento por la Unión de la Iglesia,, con especial referencia al Oriente cristiano, tomar parte en el conjunto del apostolado católico que aspira a la edificación del Cuerpo Místico de Cristo...

»La deficiencia principal en el trabajo por la unión en la hora presente es que aún está poco extendido entre las masas que también serían capaces de apreciarlo. Mi viejo amigo belga el benedictino dom Al-

berto Beauduin, ya en el año 1929, cuando yo estaba iniciando mi trabajo práctico de cooperación en el vecino Oriente, decía: Es necesario crear en Occidente en favor de la reunión de las Iglesias separadas un movimiento paralelo al de la Propagacion de la fe... Pienso que es necesario volver a la idea de dom Alberto Beauduin...» (17).

Y llegamos con todo este rico precedente de sentimientos unionistas, con destacados acentos pro orientales, al Papa Roncalli. No queremos, con todo, adentrarnos en el Pontificado de Juan XXIII sin recoger unas líneas del Patriarca de Venecia al entonces Delegado Apostólico en Turquía: «Pienso con tristeza en los resultados cada vez más débiles del movimiento por la unión en Oriente. Y sin embargo nuestro deber es insistir en ello siempre, aun en contra de toda esperanza. *Todos somos un poco culpables;* y nosotros los latinos, quiero decir los latinos en Oriente, hemos tenido y tenemos nuestra parte de responsabilidad. Si no nos esforzamos un poco en vencer nuestra comodidad y en mirar lejos, nuestra decadencia tendrá el mismo signo que la de los orientales, griegos, eslavos y árabes» (18).

Hemos querido recoger aquí esta afirmación del Patriarca Roncalli sobre la común responsabilidad y culpabilidad en la desunión cristiana, que responden a su vez a la afirmación pública que hizo en «La Semana de Oración y Estudio por el Oriente Cristiano» del año 1957 en Palermo, porque ellas pueden ayudarnos a aclarar el sentido de unas palabras atribuídas a Juan XXIII como pronunciadas al clero romano en un Retiro del mes de febrero de 1959 y en torno a las cuales se suscitó una pequeña polémica

(17) *Unitas*, marz.-april 1960, págs. 41-42.
(18) ALGISI: *Giovanni XXIII*, pág. 182.

que hubo de aclarar el diario vaticano. Las palabras entonces atribuídas a S. S. son las siguientes: «No haremos un proceso histórico ni buscaremos quién tenía razón o se equivocó.Las responsabilidades se reparten. Sólo diremos: reunámonos y que se acaben las disensiones.» Estas frases aparecieron en algunos periódicos romanos y extranjeros, así como en algunas revistas de toda seriedad (19).

«*L'Osservatore Romano* hacía constar en su rectificación que las citadas palabras en el sentido de posibles culpas de la Iglesia Católica como tal en lo referente al cisma nunca fueron pronunciadas por el Papa. Y añadía: «Las culpas, de las que desgraciadamente no están libres los católicos individualmente considerados, consisten en no haber rogado bastante a Dios para que regresen al seno de la Iglesia los descarriados y en no haber tenido siempre el ánimo lleno de caridad. No haber usado siempre la caridad hacia los hermanos equivocados, habiendo preferido a veces el rigor de las disputas demostrativas, de la enseñanza severa, olvidando el amor que tiene un poder de convicción mucho mayor» (20).

Si recordamos los textos citados de Mons. Roncalli, Delegado en Bulgaria, y del Patriarca veneciano, veremos que la aclaración del diario vaticano está perfectamente en la línea del pensamiento de Monseñor Roncalli, del Papa Juan XXIII. Nunca hay una referencia a la Iglesia como tal; pero sí constantes alusiones a la responsabilidad de los católicos y apelación a la vía del amor al margen de toda polémica (21).

---

(19) *Le Monde*, 4-II-1959, pág. 7, col. 1;*La Croix*, 31-I-1959; *Irénikon*, 1 (1959), 59; *Orbis Catholicus*, abril 1959, pág. 341; *Arriba*, 31-I-1959, pág. 26, etc.

(20) *Arriba*, 31-I-1959, pág. 26.

(21) Merece hacerse constar que *La Civilta Cattolica*, que recoge en su número correspondiente este retiro del Clero y palabras del Papa, para nada lude a éstas que comentamos.

En diversos actos de su pontificado, las referencias de Juan XXIII a sus años orientales y a las iglesias ortodoxas han sido frecuentes, como hemos recordado al hablar de la visita del Presidente de Turquía, de los Reyes de Grecia y de la presentación de credenciales del primer Embajador turco cerca de Santa Sede. Especial mención merece el recuerdo que tiene en la homilía del Domingo de Ramos de 1960 en la Basílica de San Pablo, fiel reflejo del impacto permanente que su estancia entre los ortodoxos dejó en su ánimo pastoral:

«*Dejad que una vez más saludemos en sus tribulaciones a nuestros queridos hermanos e hijos del vecino Oriente en toda la región de los Balcanes, al Norte y al Sur, con los cuales nos fué tan grato —nos referimos particularmente a Bulgaria— pasar diez años, los más vigorosos de nuestra humilde vida al servicio de la verdad, de la justicia y de la paz.*

»*Padre de todas las gentes porque el sucesor de San Pedro tiene el apostólico y supremo mandato de* praedicare evangelium et regere Ecclesiam Dei *a todas las gentes, nos está permitido mostrarnos particularmente sensibles a cuanto es motivo de afición para aquellos fieles del noble pueblo búlgaro, cuyas dotes de carácter, de humana y cristiana bondad pudimos admirar.*

»*Con ellos y por ellos nos fué muy grato iniciar el servicio de treinta años a la Santa Sede en el próximo Oriente que nos condujo de Sofía a Estambul, a París, a Venecia y ahora aquí, junto a la tumba y la memoria de los gloriosos príncipes del sacro apostolado.* Petrus pastor Ecclesiae et Paulus doctor gentium» (22).

Ante estas constantes expresiones no es extraño que el P. ROUQUETTE comente: «Esta larga experiencia de veinte años pasados en contacto con los orientales ortodoxos, explica el comportamiento actual de Juan XXIII... Se puede esperar, al menos, del futuro

(22) *Ecclesia*, 23-IV-1960.

Concilio que establecerá, conforme a este espíritu de Juan XXIII, contactos fraternales entre Roma y las restantes iglesias, sobre todo, con las ortodoxas, tan próximas a nosotros por la sucesión apostólica, la fe trinitaria y cristológica, la vida sacramental, la piedad mariana, la vida monástica...» (23).

---

(23) *Etudes*, mai 1960, pág. 250. Posteriormente se han producido dos nuevas y solemnes manifestaciones de afecto hacia el Oriente cristiano por parte de S. S. Juan XXIII. La primera, con motivo de la consagración episcopal de Mons. Coussa el 16 de abril de este año; la segunda, en la audiencia solemne concedida por el Papa a la Sagrada Congregación de la Iglesia Oriental. Ambas confirman cuanto hemos expuesto. Véanse: *Ecclesia*, 29 abril y 6 mayo 1961; *Re-Union* junio 1961, págs. 117-123.

CAPITULO TERCERO

JUAN XXIII Y SUS MANIFESTACIONES PRO-ORTODOXAS Y UNIONISTAS

1. *El Mensaje navideño de 1958.*

Aunque es exacto que las invitaciones del nuevo Papa a la unión entre los cristianos son tantas cuantas fueron las ocasiones que tuvo en el primer trimestre de su pontificado de dirigir solemnemente su palabra al mundo —Alocución de clausura del Conclave, Homilía de la Coronación, Alocución del primer Consistorio, etc.—, también lo es que la más efusiva y extensa de todas esas invitaciones a los cristianos separados de Roma fué la de su primer Radiomensaje de Navidad. Esta solemne llamada fué, como ya hicimos notar, precedida por la publicación en *L'Osservatore Romano* del Mensaje natalicio que dirigió en 1934 al pueblo búlgaro desde Sofía. No es aventurado dar una especial significación a la aparición de este texto, reproducido más arriba, en vísperas de esta otra llamada. Sencillamente, Juan XXIII no nace sin historia unionista; y ahí está el Mensaje búlgaro de 1934 para comprobarlo.

El contexto de las palabras pontificias que vamos a transcribir lo forman una idea y un recuerdo. La primera, también idea persistente en Juan XXIII, es

lo que podríamos llamar el valor sociológico de la unidad teológico-canónica de la Iglesia de Jesucristo, es decir, la eficacia que debe tener en el orden civil de la convivencia de los pueblos el hecho de su unidad religiosa: «Jesús fundó una Iglesia —dice el Papa en el Radiomensaje de 1958— imprimiendo en su faz el carácter de la unidad... ¿Por qué esta unidad de la Iglesia Católica, entendida directamente y por vocación divina referida a los intereses de orden espiritual, no podría llegar también a la reunificación de las diferentes razas y naciones, igualmente interesadas en propósitos de convivencia social señalados por las leyes de la justicia y de la fraternidad? Se impone aquí el principio, familiar a los creyentes, de que el buen servicio de Dios y de su justicia es también propicio al provecho de la comunidad civil de los pueblos y de las naciones» (24).

Esta fué la idea, que luego el Papa quiso glosar con un hecho tomado de sus recuerdos orientales, a saber, los esfuerzos llevados a cabo por algunas Iglesias ortodoxas a fin de promover cierta concentración de las naciones civiles, iniciándola con un entendimiento entre varias confesiones cristianas de rito e historia diversos. Los intentos, añade el Pontífice, no tuvieron éxito alguno. ¡Y en este punto es donde Juan XXIII enlaza con su idea y el recuerdo referido su llamada a la unión, efusiva, cordial, hasta reverente!

«La tristeza de esta dolorosa comprobación no detiene, no detendrá, confiamos en Dios, el esfuerzo de nuestra alma para proseguir la invitación amorosa a aquellos nuestros queridos hermanos separados que, porque llevan en la frente el nombre de Cristo y leen su Evangelio, santo y bendito, no son insensibles a las inspiraciones de la piedad religiosa y de la caridad benéfica y bienhechora.

---

(24) *Ecclesia*, 3-I-1959.

»Recordando las palabras de tantos predecesores nuestros que, desde la cátedra apostólica, extendieron —desde el Papa León XIII hasta Pío XII, pasando por San Pío X, Benedicto XV y Pío XI...— la invitación a la unidad, *nos permitimos* —quid, dicimus *¿nos permitimos?*—, *pretendemos seguir humilde, pero fervientemente, nuestra tarea, a la que nos espolean la palabra y el ejemplo que Jesús, el Buen Pastor divino, continúa dándonos al mirar las mieses que blanquean sobre vastos campos misioneros:* «Et illas oportet me adducere..., et fiet unum ovile et unus pastor» (Jn. X-16), *y en el clamor elevado a su Padre en las últimas horas, en la inminencia del supremo sacrificio:* «Padre, que sean *una sola cosa...*» (Jn. XVII-21) (25).

La entonación y la urgencia de estas palabras de Juan XXIII están enteramente en la línea cordial y efusiva de las expansiones de Sofía y de las manifestaciones de Venecia y de Palermo. En ellas flotan de nuevo el afecto y respetuosa caridad en la expresión del Delegado Apostólico de Bulgaria, Grecia y Turquía. En ellas reviven los deseos unionistas de Venecia y Palermo. Ellas son, en fin, un eco fiel del deseo de Cristo y de las voces amorosas del Corazón del Señor rogando por la unión de todos sus discípulos. Juan XXIII promete proseguir la invitación, continuar fervientemente su tarea, llamando amorosamente a todos los queridos hermanos separados. Esta promesa de diciembre de 1958 ha tenido fulgurante cumplimiento ya en este bienio de su pontificado. ¡Y el futuro Concilio Ecuménico, con toda la ambientación y clima que se ha hecho a su alrededor, es la prueba cumbre!

La especial alución que hace el Papa a los esfuerzos unionistas de las Iglesias ortodoxas suscitaron ciertas suspicacias en algunos medios no ortodoxos. De ellas se hizo eco el pastor FINET en la revista

(25) *Ecclesia,* 3-I-1959.

Reforme, al extrañarse de que el Papa sólo mencione esos esfuerzos por la unión entre los cristianos orientales, olvidando por completo los que lleva a cabo el Concilio Ecuménico, en el que trabajan protestantes, anglicanos y una parte notable de la Ortodoxia. Y FINET protestó vehementemente contra esta preterición. No hace falta reflexionar mucho para comprender que Juan XXIII habla en sentido asertivo, concretándose a situaciones por él vividas y conocidas, y en modo alguno se pueden interpretar sus palabras en sentido exclusivo o despectivo para anglicanos o protestantes en general. Veinte años vividos intensamente, participando de esas preocupaciones entre los ortodoxos, justifican sobradamente ese especial recuerdo (26).

Si el año 1958 se cerraba con este clamor penetrante del Papa, el año que iba a empezar tendría en su haber, no sólo reiteradas invitaciones, de las que ya en el mismo mes de enero tenemos varias; el año 1959 iba a tener un signo singular desde su mismo comienzo casi: iba a ser el año del triple anuncio pontificio, entre ellos, de un Concilio Ecuménico.

2. *El anuncio papal sobre el Concilio Ecuménico.*

En capítulo especial estudiamos cuanto se refiere a este hecho del triple anuncio con el que Juan XXIII sorprendió a todo el mundo en la mañana del 25 de

---

(26) Cfr. ROGER ROUQUETTE: *Études*, fevr. 1959, pág. 251: *Etudes*, mai 1960, pág. 250, donde hace ver cómo se trata de una utopía unionista del Papa, consciente sobradamente de las dificultades insuperables que tiene la empresa de la unidad; ni que espere poco menos que una reunión fulgurante entre la Ortodoxia y Roma. Se trata sencillamente de la conciencia de su deber en clamar, en llamar, en invitar a todos... Y se refiere, en concreto, a los que mejor y más conoce por haberlos tratado más.

enero de 1959, festividad litúrgica de la Conversión de San Pablo: el Sínodo Romano —ya celebrado y promulgado—, el Concilio Ecuménico y la adaptación del Código Canónico a las necesidades de la Iglesia en el mundo actual. A él, pues, nos remitimos para la visión total de este acontecimiento.

De estos tres acontecimientos, uno se impuso de una manera incontenible al interés de todo el mundo: el Concilio Ecuménico. Los católicos de un modo especialísimo, los cristianos todos en general, y hasta el mundo todo, sin ulteriores calificaciones religiosas, reaccionó vivamente ante el anuncio pontificio.

Lo inesperado del acontecimiento sorprendió a todos. Y la sorpresa incial fué uno de los factores que más influyeron desde el primer instante en la interpretación unionista dada al Concilio anunciado por Juan XXIII.

Más aún, esta deformada interpretación ha sido, felizmente, la causa del interés despertado entre los cristianos no católicos. Y gracias a este interés tenemos hoy un conjunto extraordinario de manifestaciones y comentarios, de estudios teológicos y de simples declaraciones de prensa, que nos dan el pulso actual de toda la cristiandad no católica en orden a sus disposiciones hacia la unidad de la Iglesia, encabezada y centrada en Roma.

Hemos dicho más arriba que la sorpresa del anuncio fué uno de los factores que más influyeron en la interpretación unionista dada al anunciado Concilio Ecuménico. Baste recoger aquí el resultado del examen que hacemos en otro lugar de nuestro estudio acerca de cómo interpretaron las palabras de Juan XXIII en la mañana del 25 de enero de 1959. Y ese examen nos dice que la totalidad de las revistas católicas, las publicaciones todas, diarias o periódicas,

los comentarios de toda índole, entendieron que el anunciado futuro Concilio era *formal y directamente* para intentar la unión de los cristianos separados de Roma. A esto hay que añadir que tanto el mundo ortodoxo como el anglicano y protestantes de diversas tendencias coincidieron en la misma interpretación unionista de las palabras pontificias (27).

En nuestro sentir, la interpretación unionista tuvo estos motivos plenamente justificados.

En primer lugar, pesó en el ánimo de todos los comentaristas lo que hemos llamado la prehistoria del pensamiento unionista de Juan XXIII, así como la breve historia de sus meses de pontificado, en los que diversas veces ya, y la más solemne el citado Radiomensaje navideño de 1958, había insistido en el problema de la desunión cristiana. Esta realidad tuvo especial influencia, como es lógico, en los medios ecle-

---

(27) Cfr. *Irénikon*. 32 (1959), 3-5; *Vers l'Unité Chretienne*, janv.-fevr. 1959, págs. 1-5. El *P. Dumont* advierte que la tardanza con que aparece este número —salió en abril de 1959— le permite precisar más sobre el sentido de las palabras de Juan XXIII. Pero todo el sentido de su mismo artículo supone necesariamente que también él había dado a las palabras pontificias un sentido unionista.—*Istina*, 3, 1959, págs. 257-260, donde también se recoge esta interpretación y se intenta justificr; *Eglise Vivante*, núm. 1 (1959., 51-52; *Unitas*, genn.-febb. 1959, 1, 5; *Etudes*. mars., 1959, página 394 y sigs.; *Documentation Catholique*, 1, 15 febr. 1959, columna 198 y sigs.; en el mismo sentido, *Le Monde*, 27-I-1959; *La Croix*, etc. Están también en la interpretación unionista: *La Civilta Cattolica*, 7 feb. 1959, 316, aunque sin comentario alguno al texto aparecido en *L'Osservatore Romano*. En el número del 2 de mayo de 1959, 284, la célebre revista romana aclara y precisa y explica los motivos que indujeron a todos a la interpretación unionista. *Razón y Fe*, marzo 1959, 225-28; *Lúmen*, ener.-febr. 1959, 65 y sigs.; *Cristiandad*, en casi todos sus números a partir del 1-15 febr. de ese año; *Ecclesia*, 31-I-1959, en su editorial; *Sal Terrae*, *Hechos y Dichos*, etc. Y la Prensa diaria, toda sin excepción, como puede verse en la parte dedicada en nuestro trabajo a la reacción suscitada por el anuncio papal. *Oriente Cristiano*. marzo 1959, 3.

siásticos y en las revistas teológicas o de divulgación pastoral. Unanse a esto las circunstancias en que se hace el anuncio, en el día de clausura del Octavario por la Unidad cristiana, después de una emocionante homilía pontifical en la que el Papa insiste en el tema de la unidad de la Iglesia. *Istina* añade que también tuvo influencia en el malentendido el llamar «Ecuménico» al futuro Concilio, dado que el vocablo hoy tiene un significado bien concreto de confrontaciones y esfuerzos unionistas entre los cristianos separados de la Sede Apostólica. Tal vez valga la explicación para los no católicos; pero creemos que explica menos el equívoco entre nosotros.

Más influencia tuvo —diríamos que tuvo casi toda la influencia— el texto del anuncio tal como apareció en *L'Osservatore Romano* en la edición de 26-27 de enero de 1959, en un recuadro de primera página. En este texto, en su último párrafo, se decía literalmente:

> «*Por lo que se refiere al Concilio Ecuménico, éste, en el pensamiento del Santo Padre, tiende no solamente a la edificación del pueblo cristiano, sino también quiere ser una invitación a las Comunidades separadas para la búsqueda de la unidad, a la que tantas almas hoy anhelan desde todos los puntos de la tierra*» (28).

Este texto no apareció luego en la redacción oficial de la Exhortación a los Emmos. Sres. Cardenales reunidos en la Abadía de San Pablo Extramuros, y ante los cuales hizo Juan XXIII su triple anuncio. En su lugar se dice en el texto oficial aparecido en *Acta Apostolicae Sedis*, del 27 de febrero de 1959:

---

(28) El texto italiano dice asi: «Per quanto riguarda la celebrazione del Concilio Ecumenico, esso, nel pensiero del Santo Padre, mira non solo alla edificazione del popolo cristiano, ma vuol essere altresi un invito alle communita separate per la ricerca dell' unita, a cui tante anime anelano oggi da tutti punti della terra». *La Civilta Cattolica*, 7 febrero 1959, pág. 316.

«*A todos ellos pedimos* —se refiere el Papa a los celestiales intercesores en favor de su triple iniciativa— *un buen principio, una buena continuación y un feliz término* de estas proposiciones de trabajo valiente, luz para la edificación y la alegría de todo el pueblo cristiano, *invitación renovada a los fieles de las comunidades separadas, para que también ellos nos acompañen amablemente en esta búsqueda de la unidad y de la gracia por la que tantas almas suspiran desde todos los puntos de la tierra*» (29).

Pero el equívoco a que se prestó el texto de *L'Osservatore Romano* que apareció el martes 27 de enero tuvo el precedente del comentario que hizo el mismo domingo 25 el locutor de «Radio Vaticana», y que recogió la revista *Unitas,* de donde luego lo tradujo *Lumen*, marzo-abril, p. 170: «El mismo día del anuncio del próximo Concilio Ecuménico hecho por el Papa Juan XXIII la Radio Vaticana subrayó, entre otras cosas, el hecho de que el Concilio quería ser una invitación a las Comunidades separadas de la Sede Apostólica hacia la búsqueda de la unidad. El locutor prosiguió en estos términos: «Quizá haya sido una pura coincidencia el que el Santo Padre haya anunciado el Concilio invitando a las Comunidades separadas a la búsqueda de la unión precisamente el día en que terminaba el Octavario por la Unidad de la Iglesia. Pero no es una coincidencia el hecho de que Juan XXIII, antes de su pontificado, con ocasión de las importantes misiones regentadas, haya tenido oportunidad de entrar en contacto en el Oriente europeo con los hermanos separados... etc.»

Como se comprende fácilmente, el clima espiritual

(29) El texto oficial del «AAS», dice: «... Un buon inizio. continuazione e felice succeso... a lume, ad edificazione ed a letizia di tutto il popolo cristiano, *a rinnovato invito ai fedeli delle communita separate a segurici anch'esse ambilmente in questa ricerca di unita e di grazia a cui tante anime anelano da tutti i punti della terra*». «Acta Apostolicae Sedis», 51 (1959), 67-69.

existente después del último Radiomensaje, al que prestaron cordial acogida algunos Patriarcas orientales, juntamente con estas dos primeras versiones de un acontecimiento como un Concilio Ecuménico, el texto de cuyo anuncio no se conocía, fueron motivos suficientes para dar a los deseos del Papa un sentido directa y formalmente unionista. La reserva que se siguió en los días inmediatos a esta fecha en los medios vaticanos, y que recogió la prensa romana y los cronistas extranjeros (30), no fueron suficiente para contener la euforia que ya conmovía, en un optimismo ligero, a la cristiandad toda. Había que esperar a conocer el texto completo de la Exhortación a los Cardenales. Y este texto no apareció, según costumbre, en el diario vaticano. La única fuente seguía siendo el recuadro de *L'Osservatore Romano* antes citado y el comentario de «Radio Vaticana». Sólo un mes más tarde, cuando *Acta Apostolicae Sedis* del 27 de febrero, dió a conocer el texto oficial íntegro, se empezó a centrar en su justo alcance el sentido de los deseos de Juan XXIII en cuanto al Concilio. Con todo, hasta el día 1 de abril de 1959 no tenemos una interpretación auténtica del alcance de las palabras aparecidas en *L'Osservatore*. Y esa interpretación corre a cargo del propio Pontífice, quien en un discurso a los representantes de la Federación de Universidades Católicas explicó en qué sentido su pensamiento era que el Concilio fuese una invitación a las Comunidades separadas: «Como sabéis, hemos tomado la determinación, por muchas y muy importantes razones, de celebrar un Concilio Ecuménico. El cual ofrecerá de suyo un admirable espectáculo de concordia, unidad y unión de la Santa Iglesia de

---

(30) Crónica de Luis de la Barga, en *Ya*, el 27 enero 1959.

Dios... *será, por su misma naturaleza, una invitación a los hermanos separados,* que se honran con el nombre de cristianos, a que vuelvan al rebaño universal, cuya guía y custodia confió Jesucristo a San Pedro con un acto absoluto de su voluntad» (31).

Quedaba claro que no se trataba de *cursar invitaciones formales* para participar en el Concilio a las Comunidades separadas de Roma, que era lo que habíase extendido a través de todos los comentarios, católicos y no católicos. Tan sólo se aspiraba a que el Concilio mismo, *por su misma naturaleza* de espectáculo de unidad, unión y esplendor de caridad, fuese una invitación, una atracción especial para la vuelta al redil de Jesucristo.

El tema quedó, finalmente, fuera de toda duda en las aclaraciones hechas por el Emmo. Cardenal Tardini, Presidente de la Comisión Antepreparatoria del Concilio, en la conferencia de prensa a los corresponsales acreditados cerca del Vaticano. En esta ocasión se precisó que siendo el Concilio un acontecimiento interno de la Iglesia Católica no podrían tomar parte activa aquellos que no pertenecen a ella, aunque no se excluye el que puedan asistir en calidad de observadores, repitiendo Mons. Tardini textualmente las palabras de Juan XXIII antes citadas (32).

Cabe aquí una pregunta: ¿Ha habido rectificación o simple aclaración interpretativa del sentido inicial dado al anuncio conciliar?

Nos atreveríamos a decir que ni estricta rectificación ni mera aclaración interpretativa, sino tan sólo

---

(31) *Ecclesia*, 18-IV-1959, págs. 6-7; *L'Osservatore Romano*, 4-IV-1959: «Ut nostis, consilium cepimus... Oecumenicam Synodum celebrandi. Quae quidem... *natura sua*, invitamento erit disjunctis fratribus, qui christiano decorantur, ut ad universale ovile... redire possint.»

(32) *L'Osservatore Romano*, 1, 2-XI-1959, pág. 2.

fijación definitiva del alcance que en el pensamiento pontificio había de tener el anunciado Concilio. No es fácil admitir que en un tema de tantísima trascendencia como era la presentación ante el mundo del anuncio hecho por Juan XXIII en la Abadía ostiense el diario vaticano, aun dado su carácter no oficial como diario de la Santa Sede, no tuviese los más altos asesoramientos a la hora de redactar el recuadro aludido. Máxime cuando en esta ocasión no tenía que actuar contra reloj, ya que hasta el martes día 27 no saldría el diario vaticano. Otro tanto podríamos decir del comentario de «Radio Vaticana», aunque aquí el tiempo pudo tener su parte en la prisa, siempre mala consejera de las cosas que hay que hacer despacio. En consecuencia, se trataría de un texto conscientemente estudiado, en el que recogiendo la verdad de unos deseos y unos sentimientos fuera de toda duda, como son los sentimientos y deseos del Papa, se pudiera comprobar hasta qué punto, ante esas supremas y magnánimas disposiciones pontificias, iban a reaccionar las Comunidades separadas, especialmente aquellas que habían respondido con más esperanzas de acercamiento al llamamiento del Radiomensaje de Navidad; y a la vista de esa reacción, fijar luego, sin contorsiones interpretativas, el sentido definitivo del acontecimiento anunciado. Se trataba de una especie de «globo sonda», en el más alto sentido que este procedimiento puede tener legítimamente. Y los valores que entraban en juego bien merecían la comprobación que se iba a hacer.

Nos inclina a esta interpretación el hecho del silencio mantenido durante un mes largo acerca del texto oficial, sin que el diario vaticano, que con su recuadro había dado la primera ocasión a la universal interpretación unionista que circulaba por toda

la prensa y revistas del mundo, saliera al paso precisando en qué sentido el Concilio quería ser una invitación a los hermanos separados de Roma. Y aun después de aparecido el texto oficial, en el que se matiza menos el sentido unionista posible que en el recuadro de *L'Osservatore Romano,* pasa otro mes largo, hasta que el día 1 de abril el propio Pontífice explica la fórmula del *Concilio-invitación por su propia naturaleza* de espectáculo de unidad, de unión y de caridad. ¡Y todavía, hasta la conferencia de prensa del Cardenal Tardini, han de pasar nada menos que nueve meses! Entre tanto, miles y miles de comentaristas de todo el mundo cristiano, habían escrito y comentado cómo se haría la invitación, quienes acudirían, cómo se plantearían los problemas, etc., etc.

En nuestro sentir, pues, se dió una oportunidad a todos los hermanos separados de expresar sus disposiciones inmediatas y actuales. Y a la luz de ellas, Roma fijó definitivamente el alcance del anunciado Concilio Ecuménico. No hubo que rectificar, porque lo que se había expresado desde el primer momento seguía siendo una realidad, porque no se había dicho nunca expresamente el alcance que tendría la invitación que el pensamiento del Papa deseaba que tuviese el Concilio. No era una simple interpretación de una frase equívoca. Era la concreción y fijación definitiva a la luz de cuanto se había escrito y comentado en todo el mundo cristiano, católico y no católico. El momento no era propicio a más.

Tal vez se objete a esta interpretación nuestra que las manifestaciones del Cardenal Tardini no la admiten, toda vez que en ellas se rechaza la posibilidad de una invitación por razones generales y no circunstanciales, como es el hecho de que el Concilio es un acontecimiento interno de la Iglesia Católica y en él

no pueden tomar parte sino los que están en unión con ella. Es verdad; pero conviene, para ver el valor absoluto y teológico que tienen estas palabras, no olvidar los Concilios de Lyon (1274) y Ferrara-Florencia (1438-45), ambos unionistas, en el sentido directo de la palabra.

Finalmente, la repercusión y reacción que el anuncio conciliar tuvo entre los cristianos no católicos no sólo explican, sino que exigen la fijación concreta de objetivos señalados por Roma. Ir más lejos, de momento, hubiera sido contraproducente, como el mismo Papa ha reconocido públicamente ante un grupo de párrocos de Bolonia: «Si oyésemos voces y proposiciones del exterior y nos pusiésemos a discutir, otros se colocarían en nuestro camino y sólo conseguiríamos agravar las dificultades» (33).

Y esta reacción había que auscultarla, después del anuncio, ya que lo improvisado de éste, lo inesperado del mismo, había impedido sondeos previos en los ambientes cristianos interesados. Efectivamente, el propio Romano Pontífice ha declarado, en repetidas ocasiones, lo repentino de su decisión para anunciar su deseo de convocar un Concilio: «La idea del Concilio —dijo en el verano de 1959— no ha madurado como fruto de prolongadas consideraciones, sino como flor espontánea de inesperada primavera» (34).

---

(33) *Ecclesia*, 5-III-959, pág. 7.

(34) *Ecclesia*, 22-VIII-1959, pág. 8. La Prensa se hizo eco por aquellos días del anuncio de lo repentino de éste en el ánimo del Pontífice, según unas declaraciones suyas ante una representación de obreras católicas: «Sentí como un soplo, como una especie de aliento. Tomé unas notas, y puesto que había de ir a la Basílica de San Pablo, donde se encontraba la mayor parte de los Cardenales, aproveché la oportunidad para referirme ante ellos al Concilio. Y esto es todo.»— *A B C*, 12-II-1959, pág. 42; *Arriba*, 12-II-1959, pág. 13.—En el mes de mayo de 1960, ante los Consejos Superiores de las Obras Misionales Pontificias, Juan XXIII aludía de nuevo a este modo improvisado en que sintió la idea al dis-

La espontaneidad del gesto de Juan XXIII es compatible incluso con el ambiente existente en determinados medios eclesiásticos en torno a la conveniencia y hasta necesidad de convocar un Concilio Ecuménico. Recuérdese cómo ya Pío XI, en su primera encíclica, *Ubi arcano*, aludía a la posibilidad de convocar un Concilio, al menos virtualmente general, del Episcopado católico en Roma, como ha recordado *L'Osservatore Romano* del 22 de abril de 1960, bajo el título *Pío XI ed il Concilio Ecumenico*. En los días de Pío XII la idea vuelve a tomar cuerpo, no sólo en los medios eclesiásticos de altura, sino en publicaciones de divulgación. El Cardenal Ruffini ha manifestado cómo él mismo, hace veinte años, a los pies de Pío XII, se atrevió a sugerir el Concilio Ecuménico (35).

No obstante, la decisión de Juan XXIII fué totalmente espontánea y, como comenta *Irénikon*, tanto más eficaz, nadie lo duda, cuanto ha sido más personal, recogiendo unas palabras del 23 de abril de 1959 a este propósito: «Hemos anunciado el Concilio, siguiendo una inspiración, cuya espontaneidad nos ha llegado como un golpe repentino e imprevisto en la humildad de nuestra alma» (36).

Esta nuestra explicación sobre la definitiva concre-

---

ponerse a la celebración del 25 de enero de 1959: *L'Osservatore Romano*, 11-V-1960; *Ecclesia*, 21-V-1960, pág. 11.

(35) *L'Osservatore Romano*, 4-XI-1959, pág. 3.—La revista italiana *Palestra del Clero*, en el año 1958, sugería la idea de un Concilio Ecuménico para hacer frente a la crisis del Cristianismo *Irénikon*, 31 (1958), págs. 477-78. Esta misma revista *Irénikon* ha recogido en su número 3 de 1959, las tentativas y esfuerzos en este mismo orden, págs. 309-311. En una nota se hace eco de que el Cardenal Constantini tenía preparado un esquema detallado de 200 páginas sobre el Concilio futuro, afirmando que el propio Juan XXIII se hizo presentar este memorial al tener noticia de su existencia.

(36) *Irénikon*, 12 (1959), 310.—*Ecclesia*, 9-VII-1960, pág. 5.

ción de la finalidad fundamental del Concilio a la luz de los documentos que se examinan en nuestro trabajo la encontramos más en la objetividad de los acontecimientos que algunas manifestaciones que vienen apareciendo en los últimos meses sobre posibles presiones sobre las primeras intenciones del Papa por parte de círculos intransigentes, opuestos radicalmente a un Concilio, tal como se dejaba entrever en las palabres que dieron a conocer al mundo el propósito de Juan XXIII.

Una revista tan prestigiosa en cuestiones unionistas como es *Irénikon,* en su número 2 (1960), se hace eco en la *Crónica religiosa* del temor que existe entre numerosos cristianos, «*inquietos por la manera cómo ciertos medios influyentes ponen sordina a la voz del Papa,* que no cesa entre tanto de llamar al mundo cristiano para la restauración de la unidad» (37).

Recoge a este propósito unas palabras «vigorosas» de MONS. ELIAS ZOGHBY, Vicario patriarcal general greco-católico, *contra aquellos que reducen la Iglesia de Cristo a sus propias dimensiones, sin dejar lugar para otros.* Estas palabras, dada la autoridad de quien las pronuncia, son dignas de transcribirse:

«Estos tales se encuentran en todas las Iglesias y en todas las épocas históricas. Ellos no tienen siempre conciencia del mal que hacen, pero no por esto el mal es menos real. Son éstos los que han hecho abortar las tentativas de unión emprendidas a través de los siglos y que están ahora a punto de comprometer el Concilio de la Unidad presentándolo ante el mundo bajo una visión inexacta. Nosotros quisiéramos recordarles que el Papa Juan XXIII, al lanzar al mundo su llamada en favor de la unidad, no intentaba satisfacer deseos simplemente personales o exclusivamente católicos. El no hacía sino expresar la voz unánime de toda la cristiandad. Todas las Iglesias aspiran a la reunión... Nadie puede, pues, in-

(37) L. c., 198.

4

terpretar a su manera el Concilio convocado por Juan XXIII, señalar su orientación en un sentido o en otro, *reducir el mismo hasta hacerlo un concilio separatista o de nuevas definiciones dogmáticas y que nuevas medidas centralizadoras vengan a ensanchar el foso que separa a las dos Iglesias*» (38).

Las frases de MONS. ZOGHBY son fuertes y vigorosas. Y si el estado de ánimo de la cristiandad que ellas manifiestan tuviese el sentido unívoco unionista que él afirma, suscribiríamos totalmente su clamor generoso y valiente contra los entorpecedores del anhelo de unión de las Iglesias. Desgraciadamente, las manifestaciones que aquí recogeremos evidencian que las disposiciones espirituales y doctrinales de los cristianos ortodoxos y católicos, para no ampliar más nuestra visión, no son propicias hoy a un Concilio que tenga como fin fundamental realizar, teológicamente y canónicamente, la unidad de los cristianos separados.

Habría que matizar entre los deseos constantes de Su Santidad Juan XXIII, que están a todas luces en la línea unionista, y entre su deseo de que también el Concilio lo sea formalmente, sobre todo después de haber auscultado las disposiciones de toda la Cristiandad. Creemos que sus manifestaciones últimas, que recogen ya este sentir, y que expresan la posibilidad de que un Concilio para discutir la unidad lejos de acercarnos nos alejaría, son enteramente libres y personalísimas, obedecindo a un estado general de la Cristiandad que sería inoperante y hasta contraproducente ignorar.

En la misma línea de MONS. ZOGHBY están otras declaraciones de S. B. el Patriarca greco-católico, MAXIMOS IV, quien en una audiencia concedida al antiguo alcalde de Florencia señor La Pira, en enero de 1960, se expresaba en estos términos:

(38) L. c., 198-99.

«La unión es una idea-fuerza que, una vez desencadenada, debe necesariamente recorrer su camino. Desgraciadamente, la Jerarquía oriental católica, cuya misión primera es la de trabajar por la unión, se ve privada de sus medios de acción, por una serie de medidas estrechamente centralizadoras y en evidente contradicción con las declaraciones y promesas que vienen reiterando constantemente los papas... *En cuanto al Concilio anunciado, se tiene la impresión de que las intenciones generosas del Padre Santo no han tenido la suerte de agradar a ciertos medios, que se han creído obligados a atenuar las declaraciones del Papa, deformándolas de su sentido obvio tan perfectamente que, al darles crédito a ellos, en este Concilio de la unión, no se tratará de unión...*

»*No hay que desesperar... Habrá que empezar por convertir el Occidente latino al catolicismo, a la universalidad del mensaje de Cristo. Habrá que hacerles perder el gusto de querer controlar y regirlo todo, de reducirlo todo a su propio modo de pensar y obrar. El uniformismo nada tiene que ver con el universaslismo católico*» (39).

Con todo respeto, y sobre todo con plena valoración de la profundidad de los sentimientos que expresan estas ardorosas palabras de una jerarquía católica que por su situación pastoral misma entre los orientales vive y siente cada día el dolor lacerante de la desunión, creemos que admiten también una reverente aclaración. Nadie, fuera del Presidente de la Comisión Antepreparatoria del Concilio, Mons. Tardini, y del mismo Romano Pontífice, ha precisado, a través de los meses transcurridos desde el anuncio conciliar, el alcance que iba a tener éste. Y cuando se hacen las primeras concreciones de objetivos, pasados ya varios meses, había las suficientes declaraciones de las distintas Iglesias para decidir que un Concilio formalmente unionista, como se sobreentendía en un primer momento, no sería procedente. Una cosa quedaba clara y así la destacaron algunos comentaristas católicos: Si

---

(39) L. c., 199-200.

el próximo Concilio no podía ser unionista, por la impreparación de los ánimos, por ambas partes, la preocupación por la unión de los cristianos estaría inseparablemente ligada a los trabajos del Concilio por expresa y reiterada voluntad del Papa. Y esto, con la creación ya del Secretariado por la unión de los cristianos, creemos que se ha logrado.

Comprendemos y participamos del dolor de Monseñor Maximos; y con él fustigamos, si existen, los espíritus estrechos que por afanes menos elevados se puedan oponer, *a priori,* a todo intento unionista porque haya de llevar consigo ciertas concesiones en el plano orgánico de ciertas estructuras eclasiásticas. Pero preguntamos: ¿Qué sería de una reunión conciliar en la que Mons. Atenágoras y Mons. Jakobos de Malta, y teólogos como los que aquí citamos más adelante expresasen ante los obispos católicos que no es necesaria la unidad dogmática para la unión de los cristianos, que ni interesa volver a la unidad anterior al cisma, que es la Iglesia de Roma la que rompió esa unidad, y que luego ha corrompido el depósito de la fe con nuevas definiciones conciliares, que ellos los ortodoxos rechazaban de plano? ¿Se puede suponer que estos prelados orientales y sus teólogos habrían de silenciar, al discutir la unión, estos temas? ¿Es presumible que se llegase a convencerles, por vía de discusiones conciliares, de sus falsos supuestos y puntos de vista inexactos? La experiencia de Florencia, donde se discutió hasta el cansancio por ambas partes, con ponencias que duraban horas y horas, es una lección que no por lejana en el tiempo puede ser lejana también en el ánimo.

Continúa la revista *Irénikon* extractando un diálogo entre Mons. Maximos y La Pira, y que recoge a título de hacer ver directamente cómo se piensa en los dife-

rentes puntos del mundo cristiano. Y con la misma intención nosotros lo recordamos aquí. Según La Pira, el Papa deseaba un Concilio para la unión desde el primer momento, y que así lo anunció en su Mensaje del 25 de enero de 1959, y que será un Concilio así el que se celebrará. Pero que existen grupos «burócratas» que se oponen a ello, para defender a la Iglesia y tenerla en perpetua minoría, que incluso pretenden defender al Papa contra su buen corazón. Y ante estas afirmaciones, graves en su contenido, el Patriarca Maximos preguntó si el Papa era sabedor de estas tentativas de encerramiento. «Sí —rspondió La Pira—; así se dice». Añadiendo luego: «Nosotros debemos defender al Papa» (40).

Una lección se deriva de todo esto, cualquiera que pueda ser en definitiva su verdadero alcance y exactitud: el interés innegable que el tema de la reunión cristiana suscita entre todos; al fin, la discusión es un signo evidente de actualidad y de preocupación, aunque no todos los enfoques sean aceptables.

Existe, no podemos pasarlo por alto, en los ambientes autorizados católicos cierta aparente discrepancia al señalar los objetivos concretos del futuro Concilio en orden al tema de unión. A nosotros mismos nos llamó la atención que con sólo cuatro fechas de separación se produjesen dos declaraciones de parte de dos Emmos. Carednales, entre las cuales se dejaba entrever cierta diferencia a la hora de concretar los objetivos. Una, la conferencia de prensa que celebró Su Eminencia el Cardenal Tardini, como Presidente de la Comisión Antepreparatoria, en 30 de octubre de 1959, y en la cual se fijaba ya de modo claro que el Concilio sería un hecho interno de la Iglesia Cató-

---

(40) *Irénikon*, l. c., 200.

lica y que a él sólo tendrían acceso, con voz y voto, los obispos en comunión con la Santa Sede. Así apareció en *L'Osservatore Romano,* en su número de 1 de noviembre de 1959, páginas 1-2.

Cuatro días después, en el mismo diario vaticano aparecía el texto íntegro de la conferencia pronunciada en la Pontificia Universidad Lateranense por el Cardenal Ruffini, y en la cual se recogen las palabras de invitación unionista hecha por Juan XXIII, como un efecto a conseguir por el Concilio por su misma naturaleza, pero añadiendo luego: «Los fines bien precisos del Concilio no podían ser expresados con mayor brevedad y claridad», citando luego, en comprobación de su afirmación, las constantes llamadas que viene haciendo el Papa a la unión de los cristianos, incluyendo incluso el texto de *L'Osservatore Romano* del 26-27 de enero de 1959, que fué, como hemos probado, la ocasión de la interpretación unionista dada al anuncio papal. Todo un extenso apartado de la conferencia de Mons. Ruffini está dedicado al Concilio y a las Comunidades cristianas separadas de Roma (41).

Indiscutiblemente que no se puede decir que exista contradicción entre ambas manifestaciones. Pero la cercanía de una y otra hace resaltar los matices unionistas y no-unionistas que parece han de perfilar el futuro Concilio. No podemos suponer, dada la alta jerarquía de ambas personalidades, que desconociesen mutuamente las declaraciones que se habían de hacer, sobre todo cuando el 4 de noviembre ya eran públicas las manifestaciones de Mons. Tardini. Más bien nosotros entendemos estas diferencias de matices en el sentido unionista de preocupación por la unión cristiana, aunque no haya de ser el tema formal del Con-

---

(41) *L'Osservatore Romano,* 4-XI-1959, co. 3-4, pág. 3.

cilio, y que la frialdad que podrían producir las palabras del Presidente de la Comisión Antepreparatoria, como efectivamente sucedió entre los cristianos no católicos, pudieran tener en palabras de otro eminentísimo cardenal romano un reactivo en el sentido de que Roma no se despreocupa del tema de la reunión aunque el Concilio, por los motivos por nosotros destacados, no pueda abordarla en toda su complejidad. No se trata, pues, en nuestro sentir, de vaivenes o de influencias de un lado u otro, sino de táctica alentadora, que se expresa conforme permiten las realidades cristianas.

Más significación pueden tener otras palabras de un eminentísimo purpurado, en este caso S. E. el CARDENAL AGAGGIANIAN, quien en el mes de marzo de este mismo año 1960 decía en una conferencia en Milán:

«En el pensamiento de Juan XXIII, el Concilio no mira sólo a la edificación del pueblo cristiano, sino sobre todo a la búsqueda de la unidad religiosa de las Iglesias cristianas separadas... La unidad cristiana de estas últimas no es fácil, dado que están distribuídas en una variedad grande de confesiones religiosas. Las Comunidades disidentes orientales han manifestado su vivo interés por las próximas sesiones romanas, mientras que, en general, los protestantes han acogido con reservas la invitación a la unidad universal anunciada por el Papa...» (42).

Termina la revista *Irénikon* este tema de los fines del Concilio recogiendo unas palabras del CARD. ALFRINK, arzobispo de Utrech, en las que también se expresa en el sentido de que el Concilio no se podrá reducir a una serie de cuestiones de orden táctico, ya que no ha sido por esto por lo que el Papa ha convocado un Concilio. Y añade:

---

(42) *L'Osservatore Romano*, 13 marzo 1960; *Irénikon*, núm. 2, 1960, pág. 201; *Oriente Cristiano*, junio 1960, 4.

«En cuanto a los disidentes, angustiados por los problemas de la Unidad, no será posible continuar siempre invitándoles a dar ellos el primer paso, a pasar el foso que nos separa, ni exigirles una aceptación pura y simple de nuestros puntos de vista, de nuestras maneras de acción y de legislar. Los problemas son más complejos. Será necesario un gran rigor en mantener lo que es esencial, y una gran flexibilidad para lo accesorio» (43).

Finalmente, el propio Patriarca Ecuménico se hace eco de este posible cambio de intención en el Vaticano cuando dice en su declaración a unos periodistas chipriotas que «él tiene la impresión que el Papa ha renunciado a la convocatoria de un Concilio Ecuménico. Nosotros le hemos hecho saber que la Iglesia ortodoxa solamente participaría en él a condición de que la Iglesia anglicana esté igualmente representada. Los hechos recientes parecen testimoniar que el Vaticano se orienta hacia el reconocimiento de la existencia de otras Iglesias, subrayando la dimisión de dos cardenales que pertenecen a la escuela conservadora del aislamiento...» (44).

Cerramos estas observaciones con unas glosas del P. DUMONT, que estimamos están mucho más en la línea de los hechos, objetivamente examinados.

«La perspectiva de un Concilio no debe enredar las ideas. No parece que esté en el pensamiento del Papa que este Concilio sea una Concilio de unión... Pero parece cierto que en su intención el Concilio está llamado a concentrar con fuerza la atención y el interés de toda la Iglesia romana sobre la cuestión de la unidad, y sobre todo, sobre aquello que puede

---

(43) *Irénikon*, l. c. 201.

(44) *Document. Cathol.*, 5, junio 1960, 695.—No sabemos exactamente a quiénes se refiera el Patriarca al citar dimisiones cardenalicias. En todo caso, no tiene mayor interés el hecho, sino sólo su pensamiento del cambio obrado en la intención primera del Concilio.

hacerse en su seno para contribuir eficazmente a la aproximación de los hermanos separados...» (45).

En una palabra, creemos que no se trata de rectificación de los primeros objetivos conciliares por parte de Roma, debida o no a presiones de no sabemos qué grupos más o menos influyentes sobre el ánimo del Papa. A la luz de los testimonios recogidos, reveladores hasta la evidencia de la impreparación doctrinal y psicológica del momento en toda la Cristiandad, se trata tan sólo y simplemente de la fijación definitiva de los fines del Concilio, sin excluir en modo alguno que la preocupación por la restauración de la unidad entre todos los hermanos de la fe en Cristo y en su Iglesia, se deba desear y promover por todos, antes, durante y después del Concilio. Esta explicación salva las innegables invitaciones unionistas de Juan XXIII, en su sinceridad y en su constancia a toda prueba, y pone a buen resguardo la eficacia misma del Concilio como hecho interno de la Iglesia Católica.

Expuestos todos estos datos, que localizan exactamente el alcance del anuncio conciliar, vamos a estudiar la reacción que el mismo ha tenido en el mundo ortodoxo. La simple lectura de los documentos que siguen explican a toda luz cómo la toma de pulso de la cristiandad no católica, a través de la significación unionista que se dió al anuncio conciliar en los primeros meses demuestra que aún no ha sonado el momen-

---

(45) *Reunión*, enero-marzo 1960, 6. El mismo autor había escrito en *Istina*, núm. 4, 1959, 430, nota 7: «Es difícilmente comprensible que el primer anuncio del Concilio haya hecho pensar, en ciertos medios no católicos, que serían invitados al mismo representantes de todas las confesiones cristianas para tomar parte en la asamblea, y que de sus deliberaciones podría resultar en tan breve espacio, la restauración cristiana...»

to en la historia de la Iglesia de abordar, de frente y directamente, el problema de la reunión. La impreparación de los espíritus, de una y otra parte, como comenta el P. DUMONT, O. P., no aconseja la tentativa directa y a gran escala (46).

(46) *Vers l'Unite Chretienne*, janv.-fvr. 1959, pág. 3, col. 1.

II

REPERCUSION DE LAS INVITACIONES DE JUAN XXIII ENTRE LOS ORTODOXOS

CAPÍTULO PRIMERO

REACCIONES Y COMENTARIOS EN EL PATRIARCADO ECUMENICO, ANTERIORES AL ANUNCIO CONCILIAR

1. *Aclaración previa sobre nuestro objetivo.*

Se impone una aclaración previa sobre el objetivo que perseguimos con nuestro estudio. No tratamos de exponer las dificultades tradicionales e históricas que desde hace quince siglos vienen dividiendo a las Iglesias llamadas ortodoxas de la Iglesia de Occidente. Ni siquiera buscamos directamente una exposición de los motivos doctrinales que mantienen la división entre ambas. El *objetivo directo* de nuestra investigación se ciñe a la reacción suscitada en el mundo ortodoxo por las reiteradas llamadas de Juan XXIII a los cristianos separados de Roma, especialmente en el Radiomensaje navideño de 1958 y en el anuncio del Concilio Ecuménico tal como se presentó ante el mundo el 25 de enero de 1959. En otro lugar estudiaremos esta reacción entre los anglicanos y protestantes en general. Ahora nos limitamos a la Ortodoxia.

El estudio de esta reacción tiene como núcleo central el conocer *las disposiciones psicológicas* en primer plano, ya que tratándose de un problema como la reunión de las Iglesias separadas, en el que tanta parte

tiene la disposición de ánimo de los que se han de reunir, estimamos que el conocer estas predisposiciones anímicas, exactamente, objetivamente, tiene un valor determinante para el enfoque total del problema de la desunión cristiana y de su posibilidad de solución. Teniendo esto en cuenta, estimamos que la interpretación unionista dada en los primeros meses al anuncio conciliar ha prestado un servicio del más alto interés a la causa cristiana, ya que esa interpretación ha permitido que la reacción de los hermanos separados de la Sede Apostólica haya girado en torno a ese tema de la desunión y de la unidad de la Iglesia; y gracias a esto hoy tenemos una visión de presente, una auténtica toma de pulso, un conocimiento al día de las disposiciones de las Iglesias no católicas con relación a Roma.

Como hemos comentado más arriba, esto mismo ha intentado conocer la Iglesia al dejar pasar nada menos que nueve meses antes de precisar de un modo autorizado la finalidad concreta del Concilio, excluyendo expresamente una actuación unionista directa y formal. Y aun esto no absolutamente, ya que el Cardenal Tardini subrayó que el problema de la participación o simple invitación como observadores de los hermanos separados se estudiaba atentamente. La creación de un *Consejo* especial o *Secretariado*, entre las Comisiones Preparatorias del Concilio Ecuménico, para tratar el problema de la unidad cristiana, prueba evidentemente que si el Concilio como tal no será unionista, tampoco se despreocupará del tema de la desunión cristiana. Las disposiciones psicológicas no han autorizado a llegar al todo; pero sí, ciertamente, a establecer unos contactos que, sin ir más lejos, fueron imposibles en el Concilio Vaticano I. Unas frases de S. S. Juan XXIII así lo han reconocido; recordando

cómo «en 1897 fué acogida una Carta del inmortal León XIII, que invitaba a los alejados a volver a la Casa del Padre, con manifestaciones de áspera negativa, más aún, con insoportable desprecio; hoy, en cambio, las mayores esperanzas se han manifestado ya, al solo anuncio del próximo Concilio, y ha habido bastantes indicios del profundo deseo de nuestros hermanos separados de conseguir la unidad» (47).

De pasada, como respaldo de esta disposición psicológica, hemos de recoger los motivos diversos en que la basamentan nuestros hermanos separados, especialmente los de índole teológica y canónica, pero sin que pretendamos hacer aquí un estudio directo de los expresados motivos doctrinales, que, por lo demás, son bien conocidos de todos. La novedad que puede aportar nuestro estudio es el poner de manifiesto *la persistencia y profundidad* con que esos motivos históricos perviven y actúan sobre los ortodoxos de hoy.

Finalmente, seguiremos un plan uniforme en cada una de las partes de nuestro estudio, dividido conforme a las distintas Iglesias ortodoxas de las que nos ha sido posible reunir datos suficientes; y dentro de cada Iglesia, expondremos los datos referentes a las disposiciones de las autoridades jerárquicas, de los teólogos y de publicistas en general, especialmente en la Prensa.

2. *Reacciones y comentarios del Patriarcado Ecuménico.*

a) Manifestaciones de las autoridades jerárquicas antes del anuncio conciliar:

---

(47) *Ecclesia,* 5-III y 9-VII 1960, págs. 7 y 5. Son dos discursos en los que repite a la letra casi los mismos conceptos, y que nosotros presentamos en el mismo párrafo.

Hemos recogido más arriba, al hablar de la misión de Mons. Roncalli entre los católicos orientales en países ortodoxos, así como de sus manifestaciones posteriores en pro de estas regiones cristianas, el ambiente de simpatía y grato recuerdo que dejó allá. Recuérdese la manifestación del Patriarca Ecuménico, Atenágoras I de Constantinopla, en los días de la elección de Juan XXIII, expresando su «gran alegría» al conocer que había sido elegido Papa Mons. Roncalli, quien tan excelentes recuerdos había dejado entre los cristianos orientales durante los años de su permanencia en aquellas regiones (48).

En este clima de favorable predisposición psicológicaca llegan allá las llamadas y deseos unionistas de Juan XXIII, primero en su Radiomensaje navideño de 1958 y un mes más tarde en el anuncio conciliar. Era de esperar una reacción muy distinta a la suscitada en tiempos de Pío IX y León XIII. Y, efectivamente, las esperanzas no quedaron del todo frustradas. El Patriarca Ecuménico, Primus inter pares, entre los grandes patriarcados de la Ortodoxia, fué también el primero en responder al Mensaje pontificio navideño (49).

---

(48) *Irénikon*, 1 (1959), 79-80.

(49) Sobre la Iglesia Oriental existen magníficos estudios católicos y obras y artículos de divulgación: A. S. HERNANDEZ, S. J.: *Iglesias de Oriente*, Santander, 1959; GUILLERMO DE VRIES, S. J.: *Oriente Cristiano, ayer*, y *Oriente Cristiano, hoy*, dos vols. Madrid, 1953; HILARIO GOMEZ: *La Iglesia rusa* y *Las Sectas rusas*, dos vols. —Madrid. 1948-1949—, con numerosa bibliografía sobre las 14 iglesias autocéfalas que forman las llamadas iglesias ortodoxas; véase una buena síntesis en *Orbis Catholicus*, abril 1959, 342 45; *Lumen*, marzo-abril, 1959, 177; sobre el Patriarcado de Constantinopla y su historia: *Cristiandad*, 1, 15 marzo 1959, 198-201; en *Razón y Fe*, junio 1959, 578-79, unas notas muy certeras sobre el tema: «G. DE VRIES, S. J.: *Uno sguardo all' Oriente cristiano; La Civilta Cattolica*, 110, III (1959), 169-177, con notas histórico-estadísticas muy al día; GIOVANNI CAPRILE, S. J. *Il Concilio Ecumenico vista da alcune Chiese Orientali separate*

He aquí el texto íntegro del Mensaje de Atenágoras:

«Porque nuestra Santa Sede apostólica y ecuménica y nosotros mismos personalmente rezamos sin cesar por la unión de las Iglesias, acogemos con alegría todos los llamamientos hechos en nombre de la paz en la Iglesia. Nuestra alegría es naturalmente más grande cuando es del antiguo centro cristiano de Roma de donde procede tal llamamiento a la unión.

»El triste espectaculo de la Humanidad de hoy, viviendo en medio de pruebas dolorosas debidas a la falta de inteligencia mutua y a la incapacidad de los pueblos para vivir juntos en paz, obliga a los dirigentes de las Iglesias cristianas a reexaminar sus deberes. Nuestro deber común de jefes religiosos es hacer saber al mundo que la técnica y los avances científicos no bastan para edificar una nueva civilización mundial, por la simple razón que no es posible civilización sin base espiritual, religiosa y moral. Cristo sólo es quien hace posibles el amor, la paz y la justicia entre los hombres.

»Así, profundamente conscientes de este deber, declaramos el sincero deseo de nuestra Iglesia ortodoxa de perseverar en la oración y en las súplicas por la paz del mundo entero y así colaborar de una manera positiva y práctica por el progreso de la causa de la unidad cristiana.

»Estamos contentos y deseosos de colaborar con todos. Participamos ya plenamente en las grandes organizaciones intereclesiásticas y estamos dispuestos a entrar en contacto con la antigua Iglesia romana, a fin de aligerar «la angustia de las naciones que no saben qué hacer... en el terror de la espera de lo que sucederá sobre la tierra» (Lc. 21, 25-26) y de

---

La Civilta Cattolica, 110, II (1959), 620-28, con datos estadísticos muy exactos en la pág. 622, nota (2); también datos histórico-estadístico-geográficos en *La Documentation Catholique*, 17 janv. 1960, cols. 112-13; A. G. VUCCINO: *Rapporti tra Cattolici e Ortodossi* (s. XVII-XVIII): *Unitas*, sett.-ott. 1959, 149, 154; sobre geografía de las iglesias orientales: *Ecclesia*, 4-IV-1959. Para muchos aspectos teológicos y ecumenistas es siempre un arsenal la revista *Istina*, así como *Irénikon, Eglise Vivante*, etc. Dos obras interesantísimas en datos estadísticos e históricos: *Bilan du Monde*, 2 vols., 1958-1960, edit. Casterman, Tournai, y A. FREITAG, S. V. D.: *Atlas du Monde Chrétien*, Paris-Bruxelles, 1959, con gran profusión de mapas en color y datos interesantísimos. La actual Jerarquía ortodoxa, con sus nombres y títulos y número aproximado de fieles, en *Oriente Cristiano*, abril 1959, 8.

realizar la esperanza de los hombres de ver dibujarse un tufuro más feliz.

»Consideramos, pues, como muy oportuno que en la situación catastrófica en que se encuentra hoy la Humanidad, que nosotros, llamados por Dios a vigilar todo lo que se presenta y a llevar cada día la preocupación de todas las Iglesias (Cor. 11, 28), nos encontremos y pensemos juntos en las necesidades más profundas y más imperiosas de millones de fieles de nuestras Iglesias, de tal suerte que encuentren la solución o, al menos, alivien a los problemas que les asaltan.

»Mientras duran las presentes fiestas, nuestro espíritu estaba lleno de estos pensamientos y problemas; la última nueva nos ha llegado indirectamente del último llamamiento de Su Santidad, el Primado de la Iglesia romana, por la unión de las Iglesias. Nosotros recibimos este llamamiento con espíritu fraternal, pues lo interpretamos como la expresión de una clara comprensión de que las fuerzas espirituales —cuya plenitud y fuerza desembocan en el estado ideal y altamente deseable de unidad que el Señor ha confiado a su Iglesia— deben realmente encontrarse y unirse de nuevo. Tal reunión de fuerzas espirituales no es, por cierto, posible en el estado actual de división y discordia que reina después de siglos.

»Además, comprendemos el llamamiento contenido en el Mensaje de Navidad de Su Santidad como el índice de que el sentido de Navidad no se encuentra en cualquier vaga noción de perfectibilidad o de virtud cristiana en general, sino en el poder que permite al hombre mortal redescubrir su perdida semejanza con el Creador; el Mensaje de Navidad nos señala el camino de la reconciliación de unos con otros y con Dios, que se nos pide a todos.

»Es por esto por lo que estamos absolutamente convencidos que toda invitación a la unidad debe acompañarse de hechos y de actos de tal naturaleza que prueben que nuestras palabras y nuestras obras estén plenamente de acuerdo; en verdad, esto podrá acercar a Dios a los miembros de nuestras Iglesias, al menos en el terreno del cristianismo práctico, de momento, y siempre en un espíritu de igualdad, de justicia, de libertad espiritual y de respeto mutuo.

»En el curso de estas fiestas sobre la Epifanía de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo que se manifestó en Oriente —ha dicho el Patriarca Atenágoras— nos parece apropiado esperar y orar en esta ocasión en que las miradas de todos los cristianos se han vuelto hacia el Oriente, de donde ha venido el Padre de la eternidad, el Príncipe de la Paz, que la santa

Iglesia romana se vuelve igualmente en un espíritu fraternal del lado de Oriente. Tales son nuestros votos y nuestra esperanza a la invitación de Su Santidad, el nuevo Papa de Roma, Juan XXIII, bien conocido, amado y respetado en nuestras regiones. Y este voto no es únicamente nuestro: es el deseo de todos los cristianos que esperan ver elevarse la aurora de un año verdaderamente nuevo en Cristo» (50).

Examinemos brevemente el Mensaje de Atenágoras. Es innegable que todo él respira una acogida benévola y hasta cordial al llamamiento del Papa. Un tono inconcebible hace medio siglo. Supone, pues, un progreso en la *actitud psicológica* en que hoy vive el mundo ortodoxo en su disposición hacia Roma, especialmente entre sus autoridades eclesiásticas. Conviene, no obstante, tener en cuenta, para una valoración objetiva del ambiente ortodoxo, que el Mensaje del Patriarca constantinopolitano fué acogido diversamente entre los mismos ortodoxos. Así el diario *Kathimerini* del 4 de enero vió un signo optimista en el Mensaje del Patriarca oriental correspondiendo al Papa Juan XXIII, augurando incluso una participación de la Iglesia Romana en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» y en sus tareas sociales, añadiendo que era posible que la unión de la Ortodoxia con la Iglesia Católica viniese después de la unión de la primera con las Iglesias protestantes. *Vima*, también del 4 de enero, se mostró más pesimista frente al Mensaje de Atenágoras: «Un problema tan grave, que viene ocupando ya varios siglos, no podrá ser resuelto tan pronto y tan fácilmente, a pesar del intercambio de augurios entre el Vaticano y el Patriarca de Constantinopla»; aña-

---

(50) El texto lo tradujo al francés el diario de Constantinopla *Istambul*, 3-4-I-1959, de donde lo reproduce *Documentation Catholique*, 1 fevr. 1959. cols. 159-60; *Irénikon*. 1, 1959, 91-93; *Lumen*, ener.-feb. 1959, 65-67, *Cristiandad*, 1-15 marzo 1959, 197; *Oriente Cristiano*, marzo, 1959, 5.

diendo además el citado diario que *el tono conciliador del Patriarca no expresaba con suficiente claridad la posición ortodoxa frente a Roma.* Más alentador el tono de *Anaplasis,* revista publicada por un grupo de estudiosos que anhelan superar el nacionalismo en los problemas religiosos y espirituales, y que escribían en el número de marzo aprobando abiertamente la posición de Atenágoras como «posición verdaderamente cristiana y ecuménica» (51).

América, en su número del 28 de febrero, recogía otros acentos también pesimistas, advirtiendo que los puntos de vista del Patriarca Ecuménico no eran compartidos por otros miembros del clero y del laicado. Y el corresponsal del *New York Times* en Ankara escribía el 1 de febrero destacando los obstáculos existentes para la reunión y puntualizando que «existía allá un difuso escepticismo sobre que la unidad se pueda llevar a cabo en poquísimo tiempo» (52).

Es evidente que a nadie, conocedor del problema de la desunión cristiana, se había ocurrido un efecto fulminate, aunque cierta parte de la prensa española diese la impresión de que toda estaba al caer, como parece que también esperaba el corresponsal del diario neoyorquino. Lo que sí es cierto, y recogemos el sentir de *Irénikon,* es «que desde hacía mucho tiempo no se habían sentido en Oriente acentos de una voz tan alentadora en favor de la unidad y que las palabras del Pontífice Romano no habían sido subrayadas con tanta benevolencia (53).

Veamos cómo acogió el mundo occidental católico el Mensaje del Patriarca de Constantinopla, antes de expresar nuestro juicio sobre el mismo.

---

(51) *La Civilta Cattolica,* 18 jul. 1959, 179.
(52) *La Civilta Cattolica,* 20 jun. 1959, 625.
(53) *Irénikon,* 1, 1959, 93.

A decir verdad, los medios católicos no han sido pródigos en comentarios al Mensaje de Constantinopla, limitándose en su casi totalidad a su transcripción literal, que al prescindir de glosar detalles han dado lugar a un difuso optimismo occidental católico que puede llevar a esperanzas ilusorias sobre la posibilidad del acercamiento. ¡Y nada lleva más a la desilusión amarga que las falsas ilusiones! Tal vez el silencio de los comentarios han preferido dejar percibir la buena disposición psicológica del Patriarca para rehuir el trasfondo doctrinal, menos alentador ciertamente para la causa de la unión. La misma revista *Irénikon* ya hemos visto que sólo pondera ese reflejo psicológico, sin más comentarios.

Sin minimizar, ni mucho menos, la importancia que encierra el gesto constantinopolitano y lo que él supone de avance afectivo en la relación de Roma y la Ortodoxia, los supuestos teológicos que afloran en la letra del texto, y las mismas aspiraciones unionistas que se señalan, son mucho menos prometedores.

Comienza Atenágoras puntualizando que ha conocido *indirectamente* la nueva llamada de Su Santidad, dando a entender que no ha existido una comunicación directa ni una invitación personal por parte de Roma. A través de sus diversas manifestaciones, nada deja entrever que el obstáculo básico al entendimiento Roma-Constantinopla, el Primado universal del Papa, haya cedido en su fuerza oposicionista. Al contrario, se habla de «Jefes de las Iglesias Cristianas» entre los cuales se encuentra, con la celebridad histórica consabida, pero sin otro reconocimiento expreso de más autoridad, el centro cristiano de la antigua Roma, llamándose al Papa «Primado de la Iglesia romana». Sus deseos de colaboración con el Catolicismo Romano se garantizan por el hecho de la colabo-

ración ya existente con los grandes organismos eclesiásticos internacionales, como es el «Consejo Ecuménico de las Iglesias».

Una lectura atenta del Mensaje deja ver claramente que el Patriarca se mueve en un plano de aspiraciones de *orden práctico,* buscando la unión de las fuerzas espirituales de todas las Iglesias para hacer frente a la situación catastrófica en que se encuentra la Humanidad actual. Sus palabras son claras a este respecto: «Estamos plenamente convencidos que toda llamada a la unidad debe ir acompañada de hechos y de actos suficientes para probar que nuestras palabras y nuestras obras están de acuerdo; así se podrá conseguir que se acerquen a Dios los miembros de nuestras Iglesias, *al menos en el terreno de un cristianismo práctico por el momento, y siempre en un espíritu de igualdad, de justicia, de libertad espiritual y de mutuo respeto*».

En el fondo de estas expresiones late una diluída queja de que Roma habla de unión y acercamiento, pero no acompaña sus palabras con hechos que prueben esa disposición. Y la aspiración de una colaboración en el orden práctico, aunque se aclare que es la aspiración del momento, está bien diáfana.

Si posteriores declaraciones de Atenágoras, con motivo del anuncio conciliar, no reflejasen una más profunda discrepancia teológica en torno al problema de la unidad de la Iglesia, habríamos de reconocer que su visión en el Mensaje es certera, ya que sería utópico pensar que tantos siglos de división y de enconos mutuos podrían tener un final repentino en la unidad teológico-canónica que exige la Iglesia de Jesucristo. En consecuencia, como táctica para una integración total posterior, es indiscutible que será fecunda una colaboración inicial en el orden práctico. El mismo

Juan XXIII, en su Exhortación al Clero de las Tres Venecias, señala este proceso unionista: «En Oriente, el acercamiento primero, el contacto después y la reunión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua madre común» (54).

El Card. Bea, Presidente del «Consejo para la Unión de los Cristianos», en una conferencia de prensa celebrada en el pasado junio en Nueva York, a propósito de los obstáculos que impiden la unión total de los cristianos con la Iglesia de Roma, recogía las precedentes palabras del Papa y las glosaba en el sentido expresado, aplicándolas al Oriente conforme hizo Juan XXIII» (55).

Tendremos confirmación de todo esto cuando más adelante comentemos otras manifestaciones de Atenágoras en torno al problema que nos ocupa, con motivo del anuncio conciliar.

En *Grecia,* cuya Iglesia tiene una importancia singular entre los ortodoxos, por ser el grupo más numeroso y compacto entre las Iglesias no sometidas a la opresión soviética del Telón de Acero, las manifestaciones sobre el Mensaje navideño de Juan XXIII están en la línea de su acentuado antirromanismo, tal vez el más marcado aún en la Ortodoxia. Aunque la Jerarquía ha guardado silencio hasta ahora, que sepamos, no han faltado manifestaciones en algunos órganos de expresión (56).

Ekklisía, órgano oficial de la Iglesia Ortodoxa Griega, publicó en su número del 15 de enero de 1959 un editorial firmado por TEODOSIO SPERANTSAS, con un título ya de suyo muy significativo: *De esta manera*

---

(54) *Ecclesia*, 9-V-1959, 9.

(55) *La Civilta Cattolica*, 2 julio 1960, 90.—*La Croix*, 3-4-VII-60.

(56) Un buen resumen sobre la Iglesia Griega en *Cristiandad*, noviembre 1959, 433-35; *La Civilta Cattolica*, 18 jul. 1959, 178-86, etcétera.

solamente. En él, después de afirmar que la llamada de Juan XXIII a la comunión y a la unidad «naturalmente que encontró en toda alma ortodoxa un eco de real simpatía», pasa a hacer unas consideraciones que en su simple lectura dicen mucho más que cualquier comentario nuestro. Parte del supuesto de que la Ortodoxia se mueve dentro del «espíritu evangélico» o «espíritu griego», en contraposición a la Iglesia de Occidente, toda ella empapada de «espíritu romano» que hace el autor sinónimo de espíritu terrenal y origen de todos los males. Luego continúa el autor:

«Podemos decir sin exageración que, en tanto que la Iglesia ortodoxa oriental ha conservado y conserva las enseñanzas apostólicas sin alteración ni deformación, exactamente como nuestros Padres las recibieron de testigos oculares y servidores del Verbo hecho carne, *el papismo, en cuanto heredero del espíritu romano, y a cambio de una realeza y poder terrenales, ha modificado e interpretado mal la venerable verdad evangélica y conciliar*... La Iglesia católica romana, influenciada, como hemos dicho, por el espíritu romano, *avanzó de desviación en desviación*, hasta llegar a reconocer a un ser humano como infalible, considerando a su Jefe como otro Dios sobre la tierra, *exactamente igual que en la antigua Roma* se celebraba la apoteosis del Divino César...» (57).

La revista *Irénikon* glosa brevemente estas tremendas afirmaciones con estas acotaciones breves: 1) La incomprensión que supone de la infalibilidad papal. 2) La opinión simplista que revela sobre la historia del cisma. 3) El prejuicio nacionalista expresado en que el espíritu griego no puede ser sino cristiano. Y luego añade: *Este pasaje es importante, porque, queramos o no, es esta la voz de la Ortodoxia griega moderna*. Y en comprobación cita un texto de un obispo ruso en el que se afirma que «atribuyendo a los Papas

(57) *Irénikon*, núm. 2, 1959, págs. 219-20.

el derecho de un juicio infalible, la Iglesia Romana los ha elevado por encima de las criaturas y les confiere un poder divino» (58).

SPERANTSAS continúa luego su artículo con una serie de consideraciones en torno a la actualidad que tiene hoy en el mundo cristiano el tema de la unidad, como nunca antes tuvo ciertamente. Destaca como un motivo más de trabajar por ella el peligro de las amenazas comunistas. Apela luego a las grandes virtudes cristianas de la caridad y de la humildad, a fin de que cada confesión cristiana esté pronta a reconocer sus errores. Pero no obstante estos datos, que tienen ya mucho fondo para un diálogo que precise los conceptos, a nosotros nos parecen mucho más graves y difíciles de superar dos supuestos y dos afirmaciones contenidas en el artículo de *Ekklisia:* Una, que la Iglesia ortodoxa es la única que ha permanecido fielmente adherida a las enseñanzas evangélicas y conciliares y constituye la expresión más auténtica del Cuerpo Místico del Salvador. La segunda afirmación versa sobre la naturaleza de la Iglesia: Por encima de las diferentes confesiones cristianas se realza la Iglesia ecuménica una, cuyo objetivo final es el reino de los cielos (59).

Estos supuestos crean una resistencia psicológica e ideológica dificilísima de superar. Cuando partimos del supuesto de que nuestra posición no sólo es verdadera, sino la única verdadera, no siéndolo, la fidelidad a la verdad se convierte fácilmente en obstinación. Se crea entonces lo que se llama la resistencia social a las influencias de afuera. No cabe diálogo, sino misión.

---

(58) *Irénikon*, l. c., pág. 220, nota 1. La cita rusa está tomada de la revista de los estudiantes rusos de París *Vestnik*, núm. 1, 1959, en el artículo *Sobre la convocación de un Concilio ecuménico*, pág. 4.

(59) *Irénikon*, l. c., págs. 220-21.

Esta idea de la Ortodoxia greco-oriental la lleva tan a filo de espada, que en la Conferencia mundial de la Comisión «Fe y Constitución», celebrada en 1952 en Lund (Suecia), en la primera sesión, el Metropolita Atanágoras, entonces en representación del Patriarcado de Constantinopla, uno de los seis presidentes del «Consejo Ecuménico de las Iglesias» y a la par vicepresidente de la Comisión «Fe y Constitución», leyó una declaración en la que se hacía constar que la delegación ortodoxa no tomaría parte en las disputas dogmáticas ni votaría en las resoluciones referentes a la fe, culto y estructura eclesiástica, sino sólo se prestaría a ayudar fraternalmente a los reunidos en Lund en sus investigaciones. Y la Iglesia greco-ortodoxa fué declarada «la sola y completa Iglesia, el Cuerpo de Cristo, el solo con mandato apostólico, la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica... que había permanecido sin cambio desde los tiempos apostólicos» 60).

La segunda idea sobre la naturaleza de la Iglesia, por encima de todas las confesiones cristianas, es la que hace posible la pretensión apuntada por Alivizatos especialmente de ir no a una integración unitaria, como lo exige el concepto católico de unidad de la Iglesia, sino a una coexistencia en el respeto mutuo y una colaboración en los afanes pastorales. Ambos supuestos, de naturaleza teológica, darán mucho que hacer en todo coloquio para la unión.

Aunque no toda la Ortodoxia esté en esta línea de Sperantsas, no conviene olvidar ni lo que supone la Iglesia de Grecia y lo que *Ekklisía* representa como órgano oficial de la misma. El cambio psicológico se ha operado en ella en menor escala, sin duda, que en

(60) *Introduction a l'Oecumenisme*, de MAURICE VILLAIN, página 36, nota 5.

otras regiones ortodoxas. Otros testimonios posteriores nos convencerán de ello.

Confirma esta actitud oposicionista el diario liberal ateniense *To Vima* al escribir en su número de 30 de diciembre de 1958, comentando el Mensaje papal, que su llamada era «la repetición de un viejo y desafortunado intento, irrealizable en el pasado como en el presente. Sólo la búsquda de un nuevo *modus vivendi*, fuera de los viejos esquemas, es aceptable para los cristianos separados y podría asegurar el éxito de un eventual intento de coordinación de las fuerzas cristianas contra el indiferentismo religioso y el ateísmo» (61).

La tendencia del articulista es inequívoca: Una cooperación de orden práctico para hacer frente a las fuerzas anticristianas. Y es claro que el autor se halla en la línea del Mensaje de Atenágoras, aunque con una mentalidad menos eclesiástica y más liberal, ya que no deja lugar a esperanzas de mayor acercamiento en el futuro. Una unión sobre esquemas nuevos es una colaboración enteramente práctica y de tipo federalista. Es verdad que frente al ateísmo militante que todo lo invade, Pío XII repetidamente apeló a la unión de todos los hombres de buena voluntad del mundo: pero este no es el caso de las llamadas de Juan XXIII con miras a la restauración de la unidad cristiana (62).

En la misma fecha, y comentando el citado Mensaje papal navideño, otro diario ateniense, conservador en sus tendencias, «ponía en guardia a sus lectores frente a la invitación de Roma, sosteniendo además que los motivos del cisma no fueron tanto dogmáticos como

(61) *La Civilta Cattolica*, 18 julio 1959, 179; *Cristiandad*, noviembre 1959, 434.

(62) Para el estudio del pensamiento de Pío XII, en este orden, véase nuestro estudio *Una empresa de Cruzada*... Madrid año 1954.

políticos frente a las reivindicaciones de la Santa Sede de un indebido primado de jurisdicción sobre toda la Iglesia: Roma faltaría, por esto, a un espíritu ecuménico y universal, necesario a la verdadera unión; así, por ejemplo, desde siglos, se sienta en el solio pontificio un italiano, aunque no sea así la mayoría de los fieles. Por esta estrechez de límites y de corazón Roma sería incapaz de reunir a toda la Cristiandad y de crear un clima verdaderamente fraterno; por lo tanto, permanezcamos buenos parientes, que se aman mutuamente y viven en concordia» (63).

(63) *I Kathimerini* en *La Civilta Cattolica*, 18 julio 1959, 179.

CAPÍTULO SEGUNDO

MANIFESTACIONES CON MOTIVO DEL ANUNCIO CONCILIAR

El corto espacio de tiempo que media entre el Mensaje natalicio de Juan XXIII y el anuncio conciliar —un mes y un día exactamente— ha hecho que la importancia del segundo acontecimiento haya atraído sobre sí la totalidad de los comentarios a las manifestaciones unionistas del Papa. Así, pues, pasamos sin más a exponer las reacciones suscitadas en el mundo ortodoxo acerca del anuncio pontificio del 25 de enero de 1959. Y conforme hemos advertido, buscaremos los síntomas de las *disposiciones psicológicas* a través de las diversas manifestaciones de la Jerarquía, de los teólogos y de las revistas y prensa en general.

1. *El Patriarca de Constantinopla:*

El director de la acreditada publicación católica *Herder Korrespodenz,* de Friburgo, hizo una información llena del más alto interés en la reunión celebrada en el año 1959 en Maria Laach, dedicada totalmente al tema del Concilio. De ella destacamos dos afirmaciones que prestarán mucha luz para la exacta valoración de cuanto vamos a transcribir acerca del mundo ortodoxo en relación con el futuro Concilio. La primera de estas afirmaciones entra por los ojos de cuantos vengan siguiendo el movimiento de la Ortodoxia

en los últimos meses, a saber, que el anuncio del Concilio ha despertado la conciencia de las Iglesias otodoxas. Los viajes del Patriarca Ecuménico por todo el medio y cercano Oriente, así como la convocatoria de una reunión de todas las Iglesias en el próximo mes de septiembr, son buena prueba de ello.

La segunda, menos evidente en general, tiene un gran valor para nosotros. Se refiere al Patriarca Atenágoras y dice textualmente:

> *«Es cierto que la actitud del Patriarca Atenágoras lleva en sí, aun en el interior de su misma Iglesia, ciertos equívocos. Su posición en Estambul es bien precaria; su influencia es contrarrestada en algunos países del Medio Oriente. En la política de unión él quiere jugar el papel de puente o de bisagra entre el «extremismo» de la Iglesia Católica y el «liberalismo» del «Consejo Ecuménico» de las Iglesias»* (64).

La exactitud de esta apreciación, sobre todo en lo referente a los equívocos que surgen en sus diversas declaraciones, podremos nosotros comprobarla en los documentos que citaremos más adelante.

Con mucho más conocimiento de causa, el P. Dumont, O. P., estudia en *Istina* esta actitud del Patriarca Atenágoras y en general de los ortodoxos en relación con el Ecumenismo y la Iglesia Católica. Destaca el célebre ecumenista católico las discrepancias existentes entre el punto de vista de Atenágoras y el de otros prelados y teólogos ortodoxos en cuanto a la participación de la Ortodoxia en el movimiento «Fe y Constitución» y en el problema actualmente planteado sobre la integración del «Consejo Internacional de Misiones» en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias». En Rodas, en agosto de 1959, fueron muchas las voces ortodoxas que se levantaron en contra del proyecto,

---

(64) *La Croix*, 31-V-1960.

aun en disonancia con el criterio de Atenágoras (65).

Una cosa es clara, la actitud dinámica emprendida por el Patriarca Ecuménico en establecer contactos directos entre los Patriarcas y Obispos ortodoxos con miras a la celebración en Rodas, en septiembre 1960, de un Pre-Sínodo Pan Ortodoxo. Y todo esto en función de un acercamiento entre la Iglesia Romana y la Ortodoxia. No es tan claro hasta dónde llegan las exigencias de ese mayor acercamiento. Por algunos de sus mensajes y manifestaciones parece cierto que Atenágoras aspira a la unidad total de integración eclesial, unidad en la fe, en la estructura y en la vida sacramental. Otras veces, sus palabras quedan muy lejos de esta visión teológico-canónica de la única unidad auténtica de la Iglesia de Jesucristo. Si, además, tenemos en cuenta que personalmente el Patriarca Ecuménico no podrá decidir nada por vía de jurisdicción sobre los otros Patriarcas y Obispos ordtodoxos, así como la amplia libertad de movimiento de los teólogos y seglares en la vida y régimen de las Iglesias orientales, es cierto que sus manifestaciones personales no pueden ser supervaloradas en cada texto particular, independientemente de su pensamiento y del pensamiento de otras autoridades ortodoxas.

El P. Dumont, con la competencia que sabemos posee en cuestiones ecuménicas, especialmente ortodoxas, se ha planteado este mismo problema. Para el célebre teólogo dominico merece ser subrayado que en toda esa actuación dinámica de Atenágoras...

«... se puede ver el deseo del Patriarca de tomar la iniciativa en materia de Ecumenismo, intentando realizar lo que no ha logrado llevar a cabo el «Consejo Ecuménico», es a saber, un movimiento que abrace la totalidad de las grandes comu-

---

(65) *Istina*, 4-1959, 420-21.

niones cristianas, comprendida también la Iglesia Católica» (66).

Es una especie de «vía media» nueva o de «puente» entre el Consejo Ecuménico y la Iglesia Romana. En la frase del P. DUMONT, una especie de «clavillo de un gran abanico ecuménico» —*la charniere d'un grand evéntail oecuménique*—, expresión coincidente con la que hemos recogido más arriba de labios del director de la *Herder Korrespondez* en su informe de Maria Laach. Atenágoras mantendría así sus relaciones con el mundo protestante-anglicano a través del «Consejo Ecuménico de las Iglesias» y con la Iglesia Católica Romana a través de ese nuevo organismo que parece él intentar, y del cual —observa DUMONT—, aunque no se ha sugerido nombre alguno, se vislumbra que pueda ser una especie de *Sociedad de Iglesias*.

Sus observaciones las lleva más lejos el P. DUMONT al presentar el pensamiento unionista de Atenágoras, cuando escribe lo siguiente:

«*Es necesario tener muy en cuenta aquí que, fiel a su primera intención, lo que ocupa el primer plano de las preocupaciones del Patriarcado, no es el restablecimiento de la unidad canónica, aunque sea ésta con la sola Iglesia de Roma. Si nosotros discernimos bien la política religiosa del Patriarcado, no se trata, desde luego, sino de establecer con la Iglesia Romana las mismas relaciones de coexistencia fraternal y de colaboración que con las Iglesias protestantes, en todas las tareas de inspiración cristiana que pueden fácilmente ser comunes a todos los discípulos de Cristo*, y que les permitirán resistir más eficazmente à los ataques de la incredulidad y al avance del materialismo. *El resto —la restauración de la plena comunión de fe y de la vida sacramental— vendrá más tarde, si ello place a Dios*» (67).

La lectura del precedente texto puede dejar en al-

(66) *Istina*, oct. déc. 1959, 425 y sigs.
(67) *Istina*, l. c., 425-26.

gún lector, hecho al optimismo fácil de la prensa y de ciertas revistas católicas, algunas incluso dedicadas a los temas unionistas, la impresión de un pesimismo o rigorismo en el P. DUMONT. Nosotros vamos a intentar disipar estas dudas con los documentos y manifestaciones, no sólo del Patriarca Atenágoras, sino de otros prelados de la Ortodoxia, y singularmente de las manifestaciones del arzobispo Jacobos, actual Presidente ortodoxo en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», quien en la ocasión que vamos a recordar se expresó en nombre de todo el Patriarcado, subrayando la unanimidad del consentimiento de todos los reunidos, y no sólo del Patriarca Atenágoras.

2. *Primeras manifestaciones después del anuncio conciliar.*

Merece destacarse que Atenágoras, que fué el primero de los prelados de la Ortodoxia que recogió la llamada del Mensaje navideño de Juan XXIII en su propio Mensaje de año nuevo de 1959, no se apresuró ahora a manifestar de un modo personal y directo su sentir en cuanto al anuncio conciliar. Tal vez el hecho recogido por nosotros de ciertas discrepancias en algunos medios ortodoxos frente a sus manifestaciones anteriores, tal vez la importancia del tema en esta ocasión, en el que van implicados directamente principios doctrinales sobre la convocatoria de un Concilio Ecuménico, han hecho que las primeras manifestaciones del Patriarcado Ecuménico hayan sido indirectas tan sólo.

La primera de estas manifestaciones corre a cargo de un teólogo del Patriarcado:

«El proyecto del Papa Juan XXIII es excelente, pero nada fácil. Existen dificultades enormes; no obstante, si Dios lo

quiere y si lo quieren los representantes de nuestras Iglesias, éstas deben esforzarse en llegar a un acuerdo. Las principales dificultades son el Primado del Papa y el dogma de la Trinidad: *Si la propuesta del Vaticano tiende a llevar a la Iglesia ortodoxa a someterse al Papa, no puede ser tomada en consideración; pero si se trata de actuar la unidad y una verdadera mutua comprensión, podrá ser oída*» (68).

Los conceptos no son muy halagüeños, que digamos; y esto prueba la observación ya hecha anteriormente de que la actitud personal de Atenágoras no refleja siempre, en sus expresiones cordiales, el sentir de la Ortodoxia como tal, especialmente entre los teólogos y seglares. Con todo, aparece de nuevo una actitud más cordial en las declaraciones hechas, a título personal, por el Secretario del Santo Sínodo del Patriarcado Ecuménico:

«El Patriarcado ha saludado el Mensaje de Su Santidad el Papa y lo considera como un primer paso hacia el *acercamiento entre las dos Iglesias y hacia una colaboración fraterna* de la que todo el mundo cristiano podrá aprovecharse. En conformidad con la plegaria de Cristo, los cristianos tienen el deber de contribuir a la realización de la unidad de las Iglesias; por esto, los ortodoxos han acogido con alegría el Mensaje del Papa relativo a este acercamiento. Por lo demás, la Iglesia ortodoxa ruega todos los días, mañana y tarde, por la unión de las Iglesias. Auguramos que la Providencia dirija a los representantes de las Iglesias cristianas a fin de que todos juntamente colaboren a la realización de este acercamiento» (69).

Obsérvese en este texto la fluctuación de expresiones, que son las que se prestan al equívoco de que hemos hablado más arriba. Por un lado se habla de *acercamiento y colaboración fraterna*, y por otro de *unión* de las Iglesias. Ya hemos comentado esto en pá-

---

(68) *La Civilta Cattolica*, 20 junio 1959, 625 y sigs.

(69) *La Civilta Cattolica*, l. c., 625-26; *Sacra Doctrina*, núm. 16, 1959, 468.

ginas anteriores. Si es una táctica el acercamiento mediante la colaboración, estamos en un sano realismo, dentro incluso de la norma señalada por Juan XXIII: acercamiento, contacto y unión total. Si no se aspira a más, estamos en una mentalidad ecumenista, muy dentro del espíritu de Ginebra, pero no conforme a las exigencias de la naturaleza de la Iglesia de Jesucristo tal como El la quiere. Citamos de nuevo al PADRE DOMUNT en este aspecto, ya que él también hace esta observación, viendo en estas tendencias colaboracionistas la influencia del «Cristianismo Práctico», del Movimiento «Vida y Acción» integrado totalmente en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», advirtiendo que si en una concepción protestante de la Iglesia existe la tentación constante de contentarse con esta mera *unidad de acción,* suficiente para mostrar la unidad esencial de la Iglesia, según esa concepción, aun dividida ésta en comunidades distintas, diversas por sus creencias, que pueden oscurecer aquella unidad pero no destruirla, una concepción ortodoxa fiel a sí misma no puede perder de vista que hay que llegar hasta la unidad de fe, estructura y vida sacramental para corresponder al plan de Dios (70).

Ante estas expresiones, se viene a los labios una pregunta: ¿Quién influye en quién, la Ortodoxia en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» o éste en la Ortodoxia? Sabidas son las reservas y precauciones con las que la Iglesia ortodoxa aceptó colaborar en el Movimiento Ecuménico, procurando inmunizarse contra posibles influencias en principios de doctrina y constitución de la Iglesia, en lo que no puede transigir. Si nos atenemos a ciertas declaraciones del arzobispo Jacobos, existe una influencia lenta en ciertos grupos protestantes acerca de la concepción de la

(70) *Istina*, oct.-déc. 1959, 426.

Iglesia, producida por la presencia y la acción ortodoxa en el seno del «Consejo Ecuménico de las Iglesias». No todos, sin embargo, suscribiríamos esta apreciación (71).

Otras manifestaciones a través de diversos prelados y representantes del Patriarcado se produjeron en los primeros momentos del anuncio conciliar, antes de llegar las primeras declaraciones personales de Atenágoras, que recoge en este caso *Irénikon*.

Interrogado por unos periodistas griegos acerca de la cuestión de la unión de las Iglesias, respondió el Patriarca Ecuménico que...

«... *la primera etapa debe ser el establecimiento de un estrecho contacto entre todos los Patriarcas ortodoxos. La etapa siguiente será el contacto con el Vaticano. El Concilio Ecuménico, del que ha tomado la iniciativa el Papa Juan XXIII, debe ir precedido por el acercamiento de las Iglesias orientales, que entrarán luego en contacto con Roma en un frente común. Las recientes visitas entre los prelados orientales van encaminadas a este fin. El camino de la unión de las Iglesias es espinoso, pero lo que no es posible a los hombres, es posible para Dios*» (72).

Estas primeras palabras de Atenágoras en torno al

---

(71) *Vers l'Unité Chrtienne*, janv.-fvr. 1960, 10. Sobre la Ortodoxia y el Ecumenismo, puede verse: P. DUMONT: *Istina*, oct.-déc. 1959, 415-21; *Lumiere et Vie*, janv. 1955, 9-25; *Istina*, 2 (1955), páginas 51 y sigs.; 78 y sigs.; 102 y sigs.; 180 ysigs.; 187 y sigs.; Declaración de la Delegación Ortodoxa en la Asamblea de Amsterdam 1948; 191 y sigs.; sobre *Anglicanismo y Ortodoxia* numerosos documentos en el año 1956 de la misma revista *Istina*. *Ecumenismo y Ortodoxia*, *Istina*, 4 (1957), 55 y sigs. 6 (1959), 385-413, documentos de gran interés.—*Reunión*, jul.-sept. 1957, 107-119; *Etudes*, fevr. 1960, 246 y sigs.—A. A. ESTEBAN ROMERO: *Nota bibliográfica sobre el Ecpmenismo:* «Rev. Esp. Teol.», 12 (1952), 427-29,—DUMONT: *Les eglises orthodoxy et le mouvement oecuménique:* «Vers l'Unité Chretienne», janv.-fevr. 1960, 4-8.

(72) *Irénikon*, núm. 8, 1939, 384, nota 1. Esta reunión fué suspendida por diversos motivos; ahora se anuncia de nuevo para septiembre de 1961.

anuncio conciliar explican un tanto su anterior silencio. Había que establecer contacto con los otros Patriarcas orientales, como efectivamente ha llevado ya a efecto Atenágoras, visitando en sus respectivas sedes a los Patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, en el mes de noviembre de 1959, rompiendo así una tradición que databa desde la toma de Constantinopla en 1453, según la cual jamás los Patriarcas Ecuménicos salieron de su sede. En esta ocasión su visita, protocolariamente, era devolución de la que a su vez le habían hecho anteriormente los indicados prelados ortodoxos; pero en realidad, su finalidad era típicamente unionista, con miras a establecer ese acercamiento entre las propias Iglesias orientales, tan divididas entre sí, y preparar así el próximo Pre-Sínodo Plan Ortodoxo de este mes de septiembre en Rodas (73).

Volveremos más adelante sobre estas visitas de Atenágoras, toda vez que en ellas se produjeron diversas declaraciones del Patriarca acerca del tema de la unidad y de la unión de las Iglesias. Pero por exigencias

---

(73) *Orbis Catholicus*, abril, 1960, 362-63; junio 1960, 538-39; *Sal Terrae*, julio 1960, 402-6. Conviene hacer constar no sólo el éxito popular de esta visita patriarcal por el Medio Oriente entre los fieles de todas las iglesias, incluída la católica, sino la visita que le hicieron en Jerusalén el Patriarca católico de rito latino, Fr. Alberto Gori, así como el Delegado apostólico para Jerusalén y Palestina, Mons. Sensi. En esta entrevista tomaron parte, además del Custodio católico de los Santos Lugares, fray Alfredo Polidori y otros eclesiásticos católicos, varios Prelados ortodoxos. En el Líbano visitó al Patriarca Atenágoras el Delegado apostólico local, Mons. Bertoli. Y a su regerso a su Sede, el Delegado apostólico de Constantinopla y actualmente primer Internuncio de la S. S. en Turquía, visitó al Patriarca ecuménico en una visita reservada de cuarenta minutos. Y por último, durante su visita a Constantinopla a fines de diciembre de 1959, el propio Cardenal Spellman visitaba a Atenágoras. *Orbis Catholicus*, jun. 1960, 539.

cronológicas nos hemos de detener antes en otras manifestaciones.

En este caso tienen sus palabras un especial interés para nosotros por haber sido pronunciadas en una entrevista al corresponsal español de *La Vanguardia Española,* de Barcelona, y en español por añadidura, ya que el Patriarca habla nuestra lengua. He aquí las principales declaraciones de Atenágoras:

«La convocatoria del Concilio Ecuménico la consideramos como una gran idea. Nosotros saludamos la iniciativa de Su Santidad el Papa de Roma. De él pueden resultar grandes bienes para la Humanidad. Desde el primer momento hemos acogido favorablemente este propósito. Ahora esperamos la agenda para el Concilio». Luego continuó: «Sí, iremos al Concilio Ecuménico. Ya le digo que esperamos con gran interés esta agenda. No veo ninguna dificultad insalvable para la unión de la Iglesia. Tenemos el mismo Cristo, el mismo Evangelio, los mismos mártires, los mismos santos, la misma Virgen María. Y se nos presentan ahora los mismos problemas: la lucha contra el indiferentismo, la satisfacción de la curiosidad de la juventud. Nuestra cruz y nuestra fe son las mismas».

Al preguntársele si la desunión obedeció sobre todo a motivos políticos que ya no existen, contestó: «Eso es. Fueron causas históricas, superadas. Yo, como signo y prenda de buena voluntad, he mandado al arzobispo ortodoxo de América, recientemente nombrado, que visite al Papa de Roma y le salude en mi nombre».

Como aclaración a la afirmación del Patriarca de que es su fe la misma de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, añadió: «Sí, la misma. Tenemos los mismos dogmas. Claro, menos el de la infalibilidad del Papa y los recientemente proclamados por el Pontífice de Roma. Pero aun en esto se podría llegar a un arreglo en aras de la unidad».

El corresponsal indicó que tenía entendido que la Tradición, los escritos de los Padres de la Iglesia Griega y la actual liturgia contienen claramente las verdades teológicas de la Concepción Inmaculada y de la Asunción de la Virgen. El Patriarca dijo: «Tiene usted razón. Están como verdades, pero no como dogmas. Ya sabe usted el sentido del dogma: necesario para la salud del alma».

Al finalizar la entrevista, desarrollada en castellano, idioma hablado por el Patriarca, se refirió a las antiguas relaciones de la Iglesia Española con Bizancio; al Legado Papal del primer Concilio Ecuménico, Nicea, el obispo Osio de Córdoba; a la literatura española, el Poema del Cid y Cervantes, etc.

«No hay ninguna razón para estar separados. Todos tenemos la misma Cruz y los mismos principios que defender y el mismo Símbolo», dijo al despedirse (74).

Hemos de reconocer que si no tuviéramos más elementos de juicio para conocer la actitud y los deseos de Atenágoras, estas manifestaciones hechas en nuestra propia lengua castellana habrían de ser recibidas con extraordinario optimismo. Pero, como hemos dicho más arriba, entran en juego otros factores y no todos en manos del propio Patriarca Ecuménico. Su disposición de «ir al Concilio» hay que entenderla con las reservas que los mismos ortodoxos han puesto a esta asistencia, especialmente los teólogos, como más adelante veremos.

Pocos meses después, otro redactor, en este caso de *La Croix*, se acerca de nuevo al Patriarca para sondear sus disposiciones en torno al tema de la unidad, reiterando algunas de las afirmaciones hechas a *La Vanguardia* de Barcelona. Reproducimos lo que ofrece algún aspecto nuevo:

«El acto más importante de una persona es su testamento —dice Atenágoras—. *El testamento de Cristo dice que todos sean una sola cosa. El ha querido la unidad, la paz. el amor, el «ágape». No hay más que una sola Iglesia. La Iglesia ortodoxa y la Iglesia católica son las dos ramas de una sola Iglesia. Existen divergencias; éstas son mínimas. Las hubo también entre los Discípulos y entre el Salvador y los Discípulos. Existían divergencias cuando aún subsistía la unidad. Las divergencias no deben impedir la unidad, desde el momento en que tenemos el mismo Señor, la misma Tradición,*

---

(74) *Cristiandad*, junio 1959, pág. 291.

los mismos mártires, los mismos santos... Las responsabilidade las Iglesias son grandes, las de sus Jefes son inmensas, ante el peligro del materialismo comunista... Yo estoy dispuesto a ir a Roma para esto» (75).

Nuevamente surgen en las palabras de Atenágoras el optimismo, el equívoco y el motivo impelente de sus esfuerzos. Es de notarse que cuando habla de la unidad de la Iglesia en un plano que podríamos llamar abstracto es mucho más exacto que cuando desciende a las aplicaciones concretas. Así lo veremos en otros documentos suyos. Ciertamente, Cristo quiere una sola Iglesia, y ese fué su testamento, su oración sacerdotal y su mandato. Ahora bien, con esa *Iglesia una* no es fácil compaginar las *dos ramas* de ella que afirma Atenágoras. No sólo existen *divergencias,* sino *oposición y contradicción* manifiesta en ciertos aspectos que no se pueden llamar *mínimos,* sino que son algo fundamental, sobre todo el Primado Romano, su Infalibilidad y los Concilios Ecuménicos posteriores al año del gran cisma. Sus palabras son más confusas cuando quiere aclararlas con el ejemplo de Cristo y los Apóstoles, entre los cuales no cabía oposición ni discrepancias, toda vez que fueron constituídos en columnas de la Iglesia en la plenitud de Pentecostés. Apelar a otras épocas del Evangelio es situar inexactamente el problema. Y, finalmente, de nuevo el comunismo como motivo impelente, siendo así que la urgencia de la unión existía antes y subsistirá incluso si el materialismo cede en su furor contra la Iglesia. No es un problema de orden temporal, social o político; es un problema teológico-canónico que no está limitado por el tiempo ni el espacio ni los acontecimientos humanos, aun concediendo una eficacia providencial circunstancial a todo esto.

---

(75) *Ecclesia,* 16-I-1960, 20.

CAPITULO TERCERO

LAS DECLARACIONES DE ATENAGORAS DURANTE SU VISITA AL MEDIO ORIENTE

1. *Manifestaciones de Atenágoras.*

El referido viaje patriarcal a las Iglesias ortodoxas de la Tetrarquía dió oportunidad a Atenágoras para expresar en diversas ocasiones sus puntos de vista sobre la unidad y la unión de los cristianos. Son estas manifestaciones documentos de capital interés en la materia que nos ocupa, confirmando apreciaciones nuestras anteriores sobre el equívoco que a veces aflora en las palabras del Patriarca Ecuménico sobre el tema. En este caso nuestro juicio está confirmado por los propios oyentes del Patriarca, algunos de los cuales, como los ortodoxos del Líbano, desplazaron luego tres delegados a Estambul para obtener de Atenágoras una precisión aclaratoria de sus afirmaciones. Estas respuestas son de capital interés para el caso.

Su concepto de la Ortodoxia y *de su misión* dentro de las Iglesias cristianas lo exponía así en Damasco, en presencia del Patriarca antioqueno Teodosio VI:

«Los problemas planteados por los tiempos presentes exigen que las Iglesias ortodoxas mantengan relaciones continuas y una colaboración constante a fin de agrupar sus fuerzas espirituales y morales... *Nuestra Iglesia ortodoxa, por su*

autoridad divina, por su importancia y por la libertad de que goza, constituye un puente entre los dos extremos del Cristianismo occidental, y está llamada a realizar con más vigor el deseo de unión y de acercamiento entre las diversas confesiones y una colaboración general entre ellas...» (76).

Obsérvese lo exacto de la interpretación del P. DUMONT y del director de la *Herder Korrespondenz* cuando explicaban la mentalidad unionista de Atenágoras en una aspiración de «puente» entre los extremismos cristianos. Y asimismo obsérvese cómo acentúa, una vez más, la aspiración a un *acercamiento* y a una *colaboración general* entre las confesiones cristianas.

En El Cairo se expresó de modo bien concreto acerca de cómo entendía la *Ortodoxia y su unión interna:*

«*Yo no empleo nunca la palabra «unión»* —dijo en el Instituto de Estudios Coptos de la capital egipcia—, *porque nosotros estamos unidos, nosotros somos todos cristianos ortodoxos, nosotros estamos todos bautizados en el nombre de la Trinidad, tenemos los mismos mártires, las mismas tradiciones. Tan sólo quedan*, como ha dicho uno de vosotros hace unos instantes, *algunas divergencias verbales. Por esto han decidido las Iglesias ortodoxas reunirse en el próximo verano* —lo harán, efectivamente, en Rodas, en septiembre—. *Y cuando yo hablo de «Iglesia ortodoxa», yo pienso en todas las Iglesias coptas, armenas, etiópicas, de Santo Tomás y otras. Nosotros nos reuniremos para discutir estas diferencias verbales...Dejemos, entre tanto, hablar a la lengua de la caridad. Esta nos dice que nosotros estamos unidos, que nosotros somos una común Iglesia ortodoxa*» (77).

Si recordamos las manifestaciones hechas a los corresponsales de *La Vanguardia Española* y de *La*

---

(76) *Sal Terrae*, julio 1960, 403 y sigs.; *Documentation Catholique*, 3 juin 1960. col. 691 y sigs.

(77) *Proche-Orient Chrétien*, janv.-mars, 1960, 65, 66; «Document. Cath.», 5 jun. 1960, cols. 691-92, nota 1.—El P. A. SANTOS, S. J., reproduce este pasaje de Atenágoras con ligeras variaciones verbales, aunque no de conceptos: *Sal Terrae*, jun. 1960. página 403.

Croix, observaremos cómo se repiten, aplicadas a las Iglesias ortodoxas entre sí, afirmaciones hechas sobre la Ortodoxia y la Iglesia Católica, repitiéndose incluso que se trata de divergencias verbales, pero que todos forman una sola Iglesia unida. Si también tenemos presente que las diferencias entre algunas Iglesias ortodoxas no son meras formulaciones verbales, como sucede entre los católicos y los ortodoxos, llegamos a la necesidad de admitir que el concepto de Atenágoras acerca de la unidad de la Iglesia supone un eclectismo religioso doctrinal, compatible y admisible, parecería, si se logra la unidad de acción entre todos. Así se explica, como comenta el P. SANTOS, S. J., en el lugar arriba citado, que las manifestaciones del Patriarca hayan tenido diversa aceptación. Los protestantes en general las acogen como muy concordes con una unión de tipo federalista. Extraña parece la afirmación del mismo autor acerca de que el noventa y nueve por ciento de los católicos se solidarizan con ellas (l. c. p. 404, par. 2). No creemos que en ese porcentaje incluya el P. SANTOS a los teólogos católicos, ya que si esas afirmaciones tienen un gran efecto de fácil optimismo, no resisten un análisis doctrinal de sentido católico.

2. *Cuestiones que le fueron presentadas.*

Veamos ahora las cuestiones planteadas por los ortodoxos del Líbano.

Tres cuestiones propusieron al Patriarca, a fin de que aclarase el sentido de sus manifestaciones durante su visita:

¿Existe ya la unidad, faltando sólo la unión?

«La unidad que hoy existe ya —respondió Atenágoras— es la unidad en la Santísima Trinidad, y que une a todos

los hombres en Cristo por la fe y el bautismo. Aunque luego los bautizados difieran sobre los demás sacramentos y sobre algunos otros puntos de la fe, no obstante, existe ya una unidad real. Y es esta unidad la que se confiesa y ejercita en la oración. Se acuerda, a este respecto, cómo en una audiencia en Beyruth se reunieron en torno al Patriarca ecuménico ortodoxos, protestantes y católicos, y al final de la misma el Patriarca recitó el *Padrenuestro*, sucesivamente, en griego, en latín y en inglés.

»Pero queda aún por realizar *la unión*, es decir, aún queda por unificar la *acción de los cristianos*. S. B. el Patriarca piensa que nuestras cuatro grandes confesiones cristianas, pasando por encima de sus divergencias doctrinales, *deben poder cooperar* sobre el plano de las costumbres cristianas. En esta línea sugiere el Patriarca que las Iglesias ortodoxas podrían muy bien cooperar en el próximo Concilio Ecuménico en las sesiones concernientes al orden moral, en cuanto a la actitud a tomar frente a los errores modernos, los problemas familiares y sociales» (78).

No se oculta a ningún católico la importancia de estas palabras para situar la mentalidad del Patriarca Ecuménico en torno al problema de la *unidad* y de la *unión* entre los cristianos. Una *unidad* de exigencias mínimas, le fe en la Trinidad y la unión en Cristo por el bautismo. Con esta unidad son compatibles divergencias en otros puntos de fe y sacramentos, sin que aquélla deje de existir. Al leer estas palabras no podemos menos de recordar el caso del «Consejo Ecuménico de las Iglesias», que reduce las exigencias de su unidad confesional, como condición para participar en él, a la fe en Cristo, Dios y Salvador; y que, como recuerda Atenágoras, sólo convienen en una fórmula de oración, el *Padrenuestro*. No ya la fe de los siete primeros Concilios, como comúnmente profesan los ortodoxos; una fórmula mínima y sintética. Se des-

(78) «Document. Cath.», 5 jun. 1960, col. 693.—*Sal Terrae*, junio 1960, 405, con ligeras variaciones en el texto.

prende, lógicamente, que Atenágoras tiene de la unidad de la Iglesia un concepto muy distinto a lo que la teología católica, los Concilios y el Magisterio pontificio enseñan. ¿No aparece aquí de nuevo la influencia del mundo protestante sobre la mentalidad teológico-eclesiológica de la Ortodoxia?

El segundo concepto expuesto por el Patriarca puede explicarnos el porqué de esa unidad mínima exigida por él: *la unión.* ¿En qué consiste? Sus palabras son claras: *unificación de la acción de los cristianos*, pasando por alto las divergencias doctrinales de las varias confesiones. No se trata, pues, de una integración teológica y canónica en la fe, la estructura eclesial y los sacramentos, unión en el ser de la Iglesia. Tan sólo unión en el *obrar*, es decir, en la cooperación de las distintas Iglesias. Y precisamente para llevar esta unión operativa lo más lejos posible, el Patriarca restringe la unión esencial a los elementos mínimos, como pensando que cuanto menos se exija para integrarse en la acción más podrán unirse a la cooperación. De nuevo tenemos aquí el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» con sus Movimientos, «Fe y Constitución» y «Vida y Acción».

La indicación que hace Atenágoras de una posible participación, no de mera observación se sobreentiende por el contexto, de los ortodoxos en el próximo Concilio en lo referente a las costumbres, la acción social y moral, ratifica su pensamiento. Y antes de proceder a exponer su segunda respuesta, permítasenos una pregunta: ¿Comprendemos ahora que ante estas perspectivas en ambientes tan destacados como el Patriarcado Ecuménico, la Santa Sede haya debido concretar el objetivo conciliar, prescindiendo del tema unionista? ¿Podría la Iglesia Católica admitir ese concepto de *unidad* de la Iglesia? Para ir a la colabora-

ción en el terreno práctico, por otro lado, no hace falta implicar la autoridad doctrinal de un Concilio en temas tan sustantivos como la unidad y la unión.

Para valorar justamente estas y parecidas expresiones eclesiológicas del Patriarca Atenágoras convendrá tener en cuenta ciertas tendencias de la Eclesiología ortodoxa, que indiscutiblemente han influído en la mentalidad teológica de Atenágoras. Un magnífico estudio de eclesiología comparada del P. GUILLOU, O. P., titulado *Eglise et Communion,* suministra evidentes datos para iluminar plenamente estas tendencias y sus posibles influencias. BOULGAKOV y toda su doctrina sobre la *sobornost* deben ser tenidos en cuenta para entender estas expresiones de Atenágoras. Véase, por ejemplo, el siguiente texto del citado autor:

«*La Iglesia puede existir desde el momento en que dos o tres se reúnen en el nombre de Cristo. Estas Iglesias locales o alveolos eclesiásticos podrán, de hecho, ignorarse las unas a las otras, no estar en relaciones directas, pero esto nada significa, porque la unidad en el Espíritu no se ha malogrado*» (79).

De manera semejante, las apelaciones tanto de Atenágoras como de otros prelados y teólogos ortodoxos reclamando la coparticipación de Constantinopla y los otros Patriarcados de Oriente en la convocatoria del Concilio Ecuménico están lógicamente unidas a la doctrina de la Pentarquía, según la cual la comunión entre los cinco grandes Patriarcas de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén juegan el papel esencial de criterio de la fe. Surge así, frente a la teología del Primado, la teología de la Pentarquía. Dentro de esta visión, el obispo de Roma no es sino el Jefe de una Iglesia local, y bajo este título él debe someterse en cuestiones de fe al juicio del Colegio de

(79) Véase *Istina,* núm. 1, 1959, págs. 52 y sigs.

los Cinco Patriarcas. El último paso llegará a la afirmación de que la «Iglesia está constituída por la comunión de los obispos, iguales todos entre sí, y el Concilio es la voz normal e infalible para proclamar la verdad en la Iglesia». Como observa el citado P. GUILLOU, el punto de desviación de la Eclesiología ortodoxa está en separar, en el plano jurisdiccional de la «Comunión», la colegialidad de los obispos como criterio de dicha «Comunión», de su centro autoritativo Roma (80).

«Dejemos a los teólogos las discusiones y unámonos en la caridad»

Esta fué la segunda proposición que sometieron los libaneses al informe del Patriarca. Si dejamos las discusiones a los teólogos, como un pasatiempo teórico y sin eficacia en la unión cristiana, ¿es que no tienen importancia en la vida de la Iglesia las discrepancias doctrinales que motivan esas discusiones? ¿Qué fundamentación objetiva tendría esa unión, convenida al margen de toda elaboración teológica?

La respuesta de Atenágoras fué la siguiente:

«Lejos de él subestimar el trabajo teológico, su necesidad y su valor; pero hay que dejarlo confiado a especialistas competentes; de lo contrario, de tales discusiones sólo se seguirá el retardar la unión en lugar de activarla. Y como prueba de su deseo de progresar en este camino, el Patriarca reitera su aprobación a todo encuentro entre teólogos ortodoxos y no ortodoxos, conforme a la línea de lo propuesto en Rodas en agosto de 1959.

---

(80) *Istina*, núm. 1, 1959, 44-45. Todo este magnífico estudio del P. GUILLOU sobre *Eclesiología comparada*, es digno de releerse con toda atención, no sólo por las luces que aporta a la comprensión de la actitud ortodoxa, sino también del Protestantismo y Anglicanismo.

»No obstante, la importancia de esta intercomprensión doctrinal no debe dispensar a los no teólogos de trabajar para el acercamiento de los cristianos divididos. De aquí nace su llamada a una caridad sincera y fraternal que debe ser dirigida a todo cristiano ilustrado. En este sentido, el ecumenismo no es monopolio de los especialistas, sino un deber urgente de todo bautizado que haya entendido su misión en el mundo» (81).

Ninguna objeción que oponer a esta segunda declaración del Patriarca, en sí misma considerada. El mismo Juan XXIII nos ha recordado más arriba cómo la polémica y las discusiones no son el camino más rápido para la reunión, y desde el año 1934 viene repitiendo que «via caritatis, via unitatis», insistiendo, por otro lado, en la necesidad de que todos los fieles sientan y trabajen por acelerar la unión de todos los cristianos. Recuérdese la afirmación hecha en su discurso de Palermo en 1957, de que se impone crear en la Iglesia un ambiente tan extenso y hondo entre los fieles para la unión de los hermanos divididos como se ha creado para la propagación de la fe.

«En relación con la Iglesia Católica, no podemos desolidarizarnos de los protestantes»

Esta fué la tercera y última aclaración pedida al Patriarca. Y éstas fueron sus palabras:

---

(81) «Document. Cathol.», l. c. col. 693; *Sal Terrae*, l. c. 405-6, también con matices de versión distintos al texto francés, que seguimos, algunos menos exactos como cuando traduce «católicos» en vez de «no ortodoxos» y afirma que el Patriarca «alaba los encuentros tenidos en Rodas en el verano de 1959», cuando en realidad el Patriarca se limita a decir que aprueba los encuentros entre teólogos, ortodoxos y no ortodoxos, «dans la ligne des propositions de Rhodes en aout 1959». Conocido el incidente que motivó aquel encuentro, al que más adelante aludiremos, no es presumible que Atenágoras lo alabe públicamente.

«También en esto accede el Patriarca a matizar la interpretación que se ha dado a su pensamiento. Negativamente esto no significa en modo alguno que el Patriarcado Ecuménico vaya a remolque de las Iglesias protestantes y que se haya comprometido a no emprender nada sin el acuerdo previo del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Muy claramente el Patriarca ha afirmado la independencia de la Ortodoxia, tanto frente al protestantismo como frente al catolicismo. El no está ligado por ninguna otra cosa que por su fe en la Escritura, transmitida y conservada por los Padres y los Concilios. Por un lado, la Ortodoxia ha mostrado su libertad de acción participando en una gran parte en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», no obstante la ausencia oficial de su hermana católica. Por otra parte, la Ortodoxia procederá con la misma libertad de acción, entrando en relaciones, cuando ella sola lo crea así, con la Iglesia Católica, a pesar de la ausencia de las Iglesias protestantes» (82).

Esta declaración de Atenágoras, que para los católicos puede ser plenamente aceptable, no lo será igualmente para los restantes miembros del «Consejo Ecuménico de las Iglesias», como el antes aludido incidente de Rodas puso de manifiesto. En este lugar estimamos de suma utilidad reproducir unas consideraciones de la mayor importancia del tantas veces citado PADRE DUMONT, quien por su indiscutible autoridad en materias ecumenistas puede señalarnos un punto de vista digno de toda atención. Tratando de las actitudes de la Iglesia Católica hacia las Iglesias ortodoxas, escribe el teólogo dominico:

«Debemos tener en cuenta que si, de una parte, conviene *distinguir* cuidadosamente, en el problema ecuménico, la cuestión de las relaciones entre ortodoxos y católicos de las relaciones entre católicos y protestantes, por otro lado, es imposible *disociar* estas dos cuestiones. Queremos decir con esto, que si es legítimo y conforme a los datos fundamentales del problema el plantear entre católicos y ortodoxos relaciones y contactos con miras al restablecimiento entre ellos de

(82) «Document. Cathol.», l. c. col. 693; *Sal Terrae*, l. c. 406.

la plena comunión de fe y vida sacramental, es necesario al mismo tiempo no olvidar nunca que estos contactos harán aparecer cuestiones planteadas a la Iglesia Católica por la Reforma Protestante, y en consecuencia, el diálogo entre católicos y protestantes se interferirá necesariamente en el diálogo entre católicos y ortodoxos. La recíproca es igualmente verdadera. Por esto preferimos decir que el problema ecuménico es indivisible y no deberá ser abordado, *a fondo*, por nuestra parte por encuentros limitados a sólo los ortodoxos o a sólo los protestantes. Esto no quiere decir que no tengan interés los encuentros separados con los unos o con los otros; más aún, este es el medio ordinario de hacer avanzar el estudio de los problemas y de asegurar un camino eficaz hacia su solución; ni que la restauración de la comunión canónica deba necesariamente hacerse al mismo tiempo entre todos los cristianos; ésta puede razonablemente considerarse más cercana con los ortodoxos que con los protestantes» (83).

Recuerda a este propósito el P. Dumont el incidente de Rodas, en agosto de 1959, con motivo de un encuentro celebrado, al margen de la reunión del «Comité Central del Consejo Ecuménico de las Iglesias», que allí se estaba celebrando en su sesión anual, entre algunos representantes católicos que estaban en Rodas como observadores —entre ellos el mismo P. Dumont— y los delegados e invitados ortodoxos que tomaban parte en la reunión del Comité. Tan sólo se pretendió por parte católica organizar una posterior conferencia privada entre católicos y ortodoxos, al estilo de las que se vienen ya celebrando entre católicos y otras confesiones cristianas, todas con carácter privado. Este proyecto se presentó a través de informaciones de prensa como un primer paso para relaciones más estrechas, incluso con miras a relaciones oficiales entre Roma y las Iglesias ortodoxas, llegándose hasta pensar por algunos miembros del Comité Central que se trataba de una tentativa del «Vati-

(83) *Istina*, núm. 4, 1959, 423-24; *Vers l'Unité Chretienne*, janv.-fevr. 1959, 5.

cano» para separar a las Iglesias ortodoxas del «Consejo Ecuménico de las Iglesias». Esto dió ocasión a una fricción áspera, hasta el punto que, estima el PADRE DUMONT, que expuso a fracaso todos los esfuerzos de acercamiento hasta entonces realizados. Por esta experiencia y lo que en ella pudo comprobar el mismo autor no duda en escribir que «en este momento, *en el campo del ecumenismo, estamos sobre un terreno movedizo y podría casi decir que explosivo*». Todo quedó finalmente aclarado y olvidado por ambas partes; pero nada más que la sospecha de que se intentaba dividir por parte católica suscitó esta agria controversia, que pudo tener efectos tan negativos. El PADRE DUMONT, reconociendo lo complejo del problema ecumenista, advierte el cuidado que hemos de tener, si lo dividimos imprudentemente, de no «*destruir con una mano lo que, a duras penas, vamos construyendo con la otra*» (84).

---

(84) *Vers l'Unité Chretien*, janv-fevr. 1959, 5, col. 2.—Recuerda a propósito de este incidente cómo sería inútil ignorar la existencia de un cierto «complejo antirromano», persistente aún en muchos de nuestros hermanos separados, tanto ortodoxos como protestantes»: *Istina*, núm. 4, 1959, 431.

Acerca del *incidente de Rodas*, desde las primeras informaciones inexactas, entre ellas las de «Radio Vaticana», y en España de la revista *Ecclesia* y otras publicaciones católicas, así como numerosas del extranjero, pueden verse los siguientes lugares: *Información deformada* en «Radio Vaticana»: 3-IX-1959: *Lumen*, nov.-dic. 1959, 457 y sigs. *Documentation Catholique*. 4 oct. 1959, col. 1220 y sigs.; *Oriente Cristiano*, oct. 1959, 9; *Ecclesia*, 12 septiembre 1959, editorial; rectifica en el mismo número, pág. 22; *Ya*, 4 sept. 1959, primera página a grandes titulares; *A B C*, 3 septiembre 1959, pág. 32, atribuyendo las declaraciones al P. Boyer, S. J.; *Cristiandad*, oct. 1959, 408; *Irénikon*, núm. 3, 1959, editorial, etc. Como se ve, la deformación cundió en numerosos ambientes, especialmente, como es lógico, en los más interesados en las cuestiones unionistas. *Información rectificada: Vers l'Unité Chretienne*, janv.-fevr. 1960, en un artículo escrito por Monseñor Willebrands, asistente a la reunión de Rodas, págs. 1-4; este artículo ha sido reproducido íntegramente por *Oriente Cristiano* en sus números de junio y julio de 1959. 10-11 y 8-9; recti-

Volvamos a la tercera declaración de Atenágoras, en la que explica el *sentido y alcance que tiene la presencia ortodoxa* en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias».

«En un sentido positivo —añadió Atenágoras—, la presencia de las Iglesias ortodoxas en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» es una presencia abierta, en vistas a la unión, no un estado de anexión que cerrase la puerta a una eventual presencia católica. El único fin de la Ortodoxia es trabajar por la unión de los demás cristianos divididos. *Si llega, pues, de veras el día en el que la Iglesia Católica progrese oficialmente por el camino de la unión, tomando en serio el deseo de acercamiento a las otras Iglesias,* pero el Consejo Ecuménico es un obstáculo a esta reunión, la Ortodoxia está pronta a abandonar el Consejo por un organismo más amplio en el que la Iglesia Católica aceptase colaborar, por una especie de «Consejo Pan-Cristiano»... En este sentido y línea es en el que el Patriarcado ecuménico entiende su deber de continuar trabajando» (85).

Dos aspectos habría que distinguir en las precedentes palabras de Atenágoras, uno referente a la Iglesia Católica, sobre cuya *seriedad unionista* se dejan caer conceptos muy suspicaces. Hemos subrayado en el texto estas palabras, y no precisan más comentarios. El otro aspecto se refiere a la razón de ser y actuar de la Ortodoxia en el seno del Consejo Ecuménico. Esas palabras, si no tuvieran las precedentes que he-

---

ficaron o aclararon la información no dada antes por ellos: *Irénikon*, núm. 4, 1959, editorial; *Unitas*, sett-ott. 1959, 155-57; nov.-dic. 1959, 183;*Etudes*, nov. 1959, 243-47; *Lumen*, marzo-abril 1960, 169 y sigs.; *Orbis Catholicus*, feb. 1960, 166-69; *The Ecumenical Review*, núm. 2, 1960, 223-30, etc. Como testifica el P. DUMONT, esta tensión hoy ha cedido ya, pero el caso no deja de tener significación para aprobar hasta qué punto está el ambiente prevenido dentro del Movimiento Ecumenista contra Roma.—«El punto de vista ortodoxo» en *Vers l'Unité Chretienne*, janv.-fevr. 1959, 9,10.

(85) «Documentat Cathol.», 5 jun. 1960, col. 694; *Sal Terrae*, l. c. 406, con las mismas deficiencias de matices en la versión.

mos recogido acerca del concepto de unidad y unión entre los cristianos, podrían ser altamente halagadoras para la Iglesia Católica. Son, con todo, una clara disposición a toda tentativa unionista que entre dentro de la línea ortodoxa. La referencia que se hace a la posibilidad de un «Consejo pan-cristiano» no es nueva en el Patriarcado de Constantinopla, pues ya en 1920 surgió la idea de una especie de «Sociedad de Iglesias», como recientemente ha recordado públicamente el propio Secretario General del Consejo Ecuménico en su informe sobre la reunión del Comité Central en Rodas en agosto de 1959. A esta idea, de iniciativa propia, sigue el Patriarcado ecuménico íntimamente inclinado, y no dudamos que aprovecharía la oportunidad de llevarla a efecto si de Atenágoras únicamente dependiese (86).

Veremos en seguida, en las manifestaciones del arzobispo Jakobos, que en la Ortodoxia no existe unanimidad de criterio acerca de la relación con el «Consejo Ecuménico de las Iglesias».

Dos nuevos documentos de Atenágoras vamos a examinar, en cada uno de los cuales aparece, de nuevo también, lo que podríamos llamar la *antítesis psicológico-doctrinal de su actitud* unionista. Cuando habla en abstracto de la Iglesia una, como Dios la quiere, su mente es diáfana y exacta su expresión teológica. Cuando concreta, con miras a la unión, surge el equívoco y la inexactitud de expresión, por lo menos para la mente católica romana.

El primero de estos documentos es el «Mensaje pascual» de 1960, y el segundo, unas declaraciones del Patriarca, aparecidas a los pocos días del «Mensaje» en el diario ateniense *I Kathimerini*.

(86) *Istina*, núm. 3, 1959, 319-26; núm. 4, 1959, 416 y sigs.

En el «Mensaje pascual», después de recordar todo lo que supone la resurrección del Señor en la liturgia y en la vida cristiana, añade estas palabras, que todos suscribimos con gozo íntimo:

«Junto con este mensaje, allí, de Sión y del Cenáculo de la Mística Cena, llegaba a lo profundo de nuestro corazón otro mensaje, el mensaje de paz, de amor y de unión, que debía constituir la señal distintiva de los seguidores de Cristo inmolado.

»Confesamos que en la Santa Ciudad, junto al sepulcro del Salvador, sentimos más dolorosa y oprimente la división de la Iglesia de Cristo. Según San Juan, los soldados tomaron las vestiduras de Jesús e hicieron cuatro partes, una para cada uno de ellos (Jn. 19, 23). La suerte de las vestiduras de Jesús, por desdicha, es la suerte también de su Santa Iglesia. Fué desgarrada la túnica de Cristo y *fué dividida su Iglesia, y esta división se continúa contra la voluntad de su fundador y contra su oración sacerdotal... para que todos sean uno* (Jn. 17, 11). *No es, sin embargo, posible que esta división continúe... Es necesario que sea cosida de nuevo la túnica desgarrada de Cristo... y que la santa e inmaculada esposa de Cristo, la Iglesia, encuentre su unidad.* El muro medianero que los siglos han levantado entre las confesiones cristianas no hace imposible su mutua comprensión, acercamiento y reunión...» (87).

Queda bien claramente manifestado el pensamiento patriarcal en lo referente a la unidad teórica de la Iglesia de Dios. Y quienes sólo atiendan a estas expresiones abstractas llegan fácilmente a optimismos muy

(87) *Oriente Cristiano*, mayo 1960, 4 y 12; «Document. Cathol.», 5 jun. 1960, col. 694.—Es extraña la interpretación dada por Atenágoras al pasaje evangélico de la túnica sagrada, hablando de división en cuatro partes, cuando expresamente dice San Juan que decidieron sortearla para no dividirla por ser inconsútil. En contra de esta interpretación está también el mismo Mensaje de Juan XXIII al obispo de Tréveris, con motivo de la reciente exposición de la Túnica Sagrada, que, según la tradición, se venera en aquella ciudad. El Papa ve lo contrario de Atenágoras, en la unidad indivisible de la Túnica, la imagen de la Iglesia: *Ecclesia*, 1-VIII-1959, 9.

fáciles. Veámoslo en el otro texto, las declaraciones a los periodistas griegos, en las cuales aparecen en labios de Atenágoras manifestaciones que hasta ahora no había el Patriarca Ecuménico hecho: «*La unidad en cuestión no comporta la unión en el orden dogmático*. El fin principal del trabajo ecuménico es el acercamiento y la colaboración de todas las Iglesias cristianas... Hablando de la actitud de la Iglesia Católica Romana, el Patriarca ha declarado que los últimos acontecimientos hacen creer que *el Vaticano evoluciona y se orienta hacia el reconocimiento de la existencia de las otras Iglesias*... Ya no es posible para la Iglesia Católica el encerrarse en su aislamiento. *Ella debe encaminarse hacia la unidad...*» (88).

La afirmación es rotunda: *¡La unidad que perseguimos no lleva consigo la unión en el orden dogmático!* Tal vez, ante tan grave afirmación, pueda alguien pensar en una de las acostumbradas inexactitudes periodísticas, ya que son unas declaraciones de prensa las que nos dan esa afirmación. Pero recordemos que en anteriores manifestaciones del Patriarca hemos oído expresiones idénticas, y en momentos muy solemnes, como durante su visita por los Patriarcados del Medio Oriente. Para mentes católicas no deja tampoco de sonar extrañamente esa evolución del Vaticano y esa necesidad de la Iglesia Católica de salir de su aislamiento en *busca de la unidad*. Por muy extraño que nos suene todo esto, hemos de hacer los oídos a estas afirmaciones o hemos de renunciar definitivamente a todo trabajo de acercamiento y contactos con las otras confesiones cristianas.

Al concretar, en el decurso de sus manifestaciones, algo referente al próximo Pre-Sínodo de las Iglesias Ortodoxas, señaló que el tema capital será la unión de

---

(88) «Documentat. Catholi.», 5 jun. 1960, col. 695.

la Iglesia Católica con la Iglesia protestante y la ortodoxa, volviendo otra vez sobre el *concepto de unión*: «*No se trata de una unión en el orden dogmático*. La unión que consideramos tendrá un doble fin: : uno positivo y el otro negativo. El negativo consistirá en poner fin al odio, a la desconfianza y a la propaganda entre los agrupamientos eclesiásticos. El fin positivo comportará los contactos sobre campos comunes a todas las Iglesias. Estos principios comunes serán extendidos a través de todo el mundo...» (89).

Estas declaraciones de Atenágoras fueron recogidas por el «Servicio de Prensa e Información Ecuménico» (SOEPI), destacando el boletín ginebrino especialmente cuanto se refiere a las afirmaciones del Patriarca sobre la evolución de la Iglesia Católica para salir de su aislamiento y sobre el sentido que tiene la unidad que se pretende establecer entre los cristianos: «*El Patriarca precisó* —subraya SOEPI— *que él no hablaba de unidad teológica de las tres Iglesias*», sino de unida con el doble objetivo positivo y negativo señalado más arriba. Es, pues, claro el pensamiento unionista de Atenágoras tal como nosotros y los ambientes ecuménicos de Ginebra lo hemos entendido (90).

3. *A modo de resumen-conclusión.*

Llegados aquí, y después de conocer estos diversos documentos y manifestaciones del Patriarca Ecuménico, antes de adentrarnos en el estudio de otros testimonios de personalidades ortodoxas, unas del ámbito del mismo Patriarca y otras de las diversas Iglesias orientales, creemos conveniente resumir, a modo de

---

(89) «Document. Cathol.», l. c. cols. 695-96.
(90) «Service Oecumenique de Presse et d'Information», 13 mayo 1960, 1.

conclusiones, los aspectos principales de nuestro estudio sobre *las disposiciones psicológico-doctrinales* de Su Santidad el Patriarca Ecuménico Atenágoras I.

1.—Es a todas luces evidente que se ha producido un cambio en las disposiciones psicológicas hacia el acercamiento a la Iglesia de Roma en el Patriarca actual Atenágoras I en comparación a la actitud hasta ahora mantenida por sus predecesores en la Sede Ecuménica. Síntomas de este cambio favorable al contacto con Roma son no sólo las visitas personales privadas entre el Patriarca y determinadas personalidades católicas de singular relieve y significación, tales como los Delegados Apostólicos en Turquía, Monseñor Testa y Mons. Lardone; el Cardenal Spellman,, arzobispo de Nueva York, y otros prelados y dignatarios romanos, por parte católica, así como la visita del arzobispo Jakobos, por la Ortodoxia, sino especialmente por las manifestaciones públicas en documentos oficiales, como los Mensajes de Atenágoras con motivo del Año Nuevo, la Epifanía y la Pascua, o en diversas y reiteradas declaraciones a la prensa o en sus visitas patriarcales por el Oriente Medio. En este sentido suscribimos totalmente la afirmación de *Irénikon*, núm. 2, 1960, 221: «*Es innegable que nos encontramos en todo esto ante un hecho absolutamente nuevo en la historia de las relaciones de las dos Iglesias, hecho capaz de alentar todas nuestras esperanzas y que pide todas nuestras oraciones*».

2.—No obstante este rayo de optimismo que deja entrever este cambio psicológico de parte del Patriarca mismo, la *antítesis psicológico-doctrinal de su pensamiento unionista*, según que ha-

ble de la unidad en abstracto o de la unión concreta, con sus presupuestos doctrinales teológico-canónicos y sus exigencias en el orden práctico, debe hacernos cautos en el optimismo a fin de no incurrir en fáciles esperanzas e inducir a los fieles en general a ilusiones contraproducentes. No tenemos inconveniente en suscribir la conclusión de STEPHANOU cuando escribe que «aunque las posiciones doctrinales no hayan cambiado mucho, la actitud psicológica es realmente diversa; y lo mismo que cambiando el cielo cambian los colores, así muchas diferencias adquieren proporciones diversas cuando los corazones están predispuestos de otro modo». (*La Civ. Catt.*, 2 jul. 60: *Il Patriarcato di Constantipoli di fronte al problema dell'unione.*)

3.—Aun teniendo en cuenta esta antítesis doctrinal-psicológica de Atenágoras, que le lleva a afirmaciones sobre el concepto de unidad y de unión que no son admisibles para una mente católica, estimamos que el Patriarca está realizando una labor benemérita de la causa unionista, mucho más teniendo en cuenta que lo mismo los fieles en general que determinados medios jerárquicos de la Ortodoxia, y más aún ciertos ambientes teológico-canónicos, no secundan con la misma disposición la actitud de Atenágoras. (*Irénikon*, núm. 2, 1960, 221-22.)

4.—En consecuencia, conforme a las normas mismas por Pío XI y en estos días nuestros por Juan XXIII, hemos de dejar a un lado las actitudes polómicas, que más exasperarán el problema que lo suavizarán, procurando ir a un acercamiento mayor entre ortodoxos y católicos, por el mutuo conocimiento y aprecio, a un mayor con-

tacto en el terreno práctico, siempre con miras a la unión e integración total en una Iglesia, como Dios en Jesucristo nos ha fundado y encomendado.

5.—Ante el problema ecuménico en general, creemos digna de ser tenida en cuenta la observación del P. Dumont, O. P., de que es un problema indivisible, lo cual no exige ni la supresión de contactos aislados con los diversos grupos cristianos, ni la simultaneidad de los mismos en su ordenación, y mucho menos en sus resultados.

6.—Atenágoras distingue constantemente entre unidad y unión, siendo esta última como colaboración en el terreno práctico, al margen de toda implicación dogmática, la meta de sus esfuerzos unionistas, que, si no exclusivamente, sí diríamos que fundamentalmente están urgidos por la amenaza comunista y materialista que gravita por igual sobre todas las confesiones cristianas, pero muy especialmente sobre las Iglesias ortodoxas, de las que no pequeña parte está detrás del «Telón de Acero». Tal vez, como antes de los Concilios de Lyon (1274) y Florencia (1439), es un peligro externo el factor prevalente de las actitudes ortodoxas. Con todo, la Providencia puede servirse de acontecimientos marginales para concentrar y perfeccionar la vida de la Iglesia.

Expuestos estos considerandos en torno a la actitud psicológica del propio Patriarca en persona, Atenágoras I, pasamos a examinar esa misma disposición en otros prelados y personalidades representativas de la Ortodoxia, que nos confirmarán lo hasta ahora expuesto, dándonos una visión total de las pasibilidades de la unión dentro de la Iglesia ortodoxa en general.

CAPITULO CUARTO

MANIFESTACIONES DE OTRAS JERARQUIAS Y AUTORIDADES ORTODOXAS CON MOTIVO DEL ANUNCIO CONCILIAR

1. *El Arzobispo Jakobos de Malta:*

JAKOBOS DE MALTA, nuevo jefe de la archidiócesis greco-ortodoxa de la América del Norte y del Sur, y que extiende su jurisdicción sobre los ortodoxos griegos de las Antillas, Japón, Corea y Filipinas, viene representando desde 1955 al Patriarcado de Constantinopla en el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», siendo en la actualidad uno de los Presidentes del mismo. Estudió en la Universidad de Harward —«Divinity School»—, haciéndose ciudadano americano, siendo uno de los portavoces más autorizados de la Ortodoxia. En el año 1959 visitó en Roma a Su Santidad Juan XXIII, siendo comentada esta audiencia como «un encuentro histórico» por la prensa, y escribiendo a este propósito *Ethnos* que «con esta visita el Patriarcado Ecuménico ha realizado su primer paso hacia la Santa Sede, sin que esto signifique, por lo demás, un cambio de principios...» (91).

(91) *La Civilta Cattolica,* 18 jul. 1959, 180-81; *Irénikon*, 2, 1959, 210.—La elección del metropolita Jakobos de Malta para la diócesis ortodoxa de América, provocó una división interna el Santo

Las declaraciones de JAKOBOS fueron ocasionadas por el recordado «incidente de Rodas» y fueron hechas en Ginebra, a su paso para Nueva York, después de la reunión en la citada isla del «Comité Central del Consejo Ecuménico de las Iglesias», del que forma parte, como hemos dicho más arriba. Estas declaraciones fueron publicadas en *SOEPI*, oct. 1959 y recogidas por el boletín *Vers l'Unité chretienne*, janv.-fevr. 1960, de donde nosotros las tomamos para su glosa. No se oculta la importancia de estas palabras, dada la personalidad que las profiere, como comenta el P. DUMONT.

Prescindimos de la parte referente al «incidente de Rodas», al que ya hemos aludido más arriba. Nos limitamos a sus puntos de vista sobre las relaciones con Roma.

Relaciones Ortodoxia-Vaticano

«Cuando hablamos de movimiento ecuménico, nosotros entendemos en él a todos los cristianos: protestantes, anglicanos, ortodoxos y católicos romanos. No podemos excluir a nadie del coloquio ecuménico, y seríamos muy dichosos de acoger a la Iglesia Católica de Roma en el seno del Consejo Ecuménico, si ella expresase este deseo. Por esto, el Patriarca de Constantinopla y las otras Iglesias ortodoxas consideran su deber el tener también con el Vaticano coloquios sobre la unidad cristiana. *No dudamos que es posible llegar a un diá-*

Sínodo del Patriarcado Ecuménico, hasta el extremo que Atenágoras expulsó del mismo a cuatro de sus doce obispos por haber difamado a su candidato preferido, el citado Jakobos, sobre supuestas actividades antiturcas. La elección fué llevada a cabo por los ocho obispos restantes, tomando posesión de su sede en en la Catedral de la Santísima Trinidad de Nueva York, el día 1 de abril de 1959. Esto prueba bien la confianza de que goza Mons. Jakobos delante del Patriarca, y en consecuencia, la autoridad de que gozan sus manifestaciones acerca de la actitud del mismo en lo referente al problema de la unión de las Iglesias.—*Irénikon*, 1, 1959, 69-70; 2, 1959, 210.

logo Constantinopla-Roma, y el mismo Patriarca está dispuesto a una conversación personal con el Papa, ha manifestado él mismo, si el Papa promete, a su vez, devolver la visita en Constantinopla. En todo caso —añadió JAKOBOS— estos coloquios no pueden llevarse a cabo si no están marcados por un espíritu de respeto y mutuo reconocimiento. *Es necesario que Roma demuestre desde el principio que ella está dispuesta a hablar de igual a igual»* (92).

STEPHANOU ha comentado en *La Civilta Cattolica* estas declaraciones de JAKOBOS muy serena y objetivamente. Para entenderlas en toda su dimensión conviene no perder de vista el pasado histórico, especialmente en lo referente a la doctrina de la Pentarquía y en las acusaciones de proselitismo constantemente lanzadas contra la Iglesia Católica por parte de la Ortodoxia en general, especialmente la griega. «Aceptar estas condiciones equivaldría —añade STEPHANOU— a aceptar por propia voluntad una separación efectiva» (93).

Punto de vista sobre la unión

No menos contundentes son las palabras de JAKOBOS sobre la finalidad unionista de los esfuerzos de la Ortodoxia:

«Los coloquios que preparasen *una vuelta al seno de la Iglesia romana serán inaceptables para los ortodoxos. A nosotros no nos interesa una restauración de la unidad que ha sido rota por Roma,* sino la unidad del Cuerpo Místico de Cristo. No rechazamos el diálogo con la Iglesia romana,

(92) *Vers l'Unité Chretienne*, l. c. 9-10.

(93) L. c. 57-58.—Recuérdese que el año 1958, la Facultad de Teología de Atenas se dirigió al Papa a fin de que suprimiese el Exarcado Católico de Grecia, alegando que es un constante motivo de irritación para la Ortodoxia y de obstáculo para la aproximación entre ambas Iglesias en razón del proselitismo que lleva consigo: *Ecclesia*, 25-I-1958, 19-20. *Unitas*, ener.-feb. 1960, páginas 13 y sigs.

pero este diálogo no puede conducir, y no conducirá jamás, a una simple reunificación de las Iglesias católica y ortodoxas, de la que la cristiandad no romana y no ortodoxa sea excluída» (94).

Las precedentes palabras del arzobispo JAKOBOS, hombre de la plena confianza de Atenágoras, son más negativas, en vistas a la posibilidad de una auténtica unión teológica entre ambas Iglesias, que todas las manifestaciones del Patriarca, quien, aunque ha llegado a afirmar que no es necesaria la unidad teológica entre los cristianos para que exista la unión práctica que él preconiza, no ha negado la posibilidad de llegar un día a ella; es más, aunque muy en penumbras lejanas, la deja entrever como coronación de todos los esfuerzos.

La dependencia que afirma JAKOBOS para la unión de la Ortodoxia con Roma subordinándola a las demás Iglesias cristianas también es más tajante de lo que las antes citadas palabras de Atenágoras sobre las relaciones con el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», especialmente en el pasaje en que afirma la disposición de abandonar dicho Consejo si éste fuese un obstáculo para entrar en relación con la Iglesia de Roma.

Finalmente, son dignas de destacarse las palabras en las que el arzobispo subraya la *unanimidad* existente entre las Iglesias ortodoxas sobre la colaboración en el seno del «Consejo Ecuménico de las Iglesias», así como en relación con los católicos, siendo estos contactos del acuerdo unánime del mundo eclesiástico ortodoxo y no tan sólo un criterio personal del Patriarca de Constantinopla» (95).

---

(94) *Vers l'Unité Chrétienne*, janv.-fevr. 1960, 10.
(95) *Vers l'Unité Chrétienne*, l. c. 10.

En una carta posterior del arzobispo JAKOBOS al P. MAILLEUX, S. J., de la «Fordham University» de Nueva York, y que se publica con autorización del mismo arzobispo, precisando el alcance del proyectado coloquio del «Incidente de Rodas», el mencionado prelado ortodoxo, después de lamentar «la manera inconsiderada con que ciertos organismos romanos de información, como la Radio Vaticana, han hablado de proyectados encuentros entre teólogos ortodoxos y católicos», y después de aclarar que S. E. no requiere como condición necesaria a estos coloquios la presencia simultánea de los protestantes, precisa que «desea que toda conversación entre ortodoxos y católicos con miras a la reunión conserve como objetivo último la misma reconciliación y reunión con los protestantes» (96).

Si recordamos ahora las observaciones, reproducidas más arriba, del P. DUMONT, comprobaremos la coincidencia de sus puntos de vista con esta realidad que aquí aparece como expresión del sentir de los ortodoxos.

Terminemos estas observaciones sobre el sentir de JAKOBOS, especialmente en su afirmación de que no se busca tanto la unidad con Roma como la unidad en el Cuerpo de Cristo, con esta glosa de STPHANOU:

«Prescindiendo sobre quién deba recaer la responsabilidad de la rotura, cabe preguntarse cuál haya sido siempre aquella unidad en la cual, y por más de mil años, el Oriente ha vivido con Roma. ¿No era la unidad del Cuerpo de Cristo la unidad en la que vivieron Juan Crisóstomo, el Papa Inocencio, el Patriarca Flaviano y San León Magno, San Máximo el Confesor y el Papa San Martín, y tantos otros santos y campeones de la fe, que católicos y ortodoxos continúan venerando...? ¿Dónde estaba y dónde puede estar la unidad del Cuerpo de Cristo sino en la unidad y en la comunión con

(96) L. c. 10.

estos santos y en la vuelta a ella por los que de ella se hayan alejado? Es demasiado grande y precioso este pasado histórico para que el arzobispo JAKOBOS pueda así, de un modo ligero, desinteresarse de él, y demasiado graves serían los interrogantes que surgirían si hubiésemos de tomar a la letra su declaración; por lo cual nos inclinamos a considerarla como una frase infeliz, escapada al arzobispo al hablar de cosas que por su misma naturaleza son más bien complejas» (97).

No podemos pasar adelante sin recoger la reacción que suscitó la declaración de JAKOBOS en los mismos medios ortodoxos, especialmente en lo referente a la ligazón más o menos real y efectiva que dejaban entrever sus palabras entre la Ortodoxia y el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» en las relaciones y coloquios posibles con la Iglesia de Roma.

Dos teólogos salieron al paso de esta actitud de MONSEÑOR JAKOBOS y que fueron los que le obligaron a la declaración oficial que hemos recogido: el profesor griego ALIVIZATOS, de la Universidad de Atenas, y el profesor eslavo SCHMEMANN, del Seminario de San Vladimiro de Nueva York. Ambas manifestaciones están ampliamente recogidas en *Vers l'Unité Chrétienne,* janv., fevr. 1960, 11-13.

Para ALIVIZATOS son inaceptables las declaraciones de MONS. JAKOBOS y estima que han debido ser mal interpretadas por la prensa. En cuanto a que la participación ortodoxa en el futuro concilio esté condicionada a la semejante invitación a otras Iglesias no orto-

---

(97) *La Civilta Cattolica:* 2 jul. 1960, 45-57. *Orbis Catholicus.* febrero 1960, 172 y sigs., recoge también estas declaraciones del arzobispo JAKOBOS, añadiendo que, según «círculos competentes del Vaticano», Roma no acepta la condición presentada por JAKOBOS y deseada por el Consejo Ecuménico de las Iglesias para la celebración de conversaciones entre teólogos católicos y ortodoxos, según la cual habrían también de participar en ellas los protestantes, o bien tendrían que celebrarse dentro del marco de dicho Consejo.

doxas, rechaza de frente esta afirmación y sostiene que tanto la invitación como la aceptación de parte de los ortodoxos nada tienen que ver con la invitación a las Iglesias protestantes, subrayando la indepencia de la Iglesia ortodoxa y su plena libertad de movimientos en relacionarse con quienes desee, al margen del Consejo Ecuménico de las Iglesias, no aceptando jamás limitaciones en este orden bajo ningún aspecto.

En el mismo sentido se expresa el Prof. Schmemann, quien se refiere, no precisamente a las palabras pronunciadas en Ginebra y luego perfiladas y recogidas en la declaración oficial ya citada, sino también a un informe leído por el arzobispo Jakobos en la reunión anual del Consejo Ecuménico de las Iglesias, de Estados Unidos. Esta última parte de las manifestaciones de Schmemann han sido publicadas en español por *Oriente Cristiano*, nov. 1959, 11.

En resumen, Schmemann no acepta la condición de invitación a otras Iglesias para participar la Ortodoxia en conversaciones con Roma, ni que la Ortodoxia deba contar con el «Consejo Ecuménico de las Iglesias» para esos contactos, ya que esto podría llevar a admitir que el Consejo dirige y habla en nombre de todas las confesiones no romanas, lo que va contra la posición de la Ortodoxia dentro del Consejo y contra la función misma que éste debe desempeñar. Nuestra participación en Ginebra «no excluye de ninguna manera —añade— la posibilidad de un diálogo con Roma, si éste es posible y deseable». Ni puede haber respuesta común Ortodoxia-Protestantismo a Roma, ya que la relación de una y otro con ella es sustancialmente diferente. Termina afirmando que aunque un Concilio pan-cristiano sea muy deseable, no es lo mismo que un Concilio ecuménico, porque éste

es la expresión misma de la Iglesia y aquél del Movimiento Ecuménico.

2. *El punto de vista de la revista «Apostolos Andreas».*

Apostolos Andreas —*AA*— es un semanario religioso del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, en el que aparecieron durante los meses de junio-julio 1959 cinco artículos de MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA bajo el título común *El camino hacia la unión*. La revista unionista católica *Unitas* los recoge afirmando que por esos artículos podemos conocer el punto de vista del Patriarcado greco-ortodoxo sobre la manera de preparar la unión entre las Iglesias cristianas.

MONS. VUCCINO los sintetiza y comenta en la mencionada revista y de ésta destacamos los aspectos fundamentales para nuestro objeto.

Un hecho doloroso es la primera idea recogida por MONSEÑOR VUCCINO de los expresados artículos de *AA*. Y este hecho lo constituye la disensión secular entre los cristianos, apartados de los deseos de la plegaria de Cristo por la unidad, y por cuya realidad parece que muchos no se inquietan. «¿Cómo no conmoverse ante el espectáculo de confesiones cristianas que llevan su audacia hasta alterar la sustancia misma de la fe tradicional? Esta disensión entre los cristianos es tanto más grave cuanto que son piedra de escándalo para aquellos que están fuera de la fe revelada» (98).

Frente a este hecho, MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA proclama el deber de todos de rogar a Dios por el don de la unidad, para que nos ayude a fin de reforzar los lazos de nuestra antigua amistad y que el ejem-

(98) *Unitas*, ener.-febr. 1960, 13.

plo de nuestra unión cordial llegue a ser un testimonio en favor de la divina misión de Cristo.

Una mirada al pasado, en el que se descubren aquí y allí las sombras en las relaciones entre la Iglesia Católica y la Orotodoxa. Actualmente —añade— existen signos inequívocos de una tendencia siempre más marcada hacia un entendimiento entre las Iglesias. Y recuerda a este propósito los Mensajes de Juan XXIII y de Atenágoras I con motivo del año nuevo, y después de los cuales parece que el Movimiento ecuménico haya entrado en una especie de aceleración. Y agrega MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA:

«Confiando a la oración la preparación y la realización de la unión, debemos mitigar nuestras impaciencias, porque si la separación ha sido el resultado de una larga serie de acontecimientos, es lógico que el retorno a la unión sea también una obra de larga paciencia».

Nada que objetar ni reparar a estas sensatas observaciones, que muestran un sentido realista en el autor de esas palabras. Oración y paciencia serán siempre disposiciones primarias en toda labor unionista.

Nuestras responsabilidades ecuménicas exigen, según el autor, el situarnos en un clima de sincera simpatía y verdadera amistad.

«En nombre de Cristo —añade—, dejen de considerarse unos y otros como extraños. Por encima de las divergencias existentes entre las dos Iglesias, deben adoptar una actitud impregnada de caridad cristiana, *dado que aún no ha llegado el momento de una comunión en la oración y en la vida sacramental*... Alimentemos la esperanza de que los obstáculos serán superados un día por la colaboración de las dos Iglesias, al menos en el campo social en un principio, gracias a las reiteradas invitaciones emanadas de las más altas autoridades y de las visitas entre los oblispos de la comunidades cristianas» (99).

(99) *Unitas*, l. c. 13-14.

Merece que recordemos aquí la misma consideración hecha en varias ocasiones por S. S. Juan XXIII:

«Mucha comprensión con aquellos hermanos nuestros que, aun llevando el nombre de Cristo en la frente y en el corazón, están alejados de la Iglesia Católica. *Es necesario a toda costa, superando viejas mentalidades, prejuicios y expresiones poco corteses, esforzarse por crear un clima favorable al deseado retorno y secundar por todos los medios la obra de la gracia...*» «Ecclesia» 21-V-1960, 12: Palabras de S. S. en la Reunión anual de los Consejos Superiores de las Obras Misionales Pontificias.

Unos días antes había dicho:

«Es necesario preparar bien todo, con mucha caridad y perfecto conocimiento de los pueblos, y saber tener en cuenta a los hijos de una antiquísima tradición, que ahora hay que comprender y atraer con demostraciones de fraternidad, amabilidad y paz...» (100).

Como vemos, hasta ahora existe una exacta coincidencia entre las observaciones de MONS. JAKOBOS y Juan XXIII. Pero en seguida flotarán los puntos de vista ortodoxos, discordantes, cuando el metropolita de Filadelfia señala lo que debe ser removido de parte de los católicos para que esa comprensión se opere: el *uniatismo*, el *proselitismo* y el *imperialismo*.

Los *uniatas* son, como sabemos, los católicos de rito oriental que viven en medio de los ortodoxos y que suman unos nueve millones de fieles.

«Los uniatas escandalizan la conciencia ortodoxa y provocan su desconfianza sobre las mejores disposiciones de la Iglesia Católica... Exteriormente, se presentan en conformidad con las Iglesias ortodoxas... Interiormente, están totalmente sometidos a las enseñanzas católicas... Es decir, los uniatas no sólo no constituyen un lazo de unión entre las dos Iglesias, sino más bien son causa de una lucha continua,

(100) *Ecclesia*, 14-V-60, 11.

en la cual los uniatas son la parte activa y atacante y los ortodoxos los defensores de sus tradiciones» (101).

Como observa MONS. VUCCINO, considerar a los uniatas enemigos de la Ortodoxia es ignorar el exacto sentido del uniatismo. Y exigir a la Iglesia Católica que los suprima o los incorpore como católicos a la Ortodoxia, es exigirle una injusticia, que en ningún caso estaría justificada. Sería aplicar el axioma inadmisible de hacer un mal para conseguir un bien.

El *proselitismo* es el segundo obstáculo que habría de remover la Iglesia Católica si quiere trabajar por la reunión con los ortodoxos. Pero el que la Iglesia Católica reciba en su seno a ortodoxos que, por motivos bien pesados, desean abrazar nuestra fe, nunca puede ser un obstáculo serio a la unión, como no lo es en el caso del paso de los católicos a la fe ortodoxa.

El *imperialismo*, calificado por MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA como la funesta política del Vaticano para establecer concordatos y acuerdos diplomáticos por todos los medios, es el tercero de los graves obstáculos existentes para llegar a un entendimiento unionista entre Roma y Oriente.

«Un Concordato —añade—, aunque sirva para garantizar los derechos de la Iglesia Católica, es ante todo el producto de una acción política. Y en un país ortodoxo situaría a la Iglesia Católica en un lugar de privilegio, apartándola de la Iglesia ortodoxa...» (102).

Responde MONS. VUCCINO que los Concordatos son muchas veces iniciativas de los Gobiernos mismos; y ellos, en un país cristiano, al garantizar la vida de una Iglesia, no puede verse como un asalto contra las otras.

---

(101) *Irénikon*, núm. 3, 1959, 352.
(102) *Unitas*, ener.-febr. 1960, 15-16.

Finalmente, MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA señala los encuentros entre teólogos católicos y ortodoxos, al margen de todo dirigismo. Así se irían aclarando las ideas en busca de un acercamiento, siempre más lento de lo que exigen nuestras impaciencias.

En cuanto al punto de la *colaboración práctica* entre ambas Iglesias, el metropolita de Filadelfia señala que por parte ortodoxa, que ya viene colaborando ampliamente con el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», esto sería aún más fácil con la Iglesia Católica; pero ésta, en virtud de sus principios de carácter monárquico, que inspiran su teología y su organización, rechaza esta táctica.

«Aun a costa —añade— de romper la unidad y perjudicar sus actividades sociales, la Iglesia refuta la distinción entre tesis e hipótesis, entre teoría y práctica. Es necesario por el momento renunciar a toda esperanza de cambio de actitud... No es fácil para una organización como la Iglesia romana pasar en breve tiempo de una actitud a otra» (103).

El *Concilio Ecuménico,* para MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA, aunque es un hecho interno de la Iglesia Romana, envuelve una invitación a las Iglesias ortodoxas para

«... someterse al Papa. *Aunque se trata de una utopía,* él ve el Concilio como un medio para celebrar contactos entre teólogos de las dos Iglesias, indiscutiblemente útiles para crear un clima de solidaridad y de amplia comunión...» (104).

Sereno en la forma y razonado en su fondo, el pensamiento de MONS. JAKOBOS DE FILADELFIA es uno de los más comedidos entre todos los comentarios ortodoxos suscitados por el anuncio conciliar. De sentido práctico y muy en posesión de la realidad entre las

(103) *Unitas,* l. c. 17-18.
(104) *Unitas,* l. c. 19.

dos Iglesias, ni pide ni espera más de lo que actualmente cabe esperar, ni renuncia a la comunión plena y total que exige la verdadera unidad de la Iglesia, la que no compromete con afirmaciones doctrinales sobre las divergencias existentes, al estilo de Atenágoras, ni condiciona en su visión ecumenista, como las declaraciones de JAKOBOS DE MALTA. Con todo, ahí quedan sus exigencias y condiciones a la Iglesia Romana sobre los uniatas, el proselitismo y el imperialismo, como prueba de que, aun en las mentes más serenas, subsisten prejuicios a la unión ni leves ni fáciles de remover.

CAPÍTULO QUINTO

MANIFESTACIONES EN EL PATRIARCADO DE ANTIOQUIA:

1. *Manifestaciones del Patriarca Teodosio VI.*

Preside actualmente el Patriarcado de Antioquía la Grande y de todo el Este, como se titula oficialmente la sede antioquena, Su Beatitud Teodosio VI, elegido Patriarca en noviembre de 1958 (105).

Fué uno de los primeros prelados ortodoxos en ha-

(105) TEODOSIO está considerado como uno de los más eminentes sabios de todo el Oriente, sobresaliendo especialmente por su dominio de varias lenguas: francés, griego y turco a la perfección; además de su lengua materna, el árabe; y domina con menos perfección el inglés, el ruso y siriaco. Su autoridad se extiende sobre unos 300.000 ortodoxos griegos de Siria, Líbano e Irak, además de unos 150.000 emigrados en las Américas, a los que presiden dos obispos en Estados Unidos, uno en Brasil y otro en Argentina: *Irénikon*, núm. 1, 1959, 68.

Merece destacarse aquí el comentario que hace el P. CAPRILE, S. J., a propósito de la respuesta de Teodosio VI, y en cuyo comentario podemos encontrar la explicación de esas expresiones que acabamos de señalar. Según el citado articulista de *La Civilta Cattolica*, el Patriarcado de Antioquía se ha distinguido en estos últimos tiempos por sus tendencias filosoviéticas, debidas a la amistad que unía al anterior Patriarca Alejandro III con Sergio, de Moscú. Al morir en 1958, la elección de Teodosio significó una victoria de los partidarios del acercamiento occidental. Pero no faltan comentaristas que afirman que la influencia filosoviética es muy fuerte en el Santo Sínodo antioqueno y que incluso entre los seglares pertenecientes al mismo, muchos

cer declaraciones sobre el anuncio conciliar de Juan XXIII, ya que sus palabras fueron pronunciadas el 27 de enero, dos días más tarde de ser difundida por «Radio Vaticana» la noticia:

«La respuesta ortodoxa universalmente válida será la que dé la decisión tomada por el Consejo Panortodoxo, compuesto por los representantes de las Iglesias autocéfalas ortodoxas de todo el mundo. Esto no impide, sin embargo, que una Iglesia autocéfala, como es esta de Antioquía, pueda pronunciarse respecto de la convocatoria de un Concilio Ecuménico, hecha por S. S. Juan XXIII y compuesto por representantes de todas las Iglesias de Oriente y Occidente. Y la contestación es la siguiente: *El Concilio así convocado debe ser presidido por el Papa, en su calidad de «primus inter pares»*, sobre la base de los principios de la fe, de la doctrina y de las tradiciones en uso en la Iglesia indivisa antes de la salida de la Iglesia de Roma del conjunto de la Cristiandad, dirigida hasta la fecha de la separación por los cinco Patriarcas de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén» (106).

La simple lectura del texto del Patriarca antioqueno pone de relieve el presupuesto teológico-canónico del que parten constantemente los ortodoxos, a saber: la pentarquía o gobierno de la Iglesia universal por los cinco grandes Patriarcas enumerados por Teodosio VI. Fiel a esta concepción, Teodosio accede que la presidencia corresponda al Papa, pero tan sólo en su calidad de *primus inter pares,* expresión que a los oídos católicos nos resulta, al menos, muy débil en el reconocimiento de los derechos primaciales de la Sede Romana.

Irénikon, al recoger las palabras del Patriarca an-

---

tienen estrechas relaciones masónicas, todo lo cual explicaría ciertas frases de desconfianza respecto a Roma. *La Civilta Cattolica,* 20 junio 1959, 627, nota 9.

(106) *La Documentation Catholique,* 15 fevr. 1959, cols. 204-205;*La Civilta Cattolica,* 20 jun. 1959, 627-28; *Orbis Catholicus.* abril 1959, 344; *Cristiandad,* 1-15 marzo 1959, 197.

tioqueno, añade un breve comentario para aclarar que las palabras *primus inter pares*

«... en labios de un prelado ortodoxo no son, ante todo, como nosotros podríamos pensar, una reivindicación de igualdad; ellas también son el reconocimiento de una primacía, dentro de la línea proclamada siempre por los antiguos Concilios orientales. Los ortodoxos han conservado siempre su propia concepción de la Iglesia, con la cual la evolución de nuestras ideas en el sentido de una eclesiología más monárquica puede ser que no encajen actualmente, pero sin que sea necesario, por tanto, negar la posibilidad de entendernos un día sobre nociones más amplias» (107).

El P. DUMONT, O. P,, se expresa también en el sentido de las últimas palabras de *Irénikon*, augurando que el próximo Concilio puede llevar a cabo una concreción de la teología eclesiológica con miras a la unión, de manera que pueda atraer la atención de nuestros hermanos separados, especialmente los orientales, aferrados «fuertemente y legítimamente» a su propia tradición, que ellos estiman incompatible con los rasgos dominantes de la eclesiología católica, tal y como está configurada en particular en el Concilio Vaticano I. «Nos referimos —añade DUMONT— al principio de *colegialidad*, en la estructura y en el gobierno de la Iglesia, principio que no ha sido jamás negado doctrinalmente ni repudiado efectivamente por la Iglesia Católica, y que nos parece perfectamente compatible con el ejercicio del primado, de hecho y de derecho, del Obispo de Roma» (108).

---

(107) L. c. núm. 1, 1959, 4.

(108) *Vers l'Unité Chrétienne*, janv.-fevr. 1959, 3.—Esta sugerencia del P. DUMONT, en el sentido de que el próximo Concilio pueda completar la visión católica de la eclesiología, destacando el aspecto de colegialidad en el Cuerpo episcopal junto y bajo el Romano Pontífice, ha sido frecuentemente subrayada por varios comentaristas católicos al glosar los posibles temas sobre que versarán las discusiones conciliares.

En cuanto al sentido exacto que pueda tener la expresión en labios ortodoxos cuando hablan del Papa como *primus inter pares*, el P. CAPRILE, S. J., estima que la interpretación dada a la frase por *Irénikon* es demasiado benigna, toda vez que la expresión citada «en boca de un ortodoxo implica siempre la negación de un verdadero primado de jurisdicción sobre la Iglesia universal, aunque se conceda al Papa un primado de honor» (109).

La expresión *primus inter pares* tiene, efectivamente, dentro de la eclesiología ortodoxa, un valor mucho menos aceptable de lo que algunos autores católicos parecen admitir. El P. GUILLOU, O. P., en su estudio sobre *Eclesiología comparada*, después de haber aducido los testimonios de autores ortodoxos y examinado su alcance en torno a la teoría pentárquica llevada hasta su última expresión de una Iglesia constituída por *obispos todos iguales entre sí*, sintetiza así su pensamiento:

«Las Iglesias ortodoxas rehusarán en adelante el reconocer en el Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, el heredero por derecho divino de las prerrogativas concedidas por el Señor al Príncipe de los Apóstoles en el seno del Colegio de los Doce: ni primado universal de jurisdicción, ni privilegio especial de infalibilidad en el ejercicio del magisterio... En una perspectiva semejante es fácil comprender que el Obispo de Roma no tiene papel alguno que desempeñar en la unidad de la Iglesia. Esta estará perfectamente asegurada por la unanimidad de todos en la fe, y por el mantenimiento, entre todas las Iglesias locales, de los lazos de amor fraternal, externamente manifestado por la participación en común de un mismo culto litúrgico y de unos mismos sacramentos. Por lo mismo, cuantas cuestiones puedan presentarse que interesen a la Iglesia en su totalidad, el poder de decidir sobre ellas pertenece al Concilio Ecuménico. En esta concepción colectiva o conciliar de la Unidad de la Iglesia no hay lugar

(109) *La Civilta Cattolica*, 20 junio 1959, 628, nota 10.

sino para un Primado de honor o de presidencia, pero no de mandato efectivo, de jurisdicción, sino en la medida en que un tal poder pueda ser delegado por el mismo Concilio para el bien de la Iglesia universal... El Papa, aun suponiendo que recobrase su lugar en la Iglesia ortodoxa, es simplemente *el primero* entre los sucesores de los apóstoles, iguales entre sí en la presidencia de la Iglesia y no dando cuenta sino a solo Dios de su ministerio...» (110).

Dejando a un lado los matices sobre la expresión discutida, quedan todavía en el texto antioqueno expresiones reveladoras de antiguos prejuicios antirromanos, como la afirmación de que fué la Iglesia de Roma la que se separó de la unidad de la Cristiandad. Este reproche es viejo en las relaciones de Roma-Oriente. En el mismo Concilio de Florencia estaba en el ambiente de todos los orientales, quienes estaban en el Concilio unionista de 1438, no para pedir su integración en la única Iglesia de Jesucristo, sino para admitir en ella a la Iglesia de Occidente, comprobando la ortodoxia de sus creencias. Todo este sentir de siglos está en la frase de Teodosio, aunque ella sea tan breve y, al parecer, tan sin relieve.

2. *El Metropolita Antonio Bashir.*

Bashir preside la Iglesia ortodoxa de los emigrados antioquenos en Nueva York, y depende, por tanto, del Patriarcado de Antioquía. Su declaración está en la línea de las palabras de su Patriarca, y apareció en una entrevista concedida a *Associated Press*. Calificó de «maravillosa» una eventual unión de las Iglesias, cuyas divergencias podrían ser allanadas en un Concilio ecuménico.

«Los ortodoxos —añadió— están siempre dispuestos a

(110) *Istina*, núm. 1, 1959, págs. 47 y sigs.

aceptar iniciativas que sean sinceras, pero con la condición de que la sola base de la unidad sea la vuelta al acuerdo que reinaba antes del gran cisma de 1054. Es necesario ver cuáles eran los dogmas y las doctrinas entonces existentes, estudiar los fundamentos de nuestra fe y *rechazar todo aquello que se ha añadido desde entonces, especialmente el dogma de la infalibilidad pontificia. Pero si una de las partes quiere dominar a la otra, estoy convencido que las Iglesias orientales no aceptarán*» (111).

Las exigencias de BASHIR son claramente inaceptables para una mente católica. Suponen que la Iglesia de Roma no es la verdadera Iglesia de Jesucristo, que es posible echar por la borda nada menos que la aportación doctrinal de trece entre los veinte Concilios hasta ahora celebrados, y concretamente el primado pontificio definido en el Vaticano como dogma de fe. En sus palabras afloran asimismo los prejuicios antiromanos de imperialismo, que hemos visto exponer sin rodeos a JAKOBOS DE FILIDELFIA y refutar a MONSEÑOR VUCCINO. No es, por lo tanto, muy propicia a todo intento unionista total la declaración de BASHIR, quien, como observa el P. CAPRILE, está muy dentro de la ideología del Movimiento ecuménico y en muy estrechas relaciones, por su formación y presencia física incluso, con el mundo protestante (112).

Estas y otras manifestaciones de BASHIR debieron ser deformadas por las informaciones de prensa, y esto obligó al Patriarca, para salir al paso de ellas y corresponder al mismo tiempo a las numerosas consultas recibidas acerca de su pensamiento en torno al problema de la desunión y reunión cristiana, a publicar una declaración oficial, fechada el 17 de noviembre de 1959, y que por su innegable valor para definir posi-

(111) *La Civilta Cattolica*, 20 jun. 1959, 628; *Sacra Doctrina*. número 16, 1959, 469-70.
(112) *La Civilta Cattolica*, l. c. 628.

ciones y valorar actitudes, reproducimos íntegramente. El texto es extenso, pero no tiene desperdicios.

«En la historia de los esfuerzos hechos para poner término a la desunión de los cristianos, esfuerzos que han marcado el período siguiente a la primera guerra mundial, *el suceso más alentador a los ojos de la Iglesia ortodoxa ha sido la iniciativa del Papa de Roma Juan XXIII, en la que se concede una seria consideración a la reunión de ortodoxos y romanos.* Aun sin analizar la naturaleza exacta de la apertura realizada por el Papa en las fases sucesivas de su desarrollo, el simple hecho de que se haya mencionado la posibilidad de pasos irénicos y prácticos —un progreso sobre la acción papal de siglos pasados— representa una realización monumental. La resistencia o la indiferencia de algunos portavoces ortodoxos, la alarma evidente de algunos ecumenistas protestantes, así como la prudencia extrema de los últimos comentarios de Roma, no aportan ninguna esperanza al valor de este acto verdaderamente alentador. *La intención manifiesta del Papa de ir más lejos de las formalidades tradicionales y de las formas políticas vacías del pasado, debería recibir el apoyo total de los dirigentes responsables ortodoxos.*
»Encuentro el principio excelente y la causa buena. Según mi parecer, el máximum de eficacia de toda negociación dependerá, en última instancia, de los métodos empleados, entre los que yo considero los siguientes como los más importantes:

»*a) Las conversaciones y las discusiones iniciales deben limitarse a los católicos ortodoxos y a los católicos romanos.* Reconociendo que no se puede entregar a generalizaciones sobre el protestantismo en sus innumerables variedades, no es menos verdadero que todas estas ramas presentan fuertes divergencias doctrinales, tanto en relación a la ortodoxia como al catolicismo: la idea de la Iglesia visible, la sucesión apostólica y los sacramentos, la naturaleza de la Revelación y de la autoridad, la Theotokos, etc. *El hecho de incluir representantes protestantes en un diálogo ortodoxo-católico no puede conducir más que al caos.* Si las diferencias entre ortodoxos y católicos estuviesen ordenadas, el mundo protestante, numéricamente y psicológicamente hablando, se colocaría ante la obligación de una seria reconsideración de su génesis y de su desarrollo. *A este respecto, habría que subrayar que la participación ortodoxa en el Consejo Ecuménico*

de las Iglesias no implica adhesión alguna a la política de esta empresa, fuera de su función de facilitar el trato cristiano entre sus miembros. Lo que no excluye en manera alguna la acción unilateral allí donde esté verdaderamente justificada. El Consejo Ecuménico de las Iglesias no existe más que como servidor de las denominaciones cristianas y no como maestro de ellas.

»b) *Si el Papa de Roma ha estado o está sinceramente interesado en algo más que en una apertura diplomática, Su Santiadad debe comenzar por dirigirse a la Ortodoxia por intermedio del Patriarca ecuménico en cuanto Primado de la Iglesia,* proponiendo la convocación de una comisión reunida de teólogos y canonistas, cuya tarea sería la redacción de *un programa apto para ser incluído en una carta que llevase las firmas de S. S. el Papa, Primado de Occidente, y de S. S. el Patriarca ecuménico, Primado de Oriente, y dirigida a las dos Iglesias.*

»c) El encuentro que seguiría, *aunque no deba necesariamente desembocar en la unidad inmediatamente,* ofrecería ocasión al Espíritu Santo de obrar, y podría conducir, incluso, a una unión eventual.

»d) *La dificultad mayor entre la Ortodoxia y Roma es la cuestión de los fundamentos del Primado papal y del dogma paralelo de la infalibilidad papal.* No se pueden minimizar las diferencias, manifiestas o implícitas, presentadas por estos dogmas, como no se puede olvidar la historia desalentadora de los esfuerzos intentados para encontrar una solución. *Pero ¿acaso no será posible que haya llegado el tiempo de reformular las dos doctrinas, al mismo tiempo exclusivas y estrechamente ligadas* —la de la Iglesia infalible y la del Primado infalible— *en un nivel superior y nuevo, capaz de sintetizar las dos tradiciones?* Es una concepción audaz, incluso temeraria, pero seremos culpables ante el Señor si nos detenemos en los problemas menores, más fáciles de resolver, despreciando las divisiones que subsisten entre los que invocan Su nombre.

»Para terminar, y con el fin de evitar los malentendidos y una explotación de la Prensa popular, insisto sobre el hecho de que yo formulo estas proposiciones *como representante leal de la Iglesia ortodoxa, teniéndola como Iglesia una, santa, católica y apostólica, fuera de la cual no existe salvación.* No gloso el cisma o la herejía de Occidente y *no sugiero ninguna otra solución para la división que la reunión de todos los cristianos con esta misma Iglesia ortodoxa.* De todas

maneras, si la reunión no puede realizarse por una reformulación de las dos posiciones, no veo el camino para que pueda efectuarse de otra manera» (113).

En los textos antecedentes existen pasajes alentadores por su realismo y comprensión y otros que infunden pesimismo en el lector, ante las afirmaciones difíciles de superar que formula el arzobispo BASHIR.

Reconoce el paso dado por Juan XXIII en pro de un acercamiento entre las Iglesias, calificándolo como el suceso más alentador que se ha producido a los ojos de la Iglesia ortodoxa después de la primera guerra mundial. La intención manifiesta del Papa es ir más allá de las formalidades tradicionales del pasado, dice, y debería recibir el apoyo total de los dirigentes ortodoxos.

Pero fuera de estas expresiones, apenas en todo el resto del texto tenemos nada inmediatamente alentador. Certera su observación sobre la conveniencia de que los contactos con miras a la reunión se lleven por separado entre católicos y ortodoxos, dado que el hecho de la multiplicidad confesional de los protestantes no haría viable un intento de concordia, y sólo conduciría al caos. En este punto BASHIR se aparta, al menos en las expresiones, tanto de ATENÁGORAS y de JAKOBOS DE MALTA al exigir, si no la simultaneidad de los contactos con los protestantes, sí, al menos, la coordinación con ellos en todo intento de acercamiento con Roma, como de algunos comentaristas católicos, entre éstos el P. DUMONT, que, como hemos visto más arriba, estima que el contacto ecumenista debe ser indivisible en el sentido por él explicado y recogido también por nosotros.

En lo referente, sin embargo, al movimiento ecu-

---

(113) *Oriente Cristiano*, mayo 1960, 9; *Vers l'Unité Chrétienne*, janv.-fevr. 1960, 8-9.

ménico como tal, es más lógico que los anteriores prelados ortodoxos, proclamando su colaboración con él dentro de los límites de una facilitación de los contactos; cosa que también confiesa ATENÁGORAS, pero que luego restringe mucho al condicionar la participación con los católicos a la misma con los restantes cristianos.

Pero cuando flotan los presupuestos más difíciles de remover es al hablar de cómo habría de convocarse o el Concilio o los contactos entre ortodoxos y católicos, exigiendo entonces una convocatoria común por parte de los dos Primados de la Iglesia, el Papa de Occidente y Constantinopla de Oriente. Y en sus expresiones no se deja entrever diferencia alguna que permita un auténtico Primado universal sobre la Iglesia toda de Jesucristo.

Como no podía menos, aparece el obstáculo número uno, el Primado y la Infalibilidad del Romano Pontífice. Con todo, la sugerencia formulada por BASHIR sobre la posibilidad de una reformulación de ambas posturas sobre la Iglesia infalible y el Primado infalible, en un nivel superior y nuevo, capaz de sintetizar ambas tradiciones, deja un rayo de esperanza para posibles posteriores concreciones sobre el tema.

Finalmente, sus últimas palabras de reiterada fidelidad a la Iglesia ortodoxa, «fuera de la cual no hay salvación», y su afirmación de que no sugiere ninguna otra solución para la división que *la reunión de todos los cristianos con esta misma Iglesia,* nos definen, sin equívocos, su verdadera posición, nada fácil para un entendimiento con Roma. Sin destacar que para BASHIR, como para los ortodoxos en general, el *cisma es de Occidente* y no de Oriente.

---

(114) *La Civilta Cattolica,* 18 jul. 1959, 178.

3. *Otros Patriarcados e Iglesias autocéfalas.*

Hasta ahora casi nada de interés directo al tema que perseguimos hemos podido recoger de los restantes Patriarcados e Iglesias autocéfalas ortodoxas. Alejandría, Jerusalén, Grecia, etc., nada han manifestado a través de sus respectivas autoridades jerárquicas. Grecia expresamente declaró, por medio del Secretario del Santo Sínodo, que prefería no manifestar nada en tanto que no lo haya hecho (114).

En cambio, tendremos más adelante abundantes testimonios entre los teólogos, no sólo griegos, sino también rusos, que si no tienen detrás el respaldo de una autoridad jerárquica, sí gozan de una influencia penetrante entre los fieles en general. Y, finalmente, no pocos ni desestimables, como síntomas de la *disposición psicológica* que vamos investigando, comentarios de seglares en revistas y prensa de masas.

De los países ortodoxos situados detrás del «Telón de Acero», sólo el Patriarca Cirilo de Bulgaria comentó que

«... acogía con simpatía y gozo toda llamada a la paz y buena voluntad entre los pueblos y apreciamos en su justo valor tales llamadas cuando vienen de sedes tan antiguas como las de Roma y Constantinopla» (115).

(115) *Doctrina Sacra*, núm. 16, 1959, 470.—Como comenta el Padre CAPRILE, S. J., es muy significativo el silencio con que ha sido acogido el anuncio conciliar en estos países, sometidos a la influencia del comunismo Del Patriarca de Moscú sólo tenemos una declaración de un portavoz, quien se limitó a decir que no podía hacerse ningún comentario en aquellos momentos, por desconocerse el texto del discurso del Papa. *(La Civilta Cattolica*, 20, junio 1959, 622.)

—Este silencio, con todo, no nos autoriza a vér mejor disposición psicológica en estos países, especialmente teniendo en cuenta, como más adelante veremos, que los teólogos rusos de la emigración han sido de los más exigentes y resistentes en lo referente al Concilio y su posible tema unionista. De ALEXIS, patriarca moscovita, tenemos una declaración de unos días anteriores al anuncio papal, en la cual afirmó el prelado ruso que

Dos breves notas queremos recoger aquí, antes de fijarnos en la Iglesia copta, por referirse aún al Patriarcado de Constantinopla. Uno es del obispo GERMÁN POLIZADOS, Vicario del Patriarca de Constantinopla para las dos Américas, el que comentando el anuncio conciliar afirmaba, dentro de la línea de BASHIR, y más aún conforme a la de JAKOBOS DE MALTA, que se imponían unos contactos previos entre ortodoxos, protestantes y católicos acerca del Concilio. Y a continuación añadía: «*No se nos debe decir: Venid y aceptad nuestras doctrinas, sino: Venid y discutamos juntamente*».

El otro comentario, también episcopal, se debe a VIRBOS, de la Catedral greco-ortodoxa de Londres, más esperanzador que el anterior: «Me llena de felicidad el ver la rapidez con que el Papa ha afrontado el problema de la unión de la cristiandad. Ha sido un gran empuje por parte suya» (116).

«*estaría dispuesto a entrar en tratos con la Santa Sede sobre temas estrictamente religiosos, a excepción, sin embargo, de la cuestión de la unidad*»; *La Civilta Cattolica*, l. c.

A través de *Istina* hemos repasado todos los sumarios de la *Revista del Patriarcado de Moscú* hasta abril de 1959 y no hemos encontrado declaración alguna referente al tema. Más adelante diremos algo sobre la Ortodoxia rusa en su realidad actual y en sus relaciones con el Consejo Ecuménico de las Iglesias. Por ahora, baste recoger un comentario de la *Gazette de Lausanne*, de 30-I-1959, en que se decía: «¿Podrían sus obispos —los situados dentro del «telón»—, en el caso en que lo deseen, responder al llamamiento pontificio?»

(116) *La Civilta Cattolica*, 18 julio 1959; *Ecclesia*, 7-III-1959, 30-31. En el texto transcrito por *Doctrina Sacra*, las palabras de VIRBOS son más optimistas: «El momento es feliz; no debemos desear controversias destructoras, sino una fraternidad constructiva. Muchos teólogos desean un verdadero y sólido acercamiento y anhelan la posibilidad de coloquios serios entre «ortodoxos y católicos».—L. c. núm. 16, 1959, 470. Como se ve en este texto, de la misma referencia al *Catholic Herald* de 6 de febrero de 1959. VIRBOS se sitúa en la línea de BASHIR en lo referente a los contactos entre teólogos, limitándolos a sólo católicos y ortodoxos, en un plan constructivo.

4. *La Iglesia Copta.*

Los orígenes de esta Iglesia hay que llevarlos al tiempo del Concilio de Calcedonia (año 451) contra la herejía monofisita, que negaba las dos naturalezas en Jesucristo. La mayoría de los cristianos de Egipto se negaron a aceptar la definición de Calcedonia, llevados de la gran estima que tenían por Cirilo de Alejandría, que había hablado de la «única naturaleza del Verbo de Dios encarnado». Como no se habían distinguido suficientemente naturaleza y persona, se pensó que la doctrina de Calcedonia llevaba a poner también dos personas en Cristo, y que el Concilio había incurrido en la herejía nestoriana (117).

Esta Iglesia está separada tanto de Roma como del resto de la Ortodoxia oriental, y tiene entre los cristianos egipcios y etiópicos unos doce millones de fieles, la mayoría, unos diez millones, en Etiopía. Su Patriarca reside en Alejandría, teniendo un Metropolita en Jerusalén y un Obispo para el Sudán y Uganda (118).

Según una referencia del *Corriere della Sera,* de Milán, recogida por *La Civilta Cattolica,* el Secretario del Patriarcado copto de Alejandría ha expresado el sentir de su Iglesia, frente al anuncio papal, en estos términos:

«La idea es magnífica, pero tengo mis dudas sobre la posibilidad de un resultado positivo, a causa de las graves divergencias entre las confesiones cristianas».

---

(117) *Oriente Cristiano:* «Ayer», págs. 51, 52 y sigs.—*La Civilta Cattolica,* 20, junio 1959, págs. 627 y sigs.—Sobre situación actual y perspectivas del porvenir de la Iglesia copta, ha escrito ZACARIAS RAMIRO en *Reunión,* abril-junio 1957, 66 y sigs.

(118) *Orbis Catholicus,* abril 1959, pág. 345; *Cristiandad,* junio 1959, pág. 293.; *Lumen,* mayo-agosto 1959, págs. 275-76.

El Secretario afirma que la Iglesia copta, por haber sido fundada en el año 67 de nuestra Era por San Marco en Alejandría es la Iglesia *verdadera y originaria,* de la cual se han separado todas las restantes, incluída también la Católica. Y así concluía:

«Si se deben introducir modificaciones, naturalmente deben ser hechas por las Iglesias derivadas y no por la Iglesia primitiva».

Según el P. CAPRILE, S. J., el Secretario no pretendía con esta afirmación reivindicar la primacía cronológica de Alejandría sobre Jerusalén y Antioquía, fundadas mucho antes, por citar dos Iglesias del Oriente. Tan sólo reclama para su Iglesia la fidelidad inalterada a la doctrina verdadera, y por tanto considera las Iglesias ortodoxas y la católica Iglesias cismáticas, de las que se espera su retorno a la unidad de la fe (119).

Casi un mes más tarde (el 23 de febrero), el obispo copto Athanasios hacía otras declaraciones al redactor del *Al Fida,* periódico quincenal, en las que aparece bien claro la poca importancia que atribuye al anuncio papal:

«Se trata —dijo— de uno de los acostumbrados llamamientos periódicos; nadie puede rechazar esa invitación a la unión, pero aquellos que la hacen deben ser los primeros modelos de unión, haciéndola entre ellos. La *Iglesia copta es la Iglesia Madre.* Nunca ha abandonado sus principios, ni ha dado ocasión a cismas o escisiones, protestantes o no. No trata de obligar a los hijos de otras Iglesias a unirse a ella, induciéndoles a abandonar su propia Iglesia. No ha dado lugar a secta o comunidades separadas, como ha sucedido a las otras Iglesias... *Iglesia ortodoxa quiere decir que está en la verdad, que no ha cambiado. Y en efecto, la Iglesia copta-ortodoxa ha permanecido firme en la fe, no ha errado y abre*

(119) *La Civilta Cattolica,* l. c., pág. 626, nota 8.

sus brazos a todos para que retornen a ella. Ella lanza la llamada a la unión e invita a todos, los alejados y los separados, para que se unan a ella» (120).

Tampoco necesita de comentarios esta manifestación copta sobre el anuncio papal. Sólo produce un hondo dolor y arranca una exclamación y una plegaria ¡Haz, Señor, que todos los que nos honramos con tu nombre y profesamos ser seguidores de tu fe y propagadores de tu doctrina, veamos con claridad irresistible que la desunión escandaliza, que la unión convencerá a todos los hombres que somos discípulos tuyos y que Tú has venido del Padre! ¡Que la unión no se hace cerrando puertas y estrechando las entradas, todos frente a todos! ¡Que si Tú has hablado por tus Concilios y por tu Vicario, desoírlos no es estar contigo, sino contra Ti y frente a los demás! ¡Que veamos, Señor, que veamos! Tú que eres la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, inúndanos de luz! ¡Necesitamos mucha luz, mucho amor, mucha humildad! ¡Danos luz!

Creemos que las palabras precedentes son la mejor glosa que una mente católica puede hacer al propio comentario copto, como a casi todos los anteriores. ¡Con qué razón JAKOBOS DE FILADELFIA destacaba el confusionismo y el daño de la desunión cristiana! Porque, ¿qué dirán los que no son de Cristo, vernos hablar y escribir en ese estilo y tono, si saben sobre todo que la plegaria encendida del Señor antes de salir de este mundo para el Padre, y que nos legaba además, como un mandato de ultima voluntad, fué el: *Ut sint unum?*

Expuestas las manifestaciones referentes a las jerarquías ortodoxas de las varias Iglesias y Patriarca-

(120) *La Civilta Cattolica*, l. c., págs. 626-27.

dos, pasamos a recoger otras de parte de los teólogos y prensa en general, que son un índice de no menor significación para el fin que perseguimos de auscultar la *disposición psicológica* de la Ortodoxia en orden a las posibilidades unionistas del momento, promovidas hasta un tema de actualidad por el anuncio conciliar de S. S. Juan XXIII.

Abordaremos el tema bajo un doble aspecto: *a*) Teólogos, y *b*) Prensa en general. En la primera parte consideraremos las manifestaciones de los teólogos ortodoxos rusos emigrados en lugar aparte, dada la importancia que tienen las declaraciones y comentarios que han hecho con motivo del anuncio conciliar.

III

REPERCUSION TENIDA POR EL ANUNCIO CONCILIAR EN LOS MEDIOS TEOLOGICOS Y EN LOS ORGANOS DE PRENSA EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

MANIFESTACIONES DE LA ORTODOXIA RUSA

Hemos recogido en las páginas anteriores un buen número de manifestaciones de la Jerarquía ortodoxa, con motivo del anuncio conciliar, lo suficientemente significativas, por su claridad y por las diversas personalidades de quienes proceden, para que nos hayan podido prestar una visión actual de las disposiciones psicológico-doctrinales de la Ortodoxia con relación a Roma. «Toma de pulso», auscultación al día, hemos llamado a las observaciones a que se prestan esos testimonios. Y esto ha sido ya un fruto anticipado del futuro Concilio Ecuménico.

En la Ortodoxia, con todo, no basta auscultar a la Jerarquía. La constitución democrática de las Iglesias orientales concede una libertad de expresiones a todo el cuerpo eclesial —sinodales, teólogos y simples fieles—, que nos impone el acudir también a estos medios ortodoxos en busca de la misma observación psicológico-doctrinal, especialmente entre los teólogos más insignes y a través de los medios de expresión más autorizados en el mundo oriental.

Una primera característica se ofrece como nota digna de destacarse al pasar de un medio de observación —la Jerarquía— a los otros, teólogos y comentaristas en general: la Jerarquía aparece más dispuesta

al acercamiento, en términos generales, con la Iglesia de Roma, sobre todo en el terreno de una colaboración práctica. Los teólogos, más propicios a los coloquios doctrinales como modo de contacto con la Iglesia Católica, pero partiendo de presupuestos teóricos, manifestitivos de una disposición psicológica mucho más intransigente y resistente que la expresada por los prelados. Los comentaristas, en general, son los más encerrados en posiciones de viejos prejuicios históricos antioccidentales. En una palabra, *la Jerarquía prefiere la colaboración práctica* sin discusiones doctrinales previas. *Los teólogos se manifiestan en favor de los contactos doctrinales,* en un terreno no oficial del todo para llegar al acercamiento por el mutuo conocimiento teológico. Los comentaristas se mantienen en posiciones menos propicias y más incomprensivas en general. Es decir, la Jerarquía estima que el acercamiento y la unión vendrán por la *colaboración práctica;* los teólogos, en cambio, buscan la unidad por la vía del *mutuo conocimiento.*

Con estas matizaciones creemos que se refleja la realidad ortodoxa actual objetivamente. *Vers l'Unité Chrétienne,* el célebre boletín unionista católico, recoge algo también de esto, haciendo constar que, sobre todo en Grecia, la Jerarquía en su conjunto es menos abierta para los esfuerzos hacia la unidad que lo es el cuerpo teológico profesoral. En Constantinopla, esta tensión entre Jerarquía y teólogos es menor, aunque la situación y disposición personales de Atenágoras no sean compartidas igualmente por todos sus fieles, obispos y profesores. Si tenemos presentes las concreciones señaladas por nosotros, distinguiendo entre la unión por vía de colaboración y la unidad por vía de contactos doctrinales, queda explicada la aparente

divergencia entre nuestro examen y el juicio, siempre tan autorizado, del indicado boletín unionista católico. Las razones de estas diversas actitudes podrán ser varias. Tal vez un mayor sentido subjetivo de responsabilidad en los jerarcas ortodoxos, sobre quienes descansan la confianza y fe de millones de fieles; tal vez un mayor temor de que la unidad implique mayores renuncias que beneficios ostensibles; tal vez, en fin, las complicaciones que para ellos debe traer siempre una integración total y plena en el seno de la unidad. Por esto la Jerarquía prefiere la unión para colaborar en el plano pastoral de cristianización. Los teólogos, sin todas esas posibles trabas, anhelan discutir teóricamente. Al fin, están así en su medio normal (121).

1. *La Iglesia Rusa y su realidad actual.*

La Ortodoxia rusa forma hoy el grupo numéricamente más importante entre las Iglesias orientales, y, por razones fáciles de comprender, con una influencia y preponderancia muy destacadas sobre varias Iglesias autocéfalas (122).

Dada la importancia que tiene el conocer lo más exactamente posible que se pueda la realidad religiosa ortodoxa rusa —todo lo referente a la U. R. S. S. es siempre un misterio y una oposición de puntos de

(121) *Vers l'Unité Chrétienne*, janv.-fevr. 1960, 13.—En este mismo número tenemos una prueba de categoría de la libertad de expresiones de que gozan los teólogos en la Ortodoxia de frente a manifestaciones jerárquicas, en el comentario nada suave ni reverencial que hace ALIVIZATOS, profesor de la Facultad teológica ateniense, a la declaración de JAKOBOS DE MALTA, arzobispo de las Américas, con motivo del *Incidente de Rodas*. Los artículos de ALIVIZATOS no son una excepción: L. c. 11-13.

(122) Para una *información histórica sobre la Iglesia de Rusia* y todas aquellas sobre las que ejerce su influencia, pueden utilizarse las obras de VRIES, S. S., y además, autores citados en la *nota 48*. Especialmente serán útiles las obras del P. HERNAN-

vista—, resumimos a continuación un magnífico estudio llevado a cabo por el tantas veces citado P. DUMONT, O. P., y que fué publicado a fines de 1958. La autoridad del autor y su carácter teológico católico le ponen por encima de otros enfoques en los que cabe más apasionamiento.

DEZ, S. J., y de H. GOMEZ, allí citadas, así como nuestra información bibliográfica, también en esa *nota* consignada. Sobre el *Momento actual de la Iglesia rusa: Orbis Catholicus*, agosto-septiembre 1960, 231-242; enero 1960, 79 80; *Unitas*, sept.-oct. 1959. 142-48; jul.-agost. 1959, 104-117; *Ecclesia*, 9-VIII-1947, 5 y sigs.; 13-IX-1948, 21-22; 9-III-1957, 24; *Estudios teológico-informativos* en *Istina*, años 1954, 55, 56, 57, 58, 59; *Informaciones de actualidad* en *Irénikon*, en todos sus números; prácticamente, en la sección *Cronique religieuse* en U. R. S. S. *Sobre las relaciones de la Iglesia rusa con el Consejo Ecuménico de las Iglesias,* del que hasta ahora ha estado separada y hasta enfrentada: *Orbis Catholicus*, abril 1960, 363-65; *Ecumenical Review*, abril 1960, 347-50; *Unitas* —órgano internacional unionista, en inglés, católico—, número 1, 1960, 55-56; *Le Monde*, de París, ha publicado una buena información sobre las visitas a Moscú y Ginebra de representantes del Consejo y del Patriarcado moscovita: 20 de enero de 1960; *Etudes*, febrero de 1960, 246-48, *sobre la vida religiosa de la Ortodoxia rusa actual* pueden verse diversos testimonios sobre su renacimiento litúrgico, sacramental, etc., en *Service Oecumenique de Presse et d'Information* —SOEPI—, números 29 de abril, 27 de mayo, 17 de junio, 22 de julio, 5 agosto 1960. Un testimonio reciente del Secretario general del Consejo Ecuménico de las Iglesias afirma que, «gracias a Dios, la Iglesia está cada día más viva en Rusia, a pesar de treinta años de persecución»: *Le Monde*, 9 febrero 1960. *Sobre la actitud de la Iglesia rusa en orden al Comunismo*, existen testimonios muy dispares, pues mientras unos, especialmente los rusos emigrados, la consideran servilmente sometida al Estado (*Oriente Cristiano*, jun. 1960, 12), otros hechos demuestran lo contrario. Entre éstos merece destacarse la reciente excomunion promulgada por el Patriarcado moscovita contra los ateos militantes y algunos apóstatas ortodoxos: *SOEPI*, 27 mayo 1960, 4. Este hecho revela algo más que un sometimiento servil y miedoso ante el comunismo. *Relaciones con la Santa Sede*: *Ecclesia*. 9-VIII-1947, 5 y sigs. *Relaciones con el Patriarcado Ecuménico y otras Iglesias autocéfalas*: *Irénikon*, en casi todos sus números. Un artículo periodístico, pero con interés: *Atenágora contra Sergio*: *L'Europeo*, 8 febrero 1959, 13-14; otro sobre manifestaciones religiosas populares: *Corriere della Sera*. 17 abril 1960, 3, etc., etc.

El P. DUMONT, O. P., que como se sabe es uno de los teólogos católicos más impuestos en el conocimiento de las Iglesias cristianas separadas de la Sede Apostólica, acaba de publicar un estudio sobre *la Iglesia ortodoxa y el Poder civil en la U. R. S. S.,* que estimamos del máximo interés extractar, ya que da una visión recientísima sobre una realidad que, generalmente, es muy desconocida en el mundo occidental, cuando se refiere a la situación religiosa en Rusia (123).

Comienza el P. DUMONT con una aclaración que nunca se debe perder de vista al enfocar el momento actual religioso de Rusia, a saber, que si es evidente que se ha evolucionado mucho en cuanto a las *relaciones* entre la Ortodoxia rusa y el Poder civil, no se puede afirmar lo mismo en cuanto a las *leyes*. Estas siguen subsistiendo en sus aspectos antirreligiosos básicos. Y, como observa el autor, bastará que otro equipo de hombres dirijan la nación rusa para que el espíritu perseguidor reaparezca en toda su crudeza.

Señala las tres grandes etapas de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Rusia.

El 28 de febrero de 1918 se publicó el Decreto de total separación, consumando así la total hegemonía del poder civil sobre el religioso, que había iniciado Pedro el Grande en el siglo XVIII al suprimir el Patriarcado de Moscú, con lo cual el Santo Sínodo quedó totalmente en manos del zar, como órgano supremo de la Iglesia rusa.

El Decreto del año 1918 llegó a la separación total de la Iglesia del Estado y de la escuela de la Iglesia, quedando ésta reducida al plano de una institución estrictamente privada.

---

(123) *Sacra Doctrina*, núm. 12, 1958, págs. 263-275.

La Constitución promulgada el 10 de julio de 1918 confirmó el anterior Decreto, restringiendo por todos los medios posibles la vida de la Iglesia rusa, con la Ley de asociaciones, que incluía los apartados de «grupos» de no más de 20 fieles, y de «sociedades», con 50. Todos necesitaban la aprobación del Estado para poder existir.

Esta etapa fué la más dura. Las persecuciones, deportaciones, procesamientos, incautaciones de los bienes eclesiásticos, fueron la tónica dominante y habitual. La Iglesia quedó reducida a circunscripciones enteramente locales, sin trabazón nacional alguna, hasta el año 1927, en tiempos del Patriarca Sergio, que consiguió el reconocimiento de una organización de tipo nacional, aunque con las trabas propias de la legislación subsistente en materia religiosa.

La *Constitución staliniana de 1936* suavizó un tanto la situación, aunque, con los artículos 124 y siguientes, al mismo tiempo que aseguraba la libertad religiosa de los ciudadanos, ratificaba la separación del Estado de la Iglesia y de la Iglesia de la escuela, admitiendo la libertad de practicar el culto religioso, pero también la libertad de propaganda antirreligiosa. No se debe olvidar, para la exacta valoración de esta actitud, que el Estado no se declara neutral en materia religiosa, toda vez que forma parte de la filosofía materialista del marxismo la tesis de que el fenómeno religioso es un producto de la sociedad clasista, y que debe desaparecer totalmente cuando se logre la plenitud de una sociedad sin clases, aspiración tenaz del comunismo.

El *Estatuto del 31 de enero de 1945*, terminada la guerra, mejoró notablemente la situación de la Iglesia rusa. Su comportamiento patriótico durante la invasión alemana, y la necesidad que tenía el comunis-

mo de desarmar a sus enemigos de afuera por la acusación de opresión religiosa, hicieron posible esta evolución, en la cual se consagra ya de modo oficial la estructura tradicional del Patriarcado de Moscú, con parroquias, decanatos y diócesis, bajo la autoridad suprema del Patriarca moscovita. Es innegable que con esto el comunismo persigue afanes imperialistas sobre las naciones eslavas, sometidas en lo religioso al Patriarca ruso. Se autoriza el establecimiento de seminarios o academias teológicas para alumnos de dieciocho años, y sin propaganda religiosa previa. Pero se mantiene la prohibición de escuelas y catecismos, de modo que toda la actividad de la Iglesia rusa no tiene más desemboque que la liturgia en todas sus manifestaciones.

El espíritu del *Estatuto* de 1945 es reducir la Iglesia a un encerramiento en sí misma, sin posibilidades proselitistas de ningún orden. Cuanto se refiere a la vida religiosa queda encuadrado en una especie de Ministerio de Cultos, del que se precisa autorización previa para el establecimiento de seminarios, academias, conventos, etc. Sólo se autoriza una publicación eclesiástica, mensual, la *Revista del Patriarcado de Moscú,* estrictamente reducida al ambiente interno de la Iglesia. Es un período —destaca el P. DUMONT— que se puede considerar de «buen entendimiento», pero de total aislamiento de la vida social de la nación en todos los órdenes. No obstante, reconocen las mismas autoridades eclesiásticas rusas que en ese aislamiento goza hoy la Iglesia de más libertad que tuvo nunca en Rusia, incluso en el tiempo de los zares, toda vez que la interferencia de éstos en los asuntos eclesiásticos, a través del Santo Sínodo, era en épocas anteriores superior a lo que hoy hacen los hombres del comunismo. Es un mal que tiene esa ligera compen-

sación de autonomía. Ligera y pobre, como sería la del hombre que se obliga a encerrarse en su casa con la «compensación» de que en ella puede hacer lo que quiera, pero impidiéndole relacionarse con todo lo que le rodea.

Destaca el P. DUMONT que no deben considerarse aduladoras las manifestaciones que en este orden han hecho en los últimos tiempos diversas autoridades eclesiásticas rusas, ya que, aunque buscando el comunismo su ventaja de esta mayor libertad concedida, de hecho la han otorgado. Y buena prueba son los 20.000 templos e iglesias abiertos al culto en toda Rusia y los ocho grandes seminarios teológicos existentes, aunque sea con la limitación de edad hasta los dieciocho años para sus alumnos.

Asimismo se han prohibido los ataques contra la religión que no sean puramente «científicos», así como toda burla o mofa que pueda herir los sentimientos religiosos de cualquier creencia. Esto explica por qué de vez en cuando surgen nuevas oleadas ateas, basadas en apariencia de estudios científicos.

Las manifestaciones recogidas en otro lugar del teólogo calvinista R. MEHL, sobre esta evolución de la Ortodoxia rusa, comprueban estas afirmaciones del PADRE DUMONT, anteriores en el tiempo.

Con todo, no se olvide que las leyes subsisten en sus más graves prohibiciones, y que cualquier pretexto podrá hacerlas entrar en un nuevo período de opresión mayor que el actualmente vigente. El comunismo no cambia de metas, aunque cambia a veces de rutas. Ni desiste de sus objetivos, aunque a veces varíe de su táctica (124).

---

(124) *Para un conocimiento más pormenorizado de los postulados básicos del marxismo*, es de gran utilidad el libro de CH. J. MC. FADDEN: *La Filosofía del comunismo*, especialmente en los capítulos VI y VIII; asimismo el libro de M. FRAIG-

Complemento de este estudio del P. DUMONT es otro no menos interesante para situar perfectamente la

---

NEUX: *El comunismo, mística inhumana*, especialmente en su última parte.

Una información muy actual sobre el sentido ateo militante del comunismo nos ofrece *Irénikon*, núm. 1, 1959, págs. 62-65, en la que se demuestra la reacción antirreligiosa del partido frente al espíritu religioso subsistente en Rusia, lamentando el órgano del Comité central del partido comunista el aflojamiento en el espíritu de lucha contra la religión. En el número 2 de la misma revista, páginas 205-206, tenemos otros datos interesantísimos de la lucha «científica» contra la supervivencia de la religión, con la celebración de la «Semana literaria científica antirreligiosa», organizada por el Ministerio de Cultura entre el 16 y el 22 de marzo de 1959. *Pravda* del 16 de junio del mismo año da una extensa información de esta semana. «Radio Moscú» intensifica su propaganda antirreligiosa con ocasión de ciertas celebraciones cristianas como la Pascua y la Navidad: *Irénikon*, número 3, 1959, págs. 337-38. Nuevos datos en este mismo clima antirreligioso pueden verse en *Irénikon*. núm. 4, 1959, págs. 468-71.

Finalmente, *L'Osservatore Romano*, del 7-XI-1959, ha recordado en un amplio editorial el sentido ateísta de la Rusia soviética; el 29-I-1960 volvió, en otro extenso artículo, sobre el «*ateísmo soviético*». *Orbis Catholicus*, enero 1960, estudia en un amplio artículo la nueva campaña atea del comunismo. Recientemente, el mismo Papa ha debido protestar contra los ataques antirreligiosos de «Radio Moscú» con motivo de las fiestas navideñas 1959: *Ya*, 14-I-1960. Y el Cardenal Ottaviani ha vuelto a poner en guardia contra esa actitud: *Ya*, 8-I-1960. Sobre el mismo tema del ateísmo comunista: *Cristiandad*, diciembre 1959.

En los últimos meses, nuevos documentos han venido a ratificar la postura de la Iglesia frente al comunismo y la URSS: *L'Osservatore Romano*, 24-IV-1960, 1; 1-V-1960, sobre ateísmo en Italia; 29-V-1960 sobre comunismo polaco y la tolerancia; Pastoral de los obispos de Sicilia sobre los peligros del socialcomunismo: *Ecclesia*, 9-VII-1960, 11; *Eglise catholique et comunisme athée*, obra de Mons. GUERRY, arzobispo de Cambrai: *Le Monde*, 20 mayo 1960, 9.—La actitud de la Iglesia en Francia con motivo del viaje de Kruschev y el veto eclesiástico al canónigo Kir, que tanta polvareda internacional levantó, de asistir en su calidad de alcalde de Dijon a la recepción oficial del jefe soviético, son una prueba más de la definida actitud de la Iglesia frente al comunismo ateo. Véase sobre esto *L'Osservatore Romano*, 21-22 marzo 1960: *Los católicos franceses y el viaje de Kruschev. Documentation Catholique*, 7 febr. 1960: *Directives de S. Em. le Card. Feltin avant la visite de Krouchev en France*, col. 153.

realidad religiosa rusa actual dentro de un fondo histórico; trabajo que vamos a resumir porque ambos nos darán unos factores de juicio de singular valor para justipreciar el silencio de unos y las manifestaciones de otros; el silencio de la Ortodoxia interna en Rusia y en el «Telón de Acero» y las manifestaciones de los teólogos rusos emigrados en América y en Europa.

Esteban Virgulin ha hecho recientemente un magnífico estudio, sintético y resumido, pero certero y objetivo, de las *características del Cristianismo ruso*. Más que en ninguna otra Iglesia ortodoxa, es necesario este previo conocimiento de las características del alma rusa para formarnos una idea, aproximada al menos, sobre las posibilidades de la unión con Roma. Nótese ya de entrada que en el caso de Rusia no podemos propiamente, hablar *de retorno*, sino directamente de unión, toda vez que Rusia entró en el Cristianismo a través de la Iglesia constantinopolitana en el siglo x, casi a comienzos ya del siglo xi, cuando las relaciones con Roma estaban próximas a la ruptura oficial. La conversión de Rusia al Cristianismo fué no obra, sino imposición del Príncipe Vladimiro en el año 998. Como observa Virgulin, fué una imposición sin previa catequesis, ejercitando su influencia luego principalmente a través de la liturgia y de las grandes solemnidades externas, más que por una eficacia directa de sus valores sobrenaturales fundamentales.

La idiosincrasia rusa cristalizó también en su manera de ver el Cristianismo y sus misterios. Y así la nostalgia y sentimentalismo encontró la manera de sublimar el dolor y sus secuelas en el misterio de la Cruz y Resurrección, que forman las dos grandes devociones del alma rusa. Incluso de sus mejores novelistas pueden seleccionarse estas influencias caracte-

rísticas. Recuérdese *Delito y castigo*, de DOSTOJEVSKI, y *Resurrección*, de TOLSTOI.

Mucho más dado a estas manifestaciones rituales que a la acción externa cristianizadora, el Cristianismo ruso une además otro factor decisivo a la hora de examinar las posibilidades de la unión con Roma, a saber, su sentido nacionalista acentuado, expresamente por la acción directa que tuvo en todo tiempo en la modelación del alma rusa. Ser ruso equivalía hasta la revolución de 1917 a pertenecer a la Iglesia rusa, hasta el punto que, como observa VIRGULIN, ruso y ortodoxo se hicieron sinónimos, como entre ellos era sinónimo católico y polaco.

En cuanto a su contenido doctrinal y dogmático, el Cristianismo ruso está anclado en los siete primeros Concilios, con los siete sacramentos, el culto a la Virgen y los santos, la sucesión apostólica en el episcopado, la formación ascética y mística, etc. Con todo —sigue VIRGULIN—, se puede afirmar que los rusos conciben su cristianismo con mentalidad rusa, frente a la concepción del cristianismo occidental, hasta el punto que se puede hablar de un cristiano ruso y uno occidental como de dos tipos de hombre diversos. «El gran problema —concluye— es el de reunir estos dos tipos diversos en la única Iglesia de Cristo, la Iglesia Católica» (125).

---

(125) *Unitas* sept.-oct. 1959, págs. 142-148. El mismo autor había presentado *la evolución histórica del cristianismo ruso* desde el bautismo de Rusia —988—— hasta la época actual: *Unitas*, julio-agosto 1959, págs. 97-103. En la revista *Oriente Europeo*, octubre-diciembre 1958, págs. 271-184, el P. A. KOREN, S. J., publica un interesante estudio sobre *la situación de la Iglesia patriarcal rusa* y sus relaciones con el comunismo, a la luz de comentarios rusos de emigrados. El 29 de julio de 1927, el metropolita Sergio publicó la famosa declaración en la que pedía a to-

A todos estos motivos, que podríamos calificar de factores permanentes en la separación de ambas Iglesias, hemos de añadir todo ese cúmulo inmenso de obstáculos que representa el momento actual, dividido en los dos grandes bloques occidental-oriental La Iglesia rusa no sólo está separada de Roma, sino que está distanciada del mismo «Consejo Ecuménico de las Iglesias», que agrupa a todos los demás sectores cristianos no católicos. Rusia aspira a convertirse en la «tercera Roma». frente tanto a la papal como frente a Constantinopla. De ahí nacen en estos tiempos últimos rivalidades no del todo silenciadas entre Sergio, Patriarca de Moscú, y Atenágoras, de Constantinopla, especialmente por las orientaciones occidentalistas de este último (126).

De los 180 millones de orientales separados de Roma, cifra que parece la más aceptable al P. Caprile, S. J., más del 80 por 100 han caído bajo la hegemonía de la Iglesia rusa, con los Patriarcados de Georgia, Serbia, Rumania, Bulgaria y las Iglesias autocéfalas de Albania, Polonia, Checoslovaquia y Finlandia, con una suma total de más de 100 millones de fieles, que alguna estadística hace llegar hasta los 140 millones (127).

---

dos los cristianos ortodoxos someterse a la autoridad soviética para legalizar la situación de la Iglesia en Rusia. De aquí nacieron las grandes polémicas que estudia el P. KOREN.

(126) Puede verse un buen reportaje de actualidad del célebre articulista italiano Vittorio ZINCONE sobre *Atenágora contra Sergio en L'Europeo*, 8-II-1959, págs. 13-14. Para completar esta visión de la realidad religiosa rusa, en sus más recientes manifestaciones, véase el *Apéndice II* al final de este estudio.

(127) *Ecclesia:* «Geografía de las Cristiandades orientales», 4 abril 1959, págs. 13 y sigs.—*La Civilta Cattolica*, 20 junio 1959, página 622, notas 2 y 3.—«Sobre la influencia de la Iglesia rusa en todo el Oriente Medio: *La Civilta Cattolica*, en los años 1953, IV, págs. 287 y sigs. y 652 y sigs.; *1954*, IV, págs. 73 y sigs.; *1957*, IV, págs. 485 y sigs.

Es lógico, pues, en esta situación histórica actual, que todo ese inmenso bloque ortodoxo bajo la égida de Moscú sea muy reservado y opuesto a todo intento de acercamiento a Roma y de aceptación del Concilio. Sin embargo, no podemos cándidamente atribuir posibles resistencias y negativas al momento político ruso actual, ya que los testimonios que vamos a aducir de teólogos rusos emigrados —contrarios totalmente a la situación rusa interna— están en la línea de reservas y oposiciones doctrinales que hemos leído en las demás Iglesias orientales.

Es curioso, al contraste de esta situación de hoy, recordar cómo fué la misma Iglesia ortodoxa rusa la que puso, a través de insignes teólogos y algunos de sus emperadores, los cimientos de lo que había de cristalizar, al correr del tiempo, en el actual «Movimiento Ecuménico». Diríamos que Dios utiliza los contrastes humanos para hacer nacer de ellos una obra que tiene que ser totalmente suya, como es la obra de la restauración cristiana de la unidad rota. Así como de la rivalidad mutua del movimiento misionero protestante nació el Congreso Misional de Edimburgo 1910, y de él la chispa del Ecumenismo moderno, así de la Iglesia que menos contactos había tenido con Roma iban a proceder los «adelantados», como los llama el P. Germán Puerto, C. M. F., del Movimiento unionista de todas las Iglesias separadas, y con una nítida orientación romanista en aquellos predecesores. Tales son el gran teólogo Solovief (1853-1900), el emperador Pablo I (1796-1801), el Metropolita de Moscú, Philarete (1782-1867). Este último contribuyó con su

concepción eclesiológica al Movimiento de Oxford; de éste nacieron, como un retoño tardío, las Conversaciones de Malinas y otros esfuerzos aislados unionistas que luego serían universalizados en Amsterdam en 1948 (128).

(128) *La Ilustración del Clero*, enero 1960: *El movimiento ecuménico. I. Antecedentes*. por el P. G. PUERTO; págs. 8-14.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS TEOLOGOS RUSOS EMIGRADOS: SUS MANIFESTACIONES

Como hemos advertido anteriormente, el silencio de la Ortodoxia rusa interna queda compensado, y hasta interpretado, por los testimonios de los teólogos rusos de la diáspora eslava-ortodoxa. Recogemos en las páginas que siguen el pensamiento y las manifestaciones de cuatro grandes autores: Mons. Cassien, rector del Instituto Teológico Ruso, de París; profesor Florovskij, de la Universidad de Harvard; reverendo Meyendorf, profesor de Historia Eclesiástica Bizantina en el Instituto ruso parisién, y R. P. Alejandro Schmemann, profesor del Seminario Teológico Ruso de San Vladimiro, de Nueva York. La personalidad científica de estos cuatro autores los convierte en portavoces no sólo de la emigración rusa, sino de todo el mundo eslavo ortodoxo.

1. *Mons. Cassien:*

Su artículo, aparecido en la revista *El Mensajero del Movimiento Cristiano de los Estudiantes Rusos*, número 52, 1959, I, 1-15, se titula: *Sobre la convocatoria del Concilio Ecuménico,* y ha sido extractado por

la revista romana *Unitas,* en su número de julio-agosto, 1959, de donde nosotros lo tomamos para su comentario. Aunque la disposición psicológica del autor sea de acogida amplia a la idea, a través de sus observaciones teológicas prevalece un sentido pesimista más bien que alentador.

MONS. CASSIEN destaca el interés de todo el mundo cristiano por el futuro Concilio, atribuyendo ese interés al deseo, más vivo hoy que nunca, de realizar la unidad entre los cristianos. En sus consideraciones parte del supuesto de que la invitación a participar en las discusiones sobre el restablecimiento de la unidad eclesiástica sea dirigida a todos los cristianos separados de Roma y, en consecuencia, que el contacto con los protestantes tenga lugar en reuniones paralelas.

Como ya ha quedado señalado en su lugar, tal invitación supuesta en un plano activo, ya que se trataría de discusiones en torno a la unidad, no se dará. Los invitados, si asisten, de las Iglesias separadas sólo podrán hacerlo a título de observadores.

En cuanto a las posibilidades de éxito del Concilio, siempre en su interpretación unionista, entre los protestantes existe un cierto optimismo no exento de reservas, por la esperanza de ver finalmente a la Iglesia de Roma tomar parte activa y por iniciativa propia en el diálogo ecuménico, entrando a formar parte del «Consejo Mundial de las Iglesias». Esta impresión es la de MONS. CASSIEN. Más adelante aludiremos a esta indicación.

En cuanto a los eslavos ortodoxos, afirma el prelado ruso que la situación es muy distinta. La sola convocación del Concilio presupone ya un acto de unidad esencial entre los cristianos convocados. Supone, como se desprende fácilmente, que se va a convocar, no simplemente a invitar, a los ortodoxos, a diferencia de los

protestantes, que sólo serían invitados. Tal vez hoy, conocidas las declaraciones de Mons. Tardini, no opine lo mismo el prelado ortodoxo.

Destaca los puntos fundamentales sobre los cuales ya existe unidad dogmática entre católicos y pravoslavos, hasta el punto de afirmar que hasta podría darse la intercomunión, si la disciplina clesiástica romana no lo impidiese. En cambio, los puntos de desacuerdo, sobre los que habría que discutir, serían tres: la doctrina del *Filioque,* la concepción inmaculada de María y el dogma del Papado. Podríamos decir que son solamente tres los puntos del desacuerdo; pero insuperables, desde el punto de vista de posibles cambios católicos, ya que son los tres dogmas definidos, añadimos nosotros.

Acerca de los dos primeros obstáculos, MONS. CASSIEN estima que no ofrecen dificultades insuperables. En cuanto a la procesión del Espíritu Santo, cree que la fórmula bizantina de admitir que procede del Padre *por el Hijo* podría llevar a la exclusión del primer obstáculo. Con todo, añadimos nosotros, en el Concilio de Florencia no se aceptó esta fórmula que reducía a mero instrumento a la acción del Hijo, y no a verdadero principio juntamente con el Padre en la procesión del Espíritu Santo, aun siendo ambos un solo principio.

Como se desprende, sin forcejeos de interpretaciones, la actitud del prelado ruso no deja lugar a dudas. Su tesis está en la línea de la exégesis de ciertos sectores del protestantismo, en cuanto al carácter personal intransferible de las prerrogativas primaciales de Pedro, como es el caso de Oscar Cullman, por ejemplo (129).

---

(129) Véase *Pièrre, apôtre et martyr,* por O. CULLMAN.

En cuanto a la infalibilidad, no es menos tajante en la postura negativa cerrada:

«Reconociendo a los Papas el derecho de pronunciar sentencias infalibles, la Iglesia Romana lo eleva sobre toda creatura y le atribuye un poder divino. Para un Papa infalible, que ocupa el puesto de Cristo, no hay lugar en la Escritura» (130).

El comentarista de *Unitas* hace observar que esta actitud de MONS. CASSIEN no sólo es rígida en sí misma, sino más cerrada incluso que los comentarios que el prelado ruso había hecho en una revista católica, *Istina,* escribiendo sobre *San Pedro y la Iglesia en el Nuevo Testamento: El problema del Primado.* A las observaciones críticas que le hizo en esa ocasión el P. BENOIT, en el mismo año y en la misma revista, sobre el *Primado de Pedro en el Nuevo Testamento,* contestó en el año 1957 con otro artículo, *A propósito del Primado de Pedro,* en el que, aun manteniendo su interpretación exegética primera, parece que admitía que la tesis del P. BENOIT se basaba sobre hipótesis metodológicas no menos que la exégesis del articulista, debiendo buscarse la solución definitiva en otros lugares y no sólo en la exégesis neotestamentaria personal (131).

Para los católicos la actitud cerrada de MONS. CASSIEN parece menos lógica, toda vez que la teología católica nunca ha sostenido la tesis del Primado Romano sobre la Sagrada Escritura únicamente, sino sobre las fuentes de la revelación todas, Santos Padres, historia viva de los primeros siglos de la Iglesia y

(130) *Unitas,* l. c., págs. 106-07.

(131) Véase este número de *Istina,* 1955 y 1957, especialmente el primero, en el que hay magníficos trabajos sobre el tema en discusión, no sólo del P. BENOIT, sino también de los Padres DUBARLE, DREYFUS, etc.

Nuevo Testamento. Con todo, el prelado ruso no sólo insiste en su tesis, sino que cierra su artículo con un amargo sabor de pesimismo, algo así como un «abandonad toda esperanza» ante esta discusión:

«*Aunque se lograse la plena concordia sobre todas las otras cuestiones sobre las cuales existe actualmente disentimiento, un acuerdo sobre el punto principal no se conseguirá ni podrá ser nunca conseguido*» (132).

Sus últimas palabras dejan entrever un resquicio más alentador al afirmar que, en todo caso, si se celebra el Concilio, producirá un gran bien, acercando mutuamente a los cristianos, y al confesar que «nadie puede quitarnos la última esperanza: ¡la esperanza de un milagro!»

2. *Mons. Prof. Florovskij:*

El segundo teólogo ruso emigrado que vamos a resumir es el profesor de Harvard, G. GLOROVSKIJ. Su estudio es más bien de carácter práctico, al exponer el cometido que deben llevar a cabo los teólogos y pastores eclesiásticos en la actualidad. Primeramente señala lo que él estima debe ser el tema obligado del futuro Concilio, a saber, la *Iglesia,* de modo que se pueda dar una explicación auténtica de lo que él llama el *Dogma del Vaticano,* es decir, el Primado y la Infalibilidad del Papa, dentro de una visión más amplia de la doctrina eclesiológica, de modo que se puede suponer que el mismo dogma del Vaticano aparecerá y sonará de una manera nueva. Reconoce el florecimiento teológico y litúrgico de la Iglesia Romana, por lo que confía que la preparación del Concilio, aun restringido a la sola Iglesia Católica, se haga

(132) *Unitas,* l. c. pág. 108.

con pleno sentido de responsabilidad, y que en los trabajos preconciliares se tengan en cuenta también la gran fuerza y variedad del pensamiento teológico tal como hoy existe fuera de la Iglesia de Roma (133).

Se detiene ampliamente en consideraciones sobre el Concilio del Vaticano, suspendido sin haber llevado a término todo su programa eclesiológico, afirmando que «la aceptación acelerada y prematura del dogma del Vaticano ha roto el equilibrio teológico de la doctrina romana sobre la Iglesia» (134).

Estima inoportuno, en las presentes circunstancias, *el encuentro formal de las dos Iglesias,* ya que ni en Oriente ni en Occidente están preparados los espíritus para este encuentro. Y en consecuencia, en contra de lo que hemos visto afirmar a ALIVIZATOS, estima inoportuna la presencia de los pravoslavos en el Concilio, ni siquiera como simples observadores. En cambio, sí puede resultar beneficiosa la participación de los teólogos pravoslavos, con las oportunas licencias, en los trabajos preconciliares, en cambios de impresiones y puntos de vista, en una atmósfera de mutua confianza y estima, de humildad y de caridad (135).

Esta mutua comprensión y estima no la lleva FLOROVSKIJ hasta su grado ilógico, de modo que de

«... tales contactos ecuménicos no se debe esperar algo que sencillamente no puede suceder. La igualdad de derechos, la igualdad de valores de todas las confesiones existentes, o sea, de hecho, de todas las herejías, es un sueño morboso, peligroso y del todo inútil».

Esta aclaración del teólogo ruso ciertamente no en-

(133) *Unitas*, l. c. pág. 109; también en *Irénikon*, núm, 3, de 1959, págs. 318-322, se resumen los aspectos fundamentales del artículo de Florovskij. Cfr. *Irénikon* núm. 2, 1960. 186 y sigs.
(134) *Irénikon*, l. c., págs. 319-20.
(135) *Unitas*, l. c., pág. 110.

contrará signos de asentimiento en todos los ambientes del «Consejo Ecuménico de las Iglesias», uno de cuyos postulados básicos es ese «en pie de igualdad» de todas las Iglesias cristianas. Hemos de reconocer que, en relación con ellas, la actitud de FLOROVSKIJ es lógica, a la vista de las grandes desviaciones doctrinales que en algunos aspectos se han producido entre las distintas Iglesias. Tampoco debería extrañar que la Iglesia Romana llevase adelante ese mismo principio, aplicado en su caso a todos las demás confesiones cristianas no católicas.

Se dirige luego el teólogo pravoslavo a los propios ortodoxos, a los que estimula a examinar seriamente la cuestión fundamental de toda esta problemática, a saber, qué es lo que sucedió en el año 1054, época del cisma. ¿Se trata de un cisma romano o bizantino? ¿Qué es la Iglesia romana desde el punto de vista de la eclesiología ortodoxa? ¿Ha conservado y en qué medida, la verdadera fe?, etc. Es evidente —añade— que sobre estas cuestiones no existe concordia de opiniones entre los ortodoxos. Para algunos teólogos orientales la Iglesia romana no sólo es la que ha caído en el cisma, sino que incluso le niegan todo valor eclesial, privándola de todo sentido de Iglesia. «La ausencia de toda gracia en todo lo que es romano es un concepto muy extendido como evidente entre muchos ortodoxos (136).

Termina FLOROVSKIJ con una afirmación muy semejante a la que hemos recogido de MONS. CASSIEN:

«En todo caso, la reunión de un Concilio general, aunque limitado a la sola Iglesia romana, es sin duda alguna un hecho ecuménico nuevo y significativo, un acontecimiento grande e importante, cualesquiera que sean sus consecuencias

(136) *Irénikon*. núm. 3, 1959, págs. 322-23.

inmediatas. Como tal, exige una aplicación atenta de parte de los teólogos ortodoxos» (137).

La sola lectura de las últimas observaciones de FLOROVSKIJ en las hipótesis sobre la Iglesia romana son para nosotros los católicos ya todo un síntoma de pesimismo. Hasta como hipótesis nos resultan inaceptables, y por eso S. S. Juan XXIII, en distintas ocasiones después de su invitación y anuncio conciliar para la unión de los cristianos, ha recalcado que la unión es un *retorno*, que la Iglesia de Jesucristo única y verdadera es la Iglesia Romana, en la que está el Primado de Pedro en sus sucesores los Romanos Pontífices.

Hemos de reconocer, no obstante, el estilo sereno y medido del teólogo ruso, su sincero deseo de acercamiento, su sinceridad al rechazar un encuentro formal, improcedente por la falta de preparación de los espíritus. En esto el P. DUMONT, O. P., ha coincidido en las mismas apreciaciones en lo referente a la falta de preparación conveniente. No nos queda, en fin, nada más que la esperanza apelada por MONS. CASSIEN: ¡el milagro!

3. *Meyendorf:*

El tercer teólogo pravoslavo que ha expresado su sentir en torno al Concilio anunciado por Juan XXIII es el reverendo JUAN MEYENDORF, profesor de Historia Eclesiástica Bizantina en el Instituto Teológico Ruso de París.

Como advierte *Unitas*, la actitud de este teólogo es mucho más radical. Su teoría sobre la Iglesia nos sitúa a mucha mayor distancia del concepto católico que en

(137) *Irénikon*, l. c., pág. 323. El artículo de FLOROVSKIJ, aparecido en español en *Oriente Cristiano*, abril-junio 1958, 84-88.

los anteriores, si esto cabe. Según la conciencia pravoslava, afirma MEYENDORF, toda Iglesia local, presidida por un obispo, es la Iglesia de Dios, es decir, tiene la plenitud de los dones y de la gracia, y no es una parte de la Iglesia de Dios, sino todo el Cuerpo de Cristo. No obstante, añade, ninguna Iglesia local puede vivir aislada respecto a las otras. Es natural que busque la colaboración con las otras Iglesias en la solución de los problemas comunes y en la formulación de la misma fe. Esto es lo que exigió y justifica la existencia de los Concilios, aunque su labor y conclusiones están en todo caso sometidas al consentimiento y a la aprobación del pueblo cristiano (138).

Se extiende luego en consideraciones en torno a los Concilios y a su valor dogmático, haciendo reiteradas afirmaciones de que todo su valor ecuménico y doctrinal depende de la aceptación de los mismos por parte de la Iglesia, en cuanto cuerpo de fieles creyentes. Se ve, pues, el sentido democrático por el que se han manifestado todos los ortodoxos, cuyos testimonios hemos recogido en este estudio.

Para MEYENDORF es posible la celebración de un nuevo Concilio ecuménico, y en esto está en contra de otras opiniones ortodoxas recogidas también por nosotros. Pero en cambio pone como único criterio de la verdad de sus enseñanzas a Dios mismo misteriosamente vivo en su Iglesia. Podríamos preguntar cómo se manifestará este criterio de modo que pueda llegar a los fieles. Y el teólogo pravoslavo no da respuesta lógica. No puede darla sin caer en el subjetivismo de la revelación individual y sin destruir la verdad objetiva de las fórmulas de fe. Ante el anuncio hecho por Juan XXIII, sobre si el próximo Concilio podrá ser ecuménico y verdadero, afirma que todo depende de

(138) *Unitas*, julio-agosto 1959, págs. 111-13.

la actitud de Roma al convocarlo. Sobre la participación de los pravoslavos en el Concilio juntamente con los católicos, acepta la misma con la condición de «revisar la enorme y fundamental evolución que ha sufrido la Iglesia Católica desde el siglo IX al XX, ya que en esta evolución está el obstáculo principal a la reunión de los cristianos en una sola fe. Es poco probable —termina— que en Roma se piense en una tal revisión» (139).

Terminemos estos resúmenes con unas consideraciones del comentarista de *Unitas,* el P. LESKOVEC, S. J., quien observa que parece haber sorprendido a los ortodoxos el anuncio de Juan XXIII, para el que demuestran no estar preparados. Que si sienten hoy más que nunca la unidad de la Iglesia, no se deciden a reconocerla realizada en la Iglesia Católica Romana. La misma teoría expuesta sobre el Concilio como tal lleva a consecuencias negativas. Y sobre todo, el hecho de Lyon y de Florencia, Concilios auténticamente ecuménicos, a los que después ellos no han hecho caso, priva de toda lógica a la actitud separada que actualmente existe. Para nosotros resulta sin justificación esta resistencia a las definiciones de Florencia sobre todo. Para MEYENDORF, no lo olvidemos, la verdad de las decisiones conciliares depende de su aceptación por la Iglesia. Y así, Concilios que fueron convocados como ecuménicos, resultaron luego un «latrocinio» al ser rechazados por la Iglesia, entiéndase, los fieles (140).

4. *A. Schmemann:*

El profesor ruso-ortodoxo de Nueva York titula su artículo: *Roma, el Concilio Ecuménico y la Iglesia*

(139) *Unitas,* l. c., págs. 114-115.
(140) *Unitas,* l. c., pág. 114.

ortodoxa, y apareció en la revista *St. Vladimir's Seminary Quaterly* de aquella ciudad, extractándolo *Irénikon,* de donde nosotros lo comentamos.

Comienza afirmando SCHMEMANN que ante todo es necesario que los ortodoxos, ante el Concilio, aclaren su posición sobre el catolicismo romano, ya que existe entre aquellos bastante confusión y una falta fundamental de conocimientos teológicos. Se impone un estudio del conjunto del catolicismo, un estudio de su clima espiritual y teológico, llegando hasta la esencia misma de las doctrinas. Aunque pueda parecer que ya se ha dicho todo —añade— en torno a las divergencias doctrinales entre ortodoxos y católicos, aún queda la posibilidad de un diálogo teológico entre ambos, pues no es cierto que se haya dicho ya todo.

«En verdad, no ha habido un verdadero diálogo entre Oriente y Roma... Los innumerables escritos polémicos por una parte y otra no constituyen un diálogo. Ha habido un monólogo por cada lado, expresado en dos lenguas distintas, teológicamente diversas, con términos de referencia igualmente diferentes. Esto ha sido un verdadero clima de guerra. Si es verdad que no ha cambiado hoy todo completamente, al menos un nuevo espíritu se hace al presente, precisamente ese espíritu de diálogo, de confrontación teológica franca y honesta... Es sobre todo el Occidente el que ha redescubierto dimensiones de la tradición casi totalmente ignoradas por el cristianismo latino medieval y que le tenían ciego y sordo ante la vida real del «espíritu» del Oriente ortodoxo... No debemos incurrir en un optimismo superficial, pero hay lugar para la esperanza, la oración y el trabajo» (141).

Las declaraciones de SCHMEMANN son de una amplia comprensión hacia el diálogo, aunque con los resabios ortodoxos consabidos hacia la Iglesia latina en su des-

(141) *Irénikon* núm. 4, 1959, 479-80. Sobre estos testimonios de teólogos rusos ortodoxos se han ocupado también *La Documentation Catholique* de 5 junio 1960, cols 685-87, y *Unitas*, enero-febrero 1960, 6-7.

conocimiento del mundo oriental. Pero tal vez sea lo menos que podemos pedir a un ortodoxo. Y se verá mejor confrontando estas actitudes de los teólogos, especialmente de SCHMEMANN, con el siguiente editorial de una revista eslava:

«La Iglesia de Roma, considerada como desviacionista en la verdadera fe, no tiene derecho de considerar como ecuménicos los trece Concilios celebrados después de la separación; los verdaderos Concilios ecuménicos son los siete primeros, y sobre ese número sagrado, la serie se ha clausurado definitivamente, y sobre esa base está ya para siempre la estabilidad del credo cristiano. Sobre este punto la Ortodoxia no cederá jamás, y cuando la Iglesia romana insiste en considerar sus reuniones a la medida de los siete primeros Concilios y como su continuación legítima, demuestra su falta de espíritu fraterno y su poca voluntad para adaptarse a los cristianos orientales... Custodio de la Ortodoxia es el cuerpo de la Iglesia, y en consecuencia un Concilio será ecuménico y verdaderamente válido cuando sus decisiones sean prácticamente aceptadas por la mayor parte de los fieles» (142).

Es claro que el «ánimo» de estas líneas es mucho menos propicio que las expresiones de los teólogos.

Cerremos este apartado dedicado a la ortodoxia rusa emigrada con otro comentario, ahora del profesor de la Academia Teológica de Sen Sergio, de París, KOULOMZINE. Apareció en una revista de dicha Academia, y está destinado el artículo a los jóvenes, y su objeto es el Primado. Se plantea el autor el tema de qué puede significar para el punto de vista ortodoxo el Primado del Papa de Roma. En la teoría de KOULOMZINE la Iglesia se organiza alrededor de un obispo y la celebración de la Eucaristía. Y es lógico que en las grandes capitales estas comunidades tengan una mayor conciencia de su misión y adquieran una mayor in-

(142) *La Civilta Cattolica*, 20 jun. 1959, 623, tomándolo de *Chrisliche Osten*, núm. 3, 1959, 53-54.

fluencia sobre comunidades inferiores. Y así nacen los grandes Patriarcados orientales y su *primado local.* También este fué el caso de la Iglesia de Roma, a la que el autor reconoce la primacía sobre toda la Iglesia occidental, y que incluso adquiere el primer puesto entre todos los demás Patriarcas, incluídos los orientales. Luego le disputa esta primacía Constantinopla, y últimamente Moscú. Esta es la evolución de la historia, según KOULOMZINE.

Como se ve claramente, el Primado es cuestión de historia temporal y no de institución divina. Son los hechos y los hombres los que dan a una Iglesia local una categoría trascendente sobre todas las demás.

Pasa más adelante a destacar la aspiración universalista del Papa sobre toda la Iglesia. Y como los anteriores teólogos ortodoxos, también ahora oímos a KOULOMZINE afirmar que ahí radica el obstáculo fundamental de la unión y del anunciado Concilio: «La dificultad mayor es la proclamación del Concilio de la Iglesia de Occidente en 1870». Es decir, la definición del Vaticano sobre el Primado y la infalibilidad. «¿Cómo podrán nuestros obispos —añade— aceptar la llamada de Roma, cuando ellos no irían a expresar la opinión de la Iglesia con toda la autoridad que les ha sido conferida, sino expresar tan sólo un punto de vista cuyo juicio definitivo está siempre en el Papa?»

Con todo, KOULOMZINE termina con una afirmación de alivio: «Esa es la dificultad. Una dificultad no puede ser nunca un obstáculo definitivo» (143).

¡Dios le oiga! Este es nuestro único comentario.

---

(143) *Irénikon*, núm. 3, 1959, págs. 323-28.

RESUMEN:

La actitud de la Ortodoxia rusa, expresada a través de sus teólogos, es tal vez, hasta ahora, la más definida por haber sido expresada por hombres de estudio. Por esto mismo aparece más cerrada y menos flexible. Los puntos de divergencia, nada fáciles de superar ciertamente, giran en torno al concepto mismo de Iglesia, considerada como un Cuerpo de fieles, democráticamente organizado; sobre el sentido de su unidad, sobre el valor mismo de los Concilios y, en supremo lugar, sobre el Primado en la Iglesia. Factores éstos teológicos, pero no podemos olvidar que están influenciados por otros de índole diversa, descollando entre todos la rivalidad Oriente-Occidente, que si siempre tuvo actualidad, hoy la situación política mundial la ha agravado.

Quede como eco final de estos comentarios rusos un viejo texto, del año 1951, pero que puede tener innegable aplicación. Pertenece a un comentario a la encíclica *Mystici Corporis*, de Pío XII, y se debe al teólogo A. SVETLOV:

«Sería injusto reprochar a los ortodoxos el refutar la aceptación del Papado, ya que haciéndolo ellos se guían por el noble sentimiento de no perder nunca la única cabeza, que es Cristo. Pero cuando el Obispo de Roma, desde su alta cátedra apostólica, que indudablemente es la cátedra suprema, proclama una doctrina verdaderamente ortodoxa sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo, y sobre Cristo como su único Jefe; cuando él se esfuerza por convencernos que en modo alguno pretende poner en lugar de la función y del poder de Nuestro Señor, es necesario, una vez más, preguntarse si es posible continuar por más tiempo en la separación, desde el momento en que nosotros confesamos la sola y misma antigua fe ortodoxa sobre la Iglesia» (144).

(144) *Documentation Catholique*, 15 febrero 1959, col. 206.

SVETLOV ha visto porque se ha acercado a la doctrina católica. Sería el caso de todos los separados. La distancia, en estas cuestiones, obra a la inversa de las lejanías físicas, no disminuye los obstáculos, sino que los aumenta con el mayor altímetro: ¡la incomprensión!

¡Acerquémonos! ¡Nos entenderemos! ¡Y vendrá como regalo de la gracia de Dios la unión para todos los que creemos en El y deseamos servirle!

Como colofón de toda esta parte dedicada a los teólogos y pensadores rusos emigrados, recogemos unas manifestaciones de un profesor del Seminario Eclesiástico de Leningrado, NIKOLAI USPENSKIJ:

«La Iglesia ortodoxa, y en particular la Iglesia regional ortodoxa rusa, lamenta tanto la ruptura de la Iglesia regional romana con la Iglesia griega, que tuvo lugar el año 1054, como el hecho de que la Iglesia romana se haya desviado de la base de la conciliaridad —«sobornost—, cuando esta Iglesia, que no es nada más que una Iglesia regional, comenzó a proponer nuevos dogmas... Pero hasta ahora la Iglesia rusa no ha condenado conciliarmente ni a la Jerarquía ni al pueblo de la Iglesia romana, ni a los reformadores y sus seguidores, como lo ha hecho con los antiguos herejes y cismáticos, pues no ve en ellos obstinación contra la Iglesia conciliar por naturaleza, como la ostentaban aquéllos. La Iglesia rusa cree que si algunas ramas han sido cortadas... Dios puede nuevamente injertarlas» (145).

Fiel a su mentalidad ortodoxa, USPENSKIJ supone que la unidad la rompió Roma, a la que acusa de introducir nuevos dogmas y a la que niega la catolicidad, reduciéndola a mera Iglesia regional. Con todo, no se nos condena como a herejes obstinados. ¡Al fin, es un consuelo!

---

(145) *Orbis Catholicus*, abril 1960, 365.

CAPÍTULO TERCERO

MANIFESTACIONES DE TEOLOGOS GRECO-ORTODOXOS Y PUBLICISTAS

1. *Prof. Alivizatos:*

Especial interés tiene para comprender en toda su exactitud la actitud de los teólogos griegos el artículo publicado en *Vima,* el día 1 de febrero de 1959, por el profesor H. ALIVIZATOS, uno de los mejores canonistas de la Iglesia griega, profesor de la Universidad de Atenas. *Irénikon* reproduce íntegramente este artículo, a título informativo, haciendo constar que la «posición del profesor ALIVIZATOS es, de hecho, representativa de las reacciones de un ortodoxo instruído en la historia de su Iglesia y, en general, en los asuntos eclesiásticos» (146).

Damos a continuación un extracto del interesantísimo artículo del profesor ALIVIZATOS, tal como lo tradujo *Lumen.* Obsérvese en él la exposición de los motivos que señala contra la posibilidad de un Concilio Ecuménico, toda vez que ambas Iglesias son irre-

(146) *Irénikon* núm. 1, 1959, págs. 93-94. Además de esta revista, han reproducido el artículo de ALIVISATOS, en español: *Lumen,* marzo-abril 1959, págs. 171-175; *La Civilta Cattolica,* 18 de julio 1959, reproduce en italiano y analiza los puntos centrales del artículo de VIMA; *Cristiandad,* noviembre 1959, da un resumen del mismo; págs. 434.

ductibles en sus principios básicos, si no quieren destruirse a sí mismas. El principal de los obstáculos en el sentir del profesor ateniense es el Primado monárquico romano sobre toda la Iglesia. La solución que propone está dentro de un modo de coexistencia, según la pauta seguida en la época anterior al cisma.

El artículo, *dentro de la mentalidad ortodoxa*, es sereno, y respira buena voluntad al aconsejar la aceptación de una posible invitación como simples observadores, toda vez que esto puede facilitar ciertos cambios de impresiones acerca del concepto que tiene la Ortodoxia sobre la unidad de la Iglesia, según él, no muy conocida de los occidentales. Apunta la posibilidad de que de esa asistencia y de posibles coloquios surja la convocación de un nuevo Concilio ecuménico para la unión de ambas Iglesias. Con todo, la perspectiva que deja traslucir este artículo, a fuer de sincera, es poco esperanzadora.

«¿Es posible la convocación de un Concilio ecuménico,tal como lo propone el Papa? Una participación de los ortodoxos en un Concilio que consagra el principio monárquico del Papa está excluída. Hay posibilidades de vuelta a la situación de coexistencia en igualdad anterior al cisma...

»Pero la cuestión de la convocación de un Concilio ecuménico no es tan sencilla como parece y encierra en sí los tres aspectos siguientes.

»Según la concepción ortodoxa, la convocación de un Concilio ecuménico es por el momento imposible, porque fallan las condiciones previas. Para crearlas haría falta un gran trabajo teológico y un tiempo suficiente...

»Consiguientemente, la convocación de un Concilio ecuménico, desde el punto de vista ortodoxo, es cosa irrealizable, al menos por el momento.

»La concepción católica romana del Concilio ecuménico es completamente diferente a la concepción ortodoxa. Para ésta, el Concilio es el organismo más alto con autoridad sobre toda la Iglesia; según la concepción católica romana, no es más que un organismo simplemente consultivo para el

Papa, y esto porque el poder personal de este último no admite una autoridad cualquiera superior a la suya y, consiguientemente, la concentración del poder espiritual le pertenece a él y no al Concilio ecuménico. La lucha por la más alta autoridad en la Iglesia entre el Concilio ecuménico y el Papa en la época de los Concilios llamados reformadores (siglo xv) terminó con la victoria definitiva del Papa, al que se reconoció que concentraba en sí toda la autoridad eclesiástica. Esta doctrina fué llevada a su término en el Concilio llamado ecuménico del Vaticano en 1870; coronó esta concentración de la autoridad eclesiástica por el reconocimiento de la infalibilidad del Papa cuando habla *ex cathedra*.

»Esta teoría no es otra cosa que la cristalización del concepto monárquico de la autoridad eclesiástica que domina en Occidente; acentúa insistentemente la exigencia, como consecuencia natural de lo que ya hemos dicho, de la completa sumisión al Papa por el reconocimiento de sus reivindicaciones universales, sin las cuales la Iglesia católica no se concibe.

»Es sabido que, hablando de sumisión, queremos decir el reconocimiento del Papa como cabeza de la Iglesia cristiana, de la que emana el poder de todo otro organismo eclesiástico, aun el más alto. Un Concilio ecuménico papista que trate el problema de la unión de las Iglesias no seria ni posible ni imaginable si no se presenta como el reconocimiento del primado monárquico del Papa. Sería la unión de las Iglesias y de todo el mundo cristiano bajo un solo Pastor, el Papa, cosa que jamás podría reconocer ni las Iglesias ortodoxas ni las protestantes. Pero independientemente de esta postura básica, nacería para la Iglesia ortodoxa otra cuestión fundamental. Si recibiera efectivamente por casualidad una invitación para semejante Concilio, no sería orgánicamente posible que su participación tuviera el carácter de igualdad, por la sencilla razón de que nuestra Iglesia es actualmente considerada, por la Iglesia católica romana al menos, como cismática, si no como herética, y, consiguientemente, su participación orgánica es imposible.

»Así, la convocación misma por el Papa de un Concilio ecuménico de la Iglesia católica romana plantea automáticamente la cuestión del reconocimiento de su primado monárquico; y como es imposible hasta el discutirlo, desde el principio, si se reúne, estará abocado al fracaso por lo que se refiere a la Iglesia ortodoxa, aun antes de que se plantee

y discuta el problema candente de la unión de las Iglesias.

»Siendo tales las posturas, no sé qué concepción domina el pensamiento pontificio para la convocación de un Concilio ecuménico, ya que la participación de la Iglesia ortodoxa como la desea el Papa sería irrealizable y el fracaso de la unión de la Iglesia ortodoxa con la Iglesia romana, según la significación desarrollada más arriba, es *a priori* inevitable.

»Si se examina además la eventual participación de las Iglesias protestantes a este Concilio, el fracaso sería todavía mayor, ya que la mayor parte de ellas no recibirían ciertamente invitación.

»Este hecho de que al *non possumus* bien conocido de la Iglesia católica se añade nuestro propio *non possumus*, demuestra la imposibilidad de la reunión del Concilio y la imposible realización del sueño de la unión.

»Hay, sin embargo, dos elementos que habría que discutir en relación con nuestra participación en el Concilio, aun en condiciones iguales, aun sin considerar eventualmente la posibilidad de una mitigación de los dos *non possumus* recíprocos: es decir, por nuestra parte, ni la renuncia a las bases democráticas y a los principios de nuestra Iglesia, ni el reconocimiento del primado monárquico del Papa, y por su parte, ni una abdicación de su primado, ni el reconocimiento de nuestra postura democrática. Estas cosas son seguramente del todo imposibles, si se las supone aceptadas por ambas partes, serían destructivas de la esencia de estas dos Iglesias. Y eso, ¿cómo es posible?

»1) Ciertamente, la postura dogmática y canónica de cada una de las dos Iglesias excluye una simple invitación del Papa dirigida a nosotros para el Concilio ecuménico que se va a convocar, ya que somos considerados por ellos como cismáticos, y quizá herejes, por razón de nuestra abstención en el reconocimiento de sus dogmas nuevos. Su invitación, si se produce, tendría necesariamente el carácter de una simple y amigable representación a título de visitantes y observadores. Mi humilde parecer es que en tal caso sería preciso que aceptáramos con interés esta invitación, y esto no sólo por responder a un gesto amistoso, sino también por dos razones muy serias:

»En primer lugar, a pesar de nuestra cualidad de observadores, no está excluído el que, después de las discusiones a propósito de la unión, seamos invitados a exponer nuestros puntos de vista sobre la cuestión. Y entonces, nosotros no

deberíamos perder esta magnífica ocasión que se nos ofrecería para exponer, por medio de poderosas delegaciones de teólogos, la doctrina ortodoxa, no muy conocida en Occidente, salvo en su forma antigua.

»No descarto de ninguna manera en el estudio de esta discusión la aparición de elementos de unión y de comprensión donde de antemano estamos seguros de una infranqueable divergencia. Mi reciente experiencia me confirma en esta hipótesis. Asistiendo el verano pasado en Bruselas al Congreso de Derecho Comparado, me sorprendí al observar, en la sección de Derecho Canónico en la que yo desarrollé las doctrinas de la Iglesia ortodoxa sobre el matrimonio y la economía, el acuerdo sobre estos puntos de vista de distinguidos canonistas católicos romanos, de quienes yo esperaba sobre todo tenaces objeciones.

»2) Hace algún tiempo, yo publiqué un artículo en una revista católica romana muy apreciada, en el que sostuve (y continúo defendiendo este punto de vista) que ante el callejón sin salida de un acercamiento para la unión, dado que, como he dicho más arriba, ninguna de las Iglesias renunciará a sus principios fundamentales, sería prudente adoptar una cierta forma de coexistencia, que resolvería lo mejor posible la cuestión de la unión sobre bases históricas indiscutibles. Se sabe, en efecto, que las divergencias con la Iglesia romana existían casi todas mucho antes del cisma y que no habían surgido en el último momento. A este respecto, el Oriente manifestó el interés concerniente a estas divergencias y jamás suscitó cuestión respecto de ellas, así como tampoco el Papa en esta época no levantó pretensiones sobre el Oriente ortodoxo. A pesar de esto, la unidad fué estrecha y cordial. ¿No sería posible, ante la imposibilidad de otra solución, volver, de común acuerdo, a la época anterior al cisma, durante la cual, de una manera tácitamente anormal, la Iglesia Una estaba gobernada sin violencia, por la coexistencia de dos sistemas: en Occidente, por el papado manárquico integral; en Oriente, por una libre autoridad democrática?

»Seguramente, la vuelta a los antiguos usos parece difícil, como la aceptación en principio de la coexistencia tal como existía de suyo precedentemente, mientras que ahora esta vuelta vendría a ser consciente y exigiría un retroceso y una disminución. El Papa, en efecto, reconocido tácitamente como tal, pero para el Occidente sólo, renunciaría a sus pretensiones y a sus intervenciones en Oriente, mientras que el

Oriente, cerrando los ojos a la evolución de Occidente de la ordenación canónica rigurosa, inadmisible para él, no suscitaría cuestión. Así se realizaría la unión de antaño con la modalidad que revestía antes del cisma, y además con un margen para un acuerdo futuro sobre las diferencias existentes y persistentes. A esto se opondrían seguramente los nuevos dogmas de la Iglesia católica romana (infalibilidad, Inmaculada Concepción de la Madre de Dios y su Asunción a los cielos, etc.), que nosotros no aceptaríamos. Pero estas divergencias acompañarían a las otras divergencias y valdrían solamente para la Iglesia católica romana en Occidente, como particularidades que serían ignoradas en Oriente, como las otras lo fueron antaño.

»Reconozco que esta unión, a pesar de la historicidad de su existencia antes del cisma, contendría, como entonces, los gérmenes de discusiones futuras, como la que produjo el cisma. Pero *tertium non datur*, y, si esto no se hace, la unión es imposible sin el abandono por parte de una de las Iglesias de sus principios básicos, lo cual hay que excluirlo absolutamente.

»Semejante solución podría ser discutida en el Concilio ecuménico romano, en el cual podríamos acaso participar a título de simples observadores. Esto sería como una abertura eventual para un futuro Concilio ecuménico, no ya de la Iglesia latina, sino de toda la Iglesia, al cual entonces participaría nuestra Iglesia, no por una invitación, sino en virtud de un derecho, al menos igual, a fin de contribuir con su participación a la solución de este gran problema cristiano.

»En conclusión, a la reunión propuesta del Concilio ecuménico romano, conforme a la regla canónica que gobierna la Iglesia católica romana y a la de nuestra propia Iglesia, ni es posible que seamos invitados, ni podemos aceptar la invitación, porque conocemos su significación. Sólo en el caso de que seamos invitados amigablemente como observadores al Concilio ecuménico latino, podríamos estar presentes; pero aun en este único caso, la solución de este gran problema no podría tener buen éxito, ya que sería imposible según lo dicho.

»Con todo, ¿quién sabe si en esta reunión no soplará el Espíritu, que sopla donde quiere» y que guiaría las inteligencias y los corazones de sus miembros, que creen sinceramente en su poder, hacia soluciones extraordinarias lógicamente imposibles, como en otro tiempo en Jerusalén, en tiempo de los apóstoles? El Espíritu los guiará hacia la realización de

la Unión, no como la quieren los hombres (como nosotros la hemos expuesto), sino como la quiere Dios, que desea que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, para que todos sean una misma cosa.»

La postura que revela el profesor ALIVISATOS —o ALIVIZATOS, según otros— en este artículo de 1959 está dentro de la línea de su pensamiento teológico-ortodoxo y ecumenista, especialmente en relación con el Catolicismo. En el año 1950, comentando la Instrucción *Ecclesia Catholica,* del Santo Oficio, regulando las relaciones interconfesionales, el profesor ateniense recibía con regocijo las concesiones de acercamiento y contactos en la oración, en la recitación del *Padrenuestro,* y comentaba que estos hechos constituyen «índices seguros de que comienza un nuevo período de la historia eclesiástica, que será el de la unión, en oposición al precedente, que fué el de la separación» (147).

A primera vista podría parecer más optimista el teólogo-canonista griego en el año 1950 que actualmente, ya que creía entonces que había empezado la época histórica de la unión. Nada, en realidad, precisó entonces acerca de posibilidades y realizaciones inmediatas. Habló del comienzo de una época, y la expresión tiene más bien valor de un comienzo duradero y prolongado que de una realización inmediata.

Finalmente, en el año 1955 hacía una confesión dentro de la cual encaja perfectamente el tono sereno del artículo que hemos presentado: «He pasado del odio feroz a reconocer la necesidad de cultivar relaciones muy estrechas, sinceras y desprovistas de se-

---

(147) *Estudios Eclesiásticos,* enero-marzo 1959, pág. 21.

gundas intenciones entre teólogos de las dos Iglesias» (148).

2. *Otro comentario de Alivizatos:*

Posteriormente, con motivo de las rectificaciones que el autor se sintió obligado a publicar sobre las declaraciones de MONS. JAKOBOS con ocasión del «Incidente de Rodas», del que hemos hablado más arriba, el profesor ateniense tuvo oportunidad de manifestar de nuevo su sentir y pensar acerca del tema de la unidad, puesto de relieve por el anuncio conciliar de Juan XXIII.

Ratifica cuanto ha escrito ya, en numerosos artículos, sobre el proyectado Concilio anunciado por el Papa, afirmando que la posición por él expresada acerca de la Iglesia Ortodoxa es exacta. De estos artículos aclaratorios a las manifestaciones del arzobispo ortodoxo, extractamos las afirmaciones que más interés tienen para evidenciar la disposición psicológico-doctrinal del célebre teólogo canonista:

«Nuestra Iglesia, perfectamente independiente, libre y dueña de sí misma para determinar su posición en relación con las otras Iglesias *—posición que nadie, a título personal, puede determinar en ella—*, se esfuerza en desarrollar sus relaciones con los otros, en cuanto que ella tiene conciencia de su propia misión, sin tener necesidad de ser guiada por nadie, quienquiera que éste sea, en su perfecta autonomía y libertad... Una obligación tal, un lazo semejante, un tal encadenamiento (se refiere a la interdependencia dentro del Consejo Ecuménico), al menos en cuanto yo sé, no existe y *yo no lo aceptaré jamás, toda vez que yo creo en la independencia de mi Iglesia y en su completa y absoluta libertad frente a cual-*

(148) *Irénikon*, núm. 2, 1955, pág. 210. También recogieron estas manifestaciones del profesor ateniense otros comentaristas católicos: *La Documentation Catholique*, 5, junio 1960, col. 686-87; *Unitas*, enero-febrero 1960, 5; ambos comentarios se deben al P. C. BOYER; *Sacra Doctrina*, núm. 16, 1959, 471-72.

quier otra Iglesia para todo el desarrollo de su política general, tanto interna como exterior» (149).

Hemos de agradecer al autor, al menos, su nitidez de expresiones, que no dejan la menor duda sobre sus disposiciones psicológicas. Y aunque éstas manifestaciones fueron hechas a propósito de la referida interdependencia con las Iglesias del «Consejo Ecuménico» indicada por MONS. JAKOBOS, sus expresiones son tan absolutas y precisas que, lógicamente, hemos de entenderlas también aplicables, en su caso, a la Iglesia Católica. Obsérvese la afirmación de que en la Ortodoxia no existe autoridad personal alguna —«nadie a título personal»— para definir la actitud de la misma en relación con otras confesiones cristianas. Así tendremos un criterio de valoración para las manifestaciones personales que Atenágoras, Jakobos, Teodosios o cualquier otra jerarquía ortodoxa, o sus mismos teólogos y comentaristas, hagan referente a su decisión en el problema de la unidad y de la reunión con Roma.

Pasa luego a otro punto de singular interés en nuestro tema: *Cómo se debe preparar la restauración de la unidad cristiana.* Dada la claridad de sus palabras, nos limitamos a transcribirlas:

«La restauración de la unidad necesita *una larga preparación, por diversos medios espirituales.* Estos deben aspirar, en primer lugar, a crear una atmósfera de buena voluntad, de comprensión recíproca y, mediante ello, de *olvido de todo aquello que mantiene y refueza la división, fomentando un fanatismo tan funesto como irreflexivo*».

Nada más que aprobación tenemos para estas sensatas palabras de ALIVIZATOS, enteramente concordes con las que Juan XXIII viene, desde antiguo, pronun-

(149) *Vers l'Unité Chretienne,* janv.-fevr. 1960, 12.

ciando en este sentido. Ya en sus tiempos de Patriarca de Venecia había dicho en los Octavarios por la unidad de la Iglesia que

«*...el camino para la unión de las varias confesiones cristianas, tan poco observada por una y otra parte*». En su programa patriarcal pastoral había incluído estar siempre «*preocupado, salva la firmeza de los principios, más por aquello que une que por lo que separa y fomenta los contrastes*» (150).

Otro punto interesante en estos comentarios de ALIVIZATOS son sus observaciones en cuanto al *carácter y modo de los contactos* a establecer con los católicos, opinando que no deben tener *carácter oficial:*

«Unos contactos oficiales inmediatos (con miras a la unión) desembocarían en un fracaso, como ya sucedió en Florencia, en razón de la posición oficial y de la intransigencia que necesariamente deben existir en una y otra parte. Yo he propuesto ya que se deje a un lado todo carácter oficial en los nuevos esfuerzos de comprensión y que se cree, entre teólogos de ambas partes, contactos enteramente «inoficiales» para estudiar las diferencias y hacer nacer la buena voluntad y la necesaria y cristiana mutua comprensión. A favor de la atmósfera así creada se podría más tarde buscar los medios de comprensión y negociación oficial, útiles para esta gran causa por la que militamos» (151).

Estimamos que hay un gran fondo de razón en las observaciones de ALIVIZATOS sobre el carácter no oficial de los primeros contactos interconfesionales. Es innegable que una misión oficial constriñe mucho más a mantener posiciones opuestas en cada grupo, estrechando sus posibilidades de entendimiento por exigencias ineludibles de la responsabilidad de cada representación. Aparte que unas conversaciones oficiales, o tienen resultado positivo o se consideran un

(150) *Unitas*, marzo-abril 1960, 39 y 45.
(151) *Vers l'Unité Chrétienne*, janv.-fevr. 1960, 12.

fracaso, en tanto que los contactos no oficiales, en sí mismos ya, son un avance, cualquiera que sea el punto al que se pueda llegar con ellos.

Aparentemente puede parecer esta postura de ALIVIZATOS contraria a las manifestaciones de algunos teólogos católicos, entre éstos, el P. DUMONT, al expresar, con frecuencia, el deseo de que los contactos por parte de la Iglesia tengan un reconocimiento oficial. Creo que pueden compaginarse ambas actitudes, siempre que de parte católica el reconocimiento oficial se limite a la autorización para esos contactos privados, cosa que actualmente no parece que exista. Con la creación del «Consejo» o Comisión o Seretariado para la unión de los cristianos, ya existente, como sabemos, se puede llegar a esa solución, toda vez que toda relación a través de dicho Secretariado será ya oficial en sí misma, pero los contactos pueden no serlo en su carácter de tales. Es decir, cabe que el Secretariado, organismo oficial, autorice a coloquios no oficiales. Con todo, no es tema éste de vital importancia.

Concluye ALIVIZATOS su comentario recordando cómo ya se están celebrando estas reuniones no oficiales, en las que él mismo toma parte, y que puede, por lo tanto, con conocimiento de causa, manifestar su optimismo vigoroso. Augura que se prosiga en este camino y se lleven a efecto otros contactos más amplios y mejor organizados, al estilo de los que ya se vienen celebrando entre católicos y protestantes en Alemania, Inglaterra y Holanda.

Extractamos, por último, del mismo autor ALIVIZATOS, un interesante artículo, publicado en *The Ecumenical Review*, octubre 1959, 1-10, en el que estudia el anunciado Concilio y la reunión de los cristianos, analizando sucinta pero claramente la actitud de las diversas Iglesias cristianas ante este acontecimiento.

Realmente nada nuevo añade el profesor ateniense a lo anteriormente recogido sobre su pensamiento. Pero dada la importancia de la revista ecuménica en la que se ha publicado, creemos conveniente recoger sus afirmaciones fundamentales (152).

Comienza ALIVIZATOS destacando que el llamamiento papal a la unión, aunque no excluye a nadie, especialmente se dirige a los ortodoxos. La reacción ha sido pronta y entusiasta por parte de muchos, aunque no han faltado los que dudan por la imprecisión de la llamada. Incluso entre los mismos católicos han surgido los escépticos ante estos llamamientos.

Se refiere luego concretamente a la encíclica de Juan XXIII del 2 de julio de 1959 —aunque esta fecha es la que da el autor, l. c. pág. 2, se refiere sin duda a la primera encíclica del Papa, cuya fecha es del 29 de junio—, destacando la parte dedicada al futuro Concilio, y añade: No cabe duda que se invita para reconocer y aceptar exclusivamente la verdad que atesora la Iglesia Romana, pensando en la aceptación incondicional de su doctrina.

«*No es necesario decir que si tal es la mente de la invitación, la respuesta del mundo cristiano fuera de Roma será negativa*». Esta invitación no cambia la actitud en que estaban los Pontífices anteriores. Con todo, puede ser interesante reflexionar sobre el paso dado por la Iglesia Católica (153).

Queda, una vez más, bien definido el pensamiento del célebre teólogo ortodoxo griego sobre la *actitud negativa* a mantener frente a una invitación católica que suponga la aceptación de su doctrina. En esto no hay titubeos ni equívocos en ALIVIZATOS.

Se detiene luego en examinar las líneas generales

---

(152) H. S. ALIVISATOS: *The Prosposed Ecumenical Council and Reunion*, l. c.

(153) *The Ecum. Review*, l. c. 2.

históricas del mundo cristiano para concretar la idea del Concilio Ecuménico. La Iglesia oriental repudió —añade— las pretensiones monárquicas del Obispo de Roma y permaneció fiel al ideal y organización democráticos de la Iglesia primitiva. La división se acentuó después por algunos acontecimientos desagradables; apareció más tarde la separación protestante, de la que nació a su vez un mosaico de Iglesias. Con todo, hoy son muchos los que miran como posible una unión con los ortodoxos, hasta para contrarrestar los abusos papales (154).

El llamamiento hecho por el Papa —continúa— plantea la cuestión sobre el sentido y autoridad del anunciado Concilio. Y cada Iglesia lo verá en relación del concepto que tenga sobre la naturaleza de la Iglesia como tal. Si el Papa hubiese apelado a la reunión, sin unirla a la idea del Concilio, la situación sería más clara; las Iglesias podrían responder sí o no.

«*Pero al unir las ideas de Concilio y reunión, en lugar de facilitar las respuestas, que es sin duda lo que ha intentado el Papa, las ha complicado desde el principio, y esto aun dentro de la Iglesia romana*» (155).

Resume a continuación la doctrina católica sobre los Concilios, afirmando que en ella éstos tienen sólo autoridad aparente, ya que quien decide siempre es el Papa, quien con la definición del Vaticano ratificó la victoria entre Papa-Concilio. La idea de la Iglesia ortodoxa es totalmente contraria a esta doctrina, y de aquí nace la extrañeza de que el Papa se haya dirigido a los ortodoxos y no a los protestantes, conducta —añade— que no tiene precedentes y parece canónicamente anómala.

(154) L. c. 3.
(155) L. c. 3.

No es cuestión de discutir cada una de las afirmaciones del autor; pero no es difícil señalar que no es la primera vez que Roma y los ortodoxos se encuentran en afanes unionistas, a pesar de sus opuestas teorías sobre los Concilios. Y ahí están en la historia eclesiástica los de Lyon y Ferrara-Florencia para confirmarlo. Existen, pues, precedentes de esta tentativa de Juan XXIII.

No obstante lo anómalo de esta invitación —prosigue ALIVIZATOS—, en nada se compromete el Derecho canónico, porque si bien los invitados pueden dar informaciones sobre sus propias Iglesias, quien únicamente decide es el Papa.

«Una esperanza de cambio es improbable y aun inconcebible: aunque a los herejes —protestantes— y a los cismáticos —ortodoxos— se les llame ahora «hermanos separados», no se les considera como miembros oficiales del Cuerpo de la Iglesia» (156).

Pasa luego a exponer el punto de vista ortodoxo sobre *la naturaleza del Concilio Ecuménico*, en el cual participan, en igualdad de derechos, todos los obispos *in actu* de la Iglesia, en virtud de la autoridad personal conferida en su consagración. «*Este es el cuerpo que constituye la autoridad suprema de la Iglesia*» (157).

La convocatoria del Concilio corresponde a la Iglesia misma, una vez que convienen en ello varias Iglesias particulares. Y la ejecución técnica de esta convocatoria corresponde al obispo de la Iglesia que tenga el primado de honor sobre todos (ahora el Patriarca ecuménico de Constantinopla, antes del cisma el Obispo de Roma). Las decisiones del Concilio son

(156) L. c. 5.
(157) L. c. 5.

infalibles, y se basa la doctrina en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, 15, 22-23, 25-28. Rechaza la idea de que el Papa pueda convocar un Concilio y decidir sobre la reunión de los cristianos.

Añade más adelante que las Iglesias ortodoxas aún no han estudiado con detención la idea de un nuevo Concilio, el VIII según el autor, pero afirma que deberá tener las características de los siete anteriores.

«*La Iglesia ortodoxa, plenamente convencida de que ella únicamente es el resto de la antigua e indivisa Iglesia,* no procederá a convocar el VIII Concilio Ecuménico, mientras tales condiciones no se cumplan... Protestantes y católicos son Iglesias posteriores al siglo VIII *y no pertenecen al verdadero Cuerpo de la Iglesia.* Sin embargo, aunque oficialmente no reconocidos, no se les ignora; y por eso se les convocaría también en principio, y aclaradas plenamente su doctrina y posiciones, participarían totalmente en el Concilio. Es evidente que este proceso preparatorio habría de ser muy largo. Pero sin él será imposible acudir al Concilio... *Ese VIII Concilio sería el único que determinase la unión*» (158).

Por extrañas que suenen a nuestros oídos católicos estas doctrinas, en los días mismos en que todos nos afanamos por la unión de las Iglesias, creemos que es necesario del todo conocerlas, para contar con las resistencias doctrinales y psicológicas que ellas llevan detrás en las disposiciones y posibilidades para la tan anhelada reunión de la Cristiandad.

Se detiene seguidamente el autor en exponer la actitud de los protestantes sobre el mismo tema del Concilio, pero que ahora nosotros no recogemos por estar fuera de lugar aquí

Al referirse concretamente a la propuesta de un Concilio, afirma que rechazarla de plano sería contrario a la mente de Cristo, que a nadie excluye de venir

(158) L. c., 6.

a El, y en cierto modo implicaría una especie de infalibilidad propia, demostrativa de un espíritu poco cristiano... La situación es sumamente difícil... Roma no puede, según su Derecho Canónico, convocar a los ortodoxos con igualdad de derechos. Pero los ortodoxos no pueden tampoco aceptar esa invitación. Sólo queda, pues, la posibilidad de ser meros observadores, cosa que podrá producir algún fruto, como acentuar la mutua tolerancia (159).

Otras varias consideraciones hace ALIVIZATOS sobre los protestantes y el Concilio, así como entre los ortodoxos y los protestantes; pero repetimos que ahora no nos interesan destacar.

Su actitud doctrinal queda bien clara: concepción democrática de la Iglesia, convicción de la autenticidad exclusiva de la Ortodoxia como Iglesia antigua e indivisa, función plenaria del Concilio como suprema autoridad eclesial. Y en el terreno práctico, que sólo el Patriarca ecuménico puede convocar un Concilio ecuménicamente legítimo, al que se admitirían a protestantes y católicos, una vez justificadas sus doctrinas y disposiciones. Y sólo este Concilio podría llevar a cabo la unión entre los cristianos. En consecuencia, Roma, por su espíritu monárquico y su apartamiento de la Ortodoxia, ni puede convocar un Concilio Ecuménico ni llevar a efecto la reunión de las Iglesias.

(159) L. c. 7-8.

CAPÍTULO CUARTO

OTROS COMENTARIOS DE TEOLOGOS Y PUBLICISTAS

1. *El Prof. Constantinidis:*

Profesor en el Instituto Teológico de Halki (Estambul) y miembro del «Consejo Ecuménico de las Iglesias». Y aunque sus manifestaciones las hace a título personal, el hecho de que aparezcan en el órgano del Patriarcado Ecuménico, *Apostolos Andreas,* y lo extendido de su punto de vista en los medios ortodoxos le dan un especial interés. Sus manifestaciones aparecieron en la citada publicación bajo el título: *El «Concilio ecuménico», Roma y nosotros* (17 oct. 1959).

Observa el comentarista del boletín *Vers l'Unité Chrétienne* que el entrecomillado que aparece en el mismo título en las palabras Concilio ecuménico, manifiestan por sí mismo la reserva, muy común entre los ortodoxos, con que reciben que se llama *Concilio ecuménico* una asamblea en la que sólo van a participar obispos católicos, ya que según la Ortodoxia, un tal Concilio debe ser convacado y participado por toda la Pentarquía al menos. El artículo es una conclusión a anteriores artículos publicados por el mismo profesor en la misma revista. Una serie de recomendacio-

nes que haee a la Iglesia Católica a fin de evitar los pasos en falso de anteriores ocasiones.

1. La primera recomendación se refiere *a la invitación* que se pueda hacer a las Iglesias ortodoxas para estar presentes en el Concilio, de manera que no se incurra en los errores anteriores al Concilio Vaticano, al invitar a las Iglesias ortodoxas.

Es de todos sabido que el entonces Patriarca ecuménico se negó a aceptar la invitación de Roma, alegando que había sido hecha pública antes de dársela a conocer.

2. La segunda recomendación se refiere al «*orden del día*» del Concilio sobre las discusiones que debe abordar. Hay que evitar dos escollos: uno, incluir en el programa «*cuestiones y tesis teológicas ajenas a la realidad inter-cristiana, apartadas del realismo inter-eclesiástico*». Tales serían las cuestiones que no tengan en cuenta la existencia de otras confesiones, su vida, sus preocupaciones habituales o actuales, los problemas por ellas planteados a través de los siglos, o o que son motivos actualmente de cambios de vista, teológicos o no, y que vienen hoy tratando estas confesiones, ya directamente entre ellas, ya a través del «Consejo Ecuménico de las Iglesias». Todos estos puntos son una realidad en relación directa con el misterio de la Iglesia, tan graves que son ellos los disentimientos que tienen canónicamente separadas a unas de otras a las diversas confesiones cristianas.

El segundo escollo sería que el Concilio se dedicase a desarrollar una teología enteramente vuelta hacia lo interior, como sucedió en el Concilio Vaticano y en los otros precedentes. El hecho de que el Concilio esté compuesto por sólo obispos de la Iglesia Católica Romana, de cultura latina en su inmensa mayoría y habitualmente preocupados por los problemas que debe

abordar la Iglesia latina, constituye una gran tentación para dedicarse no sólo a estos problemas, sino al modo habitual de tratarlos. Esto sería dañoso, sobre todo, en una época como esta en la que todas las Iglesias se abren a los más amplios horizontes y a una tendencia de colaboración.

No se puede dejar de reconocer que el punto de vista de CONSTANTINIDIS en esta recomendación tiene gran interés. Es innegable que la amplitud que ciertas frases de Juan XXIII vienen fijando al Concilio sería propicia para satisfacer los deseos del profesor de Halki. Cuando el Papa señala «todo el ámbito del pensamiento católico» como campo de proyección del futuro Concilio, ofrece una oportunidad para que esas sugerencias de CONSTANTINIDIS puedan tener lugar, ya que no se puede negar que la división cristiana constituye no sólo un tema, sino un problema angustioso para el pensamiento católico actual. Es innegable que todo ello forma parte viva y palpitante del misterio de la Iglesia. Pero dado que el Concilio futuro no parece que haya de ser un Concilio unionista, en el que estos temas entrarían con obligada necesidad, no sería extraño que la atención que a ellos se preste en el decurso de las sesiones conciliares no satisfaga al profesor de Halki.

Viene a propósito de esta observación nuestra recoger aquí un comentario de DOM OLIVIER ROUSSEAU, prior del convento benedictino de Chevetogne, quien observa que «los pliegos de cuestiones remitidas a los obispos y universidades católicas no parece que contengan la cuestión de la unión. Sin embargo, cada uno puede presentarla a su manera y por su cuenta. Y aunque no aparezca como tema especial en el orden del día, es indudable que estará constantemente presente en la preparación del Concilio y en el Concilio mismo.

Entre las necesidades de nuestro tiempo parece que haya que contar la necesidad de la unidad, que apremia de extraordinaria manera» (160).

3. La tercera de las recomendaciones de CONSTANTINIDIS coincide con la que ya hemos comentado al tratar de JAKOBOS DE FILADELFIA, coincidente también con este autor en destacar la importancia que tienen los obstáculos que señala en mantener viva y agria la fricción entre Roma y Oriente. Se trata del *proselitismo* y de *los uniatas.*

Recuerda a este propósito el comentarista del boletín *Vers l'Unité Chrétienne* que este tema, de suyo complejo y delicado, tuvo también en la reunión de Rodas, en la que se produjo el referido «incidente» con otras confesiones cristianas, su momento áspero cuando un orador ortodoxo lo expuso como una de las exigencias para conocer la buena disposición de Roma. Y el P. DUMONT, aun reconociendo los aspectos negativos que todos estos problemas de fricción tienen en la división existente, destaca también la parte positiva que envuelven, incluso con miras a la unión, tan difícil como deseada por todos (161).

4. En cuarto lugar, CONSTANTINIDIS exhorta a la Iglesia Católica a renunciar al uso de expresiones hirientes para nuestros hermanos separados: «Las expresiones *cismáticos, heréticos, disidentes* y *separados,* las llamadas al *retorno* de los *extraviados,* han pasado ya de actualidad.»

Esta recomendación del profesor de Halki está tan en el ánimo de todos los católicos como puede compro-

---

(160) *Orbis Catholicus*, jun. 1960, 540. El artículo de DOM ROUSSEAU se publicó en *Informations Cath. Internat*,», número 112, 15-II-1960. El mismo autor ha escrito un interesantísimo artículo: *Dans l'attente du Concile* en *Irénikon*, núm. 2, 1960. 185-97.

(161) L. c. 14.

bar cualquiera que venga siguiendo el tema ecumenista entre nosotros. Y en cuanto al ánimo del Papa, recuérdense las palabras que hemos reproducido más arriba, en las que el Romano Pontífice exhorta a superar prejuicios y «expresiones no tan corteses» hacia nuestros hermanos de otras confesiones cristianas. No obstante todos estos esfuerzos, es innegable que la objetividad misma de la división cristiana existente tiene exigencias también de expresiones, que no se pueden suprimir radicalmente sin ciertos peligros de indiferentismo doctrinal dogmático. Que se digan con toda caridad y las menos veces posibles y que se oigan con toda humildad por todos es racional y lógicamente cristiano (162).

Finalmente, la frase «retorno», «vuelta», que también señala CONSTANTINIDIS como una de las hirientes, la vemos empleada por el propio Juan XXIII, cuyo amor y deferencia hacia los demás cristianos está por encima de toda duda. Su omisión total por parte católica se hace difícil desde el momento en que podría implicar un confusionismo dogmático, ya que la tesis de muchas de las Iglesias cristianas separadas es que no se trata de volver a Roma, como centro y madre de la unidad, sino sencillamente de reintegrarse todos,

(162) Recomendamos el artículo del P. F. BIOT, O. P., aparecido en *Istina*, enero-marzo 1958, 113-128, en el que recoge, entre otras interesantes consideraciones, el cuidado de nuestras expresiones para no herir susceptibilidades de nuestros hermanos. Tema complejo y que requiere su tiempo. Muy digno de nuestra atención el artículo publicado por *Oriente Cristiano*, noviembre 1959, 8: *Unir sin separar*, en el que se insiste en la necesidad de conocer cada día mejor a nuestros hermanos evitando cuanto pueda ser para ellos una ofensa o molestia en nuestras expresiones, aun las empleadas con ánimo pastoral y apologético. A este propósito recoge la citada revista una de las recomendaciones hechas por el Consejo Episcopal de la América Hispanolusitana, en representación de 378 diócesis y que se refiere al modo de tratar y expresarse en relación con los otros cristianos.

incluída Roma, en la unidad hoy inexistente. Frente a esta postura doctrinal Roma no puede suprimir absolutamente un término que no es una ofensa, sino la expresión de una existencia teológica. En el lugar correspondiente al pensamiento de Juan XXIII acerca de la reunión cristiana exponemos detenidamente este aspecto del problema.

5. En la quinta de sus recomendaciones recuerda CONSTANTINIDIS la experiencia de la Iglesia ortodoxa con motivo de sus relaciones con la Iglesia anglicana, con motivo de la conferencia de Lambeth, añadiendo que esta experiencia, con las debidas proporciones, puede servir también para las relaciones con la Iglesia Católica. Estas relaciones deben tener como base «los principios de igualdad y reciprocidad», sin comprometer las relaciones, presentes o futuras, con otras confesiones. Vemos de nuevo aparecer en los autores ortodoxos las expresiones de «igualdad», «reciprocidad», «libertad», ya comentadas en JAKOBOS DE MALTA, ALIVIZATOS, etc. al tratar de sus manifestaciones.

6. La última recomendación de CONSTANTINIDIS se refiere al estudio que es necesario llevar a cabo sobre los elementos fundamentales del problema de la división existente entre las dos Iglesias, ya sean factores teológicos, históricos o de otra índole. La ignorancia es proporcionalmente la misma, afirma el autor que comentamos, en las dos partes, la ortodoxa y la católica. Y se impone el eliminarla, con un trabajo módico, mediante la preparación de equipos y organismos apropiados. «Es necesario para ello aportar, no sólo una buena formación y experiencia, sino sobre todo un espíritu de humildad y un deseo sincero de diálogo». El P. DUMONT subraya la importancia de este último aspecto, ya que si es frecuente admitir la nece-

sidad de una preparación histórica y teológica, no es tan corriente prestar atención a las disposiciones morales capaces de conducir el estudio a resultados positivos en materia de acercamiento y de unión. CONSTANTINIDIS tiene toda la razón en exigir ese deseo de *diálogo auténtico,* exento de toda pasión, como condición necesaria para un trabajo eficaz en el campo de la unidad entre las Iglesias (163).

Finalmente, CONSTANTINIDIS expresa su deseo de que se sustituya el término «retorno» por el de «coexistencia». Y añade por su parte el P. DUMONT que aunque no queda muy claro qué entienda el autor, parece sobreentenderse que la idea subyacente es que la Iglesia Católica tenga en cuenta, al menos como situación de hecho, la existencia, juntamente con la suya propia, de otras confesiones cristianas que, por separadas que estén y por errores que contengan a sus ojos, no pueden considerarse como totalmente ajenas al misterio de la Iglesia en su totalidad y complejidad. Y concluye el teólogo dominico: «Sobre este punto, como sobre los anteriores, nos parece que las advertencias de CONSTANTINIDIS merecen retener nuestra atención» (164).

Posteriormente a este artículo el P. CONSTANTINIDIS ha dedicado otros varios a comentar la encíclica *Ad Petri Cathedram,* en los cuales, según el comentarista de *Irénikon,* no ofrece nuevas perspectivas, ratificando sus puntos de vista sobre la unión de las Iglesias. En

---

(163) *Vers l'Unité Chrétienne,* l. c. 14-15.—Recomendamos nuevamente el estudio del P. BIOT en *Istina* —enero-marzo 1958, 113-128— sobre las dificultades de entenderse católicos y protestantes, las condiciones que debe tener el diálogo, etc., y que son aplicables también al diálogo con los ortodoxos. El libro de L. BOUYER *Du Protestantisme a l'Eglise,* que analiza en ese artículo, ofrece amplias perspectivas sobre la materia.

(164) L. c.-15.

el último de esos artículos, publicados en *Apostolos Andreas,* reitera su deseo de que no nos concentremos demasiado sobre una teología «doméstica», alejados de la realidad actual interconfesional, procurándose por ambas partes los medios de acercamiento y contactos positivos, de manera que el futuro Concilio, aunque sea solamente intra-romano, pueda servir de ocasión para unos y otros de un mejor conocimiento (165).

2. *Comentarios de «Ekklisía» y otros autores:*

El comentario de SPERANTSAS, al que hemos aludido más arriba —p. 30—, tiene el valor especial de haber aparecido en una revista, *Ekklisía,* que es el órgano oficial de la Iglesia ortodoxa griega. Nos remitimos, pues, a aquel lugar, ya que nada nuevo hemos de añadir aquí, donde lo recordamos únicamente en razón de centrar aquel comentario dentro del ambiente greco-ortodoxo que ahora estudiamos. Unicamente recogemos ahora el análisis que hace el comentarista de *Irénikon,* en una nota a pie de página, del punto de vista de SPERANTSAS:

«Tres cosas sorprenderán en este artículo a todos los que estén siquiera un poco informados sobre el tema: 1) la incomprensión sobre el dogma católico de la infalibilidad papal; 2) la idea simplista sobre la historia del cisma; 3) el prejuicio nacionalista: el espíritu griego es el único que puede ser cristiano. Este pasaje es importante, porque, lo queramos o no, esta es la voz de la Ortodoxia griega moderna. Pero también leemos en un obispo ruso: «Atribuyendo a los Papas un derecho de juicio infalible, la Iglesia romana los ha elevado por encima de las criaturas y les ha conferido un poder divino» (166).

---

(165) *Irénikon,* núm. 4, 1959, 481.
(166) *Irénikon,* núm. 2, 1959, 220, nota 1.

Estas observaciones, que son para nosotros tan justas y lógicas, no son igualmente fáciles de reconocer así por nuestros hermanos ortodoxos.

3. *Basilio Moustakis:*

El escritor griego publicó su artículo en la revista *Anaplassis*, en su número 74, correspondiente al mes de abril de 1959. Ha reproducido íntegramente este artículo, en castellano, *Reunión* de enero-marzo 1960, 7-10, y lo extractó ampliamente *Irénikon*, número 3, 1959, 352-55. El solo título del artículo revela su extraordinario interés para nuestro fin: *¿Es posible la unión de la Iglesia ortodoxa con la Iglesia Católica Romana?* De él reproducimos los pasajes fundamentales.

«Es muy difícil dar una respuesta a esta pregunta que se plantea a partir del Mensaje de Navidad del Papa al Patriarca de Constantinopla y del anuncio de la convocación de un Concilio Ecuménico, por iniciativa del Vaticano. Se puede decir también que la modalidad futura de la unión de las Iglesias está muy lejos de toda posibilidad de previsión humana. Aunque la respuesta es difícil de dar, no es sin embargo imposible.

»Dos datos nos impiden ser pesimistas: en primer lugar, el deseo del Señor de que los que creen en El formen un solo rebaño; en segundo lugar, el hecho de que, separados, «el deseo de la unión nos ha unido ya», como se escribe a este propósito. En efecto, este deseo no ha sido jamás tan vehemente, tan vivamente puesto de relieve, tan vivamente manifestado y tan admitido por la mentalidad actual. No hay duda alguna de que en nuestro tiempo los prejuicios, como las pasiones de épocas pasadas, se esfuman gradualmente y se relegan a un lado. Y el hecho, el hecho simple y esencial, el que acapara la atención, el interés, la preocupación de los espíritus y las almas, ese hecho es la necesidad de la unión.

»La iniciativa del Obispo de Roma no puede considerarse como un gesto sin eventualidades de reciprocidad.

»Para poner fin al cisma, nosotros, ortodoxos, tenemos cos-

tumbre de señalar que el Papado debe renunciar a las innovaciones que ha admitido. Para nosotros, no se trata de renunciar, por la sencilla razón de que formamos el residuo inmutable de la Iglesia católica. Esto es completamente justo, mientras que aquello está sujeto a discusión. La unión no es una ecuación algebraica que, para resolverla, debe despejar algunos elementos de parte de Roma, es decir, las innovaciones. No es matemática, sino psicológica, espiritual e histórica, y la economía jugará igualmente su papel. La unión no se conseguirá en la perfección de la forma, se emplearán acuerdos y conciliaciones inofensivas. Del mismo modo que las condiciones relativas, así también no se puede adoptar un aspecto completo y definido, sino pasar por ciclos superpuestos de aproximación, que tengan como etapa primera las simples relaciones del mutuo reconocimiento de las jerarquías ortodoxa y romano-católica. En esta primera etapa se debería poder demostrar la buena disposición de ambas partes. Una prueba eficaz sería, respecto del Vaticano, la supresión de la Unia (católicos de rito oriental).

»Pero comencemos por una cuestión de detalle: el *Filioque*. Es sabido que esta adición al Símbolo de los Apóstoles para una parte de Europa occidental, existía ya algunos años antes de la apropiación oficial que hizo el Papa. La universalidad de la Iglesia ecuménica no se perturbó durante el tiempo de la existencia del *Filioque*. Si existían aún lazos que unían a las Iglesias locales, se habría podido conservar muy bien el *Filioque*.

»De forma análoga, y de manera menos molesta para nosotros los ortodoxos, el dogma de la Asunción corporal de la Virgen podría subsistir, porque sus gérmenes crecían en nuestras regiones (particularmente desde el siglo VIII).

»Hay aún problemas más graves que deben ordenarse antes de la realización de la comunión con Roma. Opino que estos problemas se reducen a tres: el primado del Papa, su infalibilidad cuando habla *ex cathedra* y el dogma de la Inmaculada Concepción. Pero todo esto no es en realidad un obstáculo tan grande para que la buena voluntad y la justicia fundamental de la verdad no pueda superarlo y dominarlo.

»El primado del Obispo de Roma es un hecho histórico indiscutible. Los esfuerzos de la crítica antipapal por poner en duda el primado no forman un acto serio, ni desde el punto de vista científico, ni desde el punto de vista eclesiástico. Por tanto, el primado se mantendrá, pero con esta dife-

rencia que tenemos el derecho de exigir: que este primado no sea para el Oriente en el sentido que lo admite el Occidente.

»El primado, de una simple distinción honorífica antes del cisma, con los derechos mínimos de justicia y de administración que el Papa detentaba, se desarrolló continuamente en Occidente y, así, la institución democrática de la Iglesia cuajó en Estado monárquico. Sus bases teóricas, con la necesidad admitida de la presencia, alrededor del Papa, del Sagrado Colegio de Cardenales, dan la esperanza de que la monarquía pueda servirse, como de un estribo, de la participación más activa y más amplia de los cardenales para aproximarse a la base democrática. Y esto tiene su importancia: desde la centralización máxima que caracterizó el reinado de Pío XII, la elección del sucesor tal como se ha efectuado garantiza indiscutiblemente esta aproximación con el Sagrado Colegio. El tiempo favorecerá con seguridad la marcha de las cosas en esta dirección y la comunión con la Ortodoxia hará al Occidente romano-católico más democrático. El primado no debe causar miedo. Podemos considerar al catolicismo romano como una inmensa Iglesia autocéfala a cuyo Arzobispo, es decir, al Papa, se le reconoce como autoridad suprema entre sus obispos.

»En Oriente, sin embargo, no es posible que el Papa se imponga de la misma manera, sino solamente de la manera como era considerado en tiempos de la indivisa Iglesia ecuménica. Si aquello no se comprende plenamente, la unión no se llevará a cabo jamás. En este solo punto el Vaticano debe ceder sin remisión. Todos nosotros no vemos el primado del Papa más que en el sentido que tenía durante los primeros siglos, en un aspecto más simple y más tolerable: el Obispo de Roma es «el Primero entre los iguales», el Corifeo, recurso de la Jerarquía eclesiástica que ocupa entera «el lugar de Cristo» (Ignacio de Antioquía).

»De esta forma, en nuestro horizonte, la infalibilidad del Papa no es algo intolerable. La historia nos ofrece muchos ejemplos que muestran la legalización final, por el Papa, de declaraciones dogmáticas y de recursos a su arbitrio cuando existieron diferencias en la Iglesia oriental. Confirmando así una verdad que estaba madura en la conciencia de la Iglesia, una verdad formulada por un Concilio ecuménico, ¿por qué el Papa no habría de ser, desde entonces, infalible?»

CARTA ABIERTA DE BASILIO MOUSTAKIS A LOS JEFES ESPIRITUALES, OBISPOS Y TEOLOGOS DE LA IGLESIA CATOLICA ROMANA

«Padres venerados:

»Nosotros los ortodoxos creemos que el Papa actual desea sinceramente y ardientemente el acercamiento del Oriente y el Occidente. Hemos destacado en su declaración que si Dios ha permitido que sea él el elegido y no otro sobre la Sede de Roma esto ha sido ciertamente en vista a la Unidad que El había establecido. Por nuestra parte seguimos con todo interés y toda nuestra buena voluntad el desarrollo de esta iniciativa, que demuestra que Roma desea hacer brillar de nuevo su antiguo título de «Presidente de la Caridad».

»... La Iglesia ortodoxa, por medio de declaraciones oficiales y no oficiales, ha respondido favorablemente a la perspectiva de la gratísima posibilidad de un diálogo de reconciliación con el catolicismo romano. Este diálogo, no obstante, para tener fruto, debe ser preparado por la mutua apreciación de datos objetivos y tener como preludio una predisposición para eliminar todo elemento no espiritual que obstaculice el camino de las conversaciones.

»Nosotros no queremos admitir la idea de que el Vaticano no esté dispuesto a llevar a efecto esas eliminaciones. El respeto últimamente restablecido por vuestra teología hacia la augusta tradición oriental es, en efecto, el mejor augurio, rebosante de promesas.

»Es aquí donde la presente Carta querría llamar vuestra atención. El que suscribe ha destacado ya en otra ocasión la homogeneidad de fe y de vida que une a las dos Iglesias, y que permanece aún bajo la corteza agrietada de las diferencias bien conocidas. Estas observaciones han sido bien recibidas por ambas partes. Lo que yo desearía subrayar al presente es la gran tarea concreta que vuestra Jerarquía y la teología de vuestra Iglesia deberían emprender para hacer revivir y desarrollarse esa homogeneidad de fe por encima de las apariencias desagradables.

»¿Cuál sería esa tarea y de qué extraordinaria necesidad se trata? Ante todo, un progreso más amplio y generoso de vuestra teología para buscar y reunir los puntos comunes en el dogma y en la vida.

»Por otra parte, entre tanto, enriquecer la teología dogmática y la práctica litúrgica de vuestra Iglesia con aquellos elementos orientales correspondientes y sobre los cuales no

existe la menor sospecha; todo lo cual tendría una gran importancia para preparar una unión estable.

»Hay aquí una subyacente y dañosa diferencia de concepción que la Ortodoxia desea ver desaparecer lo antes posible. Vuestro pensamiento tiende a entender la tradición como un mosaico de diversos colores, según los lugares. Nosotros admitimos que la tradición es variada, según los lugares, pero que sus líneas principales deben prevalecer en todas partes, como lo muestra la historia de la Iglesia de Oriente. La riqueza, la pureza, la armonía, la alegría, la libertad que reinan en la tradición oriental no son para nosotros cuestión de detalle que la Iglesia ecuménica podría circunscribir a un sector del mundo y que no fuese necesaria en todas partes.

»Si, pues, gracias a vuestro diligente cuidado, se iniciase un período que hiciese afluir esta riqueza al pensamiento dogmático, a la vida litúrgica y en general a toda la vida de vuestra Iglesia, se habría aportado al fenómeno de la unidad el factor más sustancial.

»Esta llamada, este anhelo de la Ortodoxia, los interpreta esta humilde carta, dirigida a vosotros, Pastores y Doctores, con esta franqueza, que no es temeridad, sino el gesto natural en una atmósfera de simplicidad cordial, debida a la personalidad acogedora, tan simpática y tan santamente venerada del Papa actual. Todos los ortodoxos reconocen hasta qué extremo el Papa Juan XXIII ama al Oriente, cómo él lo lleva en su corazón. Nosotros estamos seguros que su pensamiento —en razón a la par de los carismas de su corazón y de la asistencia divina— no puede ignorar una verdad tan destacada y profunda como esta que hemos expuesto aquí, ni que existan en torno a él en vuestras filas una preparación de los ánimos y una profunda comprensión capaces de facilitar el desarrollo de una cuestión tan deseable. Con mi profunda consideración, BASILIO MOUSTAKIS» (167).

Hemos de reconocer en el fondo de estas líneas, de un lado, una cordialidad cristiana a la que siempre deseamos corresponder. Pero de otro, late en su trasfondo una visión de la Iglesia Católica que no corresponde exactamente a su realidad. Dos competentísimos teólogos católicos, ambos muy preparados en los

---

(167) *Vers l'Unité Chrétienne*, mar.-avril 1960, págs. 17-18.

afanes unionistas, han glosado esta carta de MOUSTAKIS, el P. DUMONT, O. P., y el P. BOYER, S. J. Y de ambos seleccionamos algunas de sus observaciones.

El P. DUMONT se complace en subrayar algunos aspectos de la precedente carta de MOUSTAKIS, que nada ofrecen de reparos por parte católica. Así, por lo que se refiere a los deseos expresados por el teólogo ateniense sobre una mayor decisión y generosidad por parte de la teología católica para la búsqueda de los puntos que tenemos en común con nuestros hermanos ortodoxos «en el dogma y en la vida». El momento presente —destaca el P. DUMONT— es especialmente propicio en la Iglesia Católica para ese sentimiento de mayor libertad y mayor apertura de espíritu. La misma expresión «en el dogma y en la vida» empleada por el escritor ortodoxo le parece al teólogo dominico de gran interés, ya que realmente puede suceder que seamos más semejantes en ciertas prácticas de nuestra vida cristiana que en las formulaciones que de las mismas hacemos unos y otros. Así, por ejemplo, sucede con la oración por los difuntos y la doctrina del purgatorio; y lo mismo podríamos decir de algunas especulaciones teológicas recientes sobre pneumatología en relación con la práctica efectiva y muy tradicional de nuestras Iglesias. Advierte, no obstante, el P. DUMONT que algunas prácticas y ciertos comportamientos de nuestras Iglesias no concuerdan sino imperfectamente con la doctrina profesada que debiera inspirarlas. Y esto también deberá ser objeto de reflexión.

Piensa, además, MOUSTAKIS que una actitud como la sugerida por él deberá conducir normalmente a «un enriquecimiento de la teología dogmática y de la práctica litúrgica de la Iglesia latina» por medio de los elementos orientales correspondientes y sobre los cua-

les nada se objeta por parte católica. Esta ósmosis —afirma Dumont— nos parece también perfectamente legítima y grandemente deseable. El movimiento de renovación bíblica y patrística, lo mismo que el movimiento litúrgico, necesariamente han de producir resultados sumamente importantes en este campo. Y debajo de estos problemas existen otras cuestiones de teología fundamental —continúa el P. Dumont— sobre las cuales invitaríamos a nuestros hermanos teólogos católicos a proyectarse con espíritu de apertura y de investigación, es decir, en un plan constructivo.

Se detiene luego el teólogo católico sobre la observación del autor ortodoxo acerca de la diversa manera de concebir la tradición en Oriente y en Occidente. Advierte, en primer término, que convendría proponer con más claridad este problema. Y así, habría que distinguir entre «las tradiciones y la Tradición». Y añade: «Es bien cierto que la restauración de la plena unidad canónica entre la Iglesia latina y las Iglesias de origen griego supone no solamente un acuerdo sobre la legitimidad de las tradiciones diferentes, sino la puesta en vigor también de unos mismos trazos esenciales de la Tradición. Porque si las tradiciones pueden ser solamente locales, la Tradición que se sobreentiende a ellas tiene que ser universal y, en consecuencia, común a todos» (168).

Se detiene a continuación el P. Dumont en aplicar este problema general a la cuestión de la *estructura de la Iglesia*, acerca de la cual hay que reconocer que el Oriente ha puesto más de relieve siempre el elemento colegial de la Iglesia, y, a partir del cisma, ha eludido el elemento monárquico de su tradición; en tanto que el Occidente ha destacado el aspecto monár-

---

(168) *Vers l'Unité Chrétienne*, mars.-avril 1960, págs. 18 19.

quico de su misma tradición, pero sin rechazar nunca en teoría ni abandonar completamente en la práctica el elemento colegial. En consecuencia —añade el PADRE DUMONT—, nos parece posible que este *doble elemento* común de la Tradición de la Iglesia indivisa de los primeros siglos sea puesto en su valor con miras a una aplicación común al Oriente y al Occidente conforme a determinaciones canónicas susceptibles de ser aceptadas por las dos partes. Reconoce que este acuerdo no es fácil de realizar y que serán necesarios estudios serios previos y mucha buena voluntad mutua.

Después de otras varias observaciones en torno a la carta de MOUSTAKIS, termina el P. DUMONT expresando el deseo de recapacitar sobre los problemas planteados en ella; precisar ciertas apreciaciones que responden más a las apariencias y prejuicios que a las realidades existentes. Y, finalmente, que la ósmosis deseada por MOUSTAKIS se lleve a cabo por ambas partes y que incluso la carta tenga una amplia acogida no sólo entre aquellos a los que va dirigida, sino también entre los jefes espirituales, obispos y teólogos de la Iglesia ortodoxa, como una cuestión también propuesta por ellos (169).

Por su parte, el P. CARLOS BOYER, S. J., recoge también esta *Carta abierta* del escritor ateniense, y aceptando, como DUMONT, los anhelos que expresa, puntualiza también algunos aspectos dignos de precisarse. Así, destaca que también el Occidente contiene valores dogmáticos y litúrgicos auténticos, que MOUSTAKIS no titubeará en reconocer. Advierte, además, que se exageran las diferencias existentes entre Oriente y Occidente. La verdadera sabiduría aconseja completar

---

(169) L. c., pág. 19.

las varias exposiciones, una con otra, ya que la verdad es una sola. Asimismo previene el P. BOYER que no se puede negar que también en la tradición occidental se dan las cualidades que MOUSTAKIS destaca en la Iglesia ortodoxa. La unidad de la Iglesia no impide que los diversos pueblos que la integran enriquezcan el fondo común con las expresiones propias de su historia y su temperamento. El mutuo contacto se traducirá en beneficios mutuos también, bajo la dirección vigilante de la autoridad en todo momento (170).

Estas observaciones de dos grandes teólogos católicos son suficientes para centrar los puntos de vista de MOUSTAKIS en esta *Carta abierta*, que ya como gesto es también síntoma del nuevo clima de comprensión y acercamiento que existe entre los cristianos.

4. *Testimonios de Malik, Vodoff y otros autores:*

El comentario del DR. MALIK, ortodoxo libanés, ex ministro de Asuntos Exteriores de su país y presidente de una de las reuniones de la Asamblea General de la O. N. U., hombre simpatizante con los católicos, entre los que cuenta un hermano jesuíta y otro dominico, hablando ante una asamblea de seglares católicos en marzo de 1959, en Dallas, Texas, se expresó en términos esperanzadores en alto grado, desentonando, por fortuna nuestra, del coro general de las voces de la Ortodoxia:

«El deseo de ecumenicidad es hoy genuino y universal... Un genuino impulso, y un impulso ecuménico, existe en el Consejo Mundial de las Iglesias. La Iglesia ortodoxa, que vive en Oriente en condiciones sofocantes, se pregunta cuándo terminará su aislamiento. En el pueblo ortodoxo existe un profundo deseo de restablecer los antiguos vínculos de fra-

(170) *Unitas*, julio-agosto 1960, págs. 117-18.

ternidad. Indudablemente el màs grande acontecimiento contemporáneo en este campo es la convocatoria —sic— de un Concilio Ecuménico por parte de Juan XXIII. Este podrá ser un hecho histórico de la máxima grandeza, el más grande de cualquier otro hecho del siglo xx y de muchos siglos pasados. Frente a este hecho importante, con sus posibilidades ilimitadas, es deber de todo cristiano el rogar como nunca se haya hecho antes, a fin de que todos aquellos que han sido bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y que aman a Jesucristo por encima de todo, sean un solo Cuerpo, según su voluntad» (171).

Sin adentrarse en la complejidad de los problemas que condicionan la reunión de los cristianos divididos, las palabras del Dr Malik tienen todo el sabor cristiano de los hombres que creen y aman y desean ver la unidad de los fieles tal como el Señor la quiere.

Vladimiro Vodoff es un ortodo-ruso que vive en un país de mayoría católica. Y así se pregunta: *¿Qué es el catolicismo para un ortodoxo?*

«La respuesta —añade— será diferente según sean los países en que se halle el ortodoxo... Examinemos solamente nuestro caso... Estamos rodeados de católicos, tenemos amigos entre ellos. El catolicismo no será, pues, para nosotros un «desconocido» como puede serlo para un ruso ortodoxo que viva en Rusia, algo «extranjero» como para un griego, ciudadano de un país ortodoxo. Conozco algunos ortodoxos que cuando se trata de algo referente al catolicismo, se refugian, por pereza, entiéndase bien, en una bella integridad ortodoxa para ignorar todo lo que se refiere al catolicismo... Ahora bien, nosotros tenemos lecciones que aprender de nuestros hermanos romanos; para no citar sino cosas de orden espiritual, cito la comunión frecuente, práctica corriente en la Iglesia católica y que tropieza aún entre nosotros con muchas dificultades... Aprendamos a conocer el catolicismo... Es necesario para nosotros, en cierta medida, vivir la vida de la Iglesia católica, pero hemos de vivirla en ortodoxos. Nosotros debemos aportar a nuestros hermanos católicos la

(171) *La Civilta Cattolica*, 18, jul. 1959, 189; *Irénikon*, núm. 2, 1959, 219.

luz de la Ortodoxia, no para conseguir conversiones masivas, sino para ayudar a la Iglesia católica a solucionar sus problemas...» (172).

El autor demuestra, sobre todo, un profundo sentido irénico, y al margen de lo extrañas que puedan parecernos sus aspiraciones, revelan un sentido de acercamiento fraternal que tal vez, por lo no corriente que es encontrarlo, merezca más nuestra atención.

G. Kostarés, abogado, escribe en un sentido bien distinto de los anteriores:

«La unión de las Iglesias —ortodoxa y católica— será una obra bastante difícil, porque desde que se separaron ambas la Ortodoxia ha permanecido fiel a lo que habían definido los siete primeros Concilios, sin invocar otros; mientras que la Iglesia católica, convocando otros trece, añadía otras enseñanzas dogmáticas al dogma de la Iglesia antes del cisma... Baste citar el primado y la infalibilidad del Papa, que constituyen la piedra angular de separación entre las dos Iglesias» (173).

Por extrañas que puedan parecernos estas apreciaciones en labios no ya de los teólogos, sino de los seglares en general, aunque sean hombres de cultura, como en el caso de Kostarés, conviene recordar cómo todo el ambiente de la formación religiosa ortodoxa tiende en la misma dirección anti-romana. Véase un párrafo de los Manuales de Religión, tal como se enseña en todas las escuelas de Grecia: «Los Papas, con las alteraciones e innovaciones que han impuesto y que no fueron enseñadas ni por Cristo ni por los Apóstoles, han pervertido la Ortodoxia» (174).

---

(172) *Irénikon* núm. 4, 1959, 493-94.
(173) *Cristiandad*, nov. 1959, 435.
(174) *Irénikon*, núm. 4, 1959.

CAPÍTULO QUINTO

DECLARACIONES DE LA IGLESIA COPTA Y OTRAS PUBLICACIONES

En las páginas 62-64 hemos recogido ya ciertas manifestaciones de esta Iglesia cristiana. Y a ellas remitimos al lector, no teniendo nuevos testimonios que añadir sobre lo allí expuesto.

Pasamos, sin más, a las manifestaciones que han aparecido en los órganos de difusión diaria o periódica, tales como la prensa y las revistas.

Estos testimonios, de menos interés doctrinal en general, tienen el indiscutible de reflejar un ambiente que sale de lo propiamente eclesiástico, teológico y jerárquico para expresar un estado de opinión más amplio y más difícil de controlar, sobre todo en la Ortodoxia, carente de un magisterio auténtico y obligatorio sobre los fieles. Recuéndese a este propósito la doctrina oriental sobre la pentarquía y la constitución democrática de la Iglesia, que hace que incluso las enseñanzas conciliares deban tener el refrendo de aprobación de los fieles todos (175).

El P. CAPRILE recoge otros testimonios de teólogos griegos en la misma línea de pensamiento. El mismo ALIVIZATOS había escrito en el diario cairota, del 8-9 de enero de 1959, *Phos*, que «no creía que el esfuerzo por la unidad de las Iglesias tuviera gran éxito, porque es

imposible que el Papa abandone sus pretensiones de ser la cabeza de las dos Iglesias o los derechos adquiridos a través de los siglos». Estas declaraciones las había publicado anteriormente en *Akropolis,* de Atenas. En el periódico *Orthodoxos Skepsis* volvería el 31 de enero a ratificar sus opiniones en el mismo sen· tido de la imposibilidad de un Concilio, ya por la intransigencia del Papa, ya porque no se veía claramente cuál habría de ser la posición canónica de los protestantes en el mismo. Toda llamada a la unidad —continúa el profesor ateniense— será letra muerta mientras el Papa insista en su exigencia de absoluta subordinación de las otras Iglesias a él como al único Vicario de Cristo y cabeza suprema de la Iglesia, ya que la Ortodoxia estima que esta interpretación romana del primado es irreconciliable con sus principios democráticos y con el Nuevo Testamento. Incluso llegará a afirmar que los motivos de la convocación de un Concilio por parte de Roma obedecen al deseo de salir del aislamiento en que ha quedado esta Iglesia después de su negativa a adherirse al «Consejo Ecuménico de las Iglesias (176)..

El tono de estas manifestaciones, anteriores sólo en una fecha al artículo de *Vima,* que hemos recogido más arriba, están en el mismo sentido teológico, pero tienen un más subido sabor al achacar fines menos nobles al deseo de Roma al anunciar el Concilio.

STROUMBOULIS, en *Orthodoxos Skepsis* del 28 de febrero, y KONIDARIS, un seglar teólogo también, en *Phos* del 8-9 de enero del mismo año 1959, interpretan

---

(175) *Irénikon,* núm. 4, 1959, 436-42; *La Civilta Cattolica,* 2 julio 1960, 54, 55, 56; *Il Concilio Ecumenico nel pensiero teologico degli «ortodossi»; La Civilta Cattolica,* 10 april 1960, 140-52; 21 magg. 1960, 372-84.

(176) *La Civilta Cattolica,* 18 julio 1959, págs. 185-86.

los fines del Concilio menos rectamente, y el último añadiendo que los obstáculos no provienen de la Iglesia ortodoxa, sino de la occidental, siendo la infalibilidad pontificia el obstáculo insuperable, y que la única posibilidad que queda es volver a la fe y disciplina de los siete primeros Concilios. La infalibilidad pontificia, había de remachar *Ekklisia* en un editorial del 15 de enero, es «como un muro levantado entre Roma y las Iglesias no romanas» (177).

Este sentir de los ortodoxos de Grecia es el mismo que reflejan otras Iglesias greco-ortodoxas, tanto en Egipto como en Siria como en las Comunidades dispersas en América o Europa. Coincidencia en registrar los deseos de unión, sin concretar; unanimidad en destacar el *obstáculo insuperable:* «La insistencia de los católicos en mantener el primado del Papa», como escribía el diario *Aigyptios* del 13 de febrero, al que hacía pareja el *Phos* del 15 de marzo, en el que aparecen las acostumbradas acusaciones contra la actitud proselitista de la Iglesia Católica, exigiéndosele pruebas de buena voluntad «so pena de que su llamada a la unión no sea un nuevo acto de proselitismo» Cuando existe un clima en el que todavía es posible pensar, hablar y escribir así, es evidente que aún queda mucho camino por recorrer hasta la meta de la unión.

Esto se aumenta cuando descendemos al campo de la susceptibilidad, en el que ya ni caben frases y expresiones que hablen de *división* y llamen a los cristianos no católicos *hermanos separados:* «Esta palabra es dolorosa —se refiere el texto a la *división*— y por ella sufren todos los miembros de las Iglesias ortodoxas, las cuales la consideran como una ofensa dirigida a sus comunidades... La palabra *separados* es ex-

(177) *La Civilta Cattolica*, l. c., págs. 185-86.

cesivamente dolorosa y ha constituído una piedra que obstaculiza la comprensión...» Así se expresaba en su número de febrero la revista oficial de la Iglesia greco-ortodoxa, de *Aleppo*, que incluso pedía al Papa que «aleje de sus discursos y de los discursos de sus cardenales y de los dirigentes de la Curia romana» esas expresiones (178).

La misma revista siria, en su número de marzo, volvía sobre la invitación papal para decir que

«... había suscitado malestar en determinados círculos eclesiásticos, porque ven en ella más bien *motivos de propaganda* que una realidad. De año en año la cuestión de la separación de las Iglesias se hace más difícil y el deseo de la unión no progresa nada. En realidad los predecesores de Su Santidad, desde el origen de la separación hasta hoy, hicieron las mismas invitaciones *convencidos de que hablaban a Iglesias e instituciones que esperaban impacientes la ocasión de mostrar su arrepentimiento por cuanto habían hecho en el decurso de la historia, con el deseo de salir de las tinieblas y del error para correr tras la luz y la verdad, y recibir, como hijos pródigos, las muestras de la benevolencia paterna...* Por esto resultaron vanos tales llamamientos y no lograron fruto alguno, porque las Iglesias y las instituciones a las que fueron dirigidos estaban seguras de pertenecer a las tradiciones más antiguas, con un patrimonio espiritual ligado a la verdadera enseñanza sobre la unidad de la Iglesia... *Las Iglesias cristianas no aceptan el ser acusadas de herejía ni ser llamadas a penitencia*. El espíritu cristiano es contrario a estas acusaciones... Amonestamos a las conciencias ortodoxas, y de modo especial a los fieles de la cátedra de Antioquía, para que no tengan prisas en aceptar la invitación al Conci-

---

(178) *Al-Yakzat*, feb. 1959: *La Civilta Cattolica*, l. c., pág. 187. Esta realidad de la susceptibilidad de los cristianos no católicos ante las expresiones usadas por nosotros al referirnos a ellos, es de una importancia de la que no tenemos nosotros idea aproximada. El P. BIOT, O. P., en *Istina*, enero-marzo 1958, ha escrito un artículo interesantísimo sobre la *dificultad de comprenderse católicos y protestantes*, y analizando el libro del P. L. BOUYER, presenta varios ejemplos de frases utilizadas en dicho libro, que han bastado para que los protestantes reaccionen en contra del fin perseguido por el autor. Puede verse págs. 117-18 de *Istina*.

lio ecuménico, y de guardarse mucho de obrar por separado, como si la unidad y la unión estuviesen ya aseguradas. *El camino está sembrado de trampas y la propaganda interesada es muy activa para conseguir la adhesión de las almas sencillas*» (179).

Este texto es de los más elocuentes para valorar la disposición psicológica. Hasta ahora no habíamos encontrado ironías tan tristes, interpretaciones de la invitación papal tan duras en calificativos, hasta el punto de hablar de propaganda interesada, de «trampas» para cazar las almas sencillas. Véase ahora la llamada que hace Juan XXIII en la encíclica del 29 de junio del mismo año, que hemos reproducido al tratar de los documentos pontificios, y no dudaremos que el Papa insiste para rechazar estas interpretaciones torcidas y nada justas, tanto sobre sus intenciones como sobre la de sus predecesores. Esto es tanto más significativo cuanto que la revista es el *órgano oficial* de la Iglesia siro-ortodoxa. No podemos resistir al comentario obligado de rogar a nuestros *hermanos en Cristo* —creemos que esta apelación no les será dolorosa— que usen para con nosotros las mismas normas de comprensión, evitando lo que pueda herir que ellos nos piden usar para con ellos. Y creemos que considerar este acto de *proselitismo propagandístico, propaganda interesada* que busca sorprender a las almas simples, no son expresiones que rezumen dulzura aglutinante. ¡Jamás asperezas sobre asperezas dieron como resultado la dulzura!

El diario *Vima*, de inspiración liberal, no cambió mucho de tono después del Mensaje de Atenágoras, y así a la invitación conciliar respondía, aun reconociendo las expresiones esperanzadoras de otras Iglesias, lo siguiente:

(179) *La Civilta Cattolica*, l. c., págs. 187-88.

«Los representantes de la Iglesia ortodoxa aún no han hablado. Mas a juzgar por las declaraciones del Patriarca ecuménico Atenágoras, hechas al comienzo del año, en respuesta a los augurios natalicios del Papa, tampoco las Iglesias orientales deben rechazar la idea de un Concilio ni la invitación para él... *La unión de la Iglesia Católica con la Oriental ha topado siempre contra razones dogmáticas además de la tendencia de la Iglesia Católica de conseguir la unión mediante la sumisión de las otras Iglesias.* La Iglesia ortodoxa ha conservado siempre la doctrina del Señor y no se ha apartado del espíritu de libertad y de democracia, dentro del marco de las reglas de los Concilios ecuménicos; mientras que la Iglesia del Papa se ha aferrado en el espíritu romano y ha sustituído las condiciones puestas por los Concilios ecuménicos... la infalibilidad. Ciertamente no se puede excluir que los siglos y la experiencia hayan podido moderar las aspiraciones de Roma. Hasta ahora, sin embargo, la Iglesia de Roma no ha dado ninguna prueba palpable de querer crear una buena perspectiva para la posibilidad de un acercamiento, como ha propuesto hoy el Papa Juan XXIII. La realidad a la que se ha referido el Patriarca ecuménico es, de hecho, la vuelta a la vía democrática y cristiana» (180).

En las precedentes frases tenemos, en síntesis, los motivos de la oposición ortodoxa a las invitaciones romanas, a saber, un deseo de dominación basado en lo que llaman los ortodoxos el «espíritu romano», como más ampliamente veremos expuesto por otros comentaristas. En la misma línea de *Vima* están otros diarios griegos, tales como *Kathimerini,* quien pone en guardia a sus lectores frente a la invitación de Roma, ya que los motivos de la desunión no son únicamente dogmáticos cuanto políticos, basados en la aspiración de la Santa Sede a un indebido primado de jurisdicción sobre la Iglesia universal. Roma no tiene aquel espíritu ecuménico y universal necesario para una verdadera unión. Así, por ejemplo, desde hace siglos se sienta en el solio pontificio un italiano, no

(180) *La Civilta Cattolica* 18 julio 1959, pág. 180.

obstante que no son la mayoría de los fieles. Por esta estrechez de límites y de corazón —continúa el diario ateniense—, Roma será incapaz de reunir a toda la cristiandad y de crear un clima verdaderamente fraterno. Y termina el articulista: «Continuemos viviendo como buenos parientes, que se aman y viven en concordia» (180 bis).

Unos días después del anuncio conciliar volvía el mismo diario a tocar el tema:

«Parece que el Papa Juan XXIII quiere promover la unión de las Iglesias. Naturalmente que un problema que está sin resolver durante tantos siglos no se puede solucionar de un día a otro. Pero si la Iglesia ortodoxa no quiere dar a la occidental pretextos para acusarla de intransigencia, debe estar dispuesta a responder a la propuesta de Roma».

«*Ninguna sumisión a Roma*», fué el grito de la revista liberal de izquierda *Eleftheria*, 13-II-59. «La Ortodoxia —añadía— acepta la reunificación de las Iglesias, pero sin capitulación alguna». «De todos modos, —comentaba *Ethos*—, el optimismo del Papa al perseguir una quimera es digno de admiración» (181).

Dos nuevos acontecimientos van a dar nuevas oportunidades a los citados periódicos —*Ethnos* y *Kathimerini*— para exteriorizar sus puntos de vista frente al problema de unión cristiana.

El primero de esos acontecimientos fué la visita realizada por el metropolita Jakobos de Malta, nuevo jefe espiritual de los ortodoxos griegos de ambas Américas, antes de partir para Estados Unidos, a Su Santidad Juan XXIII. El propio prelado hizo constar que era la primera vez, en trescientos cincuenta años, que un prelado ortodoxo efectuaba una visita de esta índole. La prensa calificó el acontecimiento de «his-

---

(180 bis) *La Civilta Cattolica*, l. c., pág. 179. *Cristiandad*, noviembre 1959, pág. 434.

tórico» y el independiente *Ethnos* escribió con este motivo:

«El Patriarca ecuménico ha dado un primer paso hacia la Santa Sede, *sin que esto signifique, por lo demás, un cambio de principio de su parte*. La Iglesia ortodoxa da simplemente pruebas de buena voluntad en la cuestión de la unión de las Iglesias, a pesar que la actitud del Vaticano en relación con el Patriarcado no haya sido satisfactoria en los últimos años» (182).

Kathimerini va más lejos en su interpretación de los hechos y asegura que Jakobos fué enviado por el Patriarca ecuménico, y comenta con esta ocasión:

«En la línea de los principios nuestra Iglesia está de acuerdo con la reunión de un Concilio ecuménico, pero harán falta muchos esfuerzos y pruebas de buena voluntad por parte de Roma» (183).

El segundo hecho al que nos hemos referido más arriba fué la visita llevada a efecto por el Delegado Apostólico en Turquía, Mons. Testa, al Patriarca Ate-

(181) *La Civilta Cattolica*. l. c., pág. 180.

(182) *Irénikon*, núm. 2, 1959, pág. 218.—*La Civilta Cattolica*, l. c., pág. 180.

(183) *La Civilta Cattolica*. l. c. pág. 181.—El P. CAPRILE escribe en este mismo número de la revista romana que uno de los motivos alegados como falta de buena voluntad por parte de Roma fué con ocasión de la profanación, en 1955, de varias iglesias griegas en Constantinopla, por parte de miles de jóvenes turcos, siendo este episodio ignorado por las autoridades de la Iglesia Católica. El arzobispo de Atenas, Spiridione, se dirigió a Pío XII, *quien le contestó* con un afectuoso mensaje de condolencia y de afecto. No es, pues, exacta la versión dada por ETHNOS, así como por otros diarios ortodoxos griegos en aquellas circunstancias.

El segundo motivo exigido por KATHIMERINI, como prueba de buena voluntad por parte de Roma, se refiere a la supresión o limitación de los grupos católicos de rito griego. Véase *La Civilta Cattolica*, l. c. págs. 181 (nota 3) y 182-183.

(184) *Irénikon*, núm. 2, 1959, pág. 218; *La Civilta Cattolica*, 18 julio 1959, pág. 181.

nágoras, en Estambul. El motivo fué agradecer al Patriarca ecuménico sus expresiones de condolencia por la muerte de Pío XII y de regocijo por la elección de Juan XXIII. Una semana después, Atenágoras devolvía la visita al Delegado Apostólico. Y *Kathimerini* aprovechó la ocasión para un nuevo comentario:

«La visita del representante del Papa al Patriarca ecuménico y la del arzobispo de América a la Santa Sede constituyen dos manifestaciones que preparan el terreno y crean clima para un acercamiento de las Iglesias católica y ortodoxa; acercamiento necesario si hay que afrontar un día de manera constructiva el problema de unión. Nos encontramos ahora frente a una situación nueva, que debemos seguir con atención, porque está llena de escollos y es muy delicada» (184).

Como se ve, lo nuevo y positivo es el clima psicológico existente, que hace posibles contactos directos, inconcebibles hasta ahora. Pero no se olviden las objeciones destacadas, que ellas dan la temperatura del clima.

Irénikon testifica que existe un interés muy vivo por el Concilio en todos los periódicos griegos. Recoge un artículo de VASILIADIS publicado en *Orthodox Observer,* de Nueva York., en el cual afirma el autor que el Concilio que va a convocar el Papa no puede considerarse como ecuménico, como no lo son los trece anteriores convocados por el Papa, después del séptimo Concilio, que fué el de la separación. Según VASILIADIS, un Concilio ecuménico no puede ser convocado por la voluntad unilateral del Papa, sino que debe preceder un entendimiento previo entre las Iglesias, reunirse luego un Presínodo para convocar en seguida el auténtico Concilio. En el texto pontificio del anuncio de Concilio sólo la Iglesia de Roma recibe ese título, siendo las demás reducidas al rango de «Comu-

nidades separadas». No se debe repetir el error del Concilio Vaticano, en el que las «Comunidades separadas» fueron invitadas únicamente a asistir. Su resultado —continúa siempre VASILIADIS— fué el mayor obstáculo a la unión, la infalibilidad pontificia y la creación de una nueva Iglesia sin Papa, la de los Viejos Católicos. Termina el director del *Orthodox Observer* diciendo que no se puede convocar ningún Concilio, ya que faltan las dos condiciones puestas por el Patriarca ecuménico en su mensaje del nuevo año: la igualdad y la manifestación con hechos de un deseo sincero por la unión de las Iglesias (185).

En el diario ateniense *Orthodoxos Skepsis*, del 28 de febrero, STROUMBOULIS publicaba otro artículo coincidente con la línea de VASILIADIS, exigiendo la previa reunión de todos los jefes de las Iglesias para proceder, de común acuerdo, a su convocatoria, y que en él deben estar realmente representados, y no sólo simbólicamente, todos los cristianos.

Irénikon objeta a estas y otras semejantes exigencias de los griegos que nunca anteriormente fueron puestas en práctica, hasta el punto que incluso los siete primeros Concilios, considerados por ellos como ecuménicos, no fueron ni convocados ni celebrados con estas condiciones. Como observa el P. AMADO MUÑIZ, los Concilios del ciclo oriental, que son todos los celebrados entre los siglos IV-XI, «fueron convocados en su totalidad por iniciativa de los emperadores y con asistencia casi exclusiva de prelados orientales, aunque no faltaron en ellos, sino rara vez, los Legados del Papa. Tuvieron, de un modo o de otro, más o menos explícita, la confirmación pontificia» (186).

---

(185) *Irénikon*. núm. 2, 1919. págs. 221-222.
(186) *Razón y Fe*, junio de 1959, pág. 576.

IV

RESUMEN Y ANALISIS DE LA ACTITUD ORTODOXA ANTE LAS LLAMADAS UNIONISTAS DE S. S. JUAN XXIII.

CAPITULO UNICO

DIVERSOS ASPECTOS A CONSIDERAR

La multitud y multiplicidad de testimonios aportados de las diversas Iglesias ortodoxas referentes a las invitaciones unionistas de Juan XXIII, y muy en concreto a su anuncio conciliar, nos permiten ya a estas alturas hacer un resumen y análisis de la actitud ortodoxa frente a Roma.

1. *Acercamiento psicológico:*

Es evidente que existe en este campo un progreso positivo entre Roma-Oriente cristiano en comparación con la situación hasta ahora dominante, y de la cual fué un síntoma explosivo la repulsa por Constantinopla, de un modo un tanto agrio, de las invitaciones de Pío IX y León XIII a fines del siglo pasado. Sin manifestaciones externas tan negativas, la situación real seguía siendo la misma. La Ortodoxia ignoraba a la Iglesia de Occidente, a la que acusa del rompimiento cismático. Occidente considera cismática a la Ortodoxia, y sus llamadas a la unión, de las que tratamos ampliamente en otro lugar (187), nunca tuvieron acogida ni consecuencias positivas.

(187) Véase A.—AVELINO ESTEBAN ROMERO: *La actitud del Magisterio frente al ecumenismo*, en *XII Semana Española de Teología*. Madrid, 1953, págs. 57-157.—Buena prueba de este cam-

Dos hombres providenciales a todas luces, Juan XXIII y Atenágoras I, han marcado un viraje esperanzador en estas relaciones. Hemos de reconocer que el Movimiento ecuménico y su Consejo Mundial de Iglesias han tenido una buena parte del fruto en este cambio de actitud. Es innegable que el clima que se viene creando entre las Iglesias cristianas a partir de la Conferencia de Edimburgo, de 1910, y muy particularmente desde la creación del mencionado «Consejo Ecuménico de las Iglesias», con sede en Ginebra, ha fluído en que las Iglesias cristianas aprendan a tratarse, oírse y acercarse. Nada hay de inconsecuente por nuestra parte en dar este testimonio de reconocimiento a los esfuerzos de nuestros hermanos no católicos, ya que es la misma Instrucción *Ecclesia Catholica*, del Santo Oficio, la que reconoce la acción del Espíritu Santo en los esfuerzos ecuménicos de los cristianos separados de Roma. Es, pues, el Espíritu Santo el que viene moviendo los ánimos y haciendo más fácil lo que hasta ahora era casi inconcebible.

Nótese, con todo, que nuestra expresión habla de simple acercamiento y de progreso relativo, es decir, en referencia a épocas anteriores en las que el ambiente estaba totalmente enrarecido. No sería objetivo hacerse a la ilusión engañosa de que el progreso ha sido total y que la aproximación entre las dos Iglesias es un hecho absoluto y logrado. La lectura y reflexión de los innumerables testimonios aducidos

---

bio de actitudes son las visitas intercambiadas entre ATENAGORAS I y Representantes de Roma. como las llevadas a cabo por MONS. TESTA y el P. RAES, S. J., en dos ocasiones, para entregar al Patriarca el volumen I de las *Actas* del Concilio e informarles directamente de la preparación del mismo. También se han producido visitas de cortesía, por ambas partes, con motivo de la Pascua última.— *La Civilta Cattolica*, 15 julio 1961, página 197.

a través de nuestro estudio prueban que la realidad aún dista mucho de la aspiración necesaria.

Es también de necesidad científica reconocer que el acercamiento se ha producido por ambas partes; en consecuencia, también nosotros debemos reconocer que, en cuanto miembros de la Iglesia Católica y simples fieles, no hemos sido siempre lo comprensivos, lo cordiales y lo suficientemente humildes para reconocer que si vivíamos en la unidad y en la verdad plenas, como Dios las quiere y manda para su Iglesia, esto no era un mérito de cada uno de nosotros, de todos en general. Esto era un don de Dios en Jesucristo, que nos imponía no sólo el dar testimonio de esa unidad y verdad en un orden apologético, de defensa y de ataque a la par, sino también de vivir la caridad, paciente, benigna, desinteresada. Los ortodoxos eran simplemente para nosotros los *cismáticos;* la Ortodoxia, el *Cisma oriental*. Y la obsesión ante *lo que faltaba* a nuestros hermanos ortodoxos nos impedía reconocer todo lo que aún conservaban de cristianismo y realidades sobrenaturales. No puede menos de llevarnos hoy a angustias íntimas el pensar que ni el mismo Cristo, *presente en sus altares y en sus sagrarios,* haya tenido para todos nosotros la eficacia suficiente para hacernos *verle allí* a pesar de las divergencias existentes. Incluso más propensos a ser mártires de la fe íntegra que testimonios de la caridad fraterna, veíamos con suspicacias a cuantos defendían ver antes lo que nos une que lo que nos divide y separa. Nos parecía esto ya concesiones contra la integridad de la fe y peligrosidad ante la realidad eclesiástica. En este sentido, Mons. Roncalli, primero, y ahora Juan XXIII, han realizado una labor de desintoxicación de criterios cristianos que la historia eclesiástica señalará, para su ventura, como el comienzo de una

nueva etapa en el Cristianismo. Sus frases valientes y rebosantes de comprensiva y sincera caridad hacia los hermanos separados, desde Sofía en 1934 hasta hoy, son para todos nosotros un ejemplo, una lección y un respaldo de plena garantía.

No resistimos la tentación de recordar una vez más al P. DUMONT en un comentario que merece toda nuestra atención:

«En cuanto al desarrollo de la iniciativa pontificia a que hemos llegado, es difícil preveer con precisión la evolución ulterior de la coyuntura. A falta de declaraciones explícitas, tenemos, sin embargo, bastantes informaciones y testimonios para tener confianza de que no es para correr una «aventura» para lo que el Romano Pontífice nos compromete, sino al contrario, para poner con la ponderación debida todas fuerzas vivas de la Iglesia romana al servicio activo de la gran causa de la unidad... *En el momento presente, al menos, una cosa está clara: el interés que un pequeño grupo de nosotros manifiesta por la cuestión de la unidad* (se trate de oración, de labor apostólica, de contactos vivos con otros hermanos separados) *debe en adelante ser labor de todos.* Esto no es tan nuevo, dirá alguno: ¿La Instrucción del Santo Oficio? *Ecclesia Catholica...* no invitaba ya, en el pontificado anterior, a todos los obispos de la Iglesia romana a tomar conciencia de que la restauración de la unidad cristiana era una de sus responsabilidades mayores? Sin duda; pero esta exhortación positiva estaba envuelta en tantas medidas de prevención, que el papel de los obispos parecía debía consistir, sobre todo, en evitar los peligros más bien que en afrontarlos. «Los menos contactos posibles —parecía decirse— y sólo en el caso de que puedan asegurarse resultados positivos». Este texto es testimonio de una época. Marca una etapa necesaria... *Pero creemos no engañarnos cuando pensamos que* —sobre la base y bajo condición de obras con igual prudencia— *una actitud más audazmente resuelta va a alentarse en adelante*» (188).

(188) *Re-union*, enero-marzo 1960, 5. Artículo traducido del boletín *Vers l'Unité Chrétienne.* El mismo P. DUMONT vuelve sobre estas ideas en *Istina*, núm. 4. 1959, págs. 428-429: «Por naturales que puedan parecer estas observaciones, hay que reconocer que ellas marcan en la actitud de la Iglesia Católica, en re-

2. *Intransigencia doctrinal:*

La valoración objetiva del cambio de disposiciones psicológicas se tendrá exactamente a la luz de este apartado, en el que tan sólo queremos poner de relieve la intransigencia doctrinal en que se cierra, en sus conocidas posiciones, la Ortodoxia en orden a su acercamiento a Roma. Es lógico, si pensamos en la buena fe subjetiva y en la elevación de sentimientos en que nuestros hermanos ortodoxos han vivido los siglos siguientes a su separación de la Sede Romana. Ya es mucho que empiecen a cambiar los corazones. Es lógico que venga después el cambio de mentalidad plena. ¡Y con la gracia de Dios vendrá!

Los círculos de la intransigencia doctrinal son los ya conocidos en la historia de las relaciones de Roma-Oriente; los mismos que aparecieron en las uniones de Lyon (1274), y de Florencia (1438-9), agravados hoy por el hecho dogmático del Primado e Infalibilidad pontificios. El arsenal, diríamos, de esta resistencia es algo tan vital y complejo a la par como el concepto mismo de Iglesia que domina entre los ortodoxos; y de rebote, en la función y misión de los Concilios ecuménicos y de la misma comunidad de fieles en la Iglesia oriental. Esta resistencia doctrinal, pura en su realidad abstracta, se mezcla luego de elementos pasionales concretos, y ya no es sólo la resistencia al Primado como tal, sino la defensa contra el «imperialismo romano» la que mueve la pluma de teólogos y, sobre todo, de escritores no teólogos.

---

lación al problema de la unidad, una muy importante novedad. El pontificado anterior nos había habituado más a estar en guardia, que a los alientos para la acción en el campo ecuménico.»

De ahí las frases hirientes, aceradas, de muchos de los testimonios citados de que ante las pretensiones imperialistas de Roma la Ortodoxia presentará siempre *un no* rotundo y seco, el *non possumus* de su conciencia eclesial ante el *non possumus* de Roma en cuestiones dogmáticas definidas ya.

Los más comprensivos entre los autores citados auguran que se pueda llegar a la elaboración de un concepto teológico sobre el Primado y la Infalibilidad conforme a la definición del I Concilio Vaticano que sea compatible con la eclesiología oriental, de manera que el elemento monárquico de la concepción romana no elimine el concepto colegial de la teología oriental.

A este propósito *Irénikon*, en su número 2 (1960), en un artículo del máximo interés recoge por la pluma de DOM OLIVIER ROUSSEAU (D. O. R.) unas sustanciosas consideraciones en torno a la definición vaticana y sobre las posibilidades teológicas del futuro Concilio:

«El Concilio hubo de suspenderse —dice el autor— sin llegar a definir el conjunto de la Constitución de la Iglesia, en la cual debía insertarse, como un diamante en una tiara, el dogma de la infalibilidad pontificia. De ahí resultó un desequilibrio en la concepción de la autoridad en el seno de la Iglesia. Esa autoridad, en efecto, no pertenece tan sólo al sucesor de Pedro, sino también a los sucesores de los doce apóstoles, es decir, a los obispos. Individualmente, en el seno de sus diócesis, ellos no son simplemente administradores, sino doctores de la Iglesia. Colegialmente, en unión con el Papa en un Concilio, ellos representan, juntamente con él, la autoridad suprema e infalible de la Iglesia. La tradición de la Iglesia es a la par monárquica y colegial. La interrupción del Concilio no ha permitido desarrollar la segunda noción tanto como lo fué la primera. De ahí, en la práctica, la tendencia a hacer, aunque estuviese latente, la concepción cole-

gial de la autoridad, del Papa el único doctor y de los obispos simples prefectos» (189).

El P. ROUSSEAU añade que

«... parece seguro que el próximo Concilio insistirá de una manera particular sobre el elemento colegial de la Iglesia... Y así el segundo Concilio Vaticano completará, por un afortunado desarrollo dogmático, el primero. Esto será un gran paso en el sentido de la unidad cristiana, ya que la centralización ideológica consiguiente al primer Concilio del Vaticano es lo que más ha desviado de nosotros a los no católicos desde hace un siglo» (190).

Aduce a continuación el autor benedictino unos textos del CARD. NEWMAN del más alto interés para aclarar en qué sentido y hasta dónde cabe que el segundo Concilio Vaticano complete al primero. Y más cercano a nosotros, trae un testimonio de DOM LAMBERTO BEAUDUIN en el mismo sentido:

«Sin duda alguna, las definiciones del Magisterio Supremo tienen un valor objetivo y absoluto. Pero sin disminuir en nada su carácter irreformable, es posible considerar posibles elucidaciones ulteriores más adaptadas a la mentalidad y a los modos nuevos de pensar. *Nada se opone a que un Concilio ecuménico futuro no pueda volver, por vía de explicación auténtica, sobre las decisiones dogmáticas anteriores*» (191).

Cita el autor el caso del Concilio de Lyon, XIV de los Ecuménicos, que definió explícitamente la procesión del Espíritu Santo. Y, no obstante, en el Concilio de Florencia de 1438, Eugenio IV permitió volver sobre la definición, porque los griegos, con quienes se

(189) *Irénicon*, l. c. 186. Sobre este mismo aspecto se han expresado en términos análogos: el P. ROUQUETTE, S. J., en *Etudes*, junio 1959, 286-89; P. DUMONT, en *Vers l'Unité Chrétienne*, janv.-frve. 1959, 3-4.
(190) *Irénikon*, núm. 2, 1960, 185-86.
(191) L. c. 189.

buscaba la unidad, acusaban a la Iglesia de Roma de haber decidido la cuestión sin ellos. Y la bula *Laetentur coeli,* de 6 de julio de 1439, reconocía la legitimidad de la fórmula griega: El Espíritu Santo procede del Padre por el Hijo, con la cual los ortodoxos expresaban su fe en la procesión de la Tercera Persona de la Trinidad. Termina DOM BEAUDUIN con esta consideración:

«Explicaciones semejantes pueden un día tener las definiciones del Concilio de Trento y del Vaticano, y lo que hoy parece un obstáculo insuperable, puede, con esfuerzos pacientes de comprensión recíproca, llevados a cabo en la sinceridad, la simpatía y el amor, abrir el camino a cambios de vista pacíficos, y, si el Magisterio Supremo lo cree oportuno, a explicaciones auténticas» (192).

El tema no carece de dificultades y complejidades muy delicadas, pero no se puede rechazar *a priori* por temores posibles o reales pero capaces de ser examinados con serenidad por ambas partes.

Otros puntos de intransigencia doctrinal, que puedan obstruir el camino hacia la unidad plena, no tienen la gravedad ni la complejidad difícil del Primado, sobre todo recordando que desde siempre Roma viene advirtiendo que sus concesiones en cuestiones litúrgico-disciplinares no tendrán dificultades por su parte.

3. *Previvencia de prejuicios histórico-sociales y doctrinales.*

Exponíamos al principio de nuestro estudio que si bien las dificultades de toda índole existentes de antiguo entre la Ortodoxia y Roma eran de todos conocidas, nuestra aspiración al emprender este trabajo era

(192) *Irénikon,* l. c. 189-190.

el comprobar su actual vigencia y persistencia actual. Es decir, hasta qué punto lo que todos sabemos ya sobre los elementos de la división y sus causas, tienen hoy, a la luz de las últimas llamadas de Roma, una realidad operante en el ánimo de nuestros hermanos separados ortodoxos.

Los factores estrictamente teológicos o doctrinales los hemos recogido en el número anterior. Pero también subsisten los factores psicológicos en sus prejuicios. Y por esto advertíamos en el número 1 que se trataba de un acercamiento relativo nada más, y no de un cambio total de actitudes.

Estos prejuicios existen no sólo en algunos de los testimonios tomados de declaraciones de las autoridades eclesiásticas ortodoxas, sino en sus teólogos de un modo más marcado, si cabe especialmente, con más acritud de expresiones, en los publicistas y comentaristas no teólogos.

El más reiterado es el afán imperialista de Roma, contra el cual surgen constantemente suspicacias, algunas hasta deformar la elevación de miras de las propias llamadas pontificias. Y así Juan XXIII ha salido en varias ocasiones al paso de estas deformaciones ratificando que sólo le mueve el deseo sincero de la unidad total, tal como Dios la quiere para su Iglesia. Concretamente así lo confirma en su primera encíclica *Ad Petri Cathedram*, de junio de 1959.

Ya tuvimos ocasión más arriba, al hablar de las declaraciones y comentarios de algunos prelados y teólogos o escritores laicos, de recoger las acusaciones contra el proselitismo, el imperialismo, los afanes políticos de los concordatos con los Estados civiles, los *uniatas*, etc. Y nada digamos de la pervivencia de que la Iglesia de Roma es la Iglesia cismática, porque fué ella la que rompió la unidad eclesiástica al separarse

de la Iglesia oriental. Estos prejuicios, por estar hon damente asimilados por los fieles en general, y por ser éstos, como masa, menos fáciles al cambio de menta lidades por vía de reflexión, no serán muy fáciles de remover. Con todo, pensamos que cabría llegar a la unidad, si todos nos decidimos, aunque persistan estos prejuicios como un legado histórico, ya que también existían éstos y otros en tiempos en que ambas Iglesias convivían. Hablamos de prejuicios, no ciertamente de divergencias dogmáticas, puesto que en este caso habría coexistencia, como hemos visto proclamar a algunos, pero no real y plena convivencia, comunión completa de fe, de estructura y de vida sacramental

4. *Motivaciones no teológicas:*

Existen también hoy, como existieron en tiempos de Lyon y de Florencia. Quizás más disimuladas en general. Pero afloran algunas veces a los comentarios Así pondríamos la opresión político-social del comunismo que se adueña hoy de gran parte de la Iglesia ortodoxa en todos los países del «Telón de Acero». No es miedo por parte de Roma lo que ha llevado al Papa a anunciar un nuevo Concilio ecuménico, como se ha dicho en algunos comentarios de prensa izquierdista Pero sí puede influir un justificado temor en las Iglesias de Oriente al mostrarse más propicias a las llamadas de parte de Occidente, hoy libre de la opresión comunista.

5. *Unidad, unión y colaboración práctico-pastoral:*

Si queremos entender exactamente las disposiciones psicológicas de nuestros hemanos ortodoxos, se impone distinguir bien entre estos tres conceptos: unidad

eológico-canónica, que lleva consigo la plena comu-
ión de fe, de organización y de vida sacramental;
nión de fuerzas cristianas, con miras a una colabora-
ión de orden práctico-pastoral.

Algunas manifestaciones de autoridades ortodoxas, oncretamente el propio Atenágoras, no se han reca-ado de expresar su sentir en este sentido: No es la nión dogmática la que perseguimos, sino la colabo-ación y la unión de las fuerzas cristianas frente al aterialismo y ateísmo mundial que amenazan a las glesias en todo el mundo. No interesa volver a la nidad anterior a la ruptura del cisma, sino tan sólo a colaboración en el campo social. Estas y parecidas firmaciones deben ser tenidas en cuenta por el pen-amiento católico, no para negarnos a todo trabajo de cercamiento, sino sencillamente para saber el terreno ue pisamos en la actualidad y fijar así mejor la direc-ión de los esfuerzos unionistas por ambas partes. En uena estrategia, podemos limitarnos en un primer iempo a conseguir y asegurar ese acercamiento, en la eguridad que Dios bendecirá todas las buenas volun-ades, y detrás de esto, con un lapso de tiempo impre-isible, pero cierto, vendrá la unidad plena. Es impo-ible que los que trabajemos unidos en el amor de risto por el bien de su Iglesia en el mundo, aun sin legar de arrancada a la plenitud de la unidad como l la desea y mandó, no terminemos de salida en ella.

Nos mueven a esta reflexión, no los factores pura-nente humanos del problema, sino los factores sobre-aturales que él implica, y de los cuales no podemos, n buena lógica cristiana, prescindir. El problema de a desunión y reunión de la Iglesia no es un mero roblema temporal. En él juegan elementos de orden obrenatural, y entre éstos la gracia de luz y mocio-es de caridad, que hemos de admitir tienen una efi-

cacia que, a lo largo y ancho del problema, no pueden quedar estériles del todo. Dios es el primer interesado en la unidad de su Iglesia. Y si los hombres le damos la oportunidad de no tener que hacer cada día un milagro fuera de serie, un día incierto en el tiempo, seguro en los caminos de la Providencia, la unión de perfecta unidad brillará sobre las Iglesias y sobre la Humanidad.

Esta preparación práctico-pastoral necesita una debida ambientación por parte de todos los interesados en el problema. Y también por parte nuestra. Yo pediría a todos los responsables de la formación cristiana dentro de la Iglesia Católica, muy concretamente a los educadores de las nuevas generaciones españolas, un mayor sentimiento eclesial frente al problema de la desunión de las Iglesias cristianas. Y este mayor sentimiento eclesial exige no sólo un enfoque de conjunto más caritativo y comprensivo para con los cristianos no católicos, sino la práctica constante de una manera de pensar y de expresarse a tono con esta nueva realidad. Llamando herejes y cismáticos a todos nuestros hermanos no podremos llegar a otra cosa que a mantener vivos los sentimientos de adversión y aislamiento en que hasta ahora vivimos. Tal vez alguien piense en el peligro de indiferentismo religioso que esto puede llevar detrás. No lo negamos. Pero téngase en cuenta que la integridad de la fe no es el único valor del Catolicismo, y que también la actitud hasta ahora mantenida por sectores católicos lesiona otros valores sustantivamente cristianos, como son la comprensión y la caridad. Habría que llegar hasta una revisión de los textos de nuestra historia eclesiástica, al mismo tiempo que pedimos a ellos hagan otro tanto con los suyos, ya que también incurren en los defectos que lamentamos. Recuérdese a este propósito cómo

se presenta al Papado en la enseñanza de las escuelas de Grecia. Así ellos tampoco se librarán de los prejuicios anti-romanos, que retardan el acercamiento mutuo, y con esto la unidad. Enseñar una doctrina de base no exige el compartirla luego en lemas de pensar y actuar sin matices en la aplicación. Y esto nos sucede ahora con el problema de la desunión, del cisma y de la herejía. Expóngase la doctrina como ella debe ser expuesta. Pero enséñese también luego la manera práctica de evitar las aplicaciones exasperantes de esas doctrinas. Romper con Roma es un cisma; rechazar las enseñanzas definidas, una herejía. Pero debemos atraer a los separados y acercar hasta la unidad de creencias a los que no las profesan todas. Acusando de cismáticos y de herejes podremos conseguir conversiones individuales. Pero el problema no tiene su solución por esa vía que vemos en la práctica que exaspera además.

6. *Encuentros interconfesionales teológicos:*

Finalmente, uno de los medios de preparar ese acercamiento hacia una unión primero, para desembocar un día en la unidad plena, son los contactos y reuniones interconfesionales entre católicos y ortodoxos en el terreno de las cuestiones teológicas. Esta posibilidad, regida hasta ahora por las normas de la Instrucción *Ecclesia Catholica*, podrán tener en adelante una mayor agilidad a través del Secretariado para la unión de los cristianos, que si empieza siendo un organismo dentro de las Comisiones preparatorias del futuro Concilio, está en el ánimo y esperanzas de todos que continúe luego, de un modo definitivo y permanente, trabajando por el mismo problema de la unidad rota entre los cristianos de todas las confesiones.

Conforme hemos oído de algunos comentaristas, estos actos deben ceñirse lo más posible a las confesiones más cercanas ya entre sí, como sucede a la Ortodoxia con relación a la Iglesia Católica. Así se limitan también las discrepancias y se asegura la posibilidad de las coincidencias. Aquí no se trataría de dividir para vencer, sino de clasificar y de ordenar los contactos para facilitar su éxito.

El carácter extraoficial que algunos autores han sugerido creemos también que puede ayudar el desarrollo de los contactos teológicos, haciendo que los interlocutores tengan más facilidad en sus confrontaciones, susceptibles, por su mismo carácter no oficial, de ser sometidas a ulteriores y superiores asesoramientos de una y otra parte. Una reunión oficial parece que debe tener en todo caso un resultado concreto y positivo, para no aparecer con un fracaso. Una reunión extraoficial tiene ya en sí misma un resultado, el contacto establecido.

Al decir extraoficial no queremos significar en modo alguno reuniones de iniciativa privada, que, dentro de las normas vigentes en la Iglesia, no son posibles para los católicos. Ya anteriormente hemos explicado cómo, a través del Secretariado para la unión de los cristianos, se pueden conjuntar la debida autorización por parte de los superiores competentes, manteniendo la reunión dentro de un ámbito privado. Es cuestión de encontrar la fórmula exacta.

Cerramos estas consideraciones en la inminencia del Pre-Sínodo panortodoxo que tendrá lugar en Rodas en el próximo septiembre. Podría parecer, a primera vista, que ante un acontecimiento de este alcance hubiera sido más lógico esperar sus resultados para recoger la postura que adopten las Iglesias ortodoxas en esa magna reunión. Lo hemos pensado también

nosotros así. Y, no obstante, una ulterior consideración del problema nos convenció de que todo lo recogido, a lo largo casi de dos años, en toda la amplitud del pensamiento ortodoxo, no sólo de la Jerarquía, sino de los teólogos y publicistas en general, tiene un interés hondo, no ya para predecir qué va a suceder en Rodas, sino incluso para valorar el alcance de las actitudes que allí se adopten.

Conforme a las declaraciones de Atenágoras en su visita patriarcal por el Medio Oriente, en Rodas se van a estudiar los modos del acercamiento y reforzamiento de la unión entre las propias Iglesias ortodoxas, a todas las cuales se ha invitado, y que se espera que todas estén allá representadas, incluído el Patriarcado moscovita, que ha manifestado sus deseos de asistir. De ahí saldrá el segundo tema, fijar la postura de la Ortodoxia con relación al próximo Concilio Ecuménico.

¿Cuál será el resultado de este Pre-Sínodo ortodoxo? Es una tentación hacer de profeta y clarividente. Pero resistimos. Sí podemos, sin profetizar, advertir que no se debe esperar una actitud oficial definida, toda vez que en unas declaraciones de Atenágoras, recogidas más arriba por nosotros, este Sínodo de septiembre estará integrado por autoridades de segundo orden de las Iglesias ortodoxas, y no parece lógico que sean estas autoridades las que determinen una postura oficial definida y concreta. Diríamos que si después de esta reunión se anuncia y se celebra la segunda, propiamente sinodal, en la que participen los Patriarcas ortodoxos, será un síntoma esperanzador de que en la reunión próxima se ha logrado un acercamiento inter-ortodoxo, y que existen posibilidades de ulte-

riores acuerdos cuando se pasa a la segunda reunión, cuyo lugar y fecha aún no se han señalado (193).

Y cerramos con una obligada oración, la que el Maestro nos enseñó a todos, la que Juan XXIII viene poniendo constantemente en nuestros labios, la oración de los hermanos: *Ut sint unum... y que no haya nada más que un solo rebaño bajo un solo Pastor!*

(193) Cfr. *Document. Cathol.*, 5, junio 1960, col. 685.

V

CONSIDERACION GLOBAL SOBRE LAS POSIBILIDADES DE LA UNION CON LOS ORTODOXOS VISTAS DESDE ROMA Y ORIENTE

CAPÍTULO PRIMERO

EXIGENCIAS PREVIAS

Nada nuevo, en realidad, vamos a añadir a lo hasta ahora expuesto en los capítulos precedentes al recoger las reacciones suscitadas por las últimas llamadas e invitaciones a la unión de la Cristiandad hechas por Su Santidad Juan XXIII. A través de esos numerosos testimonios han quedado fielmente reflejadas ya todas estas otras consideraciones. Con todo, estimamos de utilidad en la visión de un problema tan complejo recoger al final de nuestro estudio una perspectiva global, vista desde la vertiente católico-romana y desde el lado ortodoxo, sobre las posibilidades de una reunión entre el Catolicismo y la Ortodoxia. Tres partes o divisiones tendrá est~ apartado final:

a) Exigencias previas.
b) Obstáculos que dificultan la unión.
c) Doctrinas opuestas.

Una visión simplista del problema hizo creer a no pocos, entre los católicos sobre todo, que la unión entre los cristianos era poco menos que fruta madura, especialmente entre ortodoxos y católicos. Nada más lejos de la realidad, como todos los testimonios anteriores evidencian. Y nada más lejos, en consecuencia, del ánimo del Papa y de los teólogos católicos conoce-

dores de la complejidad del problema de la desunión. Y vamos a demostrarlo brevemente.

1. *El Papa:*

El P. Rouquette, S. J., escribe a este propósito con entera exactitud:

«La larga experiencia de veinte años transcurridos en contacto con los orientales ortodoxos explica el comportamiento actual del Papa Juan XXIII. El está obsesionado por el problema de la unidad. El conoce mejor que nadie las dificultaeds humanamente insuperables del mismo. Sería ingenuo acusar de ingenuidad a este viejo aldeano lombardo. Pero tiene plena conciencia de que su deber es *insistir siempre, aun en contra de toda esperanza*. El no espera ciertamente una milagrosa y espectacular reunión entre las Iglesias separadas de Oriente y la Iglesia romana. Pero grita, como centinela de Israel en medio de la noche, invitando a las Iglesias a buscar la unidad» (194).

No en una sola ocasión Juan XXIII ha destacado las dificultades de la empresa unionista, especialmente hoy en que tal vez más que nunca la puerta para entrar sea estrecha, recordando la necesidad de abnegación y sacrificio por parte de todos.

Especial interés tiene el Papa en señalar las exigencias previas a toda acción unionista que pueda resultar fructuosa. Y esas exigencias, si en sí mismas son muy breves de señalar y fáciles de concretar, hay que reconocer que envuelven tremendas dificultades de adaptación en la masa de los fieles en general y hasta en los mismos ambientes de teólogos. En el mes de mayo de 1960, en dos ocasiones públicas, Juan XXIII se fijó en esas exigencias con unas palabras que,

(194) *Etudes*, mai 1960, 250.

por ser suyas, merecen toda nuestra atención y acatamiento:

«Es preciso preparar todo bien, con mucha caridad y perfecto conocimiento de los pueblos, y tener también en cuenta a los hijos de una antiquísima tradición, que ahora hay que comprender y atraer con demostraciones de fraternidad, amabilidad y paz...» (195).

Dos días más tarde tan sólo, el Papa, ante una representación internacional de los Consejos Superiores de Obras Misionales Pontificias, otra vez volvía sobre estas exigencias, especialmente recomendando...

«... mucha comprensión con aquellos hermanos nuestros que, aun llevando en la frente el nombre de Cristo y en su corazón, están separados de la Iglesia Católica. Es necesario a toda costa, superando viejas mentalidades, prejuicios y expresiones no tan corteses, esforzarse por crear un clima favorable al deseado retorno y secundar por todos los medios la obra de la gracia. De este modo a todos se les podrán abrir las puertas de la unidad de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo» (196).

Superar viejos prejuicios y mentalidades y suprimir expresiones poco corteses y gratas en relación con los hermanos separados, he aquí algo muy fácil de decir, pero, reconozcámoslo humildemente, nada fácil de practicar. Y, sin embargo, es exigencia previa, por ambos lados, para toda tarea unionista que aspire a llegar a la unión real. Como hemos puesto de relieve al principio de nuestro estudio, para Juan XXIII hoy, como Mons. Roncalli antes, la caridad y la comprensión son camino para la unidad. Caridad y comprensión que hay que entender y practicar en el sentido y con las disposiciones que el mismo Papa señalaba

(195) *Ecclesia*, 14-V-1960, 11.
(196) *Ecclesia*, 21-V-1960, 11.

con motivo de la beatificación de un gran apóstol unionista, Nicolás Stenone, cuyo ejemplo debe ser lección para todos hoy frente a los hermanos no católicos:

«Aceptación inviolable de todos los puntos de la doctrina revelada y un gran respeto y una afectuosa caridad para los que no comparten nuestras convicciones. Por estos métodos, la Santa Iglesia, hoy como en los tiempos de Nicolás Stenone, trabaja por atraer al rebaño de Jesucristo a todas sus ovejas... En este esfuerzo contamos con el concurso de todos nuestros hijos y muy especialmente de los que, como Nicolás Stenone, viven en contacto con nuestros hermanos separados» (197).

Finalmente, en el pensamiento unionista de Juan XXIII son tres las etapas que habrá de recorrer toda acción en favor de la unidad de las Iglesias:

«...no imaginar fáciles divagaciones que puedan suplantar aquello que ahonda sus raíces en la esencia misma de las instituciones más sólidas, teniendo el valor de la experiencia secular. A saber: *en Oriente, el acercamiento primero, el contacto después y la unión perfecta de tantos hermanos separados con la antigua madre común...*» (198).

Tres solas palabras, otras consignas de actuación: ¡Acercamiento, contactos y unión perfecta! Tres palabras que nos atrevemos a decir se empiezan a ambientar en una generación... pero serán otras las que las vivan y las gocen en su plenitud y resultados, como también en alguna ocasión ha manifestado el Papa. Aquí viene con toda propiedad el ¡unos son los que siembran y otros serán los que siegan!

2. *Los teólogos católicos:*

En la misma línea de las exigencias necesarias para que el esfuerzo unionista no resulte estéril, los teólo-

(197) *Ecclesia*, 24-X-1959, 12-13.
(198) *Ecclesia*, 9-V-1959, 9.

gos católicos más conocedores del problema de la desunión son unánimes en destacar, de un lado, su inmensa dificultad intrínseca; por otro, el conjunto de disposiciones ambientales que debemos entre todos crear, para empaparnos al mismo tiempo de ellas.

El P. CONGAR, O. P., por tantos títulos benemérito de la causa unionista, ha desarrollado con frecuencia este tema de las disposiciones con que los católicos debemos capacitarnos para la tarea de la reunión cristiana. La aproximación a estos que él llama «mundos espirituales» distintos la especifica en estas disposiciones:

«1.ª Ante todo, una paciente y humilde actitud puesta al nivel de los problemas: el diálogo es el instrumento propio. 2.ª La búsqueda de una plenitud que nos sea común, que englobe a «los otros» con nosotros y a nosotros con ellos. Trabajo según las dimensiones de la historia que corresponde a una generación, o aún más, a algunos individuos que sólo podrán empezar a bosquejar parcialmente. Desde el punto de vista teológico, el instrumento es aquí sobre todo el retorno a las fuentes, que es también volver a centrarse en lo esencial. 3.ª Acompañando a estos dos momentos un testimonio leal, rendido a la verdad, de la cual somos depositarios y servidores, y que constantemente tratemos de purificar en nosotros, de profundizar, de ampliar, sin dejar de implorar al mismo tiempo la misericordia de Dios. Estos no son tres momentos cronológicamente sucesivos y distintos; son tres momentos que dan, en conjunto, su sentido y sus dimensiones al trabajo ecuménico católico» (199).

Nótese, en relación con la última de las disposiciones exigidas por el P. CONGAR sobre el testimonio leal a la verdad de la que somos depositarios y servidores, que Juan XXIII viene recalcando en los úl-

---

(199) *Informations Catholiques Internationales*, núm. 15, enero 1959. Traducido y publicádo en español por *Dirigentes*, números enero-marzo 1960, 9.

timos meses al tocar el tema de los objetivos del futuro Concilio Ecuménico, centrados en la vida interna de la Iglesia, en su disciplina y reforma de las costumbres, que este es el modo más eficaz de fortalecernos en nuestra unidad católica, haciéndola operante y convincente para la llamada a todos los hermanos separados. Es la fuerza apologética viva de la verdad que no sólo se cree, sino que se vive.

El P. DUMONT, O. P., de tan bien ganado prestigio en el campo ecuménico, ha señalado asimismo algunas de estas disposiciones previas o exigencias con miras a la reunión cristiana:

«El primer esfuerzo que hay que hacer en materia de unidad debe ser sobre nosotros mismos; he aquí un esfuerzo particularmente rico en virtualidades. Importa comprender bien este esfuerzo y no pasar del «narcisismo espiritual» que ahora sufrimos para caer en un «masoquismo» totalmente injustificado... Al decidirse a reunir un Concilio, en el fondo Juan XXIII a lo que se ha decidido es a una gran «auscultación» de la Iglesia en su totalidad, y así desde un principio viene relacionando la restauración de la unidad cristiana con las reformas morales que él espera. Hemos dicho auscultación de la Iglesia en *su totalidad*. Es necesario tomar esta expresión a la letra...» (200).

Certeramente califica el P. DUMONT de «narcisismo espiritual» la situación confesional nuestra, en la que supersatisfechos con la posesión subjetivo-objetiva de la verdad revelada, apenas nos hemos inquietado por la situación confesional real de nuestros hermanos no católicos. Hay que reaccionar, pero sin caer en el extremo opuesto. Y para ello señala la auscultación total de todo el cuerpo eclesial, en la jerarquía y en los simples fieles, y muy en particular en la cuestión de la unidad cristiana. Todo esto supone una auténtica toma

(200) *Istina*, núm. 4, 1959, 428-29.

de conciencia por parte de todos nosotros en la vida de la Iglesia y en sus problemas pendientes. Necesariamente los contactos hasta ahora privados de algunos teólogos católicos con otros teólogos ecumenistas, han de derivar, tarde o temprano, en contactos más oficiales entre representantes de las respectivas jerarquías. Todo esto exigirá cada día más la necesidad de pasar a una nueva situación en las relaciones con nuestros hermanos separados.

El mismo autor sugiere como uno de los medios más eficaces para preparar el clima católico ante las exigencias de la reunión cristiana sería la creación en las facultades de teología católica de una cátedra de eclesiología centrada principalmente sobre el problema de unidad cristiana, así como de historia eclesiástica, de patrística y teología bíblica, bajo la misma perspectiva unionista. Y aunque reconoce que algo de esto ya se hace en algunos centros católicos, habría que incrementarlo mucho más. Y termina:

«*Con todo, se da uno cuenta, en cualquier hipótesis, que el fruto no se recogerá sino después de muchos años*» (201).

Otro dominicano, el P. R. SPIAZZI, ha insistido a su vez en la necesidad de preparar la mentalidad católica a las exigencias previas de la tarea unionista:

«Aun hoy día ciertos estados de ánimo, desgraciadamente difícilmente superables, oponen resistencia... Con todo, nosotros los católicos no podemos contentarnos con la seguridad de nuestra ortodoxia y de nuestra legitimidad apostólica; sino que debemos sentir y vivir el drama de la cristiandad dividida y anhelante; por lo tanto, la unidad. El movimiento llamado ecuménico que se desarrolla por todas partes, también debe afectarnos a nosotros muy especialmente, llevan-

(201) *Re-union*, enero-marzo 1960, 5, nota 1.

donos por los caminos de la caridad y de la verdad, los únicos que pueden conducir a la verdadera unidad» (202).

3. El sentir de los *teólogos y escritores ortodoxos* es mucho más exigente, como es fácil comprender, cuando se trata de señalar las exigencias previas necesarias para el acercamiento entre Roma y la Ortodoxia. Entre los numerosos documentos aducidos anteriormente, sobresalen bajo este aspecto los de MUSTAKIS y CONSTANTINIDIS, tanto por lo mucho que exigen como por la forma menos apasionada que otros comentaristas lo exigen. Especialmente este último, por haber escrito formalmente sus ya citadas «recomendaciones a la Iglesia Romana», con miras a preparar el ambiente para la reunión.

MUSTAKIS se plantea directamente el tema de la posibilidad de unión entre Roma y la Ortodoxia. Y a este propósito van dirigidas sus observaciones:

«*La modalidad futura de la unión de las Iglesias está muy lejos de toda posibilidad de previsión humana*». Esta afirmación inicial del escritor griego es compartida por los teólogos católicos y las publicaciones ecumenistas católicas. «Sería poco realista —escribe *Eglise Vivante*— esperar que se llegue inmediatamente a la unidad de todos los cristianos...» En el mismo sentido, *Unitas,* por la pluma del P. BOYER, reconoce, con un sano y esperanzador optimismo cristiano, que la unión, que es difícil, se va logrando en cada esfuerzo que se hace en su favor. *Sal Terrae* conforma también su optimismo con su realismo: «A menos que intervenga una acción especial de Dios... se prevee un largo lapso de tiempo y de paciencia... Juan XXIII ha creado un nuevo ambiente de caridad y unionismo que lleva a los católicos a hacerse responsables de su fe y solidarios del bien común de esa misma fe, que desean y piden para sus hermanos separados» (203).

---

(202) *Document. Cathol.*, 3, avril, 1960, col. 405-6.

(203) *Eglise Vivante*, enero-febrero 1959; *Unitas*, enero-febrero 1959; *Sal Terrae*, junio 1959, 330-31, etc.—*Orbis Catholicus*, febrero 1960, 170-73, recoge la encuesta llevada a cabo por el diario ateniense *Akropolis*, 14 junio 1959, entre personalidades ortodo-

MUSTAKIS, después de señalar su optimismo frente a la situación actual, más favorable que en épocas anteriores, subraya:

«... La unión no es una ecuación algebraica que, para resolverla, deba despejar algunos elementos de parte de Roma, es decir, las innovaciones. No es matemática, sino psicológica, espiritual e histórica, y la economía jugará igualmente su papel. La unión no se conseguirá en la perfección de la forma, porque es imposible. Deben asegurarse los fundamentos y, además, se emplearán acuerdos y conciliaciones inofensivas. Del mismo modo que las condiciones previas a la unión no pueden ser sino relativas, así también no se puede adoptar un aspecto completo y definido, sino pasar por ciclos superpuestos de aproximación, que tengan como etapa primera las simples relaciones del mutuo reconocimiento de las jerarquías ortodoxa y romano-católica. En esta primera etapa se debería poder demostrar la buena disposición de ambas partes. Una prueba de esto sería, respecto del Vaticano, la supresión de los católicos de rito oriental (Unia)» (204).

Realista y comprensivo a la par, MUSTAKIS reconoce que la unión es algo necesario de conseguir, pero difícil de realizar, sobre todo de un modo total y completo. Recordamos unas palabras de Juan XXIII, en abril de 1959, en las que reconoce también que el Concilio, no obstante ser un acontecimiento extraordinario, «no podrá suprimir de un golpe todas las divisiones existentes entre los cristianos; pero la gracia de Dios actúa sobre las almas...» y con ella irán viniendo los frutos de unión que todos deseamos.

Si se repasan más arriba los testimonios de JAKOBOS DE FILADELFIA, de CONSTANTINIDIS, etc., veremos cómo

---

xas y católicas sobre las posibilidades de reunión entre Roma y la Ortodoxia. Entre los consultados figura el CARD. TISSERANT, quien recalca la necesidad mutua de crear un ambiente de confianza en contra de los prejuicios, reconociendo que para extirparlos «se requiere un trabajo ingente y laborioso».

(204) *Re-union*, enero-marzo 1960, 8.

en el sentir de los hermanos ortodoxos hay una coincidencia de fondo en que la unión es difícil y en que se imponen determinadas exigencias previas para crear el ambiente propicio a la confianza. Nosotros no podremos aceptar todas sus observaciones. Pero ahí están, al menos, pidiendo estudio y reflexión por parte nuestra.

CAPÍTULO SEGUNDO

OBSTACULOS QUE DIFICULTAN LA UNION

Vamos también a recoger aquí voces ortodoxas y voces católicas. Y empezamos por A. STAVROVSKY, en un extenso artículo,, reproducido por *Istina* bajo un epígrafe común: *Nuestros hermanos separados y el Concilio*. El P. DUMONT, autor de la idea, recoge una voz protestante, que a nosotros en este lugar no nos urge recoger; y la voz ortodoxa de STAVROVSKY, en un estudio titulado: *A propósito de la convocación de un Concilio Ecuménico* (205).

El autor distingue la doble actitud cristiana existente ante el anunciado Concilio Ecuménico, la optimista, que cree fácil una unión, al menos en ciertos límites, en un Concilio Ecuménico; y la actitud negativa, de una perfecta ortodoxia, que empieza por negar la posibilidad de un Concilio Ecuménico hoy.

El autor va a criticar ambas posturas. Y comienza por la optimista, a la que enfrenta la experiencia del Movimiento Escuménico y de los contactos interconfesionales, aun en pie de igualdad, entre las varias confesiones cristianas en que ha tomado parte la Iglesia ortodoxa. Todo esto no ha dado resultado alguno positivo en el sentido del acercamiento, fuera de una colaboración puramente práctica en el campo social

(205) L. c. núm. 3, 1959, 346-51.

o filantrópico. En el mejor de los casos, sólo se han conseguido establecer buenas relaciones humanas entre miembros de diversas confesiones. En el peor...

«... se ha instaurado un espíritu de falsedad a cuyo favor los representantes de las diversas Iglesias actúan abiertamente contra su propia conciencia, silenciando divergencias fundamentales en la concepción misma de la Iglesia: o aparentan encontrar alguna cosa en común allí donde ni hay, ni ha habido jamás, ni podrá haber nada de tal. Pretender, pues, que la participación de las jerarquías ortodoxas en un Concilio convocado por el Jefe de la Iglesia Católica, aunque sean admitidas, como se ha expresado un jerarca ortodoxo, en pie de igualdad de derechos, de respeto mutuo y de libertad, conducirá *ipso facto* al restablecimiento de la unidad o solamente a una estrecha colaboración, es ingenuo e irreal. Estos juicios optimistas pecan de una gran ligereza y hasta pueden ser perjudiciales... conduciendo a una profunda desilusión que no hará sino ahondar la penosa división existente entre los cristianos desde hace siglos» (206).

Hemos de confesar que las apreciaciones de STAVROVSKY, aunque serenas en su expresión, son exageradas en su fondo. No suscribimos que en los esfuerzos del Movimiento Ecuménico y en los contactos interconfesionales a que ha dado ocasión no se haya llegado a resultado alguno positivo. El mero hecho de que hoy sea el problema de la desunión cristiana un problema preocupante y angustioso entre todos los cristianos se debe, en no pequeña parte, al clima de contactos y comprensión creados por el Movimiento Ecuménico en todo el mundo. No podemos aceptar que nada de común se haya conseguido crear y manifestar entre las Iglesias cristianas no católicas, aun en un orden enteramente práctico, como las exigencias mínimas de la fe en Jesucristo Dios y Salvador demuestran. No es justo negar a la colaboración social

(206) L. c. 347.

y filantrópica un resultado positivo. De acuerdo enteramente en que es poco e insuficiente. Pero es algo. Algo como existente hoy; algo como comienzo de mayores realizaciones para mañana. Tal vez el autor ha puesto ante su apreciación una realidad no enteramente objetiva. Al menos, por parte católica, desde el Papa a los teólogos, nadie ha pensado que el Concilio, *ipso facto,* lleve a la unidad, ni siquiera a una estrecha y total colaboración. Y exageradas así las apreciaciones, es lógico refutarlas con el rigor que lo hace STAVROVSKY.

En cuanto a los pesimistas, que empiezan por negar la posibilidad misma de un Concilio Ecuménico, el autor ataca desde el supuesto contrario, ya que estimándose tanto la Iglesia católica como la ortodoxa la verdadera Iglesia de Jesucristo, ambas pueden, en consecuencia a su postura, convocar verdaderos Concilios Ecuménicos. Y lo prueba con la historia de la Iglesia católica, que lleva ya convocados y celebrados veinte de estos Concilios (207).

El autor, como buen ortodoxo, acepta la tesis ortodoxa de que su Iglesia es verdadera, una, santa, católica y apostólica Iglesia de Jesucristo, admitiendo lo mismo para la Iglesia católica:

«Esta antinomia manifiesta de la existencia de dos Iglesias, afirmando ambas ser la verdadera Iglesia, es un drama intenso para la Humanidad, pero también es un misterio profundo, que será revelado un día sólo conocido por Dios, y entonces se manifestará el hecho que la única Iglesia se ha conservado en el mundo por encima de su trágica división y solamente porque las dos Iglesias universales —la ortodoxa y la católica—, externamente opuesta la una a la otra, han conservado la verdadera doctrina de la unidad de la Iglesia y de su catolicidad» (208).

(207) L. c. 348-49.
(208) L. c. 348.

En la lógica del autor falta una pieza fundamental, a saber, que esa unidad descansa en la piedra angular que es Cristo, en la persona visible de su Vicario en la tierra. La unidad, pues, de la Iglesia católica en la unidad plena y viviente por acción unificadora y cohesiva del Primado Romano; en tanto que la unidad mantenida por la Ortodoxia es una unidad acéfala. Afirmada la posibilidad del Concilio Ecuménico para ambas Iglesias, se plantea el autor la cuestión de la participación en estos Concilios, convocados por una u otra Iglesia, de representantes de otra confesión que no sea la que ha convocado el Concilio:

«En teoría, la respuesta tiene que ser negativa, porque un Concilio en el cual participen en pie de igualdad, cualesquiera que sean las especiales condiciones que se establezcan, jerarquías ortodoxas y católicas, no podrá ser, en razón de la ausencia de unidad en la fe y en la estructura fundamental de la Iglesia, un Concilio Ecuménico, sino un *congreso,* tal vez deseable, pero privado de la autoridad del Concilio, del episcopado católico y ortodoxo. La oportunidad de tal congreso dependerá del programa de sus trabajos y del fin que persigan los obispos católicos y ortodoxos al reunirse. Se puede pensar que para que tal congreso tenga lugar y produzca frutos positivos será necesario un gran trabajo preparatorio y encuentros previos, en diversos países, entre representantes del clero y de los militantes católicos y ortodoxos» (209).

Termina el autor sugiriendo que la Ortodoxia debe preparar a su vez su propio Concilio Ecuménico, no por imitar a Roma, pero sí en relación con la iniciativa romana. En estas dos asambleas ecuménicas, simultáneas o sucesivas, se podrán estudiar el gran número de cuestiones que ambas Iglesias tienen pendientes. Así Dios podrá hablar a su Iglesia, añade.

---

(209) L. c. 349-50.

«Lo que ha estado dividido durante siglos se mostrará unánime en la fe... Lo que ha estado discutido aparecerá como pensamiento humano imperfecto... y las dos Iglesias aparecerán de nuevo UNA. Ya se comprende que esto no podrá realizarse sin un milagro, y no partiendo de cálculos puramente humanos... Pero sólo los ateos pueden negar la posibilidad del milagro» (210).

No es preciso poner de relieve que en el pensamiento de STAVROVSKY subyace siempre una concepción eclesiológica que pone en absoluta igualdad de verdad a Roma y a la Ortodoxia, negando implícitamente al menos que hoy exista la Iglesia una, total y plena. Supuestos teológicos que —no es preciso destacar— la fe católica no puede admitir. Equivaldría a negar la indefectibilidad de la Iglesia de Jesucristo, que está dividida, pero sobre la base de que en una de sus formas se salva la Iglesia una, santa, católica y apostólica plenamente. Y esa es la que, juntamente con la unidad de fe, mantiene incólume la unidad de jurisdicción que le da, mantiene y vivifica el Primado como piedra que fundamenta y da la cohesión vital necesaria, según la voluntad institucional de Jesucristo.

Resumiendo, el pensamiento ortodoxo de STAVROVSKY revela el gran obstáculo para la reunión: la diversa concepción de la unidad de la Iglesia, del Concilio Ecuménico y de las posibilidades actuales, que él pone por igual en una y otra Iglesia de Jesucristo.

De parte católica, podemos recoger un testimonio nada equívoco en sus apreciaciones acerca de las posibilidades de unión entre el Oriente y el Occidente cristianos. Nos referimos al artículo del sacerdote católico del Patriarcado Melquita de Antioquía, reverendo ORESTES KERAMÉ: *El próximo Concilio Ecumé-*

(210) L. c. 350.

nico: ¿Se reunirán pronto católicos y ortodoxos? (211).

Dos partes contienen las consideraciones del reverendo KERAMÉ, en la primera de las cuales expone *las dificultades que obstaculizan* la unión entre católicos y ortodoxos, y que concreta en los siguientes apartados:

a) *El católico medio no comprende fácilmente la Ortodoxia en sus legítimos contornos.*

KERAMÉ, después de resumir brevemente la visión católica de lo que es la Ortodoxia, añade:

«La Ortodoxia fué la Iglesia católica oriental. Un cisma la separa de Roma. Pero este cisma no la ha constituído, no la ha *hecho* ni la ha organizado *diferente* de la latinidad... La «Iglesia oriental» es una Iglesia nacida directamente de los Apóstoles, que ha crecido, se ha desarrollado, que ha conquistado pueblos enteros para Cristo, que ha formado su derecho, reglamentado la forma de oración pública, de los sacramentos, del sacrificio de la Misa, *sin intervención de la Roma latina.* Es la Iglesia simplemente en su aspecto no romano. Lo que no quiere decir antirromano... La Iglesia oriental es, pues, de auténtica catolicidad, aunque con un nacimiento, una organización, un desarrollo no romano en el plano externo histórico, que salta a la vista...

»De ella, de la Iglesia ortodoxa, las comunidades unidas, es decir, las «católicas de rito oriental», han tomado lo que tienen...»

Destacados estos factores históricos, en los que el autor trata de evidenciar lo que la Ortodoxia tiene de propia evolución no latina, aunque haya tenido con la

---

(211) Publicado en *Bulletin des Orientations Oecumeniques*, 23-24, 1959; traducido al castellano en *Re-union*, abril-junio 1960, 75-84.—Esta revista presenta el artículo de KERAMÉ haciendo constar que «por audaz que pueda parecer, lleva licencia eclesiástica de Su Beatitud el Patriarca Melquita, de Antioquía, y va precedido de una carta altamente laudatoria del arzobispo auxiliar».

latinidad una real vida común en el plano profundo de las realidades eclesiásticas, hasta la ruptura del cisma, al que no se deben esas realidades ya constituídas en la época de la comunión con Roma, pasa a estas valientes afirmaciones:

«Sería inútil emprender conversaciones de unión con la Ortodoxia, si se quiere en adelante ligar los pueblos a reglamentaciones latinas, a sumisiones respecto de oficinas vaticanas en cualesquiera de las cosas sagradas que históricamente proceden de Cristo, de los Apóstoles, del Episcopado católico; que han sido conservadas, desarrolladas, adaptadas bimilenariamente por aquéllos en una verdadera y espontánea autonomía... Ningún «desarrollo dogmático» puede destruir las fuerzas eclesiales primarias, sobre todo si son aquellas a las que la Ortodoxia —auténtico Catolicismo oriental— debe su ser...» (212).

Tal vez para nosotros los latinos, un tanto tocados de «narcisismo confesional», como ha dicho el P. Dumont, esta actitud no latinizante de Keramé resulte extraña y un tanto molesta. Pero no es su sola voz la que se ha levantado contra las influencias latinizadoras del Catolicismo romano. Creemos conveniente recordar a este propósito voces muy autorizadas de la jerarquía católica oriental que no han titubeado un momento en salir en defensa de las características propias de sus comunidades contra tendencias uniformistas occidentales. Ahí está la circular de Su Beatitud el Patriarca Melquita Maximos IV dirigida a su clero católico oriental, sobre la «conservación y los derechos de la Iglesia oriental, con motivo de la publicación del nuevo Código de Derecho Canónico para dicha Iglesia. Después de agradecer y ponderar todo lo que la nueva codificación aporta de beneficios generales, así como el interés puesto por el legislador

(212) *Re-union*, abril-junio 1960, 76-77.

en adaptarse al espíritu y características de la Iglesia oriental, el Patriarca añade:

«Hay, no obstante, ciertos puntos importantes que no nos han parecido conformes al derecho y a los privilegios antiguos. Se nos había prometido que la nueva codificación los mantendría, y nosotros debemos insistir fuertemente en ello, no por orgullo, como algunos han pretendido, ni por ambición de una gloria personal efímera, mucho menos por realzar el prestigio de nuestra minúscula comunidad en medio de las grandes comunidades cristianas, sino por un fin mucho más elevado: el interés permanente de todo, el propio interés de la Iglesia Católica y Apostólica. *Porque esta Iglesia debe comprender en la práctica y de un modo visible, y no sólo teóricamente y en principio, a todos los cristianos sin distinción, y entre éstos a los orientales, que son unos 250 millones, para los cuales debemos preparar los caminos de la unión y remover todos los obstáculos*» (213).

Continúa, después de haber expuesto los puntos en en disconformidad, con las siguientes manifestaciones, que adquieren en este momento de afanes unionistas una especial actualidad e interés:

«Estas cosas y otras de las cuales no pueden resultar sino perjuicios para la unidad de la Iglesia, han tenido la más profunda repercusión en nuestra alma, en nosotros, el Patriarca y obispos greco-melquitas católicos, en cuanto jefes de este pequeño rebaño confiado a nuestra humilde persona y en cuanto hijos de este glorioso Oriente cristiano, del que se nos pide conservar la herencia, y porque nosotros somos los responsables de la Iglesia Católica ante nuestros hermanos no católicos... Nosotros somos orientales, como hemos declarado frecuentemente, profundamente adheridos a nuestro carácter oriental y a los usos y espíritu de nuestra Iglesia oriental, que fué la primera en extender la religión cris-

(213) *Irénikon*, núm. 2, 1959, 248-52, Enumera a continuación S. B. MAXIMO IV los puntos que le parecen disconformes con lo prometido, según sus derchos y privilegios antiguos. El lugar que corresponde a los Patriarcas orientales apostólicos en la jerarquía de los dignatarios eclesiásticos, los primeros después de Roma: el poder que les corresponde, la elección del rito para los convertidos al catolicismo, etc., etc.

tiana en el mundo, como somos católicos unidos a la sede del Pontífice romano y confiados en sus promesas...» (214).

Vemos por estas conmovedoras palabras del Patriarca melquita católico que la observación hecha por el Rvdo. KERAMÉ sobre las influencias latinizadoras que pueden obstaculizar la unión con los ortodoxos, no es una excepción. Es un estado de ánimo que hay que comprender y valorar si queremos seguir adelante. Estimamos, por tanto, sumamente certeras las observaciones hechas por el P. DUMONT, en *Revue Nouvelle,* nov. 1958, a propósito del malestar suscitado entre los católicos de rito oriental con motivo del nuevo Código para dicha Iglesia. Recogiendo los comentarios menos comprensivos de *Etudes* sobre el mismo tema, y que el comentarista de la revista francesa de los Padres de la Compañía de Jesús quiere explicar por un apego a estructuras eclesiásticas superadas, especialmente a una concepción demasiado arcaica de la función de los Patriarcas en la Iglesia, como si se tratase de un fenómeno de autodefensa de una pequeña comunidad estancada sin interés para la Iglesia universal, el P. DUMONT añade:

«Se trata de pastores piadosos y clarividentes que defienden, con el apoyo de sus fieles, la existencia del catolicismo oriental, no por mantener títulos y privilegios personales, sino por afirmar, *contra la ofensiva secular de la latinización,* y por conservar el carácter universal de la Iglesia católica romana, en cuyo seno todos los pueblos son esperados, con todo lo que ellos tienen de mejor en su civilización y en su cultura, en la que más de 200 millones de ortodoxos deben encontrar de nuevo su puesto, sin perder nada de su patrimonio espiritual, de sus venerables tradiciones y de su dignidad humana... Tendríamos que preguntarnos quiénes son los que mantienen los arcaísmos. *¿No habría que buscarlos éstos mejor del lado de los que se mantienen*

(214) *Irénikon,* 1. c. 250.

siempre en una Iglesia católica, ligada a la cultura latina y a la civilización de Occidente? (215).

Finalmente, recuérdese la declaración que hemos recogido más arriba de labios de MONS. ELIAS ZOGHBY y del mismo Patriarca MAXIMOS IV con motivo de la visita de LA PIRA y tendremos dos nuevos testimonios en la misma línea de la observación de KERAMÉ poniéndonos en guardia contra el obstáculo de la latinización.

Dos observaciones más añade KERAMÉ a la anterior: *b*) el hecho de que el cristianismo actual es la continuación histórica del patriarcado romano, y *c*) que la tradición de los Padres orientales no facilita la creencia en las definiciones del Concilio Vaticano. Pero de ambas trataremos más adelante.

Supuestas estas observaciones, KERAMÉ llega a la conclusión de que *la unión de las Iglesias católica y ortodoxa es muy difícil*. Pero en toda la segunda parte de su estudio demuestra *cómo es muy posible* en virtud de una serie de elementos coincidentes, tales como el desarrollo dogmático, el poder vivificante del episcopado, la necesidad de un rector universal en la Iglesia y su independencia de todo poder terrenal, así como por la necesidad lógica de una curia central romana (216).

---

(215) *Irénikon*, núm. 1, 1959, 80-82.—El P. DUMONT lamenta que *Etudes* haya rechazado el derecho de respuesta en esta ocasión, tan oportuna para los afanes unionistas que vivimos todos. Y termina con estas afirmaciones, de las que no debemos privar a nuestros lectores: «*Porque tenemos fe en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, afirmamos todos que la reunión de todos los hermanos separados es posible, y la deseamos sinceramente. Pero antes de exigir a todos los que aún no comulgan en nuestra mesa los inmensos sacrificios que esta restauración requiere, aún quedan de nuestra parte no pocas resistencias que vencer y perspectivas que ensanchar.*» L. c. 32.

(216) *Re-Union*, abril-junio 1960, 79-84.—No podemos dejar de

recoger aquí otro documento católico-oriental, aparecido en *Istina*, núm. 4, 1960, págs. 408-432, y glosado por el P. DUMONT, O. P. El documento es una declaración presentada en Roma, en el año 1946, por MONS. MEDAWAR, Obispo greco-católico, auxiliar de S. B. MAXIMOS IV. Este documento, inédito hasta ahora, analiza las principales dificultades de orden psicológico y otras de aspecto canónico y doctrinal, que debemos superar, eliminar o explicar los católicos con miras a la unión con los ortodoxos. Una serie de notas y comentarios del P. DUMONT dan mayor relieve y actualidad a esta importantísima declaración de un Prelado católico-oriental. A su luz se ve cuán cerca y cuán lejos estamos aún de las disposiciones psicológicas para la unión total.

CAPÍTULO TERCERO

DOCTRINAS OPUESTAS ENTRE AMBAS IGLESIAS

En líneas generales, podríamos decir que a las divergencias doctrinales, secularmente conocidas entre ambas Iglesias, habría que añadir la que hoy constituye el punto de oposición más fuerte entre Roma y la Ortodoxia: el llamado por los orientales «dogma del Vaticano», a saber, la definición dogmática del Primado y de su infalibilidad. Con menos intensidad que esta oposición doctrinal, están los dos últimos dogmas marianos, Concepción Inmaculada y Asunción de María, en cuerpo y alma, a los cielos. Las divergencias de tipo disciplinar y las diferencias litúrgico-rituales nunca serán un escollo infranqueable, toda vez que desde los tiempos de Pío IX es declaración pública en la Iglesia Católica de que nada que sea un privilegio, compatible con las exigencias doctrinales indefectibles en la Iglesia, les será exigido renunciar a los ortodoxos en su integración en la Iglesia Católica.

El P. R. Spiazzi, O. P., recoge este sentir:

«Son muchos los ortodoxos que desean la Iglesia unida, pero sin un Jefe único, el Pontífice romano, al que ellos consideran tan sólo como «primus inter pares». Los otros puntos doctrinales que les separan de la Iglesia católica no son numerosos y podrían ser fáciles de superar: El *Filioque*, la

cuestión del Purgatorio, la Inmaculada, la Asunción, cuestiones en las que a veces se trata más del sentido de las palabras que de problemas de sustancia. El verdadero escollo lo representa el dogma de *primado universal* del Pontífice romano... Pero también este dogma, una vez aclarado, podría presentarse a los ortodoxos menos difícil de aceptar.

»Habría que dejar bien claro que para la Iglesia Católica el Primado del Soberano Pontífice no excluye ni minimiza la función y la importancia del cuerpo episcopal, en el que se transmite la sucesión apostólica, lo mismo que en cuanto al prestigio de las Iglesias, que juntamente con la Iglesia de Roma, son directamente de origen apostólico o poseen tradiciones gloriosas que se remontan a la más remota antigüedad cristiana, como Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Constantinopla, etc... En cuanto a las legítimas costumbres y los antiguos privilegios de las Iglesias ortodoxas, podrían éstas gozar de una amplia autonomía en las cosas no esenciales dentro del seno de la «Oikumene catolica»... En cuanto a la autoridad e importancia de los obispos en la Iglesia... el Concilio Ecuménico no sólo dará la verdadera noción y la verdadera delimitación según la doctrina católica, sino que será por sí mismo una grandiosa manifestación episcopal» (217).

Estas oposiciones doctrinales vienen agrandadas por las disposiciones en que se encuentran no pocos entre los ortodoxos, quienes negando el carácter de verdadera Iglesia al Catolicismo, hacen más difícil todo intento de diálogo. Con todo, en la mayoría lo que persiste aún es el temor de perder su legítima autonomía, viéndose además sometidos a una latinización oprimente, dependiendo del Romano Pontífice como de un Soberano autoritario, de tipo occidental, con mengua del prestigio de los Patriarcas y obispos de cada Iglesia, y especialmente, la repugnancia a aceptar, sin más, las definiciones dogmáticas de la Iglesia Católica dadas durante los siglos de la separación, es decir, la labor nada menos que de los trece Concilios Ecuménicos posteriores al año 1054. Finalmente, los orto-

---

(217) *Document. Catholique*, 3 abril 1960, col. 407.

doxos, más que una unión por simple y directa integración, desean una confrontación doctrinal de las posiciones de una y otra Iglesia, en diálogos libres, en pie de igualdad, como hemos dicho anteriormente (218).

MUSTAKIS, ortodoxo ya citado más arriba, analiza las doctrinas opuestas entre la Ortodoxia y la Iglesia occidental:

«... Una cuestión de detalle: el *Filioque*. Es sabido que que esta adición al Símbolo de los Apóstoles, para una parte de la Iglesia de Europa occidental, existía ya algunos años antes de la aprobación oficial hecha por el Papa. La universalidad de la Iglesia ecuménica no se perturbó durante el tiempo de la existencia del *Filioque*. Si existían aún lazos que unían a las Iglesias locales, se habría podido conservar muy bien el *Filioque*.

»De forma análoga, y de manera menos molesta para nosotros los ortodoxos, el dogma de la Asunción corporal de la Virgen podría subsistir, porque sus gérmenes crecían ya en nuestras regiones, particularmente desde el siglo VIII.

»Aún hay problemas más graves... Opino que éstos se reducen a tres: el Primado del Papa, su infalibilidad cuando habla *ex cathedra* y el dogma de la Inmaculada Concepción. *Pero todo esto no es en realidad un obstáculo tan grande para que la buena voluntad y la justicia fundamental no puedan superarlo y dominarlo*» (219).

Las últimas palabras de MUSTAKIS entrañan un optimismo bien manifiesto. Lástima que no sean así todos, o al menos la mayoría de los testimonios que hemos recogido en páginas anteriores, especialmente de labios de jerarquías y teólogos ortodoxos, para muchos

---

(218) *Document. Cathol.* 5 jun. 1960, cols 663-82 Monseñor VEUILLOT, obispo de Angers, expone en una extensa y documentada conferencia otros aspectos del problema unionista y el futuro Concilio, en la misma revista, el P. C. BOYER, S. J., estudia también el tema visto desde el lado de los protestantes y los ortodoxos: cols. 683-92.

(219) *Re-union*, enero-marzo 1960, 8-9.

de los cuales el Primado y la Infalibilidad representan el *non possumus* radical de la Ortodoxia frente a Roma. Pero veamos algunas observaciones más del mismo autor, que justifican el optimismo de sus palabras:

«*El Primado del Obispo de Roma es un hecho histórico indiscutible. Los esfuerzos de la crítica antipapal para poner en duda el Primado no constituyen un acto serio,* ni desde el punto de vista científico ni desde el lado eclesiástico. *Por lo tanto, el Primado se mantendrá,* pero con esta diferencia que tenemos el derecho de exigir: *que este Primado no sea para el Oriente en el sentido que lo admite el Occidente*» (220).

Ninguno de los autores ortodoxos citados a través de este estudio, y son ciertamente muy numerosos, ha expresado esta verdad con la claridad que MUSTAKIS. No obstante, la explicación que añade a sus palabras, explicando el origen y sentido monárquico del Primado, templado un tanto por el Sagrado Colegio de Cardenales, que le aproxima un tanto también a la base democrática en el gobierno de la Iglesia, es ya menos aceptable:

«Podemos considerar al Catolicismo como una inmensa Iglesia autocéfala a cuyo arzobispo, es decir, al Papa, se le reconoce como autoridad suprema entre sus obispos.

»*En Oriente, sin embargo, no es posible que el Papa se imponga de la misma manera,* sino tan sólo del modo como era considerado en tiempos de la indivisa Iglesia ecuménica. *Si aquello no se comprende plenamente, la unión no se llevará a cabo jamás. En este solo punto el Vaticano debe ceder sin remisión*».

Las frases de MUSTAKIS oscilan entre el optimismo comprensivo y la reacción anti-romana. Todavía cabe esperanza de un diálogo fecundo si nos atenemos tan sólo a que el *Papa no se imponga en Oriente* de la

(220) L. c. 9.

misma manera que en Occidente, ya que cabría el reconocimiento de los derechos primaciales auténticos y universales, y una más amplia concesión en su ejercicio entre los ortodoxos. Así el punto de vista de MUSTAKIS serviría para un diálogo sobre los aspectos señalados por S. B. MAXIMOS IV, por ejemplo, al hablar de los privilegios y autoridad de los Patriarcados orientales. Pero MUSTAKIS cierra más su perspectiva:

«Todos nosotros no vemos el Primado del Papa más que en el sentido que tenía durante los primeros siglos, en un aspecto más simple y más tolerable: el Obispo de Roma es el «Primero entre los iguales», el «Corifeo», recurso de la Jerarquía eclesiástica, que es la que ocupa entera «el lugar de Cristo» (221).

Aparece de nuevo la fórmula, tan fácil al equívoco, del «primus inter pares», que, como hemos anotado más arriba, en labios de un ortodoxo difícilmente envuelve algo más que un simple primado de honor, como observa el P. CAPRILE. Es más, el propio MUSTAKIS parece contradecir sus palabras anteriores con lo que añade luego:

«De esta forma, en nuestro horizonte, la infalibilidad del Papa no es algo intolerable. La historia nos ofrece muchos ejemplos que demuestran la legislación final por el Papa de declaraciones dogmáticas y de recursos a su arbitrio cuando existieron diferencias en la Iglesia oriental. Confirmando así una verdad que estaba madura en la conciencia de la Iglesia, una verdad formulada por un Concilio Ecuménico, ¿por qué el Papa no habría de ser, desde entonces, infalible?» (222).

El P. BOYER, S. J., advierte que...

«... si se estudiase bien la doctrina de la Iglesia antes de

(221) L. c. 9.
(222) L. c. 9.

Focio y de Cerulario, se vería que los cinco Patriarcas no eran iguales, sino que el Obispo de Roma era aclamado en los Concilios como aquel por cuya boca hablaba San Pedro: *Petrus locutus est per Leonem*» (223).

La frase de MUSTAKIS de que la infalibilidad del Papa sería tan sólo al *confirmar* doctrinas ya existentes en la Iglesia o formuladas por un Concilio Ecuménico no encaja en la definición del Vaticano que expresamente define que las determinaciones del Papa son de suyo —*ex sese*— irreformables, y no sólo como confirmación de doctrinas anteriormente definidas.

En cuanto al dogma de la Inmaculada, no opone especial resistencia MUSTAKIS, reconociendo que en su base es «un lugar común de la conciencia cristiana». Con todo, su razonamiento para aceptar este dogma no es tan fácilmente aceptable para los católicos:

«No podemos, pues, abandonar a nuestros hermanos occidentales al abuso de sutilidades y a los excesos dogmáticos, sin peligro de que esta falta provoque un daño real en los que preferimos formas simples porque tenemos como característica notoria el no traspasar el suelo firme de las nociones tradicionales, espirituales e históricas» (224).

KERAMÉ, también citado más arriba, reconoce que la dificultad mayor para la unión de las Iglesias ortodoxa y católica es el problema religioso. Y sensibiliza su punto de vista en un diálogo imaginario entre el Papa y el Patriarca de Constantinopla en torno al sentido y alcance del Primado romano. Y recoge a este propósito, poniéndolo en labios del Papa (?), el siguiente texto de MONS. BATIFFOL:

«El Oriente no veía en el primado romano lo que veía

(223) *La Civilta Cattolica*, 20, junio 1959, 628, notas 10-11.
224) *Re-union*, l. c. 10.

Roma y lo que el Occidente veía en Roma, es decir, una continuidad del Primado de San Pedro. El Obispo de Roma era más que el sucesor de Pedro en su «cátedra», era Pedro perpetuo, investido de su responsabilidad y de su poder. *Oriente jamás comprendió esta perpetuidad.* San Basilio la ignora. Lo mismo San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo. La autoridad del Obispo de Roma es una autoridad de primera fila, pero jamás se ve que sea para Oriente autoridad de derecho divino. ¡Qué pena que un punto tan fundamental no hubiera sido fijado por una discusión clara y por un Concilio ecuménico en los siglos en que aún existía la unión!» (225).

Contra esta imaginaria cita de BATIFFOL aduce KERAMÉ otro texto del Papa San Inocencio, contemporáneo de San Juan Crisóstomo, en el cual se defiende formalmente y se proclama el Primado del Romano Pontífice. Pero añade el comentarista: «Aquí está el atolladero, la dificultad mayor, en compaginar ambas tradiciones en el punto del Primado.

Explica a continuación KERAMÉ otros aspectos de las divergencias y de las coincidencias al mismo tiempo entre ambas Iglesias, y termina con estas palabras:

«Con miras al próximo Concilio habría que explicar, pues, la infalibilidad papal, señalar límites, su vinculación con la infalibilidad del Episcopado, con los significados de las cosas de la fe y su conservación en el pueblo cristiano mismo. Y serían precisas algunas aclaraciones sobre la jurisdicción en la Iglesia, sobre su finalidad y, por lo tanto, sobre sus límites, poniendo en claridad más luminosa aún la realidad de la presencia de Cristo en su Cuerpo Místico, su dignidad de Pastor espiritual permanente» (226).

Como vemos, no sólo por estas observaciones de KERAMÉ, sino por los comentarios ya recogidos anteriormente de otros autores ortodoxos y algunos cató-

---

(225) *Re-union*, abril,-junio 1960, 78-79. El texto de BATIFFOL: *Cathedra Petri*, C. III, 75-76.

(226) *Re-union*, abril-junio 1960, 81.

licos, entre éstos DOM OLIVIER ROUSSEAU, DUMONT, ROUQUETTE, etc., este extremo de la eclesiología integral debe ser una de las grandes aportaciones del segundo Concilio Vaticano, que venga, no a corregir, sino a completar y a aclarar a la luz de los estudios actuales aspectos que no se desarrollaron totalmente antes.

Finalmente, teólogos y canonistas ortodoxos de la talla de ALIVIZATOS, FLOROVSKIJ, KOULOMZINE, CASSIEN, etcétera, así como los testimonios recogidos de sus más representativos jerarcas, coinciden en señalar el primado romano y sus prerrogativas como el nudo gordiano de toda la cuestión unionista (227).

Recordemos ahora tan sólo a KOULOMZINE, para quien el primado es sólo producto de una evolución histórica, en la que el texto de Mateo XVI, 18:

«Tú eres Pedro» ha sido aprovechado con frecuencia por la Iglesia romana. «Nueve siglos de separación —añade— han dejado sin solución una gran cantidad de problemas de orden teológico (la cuestión del *Filioque*, la veneración de la Santísima Virgen Madre de Dios), de orden práctico (prácticas litúrgicas, celebración de las fiestas, calendarios, etc.). Sólo un Concilio puede resolverlas... Actualmente es claro, así parece, que la dificultad mayor no está en las dimensiones de orden dogmático, aunque no se quiere decir que estas cuestiones no tengan importancia... La dificultad mayor es la proclamación del Concilio de la Iglesia de Occidente de 1870: el Concilio ha establecido como dogma obligatorio la infalibilidad del Obispo de Roma, *ex sese, sine consensu Ecclesiae*... Si estas palabras quieren decir lo que expresan, el Concilio de los obispos no es sino el Consejero del Papa, y no una forma de expresión de la Iglesia... El mismo Concilio del Vaticano de 1870 ha proclamado al Papa como Obispo no sólo de su sede de Roma, sino de todo el universo. Ya no es cuestión de una primacía, de un obispo en medio de otros obispos, de un *primus inter pares*. Ya se trata de un obispo de Roma, que es también obispo de todas partes... La formu-

(227) *Irénikon*. núm. 3, 1959, 322 y sigs.

lación del dogma del Vaticano queda como el obstáculo mayor. Tal es la dificultad. Una dificultad, sin embargo, no puede ser un obstáculo definitivo» (228).

Si analizamos con exactitud las palabras de Koulomzine, vemos en ellas no pocas inexactitudes terminológicas que tienen singular importancia desde el momento que agravan el problema. No es el Obispo de Roma, sin más, el que se proclama obispo de todo el universo cristiano. Es el Obispo de Roma en cuanto sucesor de Pedro, en tanto, pues, que actúa como Primado sobre toda la Iglesia, cabeza de todo el episcopado. Y sus determinaciones dogmáticas no se dicen irreformables *sine consensu*, sino «non ex consensu», pero desde el momento en que se añade en la fórmula vaticana que el Papa actúa *como padre y pastor de todos los cristianos*. se está haciendo referencia expresa, como comenta *Irénikon* en el lugar arriba citado, a toda la asamblea cristiana.

Como también habrán podido observar, Koulomzine, aunque cierra la puerta, no lo hace dando un portazo, cuando afirma que una dificultad no puede ser un obstáculo definitivo.

Cerremos este apartado reproduciendo unas consideraciones de un gran teólogo católico y apóstol unionista: Dom Lamberto Beauduin que, aunque son de hace treinta y tres años, tienen plena actualidad. Señal evidente de la clarividencia de este gran apóstol de la unidad, recientemente fallecido (229).

El tema del artículo de Dom Beauduin, publicado en
l'Unité Chrétien, janv.-frev. 1960, 15-16.
Irénikon en 1927, tiene hoy una actualidad tal que su título está en el corazón mismo del problema unionista 1960: *La Infalibilidad del Papa y la Unión.*

---

(228) *Irénikon*, núm. 3, 1959, 327-28.
(229) *Irénikon*, núm. 3, 1959, 367; núm. 2, 1960, 234; *Vers*

Después de recordar para todos, incluídos ortodoxos y anglicanos, que para los católicos las definiciones del Concilio Vaticano son inmutables, y que con voz unánime todos confesamos que el Obispo de Roma, sentado en la Sede Apostólica de Pedro, ha sido establecido por el mismo Jesucristo como Jefe supremo y universal de su Iglesia, se pregunta:

«Después de una confesión de fe tan diametralmente opuesta a la de ellos —ortodoxos y anglicanos— sobre un punto tan esencial, ¿cómo podremos nosotros aún contemplar confiadamente la restauración de la antigua unidad cristiana? ¿Acaso Roma no se ha aislado para siempre con su definición vaticana, cortando definitivamente todos los puentes? He aquí la cuestión. De su solución depende el éxito de la empresa unionista».

No cabe mayor concisión en presentar en su gravedad descarnada el problema de hace treinta años, como de hace siglos, como... sólo Dios sabe de cuánto tiempo aún. Para Dom Beauduin ayer, como hoy para todos los teólogos católicos unionistas, el esfuerzo leal, ferviente y sobrenatural de todos los apóstoles de la unión debe concentrarse hacia una comprensión más adecuada, más exacta, de la verdadera doctrina de nuestro común Maestro Jesucristo sobre el magisterio eclesiástico supremo de Pedro y de sus sucesores. Y añade a continuación:

«*Para nosotros los católicos romanos, esta investigación... constituirá el mejor testimonio de acatamiento y de fidelidad a la Santa Sede. Si nosotros no nos damos a esta tarea ardua y delicada, no hablemos más de la unión de las Iglesias*» (230).

Hemos de reconocer que los deseos de Dom Beauduin han encontrado eco en no pocos teólogos católicos a través de estos lustros que le separan de nos-

(230) *Irénikon*, núm. 3, 1959, 329.

otros. Junto a él se pueden hoy citar otros nombres beneméritos de la causa unionista; y sobre todo, como un fruto ambiental, el anhelo común de los medios teológicos interesados en el Concilio que esperan y auguran que sea el tema de la eclesiología una de las grandes aportaciones del futuro Concilio Vaticano II, a fin de precisar y aclarar las definiciones del Vaticano I. Es cierto, como escribe DOM BEAUDUIN,

«... «que los Concilios y el mismo Soberano Pontífice están ligados como nosotros por las definiciones dogmáticas del Concilio Vaticano. Pero si la Iglesia no puede cambiar su doctrina, puede explicarla auténticamente, encontrar otras fórmulas especialmente apropiadas para expresar su inmutable enseñanza. En este sentido su doctrina progresa sin cambiar, evoluciona permaneciendo idéntica a sí misma» (231).

Concentra más adelante nuestro autor, en un texto denso y severo, toda la actitud de nuestros hermanos separados frente al problema de la reunión de las Iglesias. Y una vez más, el año 1927 y el 1960 están en la misma línea.

«Se puede concentrar en un solo punto todas las dificultades de nuestros hermanos y expresar en una sola fórmula el gran obstáculo que les detiene: A sus ojos, la Roma del Concilio Vaticano ha absorbido a toda la Iglesia; el Papa del siglo XX ha concentrado en sí toda la vida religiosa del Cristianismo. Todo: fe viva e íntima de los fieles, poderes de la Jerarquía y hasta el Señorío espiritual de Cristo, Cabeza de la Iglesia, todo ha sido monopolizado o absorbido por ese órgano único que se llama el Papado. Su gran queja contra nuestra doctrina es que la institución del Papa, no el histórico, sino el que ha forjado el dogma católico del último siglo, es suficiente por sí solo para todas las necesidades de la Iglesia» (232).

---

(231) *Irénikon*, l. c. 329.
(232) *Irénikon*, l. c. 329.

En confirmación de estas palabras, en las que resume el autor el sentir de nuestros hermanos frente a Roma, cita un testimonio del teólogo ruso Glubokovsky, en que distingue entre el Papado histórico y el Papado dogmatizado, considerando este último como una desviación hiperbólica del Catolicismo, y con cuyo Papado el citado teólogo no prevé ninguna posible paz.

Dom Beauduin, como hemos visto han hecho otros teólogos ortodoxos, especialmente Florovskij, apela al hecho de que la labor del Vaticano, al quedar incompleta, ha producido indirectamente un desajuste de la doctrina total aclesiológica católica. Efectivamente, de los doce capítulos que comprendía el proyecto de la Constitución de la Iglesia, que había de estudiar el Concilio, y de los cuales tres, el 8, 9 y 10, trataban del Episcopado y de los poderes de la Iglesia docente, sólo se examinó y definió el capítulo 2 del Romano Pontífice. Y esto era una necesidad, dado el clima que se había creado en todo el mundo en torno al tema papal. Los acontecimientos político-militares de 1870 obligaron a suspender el Concilio. Y el plan, en sí completo y cabal, quedó incompleto. Y para evidenciar cómo iba proyectada la doctrina sobre el Episcopado, he aquí un extracto que recoge también Dom Beauduin en su artículo:

«El poder episcopal así entendido se ejerce ante todo por cada obispo en su Iglesia particular. La diócesis es una célula viva de la gran Iglesia universal. Se haría una muy falsa idea de este poder quien comparase el obispo a un prefecto de departamento o gobernador de provincia; éstos representan el poder central y de él reciben todas sus prerrogativas. El obispo, por el contrario, no representa al Papa, sino a Jesucristo; está sometido al Papa, debe estar en comunión con él, pero no es su delegado; él reina, desde su trono en su catedral, es juez y doctor de su Iglesia, y ejerce un poder

ordinario bajo la dependencia del Príncipe de los Pastores.

»Mas el poder episcopal no se limita tan sólo a su Iglesia particular. El obispo es miembro del Cuerpo Episcopal de la Iglesia universal, participando por lo tanto en la solicitud ecuménica, bajo la dependencia y con los límites arriba dichos. En efecto, Cristo escogió, no uno solo, sino doce apóstoles, de los cuales Pedro será el Jefe, pero todos los doce participan en el magisterio soberano, siendo pastores y doctores...

»Este poder episcopal universal que se ejerce de una manera permanente por la Jerarquía dispersa por todo el universo, tiene su expresión solemne en el Concilio Ecuménico. Los miembros del mismo, los Padres conciliares, no cumplen el oficio de consejeros, sino que son jueces y doctores, definiendo y aprobando. Sin duda alguna que el Soberano Pontífice, su Jefe, define y promulga solemnemente la definición, pero el acto conciliar es acto de toda la asamblea. Es todo el Concilio el que define y no solamente el Soberano Pontífice, como en el caso de una definición pontificia» (233).

No creemos que si todas estas expresiones de Dom Beauduin, que no son por lo demás algo exclusivo suyo, sino patrimonio común de los eclesiólogos católicos, son abordadas y concretadas y definidas en la medida en que ellas deban serlo, a la luz del Concilio, uno de los obstáculos más fuertes que mantienen divididas y contrapuestas a las dos eclesiologías, la ortodoxa y la católica, y con ellas a las dos grandes Iglesias de Oriente y Occidente, quedará superado totalmente. Desde este plano ya será mucho más posible el diálogo acerca del Primado y de su infalibilidad con los ortodoxos, tan sensibles en cuanto hace relación a la naturaleza y misión del Episcopado en la Iglesia de Jesucristo.

Si hemos de recoger el común sentir y los augurios de los teólogos unionistas católicos, este tema será uno de los fundamentales que aborde el Con-

(233) *Irénikon* núm. 3, 1959, 332-32.

cilio Ecuménico próximo. Y como ha comentado el P. DUMONT, si este Concilio no puede ser el de la unión, por todos los motivos expuestos, sí que pasaría a la historia eclesiástica como el Concilio de la Unidad. Porque es indiscutible que los caminos de la misma no son únicamente ni siquiera los más eficaces los que se tracen en la recta misma de la unión que hay que realizar, sino que son también, y muy principalmente, todos aquellos otros esfuerzos que tienen como objetivo inmediato remover los obstáculos que impiden avanzar hacia la meta. El tiempo, los trabajos, la oración y el sacrificio de cuantos trabajen por precisar y aclarar el sentido de estos problemas en torno a la constitución plena y total de la Iglesia, en el Papa y en los obispos, así como también en el clero y en los seglares, no es un tiempo y esfuerzos estériles. Son, Dios lo haga con su gracia, semillas de la unión, que Dios nos manda, que el mundo necesita, que la Iglesia exige para cumplir a pleno rendimiento su misión evangelizadora entre los hombres.

CONCLUSION

Creemos que no hay mejor fórmula para sintetizar cuanto se desprende de los testimonios precedentes, que recoger las apreciaciones de KERAMÉ en sus dos grandes afirmaciones: *la unión de la Iglesia ortodoxa con la Iglesia romana es muy difícil; la unión de ambas, no obstante, es muy posible.*

Es muy difícil, no sólo por la pervivencia de los conocidos prejuicios entre Oriente-Occidente, sino por la resistencia y oposición doctrinal de la Ortodoxia frente a Roma, en la que ocupa un lugar primordial en la importancia y en la dificultad el Primado romano y la Infalibilidad pontificia. Esta dificultad no pro-

viene únicamente de la actitud cerrada oposicionista que presenta la Ortodoxia, sino del hecho de ambas verdades son otros tantos dogmas de fe católica, con lo cual la posibilidad de concesiones por parte de Roma está sustancialmente condicionada a las verdades definidas. Caben explicaciones auténticas, como hemos oído anteriormente. Pero nunca cambios de enseñanzas en materias definidas.

Es muy difícil, además, porque las disposiciones psicológicas deben aún progresar mucho más por ambas partes, hasta el punto que los ortodoxos dejen de ver un despotismo eclesiástico en nuestra doctrina, y nosotros no temamos incurrir en subestimación de todo lo que representa el Pontífice Romano en la fe católica, si junto a él y a él sometidos, valoramos en su justa medida todo lo que son en la Iglesia los obispos, en sus diócesis y como Cuerpo episcopal, en toda la Iglesia de Dios. Tal vez los teólogos católicos tienen aquí por delante una misión formativa de la conciencia de sacerdotes y fieles ni corta, ni fácil, ni exenta de peligros de interpretación por parte de todos. Habría que equilibrar el fervor de la devoción al Papa con la devoción al obispo y la devoción a su Iglesia. Los entusiasmos no son muy buenos consejeros cuando se convierten en consignas de masas que no reflexionan. Y algo de esto venimos haciendo en los últimos tiempos en algunos ambientes católicos en orden al Papa. El «ubi Petrus, ibi Ecclesia» y el «Papa, Cristo en la tierra» son exactos teológicamente en su sentido asertivo eclesial. Pueden deformarse con el entusiasmo popular, que es propenso a las exageraciones exclusivas. Y entonces el «ubi *solus* Petrus, ibi Ecclesia» sería falso e inadmisible en la teología católica. Tampoco podemos dar lugar a que el segundo lema o axioma, en la práctica, desplace el lugar que

Cristo tiene también en su Iglesia en esta etapa terrenal, en la que es, invisible pero realmente, la Cabeza de su Iglesia. Repito que ningún teólogo enseña lo contrario de estas observaciones. Pero en la realidad existe no poco de deformación sentimental entre los fieles.

Es muy posible, no obstante, la unión de ambas Iglesias. Muy posible no quiere decir *muy cercana,* como muy difícil, de suyo, tampoco equivale a muy lejana. Como anteriormente hemos observado, en los problemas sobrenaturales no podemos prescindir, a la hora de valorarlos, de los factores sobrenaturales. Y en consecuencia, en este problema de la reunión de las Iglesias, hay que contar necesariamente con un factor —Dios y su gracia—, que si obran en el tiempo y con el tiempo, no necesitan obligatoriamente del tiempo, como duración, para actuar. Muy posible puede ser dentro de poco... y muy posible puede ser dentro de mucho tiempo.

Los elementos comunes de la Ortodoxia y la Iglesia Católica las acercan más que a otros grupos cristianos. Pero también la formulación rígida de sus doctrinas puede alejarlas más que a otros grupos confesionales. Todo dependerá de la parte que los hombres demos a la intervención de Dios en el problema, con nuestra oración, nuestra humildad y nuestra abnegación para aceptar y renunciar en pro de la causa de unidad de la Iglesia. Pero al fin, como hemos oído de labios de algún teólogo ortodoxo: Tenemos derecho a una esperanza suprema: el milagro... Y como comenta otro: ¡Sólo los ateos niegan la posibilidad del milagro!

APENDICES

Compuestas ya las páginas que anteceden se han producido, tanto entre los ortodoxos como entre los católicos, algunos hechos que completan las consideraciones expuestas.

Hemos creído conveniente recoger aquí esos documentos, dado su alto interés para el enfoque total del tema que hemos desarrollado en estas páginas.

I

DOCUMENTOS

La «Civiltá Cattolica» del 2 de julio pasado publica las siguientes declaraciones hechas por el eminentísimo Cardenal Bea, Presidente del Secretariado para la participación de los no católicos en el Concilio, durante una rueda de prensa concedida en Nueva York.

ENTREVISTA CON EL CARDENAL BEA

—¿Cuál será el cometido del nuevo Secretariado con vistas a la participación de los no católicos?

El *Motu Proprio Supremo Dei nutu* por el que se estableció el Secretariado le asigna el siguiente objetivo: Obrar de modo que los que llevan el nombre de cristianos, pero están separados de la Iglesia Romana, «puedan seguir los trabajos del Concilio y encontrar más fácilmente el camino para conseguir la unidad por la que Jesucristo dirigió a su Padre tan ardiente súplica». El Secretariado tiene, pues, una doble finalidad: primera, un fin inmediato: ayudar a los cristianos no católicos a seguir los trabajos del Concilio; segunda, un fin más genérico: ayudar a los cristianos no católicos a encontrar la unidad con la Iglesia católica romana. El Secretariado, por consiguiente, debe servir de intermediario entre los cristianos no católicos y el Concilio, facilitándoles información, aceptando sus deseos, sugerencias, etc. Además, entran dentro del campo de acción del Secretariado todas las iniciativas propias para ayudar a los cristianos no católicos a realizar la unión; por ejemplo, comprobar la situación en los diversos países y grupos, es decir, lo que tienen de común con la Iglesia católica romana en materia de doctrina, disciplina, culto, y determinar en qué materias discrepan de Ella; ver, además, cuáles son los deseos de los diferentes grupos respecto a la unión y ver cómo se podría allanar el camino hacia la unión, etc.

—Dada la amplitud de este cometido, ¿se ocupa también el Secretariado de las relaciones con los ortodoxos?

Aún no está decidido. Sin embargo, parece improbable ya que la Congregación para la Iglesia Oriental se ocupa ya de este sector, al menos en principio. Con todo, hay que prever la colaboración del nuevo Secretariado con la Congregación para la Iglesia Oriental en muchas cuestiones, por ejemplo, en lo que concierne a las relaciones de los ortodoxos con los protestantes, con el Consejo mundial de las iglesias, etc.

—¿Qué puede decir, Eminencia, sobre los principales obstáculos y esperanzas con miras a la unidad?

La situación cambia mucho según los diferentes países y grupos. Por ejemplo, el deseo y movimiento unionistas son mucho más fuertes en los países del «antiguo mundo» —Inglaterra, Francia, Alemania, Suiza—, que en los Estados Unidos. En «el antiguo mundo» este deseo de unión y movimiento por la unidad proceden en gran parte de los estudios bíblicos.

Así la preparación y publicación del *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* —obra no católica dirigida por G. Kittel y hoy por G. Friedrich—, que actualmente llega al quinto volumen, ha demostrado que las posiciones doctrinales primitivas de los protestantes en muchos puntos no corresponden a las enseñanzas del Nuevo Testamento. Así sucede, para citar un ejemplo, con la célebre doctrina tan fundamental para Lutero —de la justificación mediante la fe sola—. En Inglaterra, por el contrario, fueron principalmente los estudios históricos sobre la doctrina de los Padres y primeros Concilios —estudios iniciados y promovidos sobre todo por el movimiento de Oxford, por Newman, Pusey—, los que favorecieron esa búsqueda de la unidad.

En cuanto «al Nuevo mundo, el hecho de la división de los protestantes en tantos grupos y de las confesiones crea dificultades y obstáculos especiales. Esas confesiones no están alejadas inmediatamente de la verdadera Iglesia, como ocurrió, al menos en parte, en el antiguo mundo, sino de comunidades ya separadas de la Iglesia católica romana; de aquí se sigue que las discrepancias de estas confesiones entre sí y con la Iglesia romana se han acentuado progresivamente cada vez más y de este modo aumentan los obstáculos para la unión.

Esta comprobación, sin embargo, no tiende en absoluto a disminuir la importancia de la auténtica «nostalgia» de la unión, en una medida más o menos grande; por doquier se la encuentra, como lo demuestra, por ejemplo, la creación del Consejo mundial de las iglesias, que comprende alrededor de 170 grupos o confesiones unidos por la base de esta única verdad esencial: reconocer a Jesucristo como Salvador y como Dios. Otra señal de la nostalgia de la unidad es la creciente difusión de la octava de oraciones por la unidad (18-25 de enero).

Las observaciones hechas sobre los obstáculos sólo querían prevenir las ilusiones que menosprecian las dificultades por superar. Los nueve siglos de separación de los Ortodoxos y los cuatro de la Reforma con su secuela de prejuicios y amarguras, han dejado huellas y han echado muy hondas raíces en las almas para que puedan superarse fácilmente. Por eso, el Padre Santo en su carta al Clero de Venecia, en mayo de 1959, hablando de lo que esperaba del Concilio respecto a los hermanos separados del Oriente, no dice que esperase la unión inmediata, sino «*primero la aproximación, después el contacto y, por último, la perfecta unión de tantos hermanos separados de la antigua madre común*» (*A. A. S.*, 1959, página 380). Si sólo habló de la unión con los Ortodoxos, es porque respondía a la situación actual, en el sentido de que los Ortodoxos están más cerca de la Iglesia católica romana que cualquier otro grupo protestante. En el fondo, sólo la doctrina del primado y de la infalibilidad del Sumo Pontífice los separa de los católicos.

Por otra parte, considerando las cosas bajo el punto de vista sobrenatural, podemos y debemos ser optimistas, a pesar de todos los obstáculos, como lo es el mismo Padre Santo. Las posibilidades del Espíritu de Dios, Espíritu de unidad, son infinitamente superiores a las posibilidades de los hombres; rebasan nuestra mezquina medida.

—¿Se puede esperar de la Iglesia católica compromisos para facilitar la unión?

Compromisos en materia doctrinal, no. Compromisos en el campo de la liturgia, organización y disciplina, sí. Ya hay en la Iglesia diversidad de ritos, de lenguas, organización y disciplina, y existe, por tanto, la posibilidad de concesiones en estos puntos. Pero son cosas que hay que examinar en

cada caso particular, estudiar con mucha ponderación y prudencia, dejando la decisión a las autoridades superiores competentes. Esta será, precisamente, una de las tareas importantes del futuro Concilio: establecer de algún modo las normas que seguir en estos casos, normas bastante amplias para que puedan responder a la gran diversidad de los casos que se presenten.

—¿En qué fecha puede preverse la celebración del Concilio?

No se puede hacer ninguna previsión; todo dependerá del ritmo de los trabajos de las Comisiones preparatorias. Ahora bien, esta labor parece compleja y larga. Tienen que seleccionar el material que forman las respuestas de 2.000 obispos, así como de las Universidades y Facultades eclesiásticas de todo el mundo, escoger los temas más importantes y cuyo examen se ha pedido más viva y universalmente; luego elaborar los primeros esquemas de los decretos que proponer al Concilio.

A esta labor ya sencilla deberá añadirse otra. Pues parece que estos esquemas serán enviados a los obispos antes de la celebración del Concilio, para que los examinen y añadan sus observaciones o enmiendas. De vuelta a las Comisiones los esquemas habrán de ser revisados o modificados, teniendo en cuenta las observaciones. Se trata, por lo visto, de un trabajo que exigirá mucho tiempo y cuya duración no se puede prever actualmente.

«Ecclesia», 27-VIII-1960.

La intención señalada al Apostolado de la Oración para el próximo mes de enero es «los obstáculos que es preciso remover para llegar a la unión de los cristianos». Con este motivo, el Eminentísimo Cardenal Bea ha escrito para su publicación en todas las ediciones de «El Mensajero» en el mundo este artículo, que, por su interés y alta autoridad, reproducimos a continuación.

HABLEMOS DE LOS OBSTACULOS CON VERDAD Y CARIDAD

Si hablamos de los obstáculos de la unión, ciertamente no es cosa de recargar las tintas o de exagerar. La realidad es

ya demasiado grave para que eso sea necesario. Ni siquiera es cosa de negar lo bueno —y tanto bueno— como se encuentra entre nuestros hermanos separados, y mucho menos es cosa de hacernos jueces de su responsabilidad, ni por lo que toca al hecho histórico de la separación, ni por lo que toca al hecho individual de cada uno de ellos.

El hecho histórico es un acontecimiento demasiado complicado para que pueda ser objeto del juicio humano. Sólo Dios puede desenredar los hilos de este intrincado embrollo histórico.

Y en cuanto a nuestros hermanos separados considerados individualmente, la gran mayoría de ellos se encuentra ante una herencia que les viene transmitida por sus antepasados. Como no es mérito de nosotros, católicos, el haber nacido en una familia que pertenece a la Iglesia católica, así no es demérito de ellos el ser hijos de padres separados de nuestra Iglesia. Aceptando conscientemente la herencia a ellos transmitida, estos no católicos piensan de buena fe que están en el recto camino.

Cuando hablamos de los obstáculos para la unión, no pretendemos negar la profunda nostalgia de la unión que hoy encontramos en todos los grupos de los hermanos separados. Esta nostalgia, ciertamente obra del Espíritu Santo, es para todos nosotros, hijos de la Iglesia, motivo de santa alegría y, al mismo tiempo, invitación urgente para prestar nuestra ayuda a todos los que sinceramente buscan la verdad. Más aún: sabemos que diversos grupos de hermanos separados de nosotros han hecho y hacen aún esfuerzos gigantescos para acercarse a la deseada meta de la unión, y todo esto nos alegra vivamente. Mas también todo eso hace más necesario el conocer y valorar serenamente los obstáculos que aún se oponen a la unión para que sepamos hacer cuanto dependa de nosotros y cooperemos eficazmente a la realización del gran deseo del Señor.

LOS OBSTACULOS ENTRE LOS ORTODOXOS

Los obstáculos no son en todas partes los mismos, sino que difieren especialmente, según el origen histórico o nacional de los diversos grupos. El grupo más antiguo que se destacó de la comunión con la Sede de Roma es el de las Iglesias Orientales.

La Iglesia del Oriente perdió bien pronto, desde el si-

glo IV, su unidad, sobre todo por razón de las numerosas controversias sobre la naturaleza de Cristo. Así surgieron las iglesias nestorianas, que en la Edad Media se propagaron hasta los confines de la China, pero que hoy son de poca importancia. En cambio, la otra grande herejía, el monofisismo, se halla aún representada en las Iglesias copta, jacobita y armena separada. La Iglesia de Constantinopla conservaba la verdadera fe; por eso tomó el nombre de Ortodoxa, es decir, *de verdadera doctrina,* y continuaba, aunque con frecuentes roces, en comunión con la Iglesia de Roma hasta el siglo XI. Entonces (año 1054) vino la rotura formal, la cual, a pesar de varias tentativas de unión, perdura hasta hoy.

A esta Iglesia se habían ya unido, algún siglo antes de la rotura con Roma, las cristiandades de diversos países eslavos, de Bulgaria, de Servia y, sobre todo, de aquel que entonces se llamaba la gran Rusia, ya que Constantinopla ejercía sobre ellos una cierta supremacía patriarcal. Como consecuencia, también estas cristiandades fueron poco a poco arrastradas lejos de Roma y forman hoy el mundo de las iglesias llamadas *ortodoxas.*

Estas iglesias, si se comparan con los diversos grupos que se separaron cinco siglos después, tienen ciertamente grandes ventajas. Las iglesias ortodoxas tienen una sucesión regular apostólica de sus obispos, y con esto, también los Sacramentos válidos, sobre todo la santa Eucaristía. Conservan en su doctrina la antigua tradición apostólica y patrística, y difieren de la fe de la Iglesia latina solamente en pocos puntos, especialmente por la negación de los dogmas definidos por los Concilios después de su separación, como el primado y la infalibilidad del Romano Pontífice. También tienen la veneración a María Santísima, tan querida por ellos, aunque no han aceptado la definición dogmática de la Inmaculada Concepción y de la Asunción —dogmas contenidos ya en sus libros litúrgicos y generalmente admitidos por sus fieles— en cuanto que estas definiciones y porque estas definiciones han venido después de la rotura con Roma.

Mas en el curso de los siglos la concepción misma de la unidad de la Iglesia ha cambiado en estas iglesias. Esta unidad, según la doctrina que prevalece hoy entre los ortodoxos, no requiere la subordinación y sumisión de todas y cada una de las iglesias o grupos a una cabeza única, el sucesor de Pedro, Vicario de Cristo, el Romano Pontífice, sino que se constituye más bien por la «comunión» mutua de las iglesias

o de cada una de las iglesias locales; esto es, por la concordia en la fe, en los «misterios» (sacramentos) y en cierto sentimiento de fraternidad. Las iglesias particulares entre sí mismas no reconocen un jefe que tenga autoridad sobre todas; el Patriarca de Constantinopla, que durante el imperio bizantino tenía cierta preeminencia, perdió esta posición al derrumbarse el imperio, y las iglesias se han agrupado más bien según un criterio nacional.

Así, los 165 millones de ortodoxos hoy prácticamente están divididos en dieciséis patriarcados nacionales e independientes entre sí; más aún: implicados frecuentemente en mutuas luchas intestinas. La autoridad de los Obispos y Patriarcas se ha disminuído poco a poco; hoy, junto a ellos, en cada grupo nacional está el *Santo Sínodo*, compuesto también de seglares, el cual decide juntamente con el Obispo las cuestiones eclesiásticas. No es preciso más para comprender cuán difícil resulta toda tentativa de unión con la Sede de Pedro por causa de esta complicada situación.

La unión se halla aún más obstaculizada por los tristes recuerdos históricos, por ejemplo, la toma de Constantinopla en la IV Cruzada (1204), y por la diversidad de mentalidades entre occidentales y orientales, la cual ciertamente no es de poca importancia y peso. Reconozcamos que no será muy fácil el vencer estas dificultades y que se requerirá mucha luz y gracias poderosas para curar tan dolorosas heridas y hallar un camino de reconciliación que tenga en cuenta todos los factores de esta cuestión. Pero la gracia divina, que ha inspirado ya a tantos hermanos ortodoxos una profunda nostalgia de la unidad, nos mostrará el camino recto, aunque tal vez lento y trabajoso, con tal de que nosotros imploremos fervorosa y ardientemente esta gracia y colaboremos debidamente con ella.

LOS OBSTACULOS ENTRE LOS PROTESTANTES

Aún es más difícil el problema de la unión entre todos aquellos grupos que traen su origen de los tristes sucesos del siglo XVI, que dividieron la Iglesia latina en dos partes. Dichos grupos ordinariamente vienen comprendidos —en verdad no muy exactamente— bajo el nombre común de *protestantes*. Ellos, separados también de la Iglesia Madre, han conservado, aunque en grado diverso, no poco del precioso patrimonio de verdad y de piedad de la Iglesia Madre. De la

cual muchas veces los ha separado no la voluntad propia, sino el despotismo de un príncipe o el mal ejemplo de un prelado mundano.

Entre ellos, los que se atienen firmemente a la doctrina heredada una vez de antepasados católicos y procuran realizarla en su vida religiosa, fácilmente caen en la cuenta de que no poseen la verdad entera y que les faltan tantas ayudas que el Señor ha prometido a sus fieles. Así se explica aquella nostalgia de una religiosidad más profunda que muchos protestantes de hoy sienten y el deseo de ser participantes de los bienes espirituales que ven gozar a sus hermanos católicos, uniéndose con estos últimos. Cuán vivo sea entre los protestantes el deseo de unión, aunque todavía se trate de una unión no definida claramente, lo prueba ese comienzo de unión que han hecho al constituir desde 1948, el *Consejo Ecuménico de las Iglesias*, con Sede en Ginebra, el cual comprende hoy unos ciento ochenta grupos, entre los cuales se encuentra también cierto número de iglesias ortodoxas. El punto doctrinal escogido como base y admitido por todos los miembros, es éste: reconocer a Jesucristo como Dios y Salvador nuestro.

Una extensión de esta base, verdaderamente demasiado restringida, de modo que comprenda también la Encarnación, la revelación del Padre y del Hijo, y el testimonio del Espíritu Santo que nos induce a toda verdad —por tanto, una fórmula trinitaria—, ampliación deseada sobre todo por las iglesias ortodoxas, hasta hace pocos meses no ha sido aceptado. Sólo en agosto pasado el Comité Central del mismo Consejo Ecuménico ha decidido volverlo a proponer en la próxima Asamblea general del Consejo que se celebrará en Nueva Delhi (1961). Pero hay que notar que aun con la aceptación de dicho ensanchamiento, no se llegará a tener la unidad plena en la fe. Sin embargo, debemos reconocer que se ha hecho un buen comienzo.

Añádase, además, la otra grave dificultad: que, según la doctrina protestante, no existe una autoridad en materia doctrinal, sino que cada fiel sigue la inspiración que recibe directamente del Espíritu Santo. Por tanto, entre los protestantes no hay una autoridad con la cual los católicos pudiesen tratar oficialmente de cuestiones de fe y que pudiese obligar en conciencia a sus propios seguidores a aceptar eventuales acuerdos entre los jefes del respectivo grupo y la Iglesia católica. Si además se piensa que sólo en los Estados Unidos

se cuentan no menos de doscientas cincuenta diversas *denominaciones* (es decir, grupos religiosos) —entre los que se adhieren al Consejo Ecuménico y los numerosos no adheridos—, se comprenderá cuán difícil, por no decir imposible, ha de ser un trato directo de la Iglesia con estos grupos protestantes.

OBSTACULOS DE ORDEN MAS GENERAL

Hay, finalmente, obstáculos que tocan a todos los hermanos separados, sean ortodoxos, sean protestantes.

Ante todo, hay un inmenso cúmulo de *incomprensiones*, de sentimientos, de malas inteligencias, de dudosos recuerdos históricos, que crean en muchos no poca desconfianza y a veces *una cierta aversión*. Y esto, lo mismo entre los no católicos como entre ciertos católicos.

Además, no raras veces *se nota una gran ignorancia* de la verdad católica entre los hermanos separados, y hasta ideas del todo equivocadas sobre ella, alimentadas por prejuicios en parte seculares, transmitidos de generación en generación.

Otro obstáculo que se opone a la unión es, por desgracia, *la vida menos ejemplar de no pocos católicos*. Acaso algunas veces hemos oído a hermanos separados: «¿Para qué hacernos católicos, si los católicos no son mejores que nosotros?»

De aquellos católicos, tan poco fieles a sus deberes religiosos y morales, se podría a su modo decir cuanto dijo San Pablo a sus connacionales, los judíos: «El nombre de Dios, por causa vuestra, es blasfemado entre los gentiles» (Rom., 2, 24). Por el contrario, para los católicos de buena conducta vale la palabra sublime de Jesús, cuando dice que las buenas obras son nuestra luz que resplandece a los ojos de los hombres, de modo que viéndolas ellos, dan gloria al Padre nuestro que está en los cielos.

ACTITUD DE CARIDAD

Cuanto se ha dicho de la conducta, en general, vale en modo particular de la actitud de verdadera, profunda y actuosa caridad cristiana hacia los hermanos separados. Demasiado frecuentemente la actitud de intransigencia por lo que toca al dogma católico —actitud en verdad absolutamente necesaria—; así como el recuerdo de las luchas sostenidas y de las heridas en ellas sufridas, han cerrado y endurecido

los corazones, si no hasta el odio, sí tal vez hasta la indiferencia y el descuido. Sin embargo, los hermanos separados deben ser en verdad considerados por nosotros —no sólo de palabra, sino de derecho— como hermanos, según aquella admirable palabra de San Agustín, recordada por nuestro Santo Padre en la Encíclica *Ad Petri Cathedram*: «Quiéranlo ellos o no, ellos son nuestros hermanos. Dejarán de ser hermanos nuestros, cuando dejen de decir: Padre nuestro».

ORAR CON GRAN HUMILDAD Y FE

Los obstáculos que surgen en el camino hacia la unión no son, como hemos visto, ni pocos ni pequeños. Más aún: son verdaderas montañas.

Pero esta situación no asustará o asustará únicamente a aquellos que se fían de sus propias fuerzas y no de la omnipotencia de Dios y de la eficacia irresistible de la acción de Cristo, y de su divino espíritu.

En cuanto a nuestra débil cooperación con esta acción irresistible de Cristo —cooperación absolutamente exigida por Dios— reconozcamos, sí, humildemente la profunda miseria e impotencia nuestra; pero excitemos y alimentemos en nosotros una gran fe en la omnipotencia de Dios y de Cristo. Provistos de esta fe y de esta humildad, entreguémonos a la oración, al sacrificio, a la caridad.

«Ecclesia», 17-XII-1960.

Texto íntegro de la conferencia pronunciada el martes 9 de agosto de 1960 en Düseldor (Alemania) por Su Beatitud el Patriarca católico de Antioquía y de todo el Oriente, de Alejandría y Jerusalén. Tomamos este documento del «Bulletin Catholique D'Information», Vers l'unité chretiénne, *en su número correspondiente a los meses septiembre-octubre de 1960. Traducción del P. B. Hernández, S. J.*

Se podría sostener, sin violentar apenas la explicación, que las relaciones entre la Iglesia romana y las diferentes iglesias orientales no fueron rotas definitivamente más que el día en que Roma, impaciente o desesperada de una unión global de las iglesias, admitió en su unidad a grupos separados de Orientales, a los que reconoció una jerarquía y una

organización propias. Así, por una especie de paradoja, la unión parcial de algunos grupos de orientales con la Sede romana pone fin a las tentativas de unión global entre el Oriente y el Occidente.

Estas uniones parciales que siguieron al fracaso del Concilio de Florencia dieron lugar a Comunidades católicas de rito oriental. Al recibirlas en la unidad católica, la Santa Sede Romana se obligó, por las más solemnes promesas, a respetar todo su patrimonio espiritual. Guardando sus ritos y su disciplina propia, estas Comunidades unidas debían ser, en el pensamiento de la Sede romana, los gérmenes y las primicias de la unidad que esperaba restaurar un día con el Oriente. La manera como fueran tratadas en el seno de la gran familia católica serviría de garantía y de modelo —se pensaba— al trato que sería reservado a la totalidad de los cristianos orientales en la Iglesia universal una vez restaurada la unidad.

De hecho, desgraciadamente, estas Comunidades católicas de rito oriental no siempre llegaron a realizar su misión. Por una parte, es preciso decirlo, no fueron jamás plenamente admitidas por el conjunto de los católicos de Occidente, que continuaron ignorándolas, recelando y burlándose de ellas, y algunos llegaron hasta combatirlas en su propio territorio. Su admisión en la unidad católica no se vió libre, la mayoría de las veces, de segundas intenciones, al menos por parte de las autoridades inferiores. Ellas mismas, por lo demás, no siempre supieron defenderse contra la invasión de las maneras de obrar del Occidente, y acabaron bien pronto por representar, a los ojos del Oriente, no una forma aceptable de unión en la verdad y la dignidad, sino una velada absorción, una latinización desafortunada.

Teóricamente puede preguntarse si la situación de estas Iglesias *uniatas* ha sido un bien o un mal para la causa de la unión global.

Pero no se puede negar que estas Iglesias existen de hecho, que hasta son relativamente prósperas. Si hasta aquí no han satisfecho todas las esperanzas que se fundaban en ellas, habría quizá que preguntarse si, igual de parte de la Ortodoxia que de parte del Catolicismo, se ha tenido de ellas una noción exacta y precisa y si se las ha ayudado a mantenerse fieles a su vocación.

Para nosotros la respuesta no ofrece ninguna duda. Las Iglesias católicas orientales son un factor poderoso e indis-

pensable para la unidad cristiana, a condición, sin embargo, de que se mantengan —y de que se les ayude a mantenerse— en una doble e igual fidelidad al catolicismo y al Oriente. Desviadas a un lado o a otro, no pueden más que perjudicar a la causa de la unidad.

Para comprenderlo intentaremos primeramente analizar lo que nosotros, católicos orientales, representamos a los ojos de nuestros hermanos católicos de Occidente y lo que representamos a los ojos de nuestros hermanos ortodoxos de Oriente, para valorar después nuestras dificultades y nuestras ventajas en la realización de esta vocación de unificadores que creemos ser la nuestra.

LO QUE REPRESENTAMOS A LOS OJOS DE NUESTROS HERMANOS CATOLICOS DE OCCIDENTE

El comportamiento, con relación a nosotros, de nuestros hermanos católicos de Occidente iba hace tiempo desde una ignorancia bastante generalizada a una cierta infundada desconfianza, a lamentos paternalistas, a incluso una cierta despreocupación desdeñosa, a la indiferencia práctica o al uso calculado; más raramente, a la enemistad. En nuestros días se traduce cada vez más en el respeto, la comprensión y una franca colaboración.

Frecuentísimamente *el Occidente católico nos ha ignorado*. Todavía en nuestros días el Oriente conoce al Occidente más que el Occidente al Oriente. Fuera de los medios orientalistas, para quienes el Oriente es, sobre todo, un objeto de investigación científica, los fieles de Occidente, en su conjunto, ignoran en absoluto, o poco menos, la existencia de una cristiandad oriental, su historia, su disciplina propia, su constitución jerárquica, sus ritos, su patrimonio espiritual. Somos una revelación por todas partes por donde pasamos. Para el católico occidental medio somos todavía «cristianos que hacen la señal de cruz al revés». Nuestros ritos son para él un objeto de curiosidad o de interés científico, pero nada más. Aun los estudiosos orientalistas no conocen generalmente del Oriente más que su pasado. Con frecuencia todavía, el Oriente no representa para el Occidente sino una momia, un objeto de museo. Esta actitud de espíritu, cuando inspira a ciertos responsables, da lugar a veces a medidas de conservación rígida que sucede inopinadamente a tentativas de aniquilamiento o de violenta absorción. Pero son pocos los

occidentales que aciertan a hacerse cargo de la vida de los orientales, de sus dificultades concretas, de su inmensa necesidad de fidelidad y a la vez de rejuvenecimiento, de su gran misión a través del mundo, a pesar de su debilidad.

Esta ignorancia del Oriente, por lo demás, es bastante comprensible. Todos los orientales católicos, en su totalidad, no sobrepasan los siete millones. La Iglesia grecomelquita-católica no representa más que una diócesis de Europa. Si el número lo fuese todo, nosotros seríamos, por así decirlo, nada. Pero, a pesar de nuestro pequeño número, tenemos conciencia de una gran misión, y nuestro primer deber ¿no es precisamente el hacernos conocer, el estrechar el círculo de ignorancia secular de que nos rodea el Occidente?

Esta ignorancia ocasiona a veces una cierta *desconfianza* hacia nosotros tan irracional como confusa. No es solamente porque nosotros seamos orientales y porque los occidentales desconfíen por tradición de la «fides graeca». No es que les hayamos engañado. Sino es una impresión incontrolada, producida por el miedo de un misterio desconocido, fruto de una ignorancia recíproca, proveniente del aislamiento. Y así los responsables occidentales sienten la necesidad de llevar su vigilancia cada vez más allá y de verificarlo todo. Experimentan el pánico de lo desconocido... Las autoridades centrales multiplican entre nosotros los informadores, cuyo testimonio, aun aislado, goza ante ellas de más crédito del que correspondería a su valor personal.

Muchas almas simples hasta casi sienten la *pena* de que no seamos todavía «totalmente católicos»; es decir, latinos. A los ojos de muchos eclesiásticos menos simples, la Iglesia oriental católica o, como se dice más frecuentemente, «los ritos orientales» no representan otra cosa que una concesión hecha por la Santa Sede Romana a la fuerza de las tradiciones ancestrales de los orientales, una condescendencia, un privilegio, una excepción. Al no poder hacer a los orientales enteramente «católicos», es decir, latinos, se tolera muy sagazmente que sean católicos conservándose orientales; en suma, católicos de segundo orden. ¿No afirmaba un alto prelado al fin de sus días, como en un testamento espiritual, que cincuenta años de vida misionera en Oriente le permitían decir que los orientales no serán jamás plenamente católicos si no se hacen latinos? Podemos pensar que este celoso misionero no aprendió nada en sus cincuenta años de estancia en Oriente. ¡Pero, qué lástima, cuántos piensan aún como él!

En Oriente los católicos latinos, instalados entre nosotros, *se organizan como si nosotros no existiésemos*. No pudiendo suprimirnos, fingen ignorarnos. Y para hacerlo ponen como pretexto el bien de las almas; contrariados, piensan, por nuestras pequeñas susceptibilidades de orientales o por nuestras peligrosas reluctancias. Piensan, particularmente, que eso que se llama «catolicismo oriental» no debe representar en la Iglesia católica más que una excepción, un conjunto de agrupaciones cerradas, autorizadas, a lo más, a mantenerse, pero de ninguna manera llamadas a desarrollarse. Se les prohibirá, por consiguiente, como en el Malabar o, recientemente aún, en Palestina, todo apostolado con los infieles, que si se convirtiesen no deberían formar parte sino de la Iglesia latina, y se facilitará el acceso al latinismo a los mismos orientales no católicos, no obstante las directivas y las repetidas órdenes oficiales de los Papas.

En suma, para muchos occidentales la verdadera razón de ser de las Iglesias católicas orientales, por eso es por lo que se toleran en el catolicismo tales «excrecencias» enojosas, es porque son, por una parte, un instrumento de «conversión de los disidentes», una especie de *cebo* donde la semejanza de rito y de organización exterior es sabiamente explotada, y por otra, porque su desaparición dañaría gravemente al prestigio de la Iglesia latina.

Más raramente, *se nos guarda rencor*, sobre todo por motivos políticos, raciales o de simple concurrencia. En Polonia, antes de la última guerra, los ucranianos aparecían a los ojos de algunos como sujetos poco leales. Todavía hoy ciertas autoridades latinas de América consideran la presencia de los católicos orientales, con su clero, su disciplina y sus ritos propios, como una cosa anormal y embarazosa o, al menos, como una fuente de disgustos. Es preciso decir que por el hecho mismo de ser católicos sin ser latinos, en un catolicismo reducido todavía casi enteramente al latinismo, no podemos en modo alguno ser embarazoso. El Occidente, muy frecuentemente todavía, no concibe la unidad más que como una uniformidad. Lo que no está absorbido, no está, para él, perfectamente unido. De ahí la doble presión que sufre el catolicismo oriental y que amenaza descuartizarlo: una presión masiva hacia la asimilación pura y simple en el latinismo, y una presión más consciente, pero más lenta, hacia una fidelidad completa al Oriente, y esto por interés espiritual de la misma Iglesia universal. En efecto, un Oriente latini-

zado no aumenta de una manera notable las filas del catolicismo y no representa ningún testimonio válido frente a la Ortodoxia. La incomprensión de nuestros hermanos de Occidente es el tributo más pesado que nosotros hayamos pagado hasta aquí a nuestra misión de unificadores.

Afortunadamente, *los tiempos van a cambiar rápidamente.* A la ignorancia, a la incomprensión o, a veces, a la hostilidad sucede en Occidente, sobre todo de algunos años a esta parte, un deseo inmenso de conocer íntimamente al Oriente, una voluntad sincera de comprenderle y un comienzo de colaboración franca y leal.

Asistimos, en efecto, desde hace algunos años, en Occidente a una admirable floración de instituciones científicas consagradas al estudio del Oriente. Numerosas son hoy día las revistas científicas o de alta vulgarización que descubren los diversos aspectos del patrimonio espiritual del Oriente y lo hacen descubrir a sus lectores. Se establecen contactos personales entre orientales y occidentales por medio de viajes, reuniones, congresos, negocios. «El hombre —dice un proverbio árabe— no odia más que lo que ignora». Al conocernos mejor, sin duda alguna, orientales y occidentales aprenderemos bien pronto a respetarnos y a amarnos. Fruto de esta mentalidad nueva, las jóvenes generaciones de apóstoles se integran cada vez más en la Iglesia a la que han venido a servir. Muchos de los viejos misioneros, enviados «in auxilium Orientalium», han pesado terriblemente sobre el Oriente al tratar de dominarlo o de absorberlo, bajo el pretexto de ayudarle más. Por el contrario, las jóvenes generaciones se ponen verdaderamente a su servicio, lo aceptan y se integran a él generosamente, sin ambición humana ni segunda intención.

Este cambio de actitud es consolador y prometedor.

LO QUE REPRESENTAMOS A LOS OJOS DE NUESTROS HERMANOS ORTODOXOS DE ORIENTE

Si examinamos ahora lo que representamos nosotros a los ojos de nuestros hermanos de Oriente separados aún de Roma, es forzoso decir que el Oriente ortodoxo, a pesar de conocernos mejor, es aún más duro con nosotros que el Occidente católico.

En los países en que las Comunidades orientales unidas no representan numéricamente más que una pequeña minoría, la Ortodoxia finge *desconocerlas.*

Para la mayor parte de nuestros hermanos ortodoxos, Oriente y catolicismo romano son términos contradictorios. No sabrían ser orientales y católicos romanos a la vez.

Con frecuencia incluso pasamos a sus ojos por espías, por *vendidos* al Imperialismo político o religioso del Vaticano. El mundo soviético tolera aún la religión bajo la forma ortodoxa o latina, pero persigue a muerte a los que pretenden ser tan orientales como los ortodoxos y tan católicos como los latinos, sin ser ni ortodoxos ni latinos.

Las autoridades ortodoxas nos tratan como a *lobos* rapaces disfrazados de corderos y nos combaten, por consiguiente, como a los principales agentes del proselitismo romano. Algunos hermanos ortodoxos que, conociéndonos un poco mejor, no pueden creer que seamos capaces de tan negros designios, nos lloran como a *inconscientes,* que trabajan, sin saberlo, en reforzar las reivindicaciones de supremacía y de dominación universal de que, con respecto a ellos, está constantemente animada la Iglesia romana. En todo caso, no se puede negar que nuestros hermanos ortodoxos se sienten profundamente *heridos* por nuestra unión prematura, incondicionada, semejante, a sus ojos, a los tratados de paz independientes que ciertas potencias firman a escondidas y contra el parecer de sus aliados.

Pero no nos alarguemos más en estas dolorosas constataciones. Después de todo, lo que los hombres piensan de nosotros no es lo que más importa. Lo importante es lo que somos, lo que representamos, lo que queremos ser, lo que Dios espera de nosotros.

LO QUE REPRESENTAMOS PARA LA UNIDAD CRISTIANA

Espíritus superficiales podrían suponer que los orientales católicos —los «uniatas», como les gusta llamarnos— son los menos indicados para cualquier acercamiento a los ortodoxos.

Hay que reconocer lealmente que, a veces, así es. Citemos, por ejemplo, a la Iglesia de Grecia, que aceptaría de buen grado el trato con representantes de la Iglesia latina, la cual se muestra llena de prevenciones para con ella. En cambio, finge ignorar aún la misma existencia de helenos católicos de rito bizantino, recientes, es verdad, y poco numerosos; aun cuando no exige contra ellos restricciones legales: hecho fa-

miliar a todos los grupos confesionales ampliamente mayoritarios y unidos a un estado.

Mas, pensándolo bien, esta reacción de la Ortodoxia es perfectamente normal. Es la de todos los grupos cristianos que rehusan abrirse a la unión, porque piensan que toda abertura es el comienzo de una disgregación. La unión es una especie de muerte a sí mismo. Rechazan, como en otro tiempo el pueblo hebreo, esta muerte que les abriría a una nueva vida. Se repliegan sobre sus riquezas espirituales, pero, por lo mismo, se cierran a un acrecentimiento de riqueza. La vida para todas las Iglesias consiste precisamente en renunciarse a fin de alcanzar su plenitud en la unidad: es un misterio de renuncia y de muerte que antecede a otro misterio de renovación y de vida.

Se comprende, desde luego,, la reacción, a veces demasiado violenta, de las Iglesias de Oriente, cuando, de su propio seno, se elevan voces atrevidas para exigir este exceso de universalismo, menos enérgicas, pero amorosas, para llevar a cabo las renuncias necesarias a fin de que el cuerpo sobreviva en la unidad. Los orientales unidos son como el hermano menor que reprende a su hermano mayor, inconsciente del peligro. Ahora bien, cuando los hermanos se enfadan, cualquier extraño es bienvenido. Pero, en definitiva, nadie puede reemplazar al hermano pequeño. Nadie, en definitiva, puede comprender y amar a estas Comunidades que se espantan aún y vacilan ante la perspectiva de la unión, como aquellos que han tenido el valor, precisamente porque las aman, de adelantárseles un poco, sufriendo las consecuencias en sus propias personas, en el camino en que todos, tarde o temprano, de una manera o de otra, habremos de encontrarnos un día para recobrar plenamente la verdad de Cristo.

FACTORES EN CONTRA

En la realización de esta vocación de «unificadores», que es la nuestra, hay, sin embargo, que reconocer que más de un factor está en contra de nosotros.

En primer lugar, nuestro «uniatismo». Esta forma adulterada de unión es un pésimo ejemplo que damos nosotros a nuestros hermanos ortodoxos. Nuestra unión ha sido prácticamente una absorción desafortunada. Lo que todo cristiano anhela cuando piensa en la unión es que ésta no se lleve a cabo con detrimento de las riquezas, de los carismas de cada

Iglesia. Los factores del uniatismo no han respetado del Oriente más que sus ritos. En todo lo restante, han procurado arrancar al Oriente lo mejor que tenía para proponerle o imponerle lo que poseía el Occidente, con frecuencia peor que lo suyo. El Occidente católico, en su conjunto, no se ha dado aún bastante cuenta de que había en Oriente, además de ritos litúrgicos, otras grandes riquezas espirituales, artísticas, teológicas, institucionales que salvaguardar, para el bien de toda la Iglesia. Consiguientemente, ha tratado de destruir todo lo que no se le asemejaba, y hay que confesar que ha tenido bastante buen éxito, puesto que en la mayor parte de las Comunidades católicas, aparte de los ritos litúrgicos (y ¡menos mal!) nada se parece más al Occidente que este Oriente unido. Así, pues, este modelo de unión, se comprende, no facilita nuestra misión.

Si en lo que concierne al uniatismo nuestra responsabilidad es parcial, otros obstáculos para la unión nos son directamente imputables. Muy ordinariamente *perdemos el contacto* con nuestros hermanos ortodoxos. Dejemos de preocuparnos de ellos. Llegados a un cierto grado de organización y de prosperidad material y numérica, nos instalamos en una suficiencia culpable, y nos persuadimos de que no necesitamos mirar más allá de nuestra «querida comunidad».

Otras veces *nos alejamos de ellos inútilmente* en puntos que no exige en modo alguno la unión: Liturgia, disciplina, espiritualidad, teología, exterior, etc. Algunos católicos orientales parecen recibir gozo en marcar de esta manera sus diferencias con sus hermanos del mismo rito. Olvidan que por lo mismo dejan de ser de utilidad a la Iglesia, porque para el Occidente no son ellos el Oriente, y para el Oriente no son el Occidente. Quienes en el catolicismo se encarnizan en latinizar nuestras instituciones deberían comprender que al acercarnos tan estrechamente al latinismo no aumentan que digamos de una manera sensible el número de los fieles latinos, mientras que por el contrario sí hacen perder a la Iglesia los pocos fieles orientales que hasta aquí tiene. Nosotros somos verdaderamente de interés para la Iglesia sólo si permanecemos profundamente católicos y a la vez profundamente orientales. Los que «latinizan», trabajan, inconscientemente quizá, pero eficazmente, contra el interés de la Iglesia católica; los tales intentan probar que la unión sincera de esas dos cualidades es imposible en el seno del catolicismo romano.

Otro obstáculo para nuestra misión de unificadores está constituído por nuestra *inferioridad numérica.* Nosotros somos casi en todas partes minoritarios.

Añadamos también que a esta inferioridad numérica corresponde con frecuencia cierta *pobreza espiritual.* Hemos perdido nuestra espiritualidad oriental sin adquirir, por otra parte, más que de una manera imperfecta, la espiritualidad del Occidente. Cierto que la unión ha sido para nosotros en términos generales un enriquecimiento, pero un enriquecimiento seguido inútilmente de la pérdida de casi todos los valores espirituales propios del Oriente, excepción hecha de los ritos litúrgicos.

Un último obstáculo que ha entorpecido en gran manera la tarea de la unión ha sido el proselitismo a ultranza de la mayor parte de los católicos orientales, cosa que me permitiría apellidar la psicosis de las conversiones. Muy de ordinario la ortodoxia sólo le ha parecido interesante a los católicos como campo de conversiones. Nada más normal que, en espera de la unión global y definitiva de las Iglesias, algunas almas, impulsadas por el Espíritu Santo, pidan refugio en la Iglesia católica, bajo una forma u otra. Ante Cristo estamos obligados a acoger a estas almas que vienen a nosotros. Pero no se puede, bajo el pretexto de que la unión es imposible o lejana, intentar, por todos los medios, arrebatar a la ortodoxia a algunas almas particularmente débiles y sin defensa o aprovecharse de las discordias intestinas de la ortodoxia para sacarle partida. Por el hecho de que en Occidente se ha despertado interés por los católicos orientales casi exclusivamente por considerarlos como «agentes de conversiones», éstos han perdido a los ojos de sus hermanos ortodoxos el prestigio indispensable para su misión esencial, que es trabajar por aproximar a Occidente y a Oriente en vistas a su unión como y cuando el Señor tenga por bien determinarlo.

FACTORES A FAVOR

A estos elementos que entorpecen nuestra misión hacen frente afortunadamente otros *elementos que militan a nuestro favor,* que son en esta partida únicos y valiosos triunfos que tenemos entre las manos.

¿Habrá que recordar que nuestra gran fuerza en la tarea de la unión es el *sentimiento agudo que nos posee de esta*

gran desgracia que es la división? En los países de grandísima mayoría católica, como Italia o España, la división de los cristianos es un mal lejano, un mal de razón, por decirlo así, que no presenta consecuencias graves en la vida pública. Y así los católicos de esos países se sienten más fácilmente tentados a abandonarse a la quietud y a la suficiencia en sí mismos. Más de un responsable católico de Occidente habrá pensado en su fuero interno que los católicos son ya suficientemente numerosos y que la unión de los ortodoxos orientales presentaría prácticamente más inconvenientes que ventajas. Para nosotros tal razonamiento es imposible. Nosotros sufrimos en nuestro espíritu, en nuestro corazón, en nuestra carne la división de los cristianos. El deseo de Cristo en la última Cena: «Que sean uno» nos acosa. Los cismas dividen a los miembros de la misma familia, entorpecen nuestra acción profunda sobre nuestro medio social y exponen a nuestros cristianos a la irrisión de sus compatriotas musulmanes. La unión es un problema que nos acucia, una sed que nos abrasa. Ella forma parte de nuestra misma existencia.

Para trabajar por la unión nosotros tenemos ventajas únicas. *Somos de la misma raza* que nuestros hermanos ortodoxos, *de la misma lengua, de la misma mentalidad, de la misma liturgia*. Somos, en toda la extensión de la palabra, sus hermanos. La unión no sería para nosotros más que una reconciliación de familia, no una humillante sumisión o una confesión de culpabilidad. Propuesta por nosotros, la unión no presenta para nosotros ninguna ventaja personal. Es más, contribuye en cierto sentido a nuestra desaparición como comunidad jerarquizada. Nosotros esperamos precisamente que, de restablecerse la unión, no será cuestión de Iglesia oriental unida o uniata, sino simplemente de Iglesia oriental, en cuyas filas nos integraremos como si jamás hubiésemos salido de ellas.

Otro elemento que está a favor nuestro es *nuestra fidelidad al Oriente*, fidelidad encontrada por fin y vigorosamente defendida. Hubo un tiempo en que algunos católicos orientales consideraban como un honor el acercarse lo más posible al Occidente a fin de copiar de él las menores particularidades; dicho de otro modo, de latinizarse. Hay que reconocer que nuestra Iglesia greco-melquita-católica ha resistido abiertamente cuanto ha podido a esta corriente de latinización que ha desfigurado a las otras Comunidades católicas orien-

tales. Hemos dicho más arriba que lo único que el Occidente católico hubiese deseado respetar en el Oriente unido eran sus ritos litúrgicos, ya que las Iglesias orientales habían llegado a identificarse, en un cierto estilo oficial, con «los ritos orientales». Cuanto más ha trabajado la Iglesia romana en conservar los «ritos orientales» tanto más sus funcionarios y sus representantes se han encarnizado en variar a las Iglesias orientales de su propio patrimonio, de sus instituciones canónicas, de su organización tradicional, para darles una configuración latina.

Para no citar más que el ejemplo de la reciente Codificación de Derecho canónico oriental hecha en Roma, debemos constatar con pena que, a pesar de un aparato crítico impresionante y una terminología inspirada en fuentes orientales, a pesar también de una labor muy meritoria, el fondo de la codificación permanece, desgraciadamente, muy latinizante. Esto no siempre ha sido falta de los técnicos que han trabajado en ella, sino del espíritu que reina en el medio en que ha sido hecho este trabajo. Para este medio, el ideal supremo continúa siendo la mayor aproximación posible, en el fondo y en la forma, al derecho de la Iglesia latina. Las instituciones propias del Oriente, como la institución patriarcal, por ejemplo, son toleradas como una excepción, y se ven reducidas a los más estrechos límites dentro de lo posible, si es que no se las vacía diestramente de su sentido y se las neutraliza prácticamente por efecto de una centralización administrativa exagerada

Conocidos son los esfuerzos que despliega nuestra Iglesia para que sea devuelto al Oriente su aspecto propio. Nuestra fidelidad al Oriente no ha de ser interpretada como una tendencia arcaizante, un aferramiento ciego a las tradiciones viejas, ni como una reticencia en la fe, ni como una estrechez de espíritu que menosprecia lo esencial para aferrarse a lo accesorio, ni como un resucitado galicanismo, ni como un deseo ilegítimo de independencia en el seno del catolicismo. Nosotros nos aferramos al Oriente por afán de verdad y de bien. Nosotros nos mantenemos ahí para conservar a la Iglesia su verdadera fisonomía apostólica, con todo lo que contiene de riqueza, de belleza y de amplitud de concepción en su organización, capaz de englobar a todos los pueblos sin quitarles nada de lo que en el fondo les caracteriza como tales.

La postura de las Iglesias católicas orientales no es una

trampa que ponemos a la Ortodoxia. No es un estadio de transición antes del tránsito puro y simple al latinismo, una concesión provisoria a la fuerza del atavismo que reside en el alma de los orientales. Las Iglesias orientales se deben querer por sí mismas, en el marco en que Dios y la naturaleza las han colocado para su desenvolvimiento normal. En efecto; si en el catolicismo el dominio de la fe es intangible, inmutable, uniforme en sus líneas esenciales, en el detalle de la vida cristiana, visto desde el punto de vista social, son posibles y deseables muchas combinaciones.

De lo que debemos convencernos es de que el cristianismo no podrá jamás satisfacer a su misión en este mundo si no es, no solamente de derecho, sino también de hecho, católico; es decir, universal. Si para ser uno católico tiene que renunciar a su liturgia, a su jerarquía, a su patrística, a su historia, a su himnografía, a su arte, a su lengua, a su cultura, a todo su patrimonio espiritual, para adoptar el rito, el pensamiento filosófico y teológico, la poesía religiosa, la lengua litúrgica, la cultura y la espiritualidad de un grupo dado, aunque sea el mejor, la Iglesia no es el gran don de Dios a la humanidad entera, sino una facción, numerosa si se quiere; una institución humana ligada a los intereses de un grupo. Y entonces no es ya la verdadera Iglesia de Cristo. Así, pues, al resistir a la corriente de latinización de nuestras instituciones no defendemos pequeños intereses de vecindad o un tradicionalismo caduco; tenemos conciencia de defender los intereses vitales de la Iglesia apostólica, de permanecer fieles a una misión, a una vocación que no podemos traicionar sin renegar de nosotros y sin desfigurar el mentaje de Cristo ante nuestros hermanos.

Así, pues, nuestra misión es doble: en el interior del catolicismo, luchar para que latinismo y catolicismo no sean ya sinónimos, para que el catolicismo permanezca abierto a toda cultura, a toda manera de ser, a toda forma de organización compatible con la unidad de fe y de amor, y al mismo tiempo llevar a la Ortodoxia, por nuestro ejemplo, a admitir que puede uno unirse a la gran Iglesia de Occidente, a la cátedra de Pedro, sin renunciar por eso a la Ortodoxia ni a nada de lo que constituye la riqueza espiritual del Oriente apostólico, patrístico, abierto al porvenir lo mismo que al pasado.

Si somos fieles a esta misión podremos llegar a suscitar, a encontrar una forma de unión aceptable para el Oriente y para el Occidente: ni autocefalia pura, ni absorción de hecho

a de derecho, sino comunicación real de la misma fe, de los mismos sacramentos, de la misma jerarquía orgánica, con el respeto sincero de todo el patrimonio espiritual y de la organización propia de cada Iglesia, bajo la vigilancia a la vez paternal y fraternal de los sucesores de aquel a quien le fué dicho: «Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia».

«Ecclesia», 11-II-1961.

II

DOCUMENTOS REFERENTES A LA ORTODOXIA RUSA

ALGUNOS ACONTECIMIENTOS DE LOS ULTIMOS MESES REFERENTES A LA IGLESIA RUSA

Redactado ya el capítulo correspondiente a la Iglesia ortodoxa de Rusia, se han producido algunos acontecimientos, hechos y manifestaciones dentro del seno de la mencionada Iglesia, que merecen ser recogidos en este *Apéndice*, ya que significan cierto cambio de actitud en algún sentido y ratificación en otro.

Tres órdenes de acontecimientos queremos destacar:

El viaje del Patriarca Alexis de Moscú al Medio Oriente y Grecia.

Algunas manifestaciones autorizadas acerca del tema de la unión.

Y la solicitud de admisión en el Consejo Ecuménico Mundial.

En todos estos apartados nos limitamos a recoger la consignación mínima suficiente, a fin de completar la información que damos en el texto.

I.—*El viaje del Patriarca Alexis de Moscú.*

Tiene lugar este viaje a fines de 1960 y constituye un caso excepcional en la vida de la Iglesia rusa, no sólo durante la etapa comunista, sino incluso en un lapso secular de tiempo. La Ortodoxia de Moscú ha roto su aislamiento. Prescindimos de analizar los móviles de esta salida, pero baste al menos recordar que había sido precedida por la del Patriarca Ecuménico unos meses antes, y posteriormente, casi inmediatamente antes, por la visita del Dr. Fisher, Primado de la Iglesia de Inglaterra. El comentario del P. Alessio Floridi S. J. es muy significativo: «No tenemos elementos para afirmar con seguridad que el Patriarcado de Moscú haya querido contrarrestar los esfuerzos que se vienen haciendo de diversas partes para llegar a la unidad de los cristianos; o, como

se ha dicho, que haya querido anular la obra desarrollada por el Dr. Fisher. Pero ciertamente que el Gobierno soviético no ha puesto a disposición del Patriarca y de su numeroso séquito un aeroplano e imponentes medios económicos para fines ecuménicos» (1).

De parte católica, hemos de destacar la negativa de algunas autoridades eclesiásticas a tomar parte en la recepción en honor del Patriarca de Moscú y de su séquito, especialmente en Damasco y Beyrut, teniendo en cuenta la actitud del mencionado Patriarca con las comunidades católicas y obispados de Ucrania en 1945 y en posteriores ocasiones. Pero incluso las manifestaciones hechas durante el mismo viaje explican los motivos de esta abstención.

II.—*Algunas manifestaciones recientes de la Iglesia rusa.*

Podemos completar aquí lo dicho anteriormente, cuando hicimos observar la escasez de elementos de juicios para deducir la actitud de la Ortodoxia rusa interna a propósito de las invitaciones de Juan XXIII y del anuncio conciliar. Y este complemento, por desgracia, no es muy optimista.

Las diversas declaraciones han corrido a cargo del Obispo Nikodim, Jefe del Departamento de Relaciones Exteriores del Patriarcado de Moscú, pero afirmando que hablaba en nombre de Alexis.

En Damasco, Nikodim declaró que la Iglesia rusa está dispuesta a favorecer toda acción capaz de llevar a un acercamiento entre las diversas Iglesias. «Con todo —añadió—, su Iglesia estima que este objetivo no puede ser alcanzado, a menos que el Papa Juan XXIII se declare por anticipado dispuesto a tratar de estas cuestiones *sobre un pie de igualdad* con los jefes de las otras Iglesias».

En cuanto al Concilio, manifestó Nikodim que las Iglesias ortodoxas no habían recibido invitación oficial alguna para participar en él, y que no estaba capacitado para hablar de ello autorizadamente. Las mismas declaraciones fueron hechas en Antioquía por el citado Nikodim.

---

(1) *La Civilta Cattolica*, 4 febrero 1961, págs. 251-52. Otras informaciones sobre esta visita pueden verse en *La Croix*, 2 enero 1961; *SOEPI*, 6 enero 1961, págs. 5-6; *Etudes*, abril *1961*, páginas 109-110, et *Signo*, 17 sepbre. 1960, p. 4.—Sobre este viaje ha escrito un documentado artículo DOM VICENTE JANERAS: «En torno a un viaje», en *Re-Union*, marzo-abril 1961, págs. 67-75.

En Estambul las declaraciones fueron más tajantes: «Las Iglesias ortodoxas están ya unidas y solamente sus sedes están separadas. La Iglesia rusa —añadió— no tiene intención de unirse a comuniones de fieles no pertenecientes a la comunidad ortodoxa». Y agregó que no entra en los planes de Alexis hacer una visita al Papa.

En la conferencia de prensa no fué menos categórico en sus negativas: «La Iglesia rusa —dijo— no tiene, en modo alguno, la intención de participar en el Concilio, porque ninguna unión puede llevarse a cabo entre la Ortodoxia y el Catolicismo, si el Vaticano previamente no renuncia a ciertos principios, como la infalibilidad del Papa, y si no acepta las reformas dogmáticas realizadas por las Iglesias ortodoxas...» (2).

Estas esporádicas manifestaciones son lógica consecuencia de la actitud del Patriarcado de Moscú hacia la Iglesia católica, reflejada actualmente en la «Revista del Patriarcado de Moscú», órgano oficial de dicha Iglesia, y de cuya actitud ha hecho un reciente estudio el P. Alessio Floridi, S. J. en «La Civiltá Cattolica», en el número del 4 de febrero de 1961. Entresacamos algunos de los textos más significativos de este estudio:

«Estos y otros hechos semejantes nos obligan a reconocer con dolor que las declaraciones del Pontífice romano sobre la paz internacional y sus pacíficas llamadas a los hombres de buena voluntad se hallan en contradicción con sus acciones y con la actividad práctica de los dirigentes más representativos de la Iglesia romano católica... A la luz de esto, es deber de todas las Iglesias cristianas y de todas las asociaciones religiosas del mundo oponerse, sin tardanza y decididamente, a las actuaciones anticristianas del Vaticano...»

«A primera vista, todas las acciones del Papa Juan XXIII podían parecer indicadoras de una nueva política vaticana, distinta de los mortificantes estilos tradicionales del absolutismo papal. Nosotros miramos con reserva al Papa Juan XXII, no obstante el carácter pacífico de sus declaraciones. A esto nos induce, ante todo, el ambiente de los Cardenales que rodean al Papa. Ya es hora —continúa la revista del Patriarcado moscovita— de que el Vaticano com-

(2) Véanse sobre estas declaraciones: *SOEPI*, 16 dicie. 1960, páginas 3-4; 6 enero 1961, págs. 5-6; *La Croix*, 6 diciembre 1960; *Il Tempo*, 7 diciembre 1960; *La Croix*, 2 enero 1961; *Ecclesia*, 26 octubre 1960, pág. 29.

prenda que con la levadura del odio y de la malicia no se puede hacer fermentar la masa de la vida, según las leyes de la verdad divina...» (3).

Ante estas expresiones, nada menos que de la revista oficial del Patriarcado de Moscú, ¿se puede esperar una actitud de comprensión para el acercamiento de la Iglesia rusa a Roma? Contrasta con esta cerrada incomprensión la declaración del Cardenal Bea, quien en una conferencia sobre la unión de las Iglesias, en Suiza, y en una subsiguiente manifestación a la prensa dijo que si el Patriarca Alexis de Moscú, en nombre de la Iglesia ortodoxa de Rusia, solicitase del Secretariado para la unión de los cristianos autorización para enviar un observador al próximo Concilio Ecuménico, su demanda sería acogida favorablemente» (4).

Una vez más debemos repetir que sólo Dios puede cambiar estos corazones tan cerrados a la comprensión, camino de verdad y de paz fraterna entre todos los fieles cristianos. El «via caritatis, via veritatis» de Juan XXIII es obligado también para ellos.

III.—*La Iglesia rusa y el Consejo Ecuménico.*

Según el P. Rouquette, el acontecimiento más importante dentro del mundo cristiano no católico ha sido la solicitud de ingreso en el Consejo Ecuménico de las Iglesias por parte del Patriarcado de Moscú. Exorbitando su importancia incluso, el semanario francés «Reforme» califica este hecho «como el acontecimiento del siglo». Es indiscutible un paso de trascendencia en los esfuerzos ecumenistas, y buena prueba de ello son los numerosísimos comentarios que ha suscitado ya tanto entre los católicos como entre los cristianos no romanos (5).

---

(3) *La Civiltá Cattolica*, 4 febrero 1961, págs. 242-45 y ss.

(4) *La Croix*, 12 marzo 1961.

(5) *He aquí algunos comentarios católicos:* P. Rouquette, en *Etudes*, junio 1961, págs. 393-99; P. Dumont en *Vers l'Unité Chretienne*, abril 1961, págs. 44-46; *Orbis Catholicus*, julio 1961, páginas 63-65; *Unitas*, aprile-giugno 1961, págs. 176-77; *Unitas* en su «Notiziario mensille», maggio 1961, págs. 191-92; giugno, páginas 187-89, etc.

Entre los comentarios no católicos: Ecumenical Review, julio 1961, págs. 514-15, con la carta del Patriarca Alexis solicitando el ingreso. La carta lleva fecha del 11 de abril de este año. No se añade comentario alguno al documento. El Boletín *Service Oecu-*

Este acontecimiento no ha surgido inesperadamente. Desde 1948, en que se constituye en Amsterdam el «Consejo Ecuménico de las Iglesias», sin la participación rusa, más aún con su positiva oposición, oponiendo a los esfuerzos ecumenistas el sínodo ortodoxo de Moscú, en el mes de julio del mismo año, hasta el 11 de abril de 1961, fecha de la carta de Alexis solicitando su ingreso en el Consejo de Ginebra, son muchas las cosas que han cambiado en el mundo cristiano.

El primer encuentro oficial entre el Consejo Ecuménico y el Patriarcado moscovita tiene lugar en Utrech en el año 1958. A partir de esta fecha, los contactos menudean, siendo varios los enviados de la Iglesia rusa que estudian en Ginebra la organización y funcionamiento del Consejo Ecuménico. Por su parte, el Consejo Ecuménico envía sus Comisiones también a Moscú, iniciándose con ello un intercambio de relaciones en las que no faltan gestos de cordialidad y deferencia por parte de la Iglesia rusa hacia el Consejo ginebrino. Debemos recoger aquí como muy expresivos el donativo de 400 títulos de obras rusas, alemanas e inglesas, hechas por el Patriarcado a las bibliotecas del Consejo en 1960; así como el mensaje enviado por Alexis al Comité Central, reunido en St. Andrews, en septiembre del mismo año. A fines de 1960 se crea en Moscú la «Comisión Intereclesiástica» de la Iglesia rusa, con el fin de mantener relaciones con las otras Iglesias cristianas del movimiento ecuménico. Viene luego el ya citado viaje de Alexis al Oriente Medio, y dentro del año 1961 hemos de recordar la visita oficial de representantes de la Iglesia rusa al Consejo Ecuménico durante cuatro días. Todos estos acontecimientos iban descongelando el clima y promoviendo el acercamiento, que la carta del 11 de abril consumaba de modo oficial (6).

---

menique de Presse et d'Information viene publicando, desde su número del 28 de abril de 1961, en que aparece la primera noticia oficial, frecuentes informaciones y comentarios, tanto católicos como no católicos, acerca de este acontecimiento. He aquí las fechas de esos Boletines: 28 abril 1961, págs. 1-3; 5 mayo, páginas 1-3; 12 mayo, pág. 1-3, recogiendo comentarios suizos, franceses, alemanes e ingleses; 19 mayo, págs. 9-11; 26 mayo, página 3; 9 junio, págs. 4 5; 7 julio, pág. 5; *World Council of Churches Informatio:* 27 abril 1961, págs. 1-3, etc.

(6) Véanse para estos datos de acercamiento: *Le Monde*, 20 enero 1960: «L'Eglise orthodoxe de Russie se rapproche du Conseil Oecumenique des Eglises»; *Service Oecumenique de Presse et*

Aunque el ingreso oficial deberá ser aprobado, por la mayoría de dos tercios de votos, en la próxima Tercera Asamblea Mundial, que deberá celebrarse en Nueva Delhi en noviembre de 1961, y aunque se preveen algunas discusiones en torno a la admisión, parece fuera de dudas el voto favorable a la Iglesia rusa, como comenta el P. Dumont.

Los comentaristas católicos destacan, junto a posibles influencias políticas del Kremlin en la actitud del Patriarca Alexis (quien ciertamente si obtiene «disco verde», es decir, paso libre en el campo ecumenista, es porque el comunismo espera la consolidación de la paz tal como él la entiende), otras ventajas positivas para el mundo cristiano. El mismo P. Dumont subraya que la participación activa de los teólogos rusos a los trabajos del Consejo Ecuménico de las Iglesias reforzará de un modo sensibilísimo la posición que en dicho Consejo ocupan ya las otras Iglesias ortodoxas. Es evidente que la ortodoxia rusa, continúa el citado comentarista católico. ha puesto especial empeño en renovar todo aquello que es más profundamente y genuinamente ortodoxo en su tradición, ya se trate de teología, de liturgia o de espiritualidad. Por otro lado, se debe esperar también que la Iglesia rusa contribuya a dar una expresión formal a la unidad interna de la misma Iglesia ortodoxa.

En relación al catolicismo, el P. Dumont declara saber de fuente bien segura que los dirigentes del Consejo Ecúmenico han procurado disipar todo equívoco en cuanto a la actitud del mismo frente a la Iglesia de Roma, haciendo comprender a los representantes moscovitas que no deben extrañarse por no hallar en el seno del Consejo un eco favorable a la actitud del Patriarcado ruso respecto a la Iglesia católica, ya que esa actitud no es compatible ni con la finalidad ecuménica del mismo Consejo ni, por otra parte, con la más elemental preocupación de objetividad histórica, de justicia y de caridad cristiana.

No se oculta a nuestros lectores la importancia de estas palabras del P. Dumont. Y él tiene motivos sobrados para escribirlas.

Por nuestra parte, no ocultamos nuestra reserva en cuanto a las consecuencias que pueda tener la influencia rusa fren-

---

d'Information: 26 febrero 1960; 29 abril, pág. 8; 17 junio, páginas 1-2; 2 septiembre, pág. 7; 9 diciembre, pág. 5; 17 marzo, página 1; *La Croix*, 29 abril 1961, con el anuncio de la solicitud.

te a Roma. Las manifestaciones de los teólogos rusos exilados, que hemos recogido en capítulo aparte, por un lado; y por otro, las declaraciones de las mismas autoridades ortodoxas rusas, que figuran en este *Apéndice*, no permiten ser muy optimistas.

Sólo Dios, que puede sacar bienes incluso de los males de los hombres, sabe exactamente la trayectoria final de este acontecimiento.



EXCLUSIVA DE VENTA:
DISTRIBUCIONES O. D. E. R.
MAYOR, 81 • TELEFONO 2 48 01 27
M A D R I D -13